

UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN E INFORMACIÓN
ESCUELA DE PERIODISMO

LA CRÓNICA EN LA PRENSA ESCRITA

El estilo como aval en tres plumas ejemplares: Joaquín Edwards Bello, Hernán Millas y
Pedro Lemebel

Por:

PAULA DANIELA RODRÍGUEZ OLIVOS

Tesis para optar al grado de Licenciado en Comunicación Social

Profesora Guía: Virginia Rioseco Perry

Santiago, Chile

2002

Dedicatoria

“Haber elegido la crónica como vía no es simple casualidad. Ante alternativas desgastadas o anquilosadas, la elección de un estilo de escritura implica una moral. La elección del género no es políticamente inocente. No se pueden sacar conclusiones generales, pero lo cierto es que la narratividad es un intento por comprender, pero sobre todo, un impulso de moralizar la realidad. Narrativizar la vida de la ciudad a través de sus escándalos y sus mitologías, es identificar”

Susana Rotker.

Agradecimientos

*A mis padres por entregarme todo lo que soy,
por el apoyo incondicional y la infinita confianza.*

A mi hermano por solidarizar siempre y levantarme el espíritu.

*A Martín por comprender todo, por estar siempre, por la confianza
y la lealtad. Y por hacer de este tiempo el más feliz de mi vida.*

A mi familia y a mis amigos, por la preocupación y el apoyo constante.

A Virginia por compartir sus conocimientos, por su confianza y toda su ayuda.

A mí.

ABSTRACT

La presente investigación centra su estudio en lo que ha sido la teorización de la crónica, pero por sobre todo en su concreción en la prensa escrita a través de la pluma de tres connotados cronistas de nuestro país: Joaquín Edwards Bello, Hernán Millas y Pedro Lemebel.

De acuerdo con ese itinerario el objetivo es entregar una reflexión y abrir el debate sobre la esencia de este género, cuáles han sido sus principales características, cómo ha evolucionado en Chile y cuál es su importancia dentro del ámbito del periodismo.

Con el estudio de estos autores y sus textos, se irán dilucidando elementos comunes utilizados por cada uno de ellos para aproximarse a la realidad y transmitirla, que son en definitiva los componentes esenciales de la crónica. Y también se mostrarán ciertas divergencias que son los matices necesarios para el desarrollo y evolución de este género.

La revelación de estos aspectos, llevará finalmente a reflexionar sobre la necesidad de que exista un debate permanente en torno a esta forma de relato, para así progresar y crecer en la práctica del oficio de periodista, comprendiendo las posibilidades que abre el género y su importancia en la función comunicativa.

INDICE

Introducción	7
Capítulo I. Expresiones de la crónica en Chile	10
a. Crónica: del griego “cronos”; tiempo	11
b. La intersección entre periodismo y literatura	15
c. La importancia del rol por sobre la definición.....	20
d. Una historia no oficial.....	22
e. La carga literaria.....	25
f. La crónica desde el periodismo, hoy	29
Capítulo II. Joaquín Edwards Bello: Crónicas para desmitificar	40
a. El nacimiento de la pluma inagotable	41
b. El cronista detrás de la pluma	45
c. Las crónicas de Edwards y su desafío al tiempo	50
d. La conversación permanente con el lector.....	53
e. Algunos cuentos reales de Joaquín Edwards Bello	58
f. Referencia a sus libros, 23 publicaciones: crónica y novela	67
Capítulo III. Hernán Millas: El serio humor de una crónica documentada	70
a. La revelación de una vocación.....	73
b. Yo y Topaze: cómo hacer humor y sobrevivir en Chile	76
c. Sus inconfundibles crónicas, ironía informativa	80
d. Crónica Semiseria, el humor como recurso	84
e. El cronista que hace historia	94
Capítulo IV. Pedro Lemebel: El cronista de lo otro	100
a. El autor protagonista.....	103
b. El largo camino hacia la crónica.....	107
c. Surge una crónica diferente.....	109

d. El loco afán de hacer crónica.....	117
e. Crónicas con perlas y cicatrices	124
Conclusiones	136
Bibliografía	143
Anexo I. Entrevistas	
a. Alfonso Calderón.....	150
b. Hernán Millas	154
c. Abraham Santibáñez	161
d. Guillermo Blanco.....	167
Anexo II. Crónicas	
a. Joaquín Edwards Bello	171
b. Hernán Millas	185
c. Pedro Lemebel.....	205

INTRODUCCIÓN

Uno de los gestos más evidentes de la función académica podría ser el de rastrear y someter los saberes y prácticas a distintos sistemas de clasificación y encuadre. De hecho, tales taxonomías y definiciones son las claves para emprender cualquier ruta del conocimiento. El objetivo de este afán es ofrecer un adecuado marco para el montaje de las piezas a la manera de un modelo para armar. Pero allí mismo donde reside la confianza en el manual de instrucciones, se halla también la fisura de esta estrategia, que deja entrever los destellos de las verdades más deslumbrantes.

El Periodismo no escapa a esta premisa académica y es por ello que este trabajo busca aventurarse en el tema de problematizar la existencia, definición y pertinencia de los géneros dentro de la disciplina y sus clasificaciones previas. Porque precisamente es desde ciertas zonas veladas o poco visitadas, donde podemos encontrar luces sobre las prácticas de la **prensa escrita** y sus modos de acercarse a los lectores. Conocer esta relación y su arquitectura conceptual, manejar el pulso de sus diferentes corrientes, debería ser el acercamiento evidente del que pretenda poner *por delante una fe* (profesar) en esta carrera, el periodismo. Escogí así la crónica como elemento de estudio, precisamente porque es una región del periodismo que reclama imperiosamente el análisis, el debate además de la conversación académica, porque creo que es necesario recordar su valor como espejo de realidades, además de incorporarla a los insumos de nuestra historia.

Pero ¿por qué se aparece como un territorio ideal para tocar muchos temas que le importan al periodismo? En realidad la respuesta es evidente, porque en su carácter fronterizo e híbrido nos va a dar luces sobre el ensayo; la historiografía y la literatura, porque en la variedad de aspectos estilísticos que emergen de ella, nos va a informar sobre las estructuras de una narración; porque a partir de su peculiar inmersión en el mundo del lector conoceremos más de nosotros mismos, y de los fenómenos del gusto y del estilo; porque desde su dificultad para encasillarla en un género, se puede desplegar incesantemente un debate sobre la identidad de su misión periodística, su inclusión curricular y la potencia de sus herramientas a la hora de comunicar una idea, desde la relación de un hecho, un gran acontecimiento, e incluso, dar una opinión en el relato de una noticia.

La evidente misión del periodista es informar, sin embargo advertimos que se puede avanzar y optimizar esta labor profundizando la investigación de los temas, interpretando los datos, analizando los hechos y/o entregando una opinión personal responsable y documentada sobre lo que está ocurriendo. Una de las formas que tiene el periodista de ir más allá de la simple nota informativa, de transmitir el mundo en sus diferentes niveles de realidad, es haciendo crónicas.

Como veremos ejemplificado en este trabajo, la crónica es una construcción narrativa que permite entregar una serie de elementos informativos al lector, de un modo cercano, entretenido y profundo. Es un espacio abierto a la creatividad del periodista, donde debe desplegar no sólo su estilo como autor, sino también su inteligencia y su capacidad de observar agudamente la realidad, siendo un testigo directo y reflexivo de la historia, o bien siendo testigo de segunda mano, acudiendo a los documentos y a la entrevista oportuna.

Por todo esto nace el interés de conocer y pensar sobre lo que ha sido este género en el trabajo periodístico en Chile. Rescatarlo y exponerlo al debate, como una forma de escritura que aunque cumple su rol dentro del periodismo, cuenta con una gran autonomía y significación, permitiendo desplazamientos y encuentros con otros géneros, lo que enriquece su expresión.

Las ventanas por donde mirar

Para comenzar el recorrido de investigación he tratado de presentar en este trabajo distintas perspectivas de acercamiento, ejemplificando los diferentes niveles de análisis a que se puede someter el género y desde los cuales se abriría la posibilidad de registrarlos.

Me ha parecido asimismo, una forma consecuente con el tema la presentación del estudio a través de la obra de tres cronistas ejemplares: Joaquín Edwards Bello, Hernán Millas y Pedro Lemebel. Con esta elección pretendo realizar un reportaje en profundidad a la crónica y a través de estos personajes, personalizar y ejemplificar los modos narrativos y sobre todo hablar de la relación de empatía (sus por qué) con el lector, probando el valor del género (en tanto su rol de comunicación social) su prevalencia (aún hoy están vigentes crónicas de un siglo) y también su importancia como catalizadora de reflexión y análisis político e ideológico.

El primero de ellos Joaquín Edwards Bello, es un expositor brillante del género. Sus textos están inspirados en la más amplia variedad de temas, conformando un excelente retrato sobre lo que fue Chile, durante la primera mitad del siglo pasado. Representa el concepto tradicional de cronista, y se ha transformado en un referente del periodismo nacional.

El segundo periodista observado en este trabajo es Hernán Millas Correa. Comenzó escribiendo crónica en un período de la historia de Chile especialmente complejo: el gobierno de la Unidad Popular, el posterior golpe de Estado, la dictadura militar y el regreso a la democracia. Por ello su trabajo, cargado de responsabilidad periodística y del contexto de la época, resulta especialmente interesante a la hora de reflexionar sobre las formas que ha adoptado este género, dependiendo de las necesidades de la época. Millas ha desarrollado diferentes estilos para comunicar al público lo que está ocurriendo, logrando una crónica irónica y ampliamente documentada.

Y por último el trabajo del escritor Pedro Lemebel. Aunque no es periodista de profesión, se ha sumergido en la crónica, aportándole nuevos elementos y nuevas temáticas. Por ello, y porque es uno de los cronistas más leídos de estos años en Chile, Latinoamérica y también objeto de estudio en numerosas facultades de Europa y EE.UU., se hace necesario e interesante poner atención en su forma de hacer crónica, y de comunicar la realidad.

Dada la importancia del estilo y del autor, en la crónica, cada capítulo presenta una pequeña biografía del cronista, un recorrido por su trayectoria y finalmente la exposición de algunos de sus trabajos, y una reflexión de ellos acerca del tema.

Con este recorrido pretendo demostrar la validez de la dimensión narrativa de la crónica y su adecuada pertenencia al periodismo, además de su tributo a la memoria en la historiografía, acercando el tema tanto al mundo académico como a un lector que ajeno a tales discusiones, sólo sabe del placer de disfrutar del texto, sin darse cuenta de la tremenda carga informativa que éste le deja.

I. EXPRESIONES DE LA CRÓNICA EN CHILE:

Joaquín Edwards Bello, Hernán Millas y Pedro Lemebel.

La crónica es un género capaz de contener formas de escritura, estilos y temáticas, muy diferentes. Puede que este espacio amplio y permisivo, que se ha abierto a escritores y periodistas, sea el resultado de la experiencia y fusión de este género con la historia, la literatura, el ensayo y el periodismo. Sin perder las cualidades que tuvo originalmente en la Historia, la crónica hoy ha evolucionado para establecerse como algo diferente a lo que fue en sus inicios. Indefinible en su estructura e inabarcable en sus elementos, este género entrega al periodismo un espacio de creatividad inmensamente necesario para hablar del mundo en estos tiempos.

Ella, “se instaure hoy como forma de relato, para contar aquello que no se deja encerrar en los marcos asépticos de un género. ¿Será más bien que el acontecimiento instaure sus propias reglas, sus propias formas de dejarse contar?”¹.

No es objetivo de este trabajo abarcar el desarrollo de la crónica en Chile, que sabemos que se remonta al descubrimiento de América. Ni mucho menos, llegar a establecer una definición única de *crónica*, porque hemos llegado a aceptar que por ahora, es imposible. Con ello sólo se encasillaría en una categoría de la que probablemente, tarde o temprano, terminará escapando a través de la pluma de un nuevo cronista, en respuesta a una nueva necesidad de los tiempos.

Será finalmente la crónica la que se defina por sí misma a través de tres grandes cronistas que aquí serán expuestos. Sin embargo, resulta imprescindible establecer algunos límites y rescatar características innegables de esta forma de escritura. Ello permitirá comprender de mejor manera cómo se ha desarrollado este género en la práctica, cuál ha sido el estilo que construyeron algunos de los más destacados cronistas durante el siglo XX en Chile, cuáles fueron las temáticas tratadas y qué elementos de la crónica les permitieron dicho desarrollo.

Es posible encontrar múltiples definiciones de crónica, tantas como a personas se les pregunte, dependerá de la disciplina que la defina e incluso en qué momento lo haga. En

¹ Reguillo, Rossana. Textos fronterizos. *La crónica: una escritura a la intemperie*, Revista de cultura latinoamericana, n° 11, año 4, Invierno 2000, Cecal España, pág. 21.

consecuencia a esta premisa, será necesario sobrevolar el camino recorrido por este género, hacer referencia a su origen, conocer sus más importantes movimientos, algunos de sus conflictos para incorporarse en determinadas disciplinas, y finalmente la diversa concreción que tiene en estos tiempos, a través de la pluma de Joaquín Edwards Bello, Hernán Millas y Pedro Lemebel.

“Toda definición es una interpretación selectiva, todo modo de contar la historia literaria es una opinión y que, como tal, es mutable con el tiempo y la perspectiva cultural”².

A. Crónica: del griego “cronos”; tiempo

Si llevamos nuestra mirada hacia el pasado, encontraremos a la crónica estrechamente relacionada con la historiografía. El origen de la palabra *crónica*, deriva del griego *cronos*, que significa tiempo. Así, entendemos por ello la narración como una serie de hechos, presentados en orden de sucesión. Sin embargo, la *crónica* hoy está prácticamente desligada de esa relación etimológica, o como explica Salvador Benadava, “con el tiempo se ha producido una desamentización de la palabra, la que ha terminado empleándose como un simple sinónimo de relato”³. Hoy posee un significado propio, diferente y tan extenso que de pronto pareciera inabarcable.

A pesar de que no fue completamente reconocida e integrada como un elemento de la historiografía, en aquellos tiempos fue más importante que cumpliera el rol de comunicar sobre las nuevas tierras que se habían descubierto, que insertarla rígidamente en alguna ciencia, con todas las restricciones que esto provocaría. En Chile, la necesidad a la cual la crónica le dio su servicio, fue la de los colonizadores, quienes se vieron en la obligación política y humana, de dar a conocer las tierras que habían conquistado, a través de los ojos de los navegantes.

“Son conocidos los cronistas de la conquista y de la colonia en América, casi todos clérigos, a los que Lemebel ha adjudicado el nombre de ‘curas sapos’ (...) se trata de

² Rotker, Susana. La invención de la crónica: *La crónica modernista y la crítica literaria*, Ediciones Letra buena, 1992, Argetina, pág. 19.

³ Benadava, Salvador. *Pedro Lemebel, apuntes para un estudio*, Mapocho, Revista de humanidades y ciencias sociales, n° 50, segundo semestre de 2001, pág. 44.

crónicas históricas, es decir, de la relación hechos o acontecimientos relevantes que presentan la evolución de una comunidad o de una persona a través del tiempo (...) Lo que les confiere el carácter de crónica (y no de historia) es su carácter más o menos subjetivo o interesado”⁴. En aquel tiempo se hizo imprescindible una forma de comunicación que narrara los diferentes sucesos en forma cronológica, y que además, permitiera conocer a través de la descripción, estas nuevas tierras, sus características naturales y cómo eran las personas que ahí vivían.

Frente a la inmensa cantidad de novedades que traía consigo el descubrimiento de un continente, y que no todos tenían la posibilidad de ser testigos directos, alguien debía asumir la tarea de transmitir todo esto en un texto descriptivo, construido con apreciaciones personales y lleno de anécdotas relevantes. La crónica era la indicada para asumir ese rol.

Sin embargo, a pesar de su origen tremendamente funcional a la época, no se puede omitir el espeso debate, que con el tiempo, se fue generando en torno de la definición y origen de la crónica. Especialmente sobre su pertenencia a la historia como una herramienta de valor historiográfico, más allá de un simple registro documental. Este debate ha estado orientado al análisis de la profundidad y los objetivos que tiene la narración histórica y la crónica, la importancia de la interpretación en cada una de ellas, y el diferente afán de explicación de ambos tipos de documentos.

La argumentación más básica entregada por los historiadores, para diferenciar su disciplina del trabajo de los cronistas, se puede resumir en la idea que; “el cronista narra simplemente lo que sucedió. El historiador, en cambio, no sólo relata lo que aconteció sino que además pretende explicarlo. Es justamente esta dimensión explicativa del relato del historiador, lo que hace de él un discurso significativo; esto es, un discurso que aspira a comprender los hechos del pasado. Se trata aquí de dos niveles distintos de elaboración de la experiencia. El primero –el del cronista- pertenece al dominio de la simple percepción. El segundo –el del historiador- al dominio propiamente de la ciencia”⁵.

Otro punto de discordia entre la crónica y la historia, es la amplitud de registro de hechos, que pretende abarcar cada una. La historia requiere de una visión global y específica, con el fin de explicar antecedentes y consecuencias de los actos, las causas y los

⁴ Benadava, Salvador. *Pedro Lemebel, apuntes para un estudio*, Mapocho, Revista de humanidades y ciencias sociales, n° 50, segundo semestre de 2001, pág. 43.

⁵ Fuentes Lorena, Rioseco Virginia. *Arqueología de la crónica*. Tesis UDP, pág. 20, Santiago 1997.

efectos a lo largo de la vida de la humanidad. La crónica en cambio, sólo describiría un momento específico desde una mirada particular. Por ello sería considerada un documento de análisis, cuyo aporte a la historia consistiría en entregar una, de las múltiples visiones, que existen sobre un objeto. Algo similar al valor documental que pudiera tener una carta, pero no puede ser considerada una herramienta propiamente historiográfica. Si la crónica era sólo una fotografía de un momento, la historia en cambio se acercaría más a la labor de un cineasta.

Actualmente el escritor Alfonso Calderón diferencia ambas disciplinas en cuanto a la inmediatez del relato en cada uno. La historia se escribe una vez que los hechos pueden ser observados desde una perspectiva más amplia, dada por el paso del tiempo y el distanciamiento emocional del historiador con los hechos que narra. Por su parte la crónica “es una visión particular y además comprometida en el sentido de la realidad histórica que uno vivió (...) Hay una cuestión testimonial por esencia (...) La crónica es un relato hecho sobre la inmediatez, a diferencia de la historia que requiere el paso del tiempo para evitar la pasión”⁶.

Sin embargo, resulta innegable que la crónica ha rescatado elementos de la historiografía, para constituirse como algo diferente. Más allá del significado que pueda tener cada trabajo –el del historiador y el del cronista-, o del rol que cumple cada uno en nuestra sociedad, ambos tienen su origen en hechos reales, que son registrados con más o menos subjetividad, para ser finalmente narrados. El objeto de estudio es el mismo; la realidad, por lo que se hace evidente que cronistas e historiadores hayan coincidido más de una vez, durante el desarrollo de sus trabajos. Cada uno eso sí, con mayores o menores ansias de precisión científica, y por cierto, con diferentes objetivos.

Todo este debate fue superado, finalmente, no por una delimitación estricta del espacio de cada una, ni por una definición convincente y acabada de la crónica, sino por el peso de las circunstancias. Los cambios sociales e históricos, fueron exigiendo y estableciendo una definición más específica de las ciencias, lo que en concreto acabaría alejando a la crónica de la historiografía.

Durante el siglo XIX la humanidad experimentó cambios profundos en la forma de organizar el mundo, y los giros de pensamiento que fue teniendo la sociedad, terminaron

⁶ Calderón, Alfonso. Entrevista, jueves 3 de Octubre de 2002.

por incomodar a la crónica dentro del espacio de la historiografía, donde en realidad, nunca se sintió del todo acogida. El pensamiento Ilustrado y su idea del conocimiento exclusivamente a través de la razón, terminaron por imponer ciertas exigencias a la historia, en cuanto a la rigurosidad que debía tener en la investigación, el estudio y finalmente la exposición de los hechos de la humanidad.

Según lo propuesto por Paul Ricoeur en su libro *Historia y narración*, la historiografía, en su afán de consolidarse como una ciencia positiva, comienza a excluir los aspectos narrativos retóricos de sus textos, apegándose del modo más estricto posible a la realidad. “La distancia y la oposición entre historia y crónica, entonces, comienzan a ampliarse hasta tal punto, que esta última termina por ser simplemente expulsada de la formación discursiva historiográfica”⁷.

¿Pero por qué ocurre la expulsión de un género de un lugar a otro, en vez de la adaptación de éste, a las nuevas circunstancias de la historiografía?

Esta pregunta puede ser respondida a través de la concepción que se tiene sobre los géneros en esencia. Si bien la crónica nunca estuvo sometida a la historia, J.L Martínez Albertos, hace una aclaración en cuanto a los motivos del cambio de discurso que puede sufrir un género. “Los géneros son, por consiguiente, modalidades históricas específicas y particulares de la creación literaria, modalidades concebidas para lograr unos fines sociales muy determinados”⁸. Esto reafirma el nacimiento de la crónica de un modo funcional a la historia en ese contexto, más no dependiente, y se comprende además su posible migración como género autónomo a un nuevo espacio.

Cuando la Historia decide prescindir del carácter narrativo en su trabajo, la crónica opta por alejarse. El carácter narrativo resulta tan elemental en su estructura, que es imposible abandonarlo. De todas formas habían sido sus elementos narrativos, más literarios, los que le crearon conflictos desde un inicio con esta disciplina. Todos estos cambios la llevarán a acercarse, y comenzar a integrarse, a un nuevo espacio de desarrollo; la literatura y el periodismo.

⁷ Fuentes Lorena, Rioseco Virginia. *Arqueología de la crónica*. Tesis UDP, pág. 184, Santiago 1997.

⁸ Martínez Albertos, J.L *Curso de redacción periodística*. Ed. Paraninfo, pág. 392. España 1992.

Durante el siglo XIX, desde 1840 en adelante, ambos tipos de narración se entrelazaban en un mismo medio de comunicación: los periódicos. Y será ahí donde la crónica adquiriera un nuevo perfil.

B. La intersección entre periodismo y literatura

Como señalan las periodistas Lorena Fuentes y Virginia Rioseco, en su tesis *Arqueología de la crónica*, esta formación textual denota cierta hibridez “que se manifiesta ante todo en la infiltración de elementos literarios en la información, y de información en lo literario (...) Así es entonces que encontramos a la crónica a fines del siglo XIX... entre la literatura y el periodismo; entre la verdad y la ficción”.

Para comprender como ha ocurrido esta combinación de elementos de diferentes disciplinas, cabe mencionar lo que estaba ocurriendo paralelamente, en el periodismo. Al igual que con la Historia y la crónica, también comenzaron a manifestarse una serie de cambios de objetivos y formas de realizar el trabajo periodístico.

A mediados del siglo XIX, la prensa tenía una función educadora/racionalizadora. Pero ya “hacia la década del 80 (1880), la prensa latinoamericana sufrió un cambio similar al de los escritores; ambos empezaron a dejar de ser tan sólo difusores del predicado estatal, para buscar su propio espacio discursivo”⁹. Junto con ello los medios de comunicación escritos, integraron los avisos comerciales en muchas de sus páginas. Ello, más algunos adelantos tecnológicos como el telégrafo, fueron incentivando la internacionalización de la prensa. Nacen los *reporters*, los corresponsales, y se reproducen artículos de diarios Europeos y Estadounidenses.

Estos diarios se van componiendo a través de una mixtura de géneros y encuentros de discursos¹⁰. Como consecuencia de ello, la frontera entre realidad y ficción se va haciendo más difusa. “La voluntad literaria y el encanto descriptivo excede por mucho el interés de la información (...) Hasta los 80 el diario era el lugar de las letras. Luego la

⁹ Rotker, Susana. La invención de la crónica: *El lugar de la crónica*, Ediciones Letra buena, 1992, Argentina, pág 85.

¹⁰ Estas ideas fueron extraídas del texto de Susana Rotker, *Op. Cit.* Pág. 86.

práctica de la escritura se diversificó, llegando a competir en el interior de una nueva división del trabajo”¹¹.

Tenemos entonces que hay un medio de comunicación en esencia, que expone el trabajo del periodismo más duro, junto con el de los literatos. Después de 1880, se comienza a plantear la idea de que “los lectores quieren noticias y anécdotas políticas, y la menor literatura posible (...) La crónica imponía como condiciones fundamentales que se dejara leer fácilmente y que atrajera e interesara al lector”¹². Ya en esta época podemos encontrar una serie de características que conformaban, al menos en teoría, una crónica. Según Antonio Castro Leal, esta construcción textual debía estar escrita en prosa fluida, ágil, sin comienzo ni dificultades para el lector, tratar temas de actualidad mostrando puntos de vista y reflexiones, y agregando imaginación y poesía.

Por su parte, los escritores tenían escasas posibilidades de sobrevivir en términos económicos, por lo que veían en los periódicos una alternativa de amplia difusión de sus textos, y por otra parte un trabajo con salario fijo, aunque no fuera el ideal de un literato por su condición de *artista no empleado*¹³. Al escritor, a diferencia del periodista, se le permitía que revelara un poco de estilo en sus textos. Por ello terminarán reconociendo que la crónica escrita en los diarios, es una verdadera escuela de estilo.

Reunidos periodistas reporteros y escritores literatos, en un mismo espacio de expresión, salen a la luz una vez más ciertas dificultades en la diferenciación de ambas actividades. Por una parte la literatura era considerada un arte y no así el periodismo. El arte no era en esencia un privilegio masivo, nadie recibía honorarios por hacerlo, ni mucho menos se realizaba bajo presión como en la prensa. “Era demasiado difícil dar un salto tan grande en la propia cultura, como para que los modernistas pudieran comprender que en el periodismo estaban haciendo una versión propia de la literatura popular”¹⁴.

Los cronistas modernos buscaron diferenciarse del reportero reforzando la mirada subjetiva como característica de su escritura. En Estados Unidos “el nuevo periodismo del

¹¹ Rotker, Susana. La invención de la crónica: *El lugar de la crónica*, Ediciones Letra buena, 1992, Argentina, pág 89-91.

¹² *Ibid.* Pág. 91 y 93.

¹³ Con este término se hace referencia al concepto que había en esos años de que un artista, por su condición de creador de arte, no podía estar empleado, trabajando bajo presión y con un salario que presionaba su producción.

¹⁴ Rotker, Susana. La invención de la crónica: *El lugar de la crónica*, Ediciones Letra Buena, 1992, Argentina, pág 99.

momento: investigar hasta el fondo, usar recursos narrativos para llamar la atención y hacer vívida la noticia”¹⁵. Según Susana Rotker el rol del cronista era “presentar del modo más luminoso una fotografía diaria de las cosas del mundo”.

Los análisis y discusiones para definir literatura y periodismo, han sido muy amplios a todo nivel, tanto así que aún no terminan. Una acabada diferenciación de ambas formas de escritura, pasaría por establecer temas tan relativos y filosóficos como qué se entenderá por arte, cuáles son los temas que puede tratar en cada tipo de escritura, en qué extensión, quién los debería escribir. Y estas respuestas estarán siempre sujetas a variaciones temporales.

Y mientras ambas disciplinas hacían esfuerzos por separarse y delimitar sus campos, la crónica se internaba entre ellas como un nexo concreto.

“Un género nuevo, donde comunicación y creación, información, presiones externas, y arte parecían reñidas, pero terminaron encontrando en las crónicas su espacio de resolución”¹⁶. Resolución que no complacía a los protagonistas, sino que más bien los sometía a una convivencia confusa.

Dentro del periódico aparecen estos textos que, por una parte, rescataban el permiso a la subjetividad, el estilo y el espíritu literario, y por otra, la presencia de datos, informaciones y actualidad. Entonces periodismo y literatura ya no sólo comparten un espacio común de expresión: el periódico, sino también algo tan elemental como la estructura de algunos de sus relatos; la crónica reunía a ambas disciplinas.

Hoy, un siglo más tarde, aún se intenta hacer la diferenciación entre crónica periodística o informativa y crónica literaria, aunque para el mismo autor que hace esta diferenciación, Martín Vivaldi, la distinción resulta un tanto artificial ya que todo buen cronista informa literariamente. “Todavía es costumbre difundida sostener que lo "literario" de un texto, disminuye en relación directa al aumento de la referencialidad a la realidad concreta. Este es uno de los razonamientos que ha entorpecido la evaluación de la crónica como literatura, y que tampoco le hace justicia al buen periodismo”¹⁷.

¹⁵ Rotker, Susana. La invención de la crónica, *El lugar de la crónica*, Ediciones Letra Buena, 1992, Argentina, pág 99.

¹⁶ *Ibid.* Pág. 99.

¹⁷ *Ibid.* Pág. 99.

Toda esta discusión sobre la pertenencia de la crónica a una disciplina u otra, pasa también por un tema que antes mencionamos: la presencia de realidad y ficción en el relato. Hoy aún no hay plena coincidencia sobre autorizar o no la presencia de ficción en una crónica. Entre otras cosas porque “es difícil establecer límites entre lo real y lo ficticio y es frecuente que los cronistas transiten entre un plano y otro”¹⁸. Como veremos luego, los tres cronistas destacados que aquí se retratan, han sobrepasado en algún momento, con mayor o menor fuerza, la barrera de la realidad. Crónicas que mezclan realidad, hechos verosímiles, situaciones posibles y recreaciones hipotéticas.

Si bien tanto periodistas como escritores coinciden en afirmar que, en teoría, la crónica debiera retratar sólo realidad, también concuerdan en dudar sobre cuál es el límite entre ficción y verdad. El escritor Alfonso Calderón prioriza la comunicación y explica que “todo cronista o diarista ficcionaliza (...) Estoy apelando a una forma de comunicación directa en la cual seguramente hago también ficción (...) Todo autor convierte en ficción lo que ve, lo transforma, y al transformarlo da paso a la ficción”¹⁹.

El tema pasa por algunas relatividades difíciles de determinar. Como qué es realidad y qué es ficción, ¿los recuerdos o la subjetiva perspectiva personal son una ficcionalización de la realidad?, ¿Existe algo cien por ciento real?

Para el escritor Guillermo Blanco el tema es más simple. La crónica debe estar inspirada sin duda en cosas reales, pero existiría un pequeño espacio para la fantasía, en cuanto a manifestación de estilo. Cita como ejemplo el trabajo de Hernán Millas en la revista Hoy con su columna Semiserio. “Es un juego limpio, porque no se trata de hacer creer al lector que los diálogos son reales. Por eso yo le asigno, sobre todo a lo que hace Hernán, mucha afinidad con la caricatura. Para hacer entender mejor la realidad la deforma, eso es lo que hace la caricatura”²⁰.

Y en aquello coincide con Alfonso Calderón cuando éste agrega que “la imaginación creadora no se construye en torno a fronteras sino que se construye por un

¹⁸ Benadava, Salvador. *Pedro Lemebel, apuntes para un estudio*, Mapocho, revista de humanidades y ciencias sociales, n° 50, segundo semestre de 2001.

¹⁹ Calderón, Alfonso. Entrevista, jueves 3 de Octubre de 2002.

²⁰ Blanco, Guillermo. Entrevista, jueves 10 de Octubre de 2002.

impulso natural a consolidar un estilo personal, que recoge o registra la realidad. Pero la realidad es mutable según como la mires y en el momento que la mires”²¹.

Sin embargo, no hay duda que al menos hoy el trabajo periodístico es en esencia realidad. Pero también ocurre que “grandes escritores que se han metido en este cuento (de hacer crónica) no siempre lo distinguen. El caso más claro es el de García Márquez, que cada vez que escribe algo (...) no siempre es muy riguroso con los datos, porque se deja llevar por la fantasía. Y eso hace que los textos sean muy atractivos, pero salvo que uno crea que no hay un principio ético... como decía un amigo mío ‘no dejes que la verdad estropee una buena historia’, yo creo que eso no es ético. Puede ser una manera bonita de decir algo pero es una estafa para el público. Yo siento que mi aproximación a la verdad es la primera obligación”, afirma el periodista Abraham Santibáñez.

A esto agrega que el principal problema de integrar fantasía en la crónica radica en que el lector difícilmente podrá, años más tarde, diferenciar entre qué fue verdad y qué se inventó. Sobre todo considerando que el público supone que lo que aparece en los diarios es real. A pesar de ello reconoce que “si aceptamos la idea de los tres géneros; opinión, interpretación e informativo, en interpretación e información nunca cabe la ficción. Qué es lo que pasa en opinión (que es donde él categoriza la crónica), yo no debería meter la ficción, en lo que se refiere estrictamente a forma periodística, pero es tan amplio el género, porque es el reflejo de la libertad de expresión de la gente (...) que yo aceptaría que como parte de ese juego también entrara la ficción. Pero solamente sobre la base de opinión”²².

La división entre realidad y ficción es un tema no resuelto, como muchos aspectos de la crónica, y se verá con mayor claridad cuando conozcamos de cerca el trabajo de los cronistas, qué es lo que se permite cada uno y cómo lo justifica.

La falta de claridad no implica marginar al género del trabajo periodístico. Si recordamos la idea planteada en un principio, de entender los géneros como elementos funcionales a las necesidades de la época, capaces de migrar de un lugar a otro, comprenderemos por qué la crónica sigue inserta en el periodismo, a pesar de los debates que esto genera. Esto puede ser comprendido cuando observemos en el siguiente capítulo

²¹ Calderón, Alfonso. Entrevista, jueves 3 de Octubre de 2002.

²² Santibáñez, Abraham. Entrevista, jueves 10 de Octubre de 2002.

cuál es el rol que está cumpliendo la crónica en el periodismo, que al parecer está muy lejos de desaparecer.

C. La importancia del rol por sobre la definición

La “información” es hoy un producto que se transa en los diversos modos de la cultura. Si bien los medios se ocupan de ella, la información no se somete a estos, siendo capaz de trascenderlos. Prácticamente un lector puede variar de un medio a otro obteniendo la misma cantidad y calidad de datos. Desde hace ya bastante tiempo, la diferencia entre un producto periodístico y otro, no radica en la capacidad de entregar una buena información en términos cuantitativos, sino más bien en lo cualitativo, en la forma de comunicarla, en los distintos niveles de profundidad, análisis, relación y valoración que puedan hacer los periodistas con los datos que cuentan.

El periodista Abraham Santibáñez alude a este asunto diciendo que es un “problema que se ha ido agravando con la expansión y desarrollo del periodismo; la incapacidad del hombre común y corriente para mantenerse informado, debido -paradójicamente- al exceso de información que lo abrumba. La multiplicidad de medios informativos ha llevado en la práctica a una saturación que desborda las posibilidades reales del público de estar al día”²³.

Es por ello que adquiere tanto valor una herramienta como la crónica; por la necesidad del público de estar informados, a través de textos reflexivos, elaborados y más cercanos. Textos que contienen la visión de otro ser humano igual al lector, pero más informado, con mayor manejo del tema, y que lo expresa a través de un estilo atractivo y fácil de comprender.

J.L. Martínez Albertos, divide en categorías la información: una comunicación literaria, periodística y de datos. “Durante más de cien años el lenguaje periodístico ha estado luchando por conseguir su propia identidad como hecho cultural frente al colonialismo del lenguaje literario; cuando finalmente está casi lograda del todo, el rumbo histórico impone a los periodistas (...) un nuevo acercamiento psicológico y formal a ese

²³ Santibáñez, Abraham. *Periodismo interpretativo*, Editorial Andrés Bello, 2ª edición actualizada, 1995, pág. 13.

mismo lenguaje poético”²⁴. A esto agrega, que el motivo no está en la fuerza atractiva que la literatura pueda ejercer en el periodismo, sino en evitar un nuevo colonialismo sobre el periodismo, quizás peor que el de la literatura: el que impone la fría perfección de la comunicación de datos.

En esta búsqueda constante de la prensa escrita por responder a las necesidades sociales, en medio de una era altamente tecnológica y de cambios acelerados, hoy más que nunca ha tenido que apropiarse de un género como la crónica, para evitar ser absorbido por la comunicación de datos, altamente desechable, reemplazable e impersonal. Hoy se destaca como una cualidad la capacidad que pueda tener un periodista, ya no un literato, de escribir crónicas marcadas por el estilo, dejando de lado las aspiraciones objetivas, en favor de un periodismo más profundo y diferenciado.

El objetivo que cumple la crónica dentro del periodismo, es para el cronista Guillermo Blanco, muy claro. “Responde a una necesidad real. En alguna parte, cuando uno está leyendo un diario o una revista tiene que encontrarse algo oxigenado”²⁵. Y profundiza en la misión del periodismo, señalando que no es sólo dar noticias; sino que además “corresponde ayudar a la sociedad, a entender en qué mundo estamos”. Para ello a juicio del cronista, existen los géneros clásicos; informativo, interpretativo y magazinesco, “pero queda un campo, del mundo en que vivimos, que no está cubierto por ninguno de esos tres géneros. Y ahí entra la crónica (...) ayudando a entender el mundo de hoy. Ese es para mí el requisito clave, es lo que define a la crónica. Y la gracia que tiene es una enorme libertad de forma”²⁶.

Uno de los maestros mexicanos de la crónica, Carlos Monsiváis ha sido aún más drástico en la defensa de la crónica como género necesario; “debo confesar que a uno la crónica le gustó por oposición a un tipo de redacción frígido y limitante, que se quiere hacer pasar por objetivo y más bien evidencia pobreza”.

Pero además del rol que cumple dentro del periodismo, que conoceremos mejor a través de cada cronista, existe otro elemento más que resulta beneficioso incluir en esta reflexión: la hipótesis que indica que fueron algunas circunstancias

²⁴ Martínez Albertos, J.L. *Curso general de redacción periodística*. Editorial Paraninfo, pág. 394. España 1992.

²⁵ Blanco, Guillermo. Entrevista, jueves 10 de Octubre de 2002.

²⁶ *Ibid.*

sociales, propias de Latinoamérica, las que influyeron en la expansión de la crónica en este sector del planeta. Según esto la crónica habría cumplido una labor más allá de la mera transmisión de información, y es lo que analizaremos a continuación.

D. Una historia no oficial

Tanto periodistas como escritores han encontrado en la crónica el mejor, y si no único, espacio para comunicar a cabalidad un hecho, una situación, o aspectos de un personaje o un lugar, de un modo muy distinto al de la información compuesta exclusivamente por datos. Joaquín Edwards Bello, Hernán Millas y Pedro Lemebel, de maneras muy diferentes, han dado forma a este género que pareciera haberse alojado finalmente en la pluma de cualquiera que necesite hablar del mundo, y de esos otros submundos insertos en la ciudad, con verdad y estilo.

Esta forma de narración “es un recurso humano que permite al hombre comprender lo real representándolo, contándolo, aunque su conocimiento de lo real aún no haya alcanzado elaboraciones teóricas”²⁷.

Lo que la crónica ha ido rescatando, es una serie de “fotografías textuales” de la realidad, que si no hubiesen sido registradas por el cronista, probablemente se habrían olvidado al poco tiempo, cuando ya no quedarán testigos vivos de esos momentos. Susana Rotker, en un trabajo realizado sobre la crónica venezolana de la década del 80, nos dice que la urgencia de los cronistas a partir de los años 70, fue recoger pedazos de realidad que fueran símbolos de una cosa mayor. Por ello serían textos no acabados, sin un principio ni final rígido. Esta reconstrucción de realidad, a través de las imágenes que proyecta la crónica, busca rescatar el sentido de lo que es un país. Así lo comprobaremos en los capítulos siguientes con los cronistas chilenos, quienes han realizado un retrato de la idiosincrasia de nuestro país, a través de la observación de diferentes detalles, y la narración de anécdotas simbólicas.

Pero toda esta motivación de registro, es producto de una necesidad social que finalmente exige cambios en las disciplinas. Se podría decir que existieron algunos hechos

²⁷ Rotker, Susana. *La crónica venezolana de los 80: una lectura del caos*. Hispamérica, n°64/65, abril-agosto, 1993, pág. 56.

que fueron abriendo paso a la crónica en América Latina, según antecedentes que se han evaluado. “Las diferentes maneras en que las sociedades latinoamericanas hicieron frente al despegue de una modernidad que no fue capaz de incorporar la diferencia, la cultura profunda, que encontró en el melodrama la posibilidad de expresión que la modernidad oficial negaba (...) Se ha producido una revolución silenciosa en los modos de contar el mundo”²⁸.

Este modo diferente de contar el mundo, va más allá de las clasificaciones estrictas que se puedan o no, hacer de la crónica en cuanto a estructura. Existe la certeza de que uno de los elementos esenciales que ha tenido este género, es el de ser una especie de narración histórica *no-oficial*. Aquella que no aparece necesariamente en los libros de historia, ni en las noticias más relevantes del día. Aquella que se construye con pedazos pequeños y significativos que revelan idiosincrasias, modos de ser auténticos, lo cotidiano. La crónica nos entrega una visión particular, personal, que tiene un testigo sobre un hecho, personaje o situación, en determinado tiempo. Se entiende que es una perspectiva diferente y no aquella presentada por un discurso oficial.

Cuando hacemos alusión a aquella característica de la crónica como historia *no oficial*, inmediatamente sale a la luz otra de sus características, intrínsecamente ligada a la anterior: la denuncia. Muchos de estos textos revelan aquello que no quería ser destapado o que nadie quería ver. “Sus personajes suelen ser antihéroes de la noche urbana, políticos arribistas, cantantes decrépitos, nostálgicos, corruptos, oscuros marginales”²⁹. Estas temáticas son comunes en muchos de los cronistas de Latinoamérica, incluyendo a Pedro Lemebel.

Rosana Reguillo también hace una reflexión en *Textos fronterizos: la crónica: una escritura a la intemperie*, sobre este carácter de denuncia. “Es incómoda, como incómodo testigo de aquello que no debiera verse, por doloroso o por ridículo, que a veces es lo mismo (...) La crónica fisura el monopolio de la voz única para romper el silencio de

²⁸ Reguillo, Rossana. Textos fronterizos. *La crónica: una escritura a la intemperie*, Revista de cultura latinoamericana, n°11, año 4, Invierno 2000, Cecal España, pág. 21.

²⁹ Rotker, Susana. *La crónica venezolana de los 80: una lectura del caos*. Hispamérica, n°64/65, abril-agosto, 1993, pág. 63.

personas, situaciones, espacios, normalmente condenados a la oscuridad del silencio (...) Volver visible lo que suele quedar oculto en la narración”³⁰.

Agrega además, que la crónica ha puesto en crisis los discursos legítimos, al narrar una historia paralela distinta. A pesar de que pueda hacer referencia a los mismos acontecimientos, entrega un punto de vista original, otros antecedentes, el de las diferencias, abriendo nuevos canales de comunicación y de opinión.

Toda esta historia *no-oficial* retratada por la crónica, habría sido impulsada por la necesidad, en este caso de países Latinoamericanos, de relatar aquello que no tenía cabida en el discurso oficial. La misma globalización ha obligado a establecer consensos en los discursos que se entregan como país, y por ende, en las opiniones y la construcción de la historia. La modernidad ha implicado reducir la complejidad del mundo. La crónica rescata esa complejidad, y el periodismo, que también es un ente modernizador, puede aún sentirse incómodo a ratos con ella.³¹

“Si el melodrama se instaure como forma de relato en el momento de crisis del proceso modernizador, la crónica lo hace en el momento en que se incrementan las señales de fracaso de ese proceso modernizador (...) Hoy lo diferente no está más en una isla lejana, sino en el centro mismo de la cultura ‘propia’ (...) Las crónicas que transitan por diversos territorios han puesto en apuros a las visiones dominantes”³².

Antiguamente las crónicas indianas cumplieron la misión de retratar un nuevo continente, revelando todo aquello que podía ser de interés para quienes no estaban siendo testigos directos de aquel pedazo de historia. Hoy, los avances tecnológicos nos permiten conocer cualquier realidad mundial a través de internet, y de sus propios protagonistas. Extrañamente, hoy lo desconocido son los diferentes niveles de realidad que conviven en una ciudad. Por ello, en estos tiempos, la crónica se hace cargo de retratar esa realidad cercana en cuanto a espacio, pero que permanece soterrada.

Guillermo Blanco hace alusión también a este tema al definir el rol de la crónica, diciendo que ésta debe hablar de todo aquello que conforma la realidad humana, pero que

³⁰ Reguillo, Rossana. Textos fronterizos, *La crónica: una escritura a la intemperie*. Guaraguao, revista de cultura Latinoamericana, año 4 n° 11, Invierno 2000, Cecal España, pág. 25.

³¹ Esta idea fue extraída del texto de Rossana Reguillo *La crónica: una escritura a la intemperie*. Op. Cit.

³² *Ibid.* Pág. 29.

no tiene cabida como titular de un diario. Rescatar esas cosas en apariencia pequeñas, pero llenas de significado.

Hemos mencionado por una parte, el lugar donde encontramos el origen de la crónica, qué objetivos está cumpliendo en este tiempo, hemos dicho que es una de las principales fuentes de registro no oficial de la realidad, y sin embargo, aún no podemos caracterizarla en cuanto a su esencia. Y es que la crónica resulta difícil de definir, y exige conocer antecedentes y diferentes puntos de vista, que nos ayuden a comprender su particular forma. Pero ahora que contamos con antecedentes fundamentales, corresponde preguntarse ¿a qué se le llama crónica hoy?, o al menos, qué características ha tenido en nuestro país, con qué elementos se ha ido conformando y cómo el periodismo ha intentado definirla en términos teóricos, para lograr insertarla en el tramado de conversación de sus oficinistas, los periodistas y el vasto mundo del que hacer académico.

“La categorización de las crónicas es compleja y apasionante; como lugar de encuentro del discurso periodístico y del literario contiene dos tipos de significación”³³.

E. La carga literaria

“Carlos Monsiváis define la crónica como una reconstrucción literaria de sucesos o figuras, género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas. Esto implica la no muy clara ni segura diferencia entre objetividad y subjetividad (...) En la crónica -agrega- el juego literario usa a discreción la primera persona o narra libremente los acontecimientos como vistos y vividos desde la interioridad ajena”³⁴.

En los inicios del siglo XXI, la crónica pareciera estar instalada dentro del cuerpo del periodismo, al menos en teoría. En el ejercicio de esta profesión, se ha aceptado el estilo y la opinión dentro de algunos de sus géneros como el periodismo interpretativo o de opinión. Y “la crónica es el laboratorio de ensayo del estilo (...) El lugar del nacimiento y transformación de la escritura, el espacio de difusión y contagio de una sensibilidad y de una forma de entender lo literario que tiene que ver con la belleza, con la selección

³³ Rotker, Susana. *La invención de la crónica: El lugar de la crónica*, Ediciones Letra buena, 1992, Argentina, pág. 113.

³⁴ Monsiváis, Carlos. *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, Ediciones Era, 7ª reimpresión, México D.F., 1993. Citado en *Pedro Lemebel, apuntes para un estudio*, pág. 44.

consciente del lenguaje, con el trabajo por medio de imágenes sensoriales y símbolos (...) Lamentos aparte: el cambio poético comenzó en los periódicos y fue allí donde algunos modernistas consolidaron lo mejor de su obra”³⁵.

No obstante, si bien el periodismo ha integrado una carga literaria, en cuanto a la existencia de sellos personales, existen otros motivos, entre ellos las características narrativas, por los que la crónica no puede ser desarraigada de su carácter literario.

“¿Qué es lo que hace que estos textos informativos, noticiosos, sean obras arte? Lo que los distingue y constituye proviene de la voluntad de escritura del cómo se ha verbalizado el discurso”³⁶.

La crónica no sólo centra su interés en lo que está contando, en su relevancia noticiosa o en la rigurosidad de los datos, sino que sobre todo en el modo de decir, en la selección de palabras, en la estética del texto. Por ello, Susana Rotker considera a la crónica como “intermediaria entre el discurso literario y periodístico, pero, en definitiva, como género literario. Así, es necesario incluso recordar textos modernistas que, de ser publicados primero en los diarios, pasaron a ser leídos como cuentos, despojados luego del elemento de actualidad”³⁷.

Lo que señala Rotker, ha sucedido con todos los destacados cronistas chilenos a los que se hará referencia más adelante. En el caso de Edwards Bello sus crónicas fueron compiladas por Alfonso Calderón en varios volúmenes, y aún son leídas principalmente por su atractivo narrativo y porque presentan un perfil de la historia de 1900, diferente. Lo mismo ocurre con los textos de Hernán Millas y Pedro Lemebel, que también han sido publicados en libros, luego de ser presentadas en algún medio de comunicación.

“Si como material periodístico las crónicas debían presentar un alto grado de referencialidad y actualidad (la noticia), como material literario han logrado sobrevivir en la historia una vez que los hechos narrados y su cercanía perdieron toda significación inmediata, para revelar el valor textual en toda su autonomía”³⁸.

³⁵ Rotker, Susana. La invención de la crónica: *El lugar de la crónica*, Ediciones Letra buena, 1992, Argentina, pág. 96.

³⁶ *Ibid.* Pág. 96.

³⁷ *Ibid.* Pág. 90.

³⁸ Rotker, Susana. La invención de la crónica: *El lugar de la crónica*. Ediciones Letra buena, 1992, Argentina, pág. 101.

Cuando el texto pierde su carácter de actualidad, cuando el tema deja de ser noticioso en términos periodísticos, la crónica sigue viva por su valor literario, y por la información anecdótica entregada en sus páginas. De esta forma tiene la excepcional capacidad de transmitir la historia de un modo atemporal, en cualquier momento, porque no muere junto al diario y muchas veces son compiladas y publicadas en libros haciéndose aún más duraderas. “Encontraron así la superioridad certificada del libro sobre el mero reportaje, es decir, su legitimidad dentro de la esfera de la cultura”³⁹.

Para comprender su valor literario y periodístico, se podría decir que es en primera instancia periodística, y que con el paso del tiempo va revelando sus características literarias en esencia. Además de su mérito literario, que queda para superar la barrera del tiempo, como un envoltorio que conserva el texto intacto en su valor y calidad, la crónica originalmente nace de una situación real, por lo que en su origen radica principalmente su carácter periodístico (entre otros elementos). Es ese requisito el que quizás la hace sentirse comprometida con el periodismo.

“Lo que distingue al periodista de cualquier otro escritor, poco o nada tiene que ver con la literatura. La distinción que le da carácter propio es independiente de ella. Se llama periodista al literato que escribe con frecuencia o casi a diario en un pliego grande o hoja volante”⁴⁰. Aunque para algunos casi no exista diferencia entre el trabajo de un periodista y un literato, en cuanto a calidad de la creación, el tema no ha sido cosa menor. Quizás la complejidad del debate sea porque las diferencias son mínimas, sobre todo al compartir un canal común. Y la crónica así lo ha demostrado.

Por todo esto quizás haya que aceptar los hechos y dejar que este género permanezca en ambos bandos, y comenzar más bien a observar sus características, más allá de quien sea el “dueño”. Esto es importante puesto que, precisamente, este texto se inserta en un trabajo académico, que quiere alcanzar el mérito de una tesis. “El criterio de factualidad no debe incluir ni excluir a la crónica de la literatura o el periodismo. Lo que sí

³⁹ Rotker, Susana. *La crónica venezolana de los 80: una lectura del caos*. Hispamérica, n°64-65, Abril Agosto, 1993.

⁴⁰ Rotker, Susana. *La invención de la crónica: El lugar de la crónica*. Ediciones Letra buena, 1992, Argentina, pág. 118.

era y es un requisito de la crónica es su alta referencialidad -aunque esté expresada en un sujeto literario- y la temporalidad (la actualidad)”⁴¹.

Más allá de los análisis y teorías del género, lo cierto es que la crónica ha aprovechado ese espacio de intersección entre ambas disciplinas, y gracias al vacío de clasificación que la envuelve, ha podido tomarse la libertad de combinar elementos, concretándose como un género excepcional.

“La marginación de las crónicas no responde a un criterio “científico” o inapelable; es el resultado de una interpretación selectiva, hecha a menudo como una domesticación de la lectura y situada a su vez sobre capas sucesivas de otras lecturas. Hace falta excavar desde otros ángulos y territorios para ampliar el horizonte de comprensión”⁴².

Si se observan las diferentes capas que componen la crónica, se pueden percibir los elementos que ha heredado de diferentes disciplinas antes mencionadas y que cabe recordar ahora que hemos avanzado en la reflexión.

Cuando hablamos de su origen en la historiografía, se dejaron entrever algunos elementos que la crónica rescataba de esta disciplina, y que aún lo hace. Especialmente aquel carácter de registro de los hechos de la humanidad, sin importar si son grandes o pequeños. Por otra parte aquel rol de observador de la realidad, siendo el cronista más que nada un testigo permanente, situado en un ángulo diferente al del historiador.

A medida que ha pasado el tiempo, y con ello cambiado los objetivos de la crónica, de pronto se puede observar que este género integra también elementos del ensayo. Aunque en este punto, como en casi todos también hay opiniones diferentes. Para Alfonso Calderón la crónica no integra elementos de un ensayo, en ningún caso, y el cronista Guillermo Blanco, frente a la pregunta de si es posible que la crónica contenga elementos de este género responde que “desde luego. Aquí las fronteras son muy complicadas. Pero yo creo que el objetivo de la crónica es un poco menor”⁴³.

En el caso de aceptar la cercanía del ensayo con la crónica, ésta se vería reflejada en la capacidad de análisis que el cronista revele en torno a un tema. Los mismos cambios en los objetivos del periodismo, permitieron el desarrollo de las reflexiones personales de los

⁴¹ Rotker, Susana. La invención de la crónica: *El lugar de la crónica*. Ediciones Letra buena, 1992, Argentina, pág. 111.

⁴² Rotker, Susana. La invención de la crónica: *La crónica modernista y la crítica literaria*. Ediciones Letra buena, 1992, Argentina, pág. 17.

escritores sobre la base de hechos concretos. Pero sin duda el objetivo de la crónica no está en el mismo nivel que el de un ensayo.

Y como ya fue descrito, de la literatura recoge la importancia del estilo, del autor y su sello identificador que hace del relato algo diferente. Teniendo esta serie de elementos claros, es posible ahora observar cómo la crónica se ha integrado a la labor periodística. Cómo se ha definido, y qué características se le reconocen.

F. La crónica desde el periodismo, hoy

En términos periodísticos teóricos, (luego veremos el desarrollo que ha tenido en la práctica), la crónica ha sido definida hoy de diferentes formas, buscando contener el significado del término en toda su amplitud. G. Martín Vivaldi, en su libro *Géneros periodísticos* la define primero a grandes rasgos como: “un relato enjuiciado de los hechos que se narran”. Luego especifica que en esencia, “es una información interpretativa y valorativa de hechos noticiosos, actuales o actualizados, donde se narra algo, al propio tiempo que se juzga lo narrado”. Para él la diferencia de la crónica con otros géneros informativos, radicaría en la interpretación y valoración que el cronista hace de los hechos.

Agrega, además, que la crónica se vale de dos elementos: el hecho noticioso y el juicio del cronista. Ambos elementos serán protagonistas, unidos y plasmados a través de un estilo. La pluma o estilo la entenderemos como una “expresión de personalidad literaria, como modo de hacer personalísimo⁴⁴”.

Para Martínez Albertos, la definición de crónica es, una “narración directa e inmediata de una noticia con ciertos elementos valorativos, que siempre deben ser secundarios respecto de la narración del hecho en sí. Intenta reflejar lo acaecido entre dos fechas⁴⁵”. En esta última acotación, quedarían fuera muchas narraciones que no necesariamente se ubican entre dos fechas, o donde el tiempo de lo narrado no fuera de importancia. Por ello esta definición pareciera quedar un poco estrecha, sobre todo cuando veamos en qué se ha concretado la crónica en la mano de algunos de los más destacados

⁴³ Blanco, Guillermo. Entrevista, jueves 10 de Octubre de 2002.

⁴⁴ Martín Vivaldi. *Géneros periodísticos*. Editorial Paraninfo 5ª edición. 1993.

⁴⁵ Martínez Albertos, J.L. *Curso general de redacción periodística*. Editorial Paraninfo, pág 346.

cronistas del siglo XX en Chile. Muchas veces será un tiempo global indefinido, o bastará un instante para crear una excelente crónica.

Por su parte el periodista Abraham Santibáñez afirmó en su libro *Periodismo Interpretativo* que “una crónica (...) nunca será ni más ni menos que eso, es decir, una acumulación de hechos, afirmaciones, opiniones de entrevistados, y todo el producto de una labor de reporteo e investigación, ordenados en la misma secuencia lógica”⁴⁶.

Sin embargo hoy, años más tarde de la publicación de ese libro, Santibáñez explica que en ese libro utilizó la crónica como sinónimo de reportaje “y crecientemente he tratado de separarlos porque veo que hay alguna confusión. Hay otros profesores que aquí (en la Universidad) usan a veces la crónica no tanto en el sentido de un comentario, sino también como un tipo de reportaje más costumbrista. Así que tenemos varias posibilidades. Mi opinión es que existe esta falta de definición, y creo que nosotros no podemos imponerla”⁴⁷. Este es, en particular, uno de los propósitos de este estudio, la necesidad de cuestionarse rigurosamente, desde el ámbito universitario, sobre el estatuto y la calidad de desplazamiento del género.

Hoy reconoce en este género una ausencia de definición satisfactoria, y señala que ha existido una evolución en su forma de ver la crónica, y hoy la describiría mejor como “un comentario donde hay un buen relato, hay antecedentes, y eso podría entrelazarse con lo que debe hacer un periodista cuando está haciendo un reportaje interpretativo, pero obviamente el interpretativo es un trabajo de más largo aliento, que requiere más cosas, más entrevistas, más documentación. O sea ese punto de partida que pudiera ser común, va después en una dirección mucho más larga y mucho más compleja. Es la anécdota con el respaldo de un súper buen archivo, obviamente manejada con el estilo magistral.”⁴⁸.

Lorena Fuentes y Virginia Rioseco, en su tesis *Arqueología de la crónica*, narran que en las crónicas, hasta fines del siglo XIX, existían al menos cuatro elementos comunes a todas; la cotidianeidad (en cuanto a elección de temas), una trama (refiriéndose a un orden temporal), información y el carácter episódico, que se expresa en la conexión entre un tema y otro, permitiendo un buen seguimiento del relato por parte del lector.

⁴⁶ Santibáñez, Abraham. *Periodismo interpretativo*, Editorial Andrés Bello, Segunda edición actualizada, 1995, pág. 65.

⁴⁷ Santibáñez, Abraham. Entrevista, jueves 10 de Octubre de 2002.

⁴⁸ *Ibid.*

Estas cuatro características aún están enraizadas en las crónicas, casi un siglo después. El carácter cotidiano y la información están contenidos en el concepto de noticia. Si bien la noticia entrega datos y antecedentes al lector, el tema no necesariamente debe ser una “noticia” en términos periodísticos, sino en el sentido de novedad e interés del lector. El tema central puede ser además, y lo veremos en muchos casos más adelante, un hecho anecdótico que sea de alto interés para el público, por lo insólito, lo absurdo, lo ridículo, o por su alta significancia. Lo importante será presentar una crónica con una idea central específica y limitada.

Abraham Santibáñez precisa que “la existencia de un punto de vista es esencial, a nuestro juicio, para la construcción misma de la crónica”⁴⁹, porque será ese ángulo el que finalmente justificará el tema, y lo hará comprensible para el lector.

Arthur Brisbane decía que “relatar lo sucedido y darle al lector la impresión de que él mismo la ha visto constituye una buena crónica. El periodista que triunfa debe ser capaz de trasplantar una idea de su propia cabeza a la mente de los demás. Pero primero debe tener la idea que ha de trasplantar”⁵⁰.

En todas estas definiciones de los elementos que conformarían una crónica, encontramos consenso en que lo narrado ha de ser cualquier hecho real, actual o actualizado. Que puede ser noticioso, entendiendo este concepto como un hecho de interés para el lector de la crónica.

La crónica “es un relato, según la calidad del autor, sobre acontecimientos de la vida cotidiana, que aún no habían pasado por cedazo de la historia. La crónica es ‘presentista’, por ello se consideró periodismo. (...) Tiene lo emotivo, pero también tiene un relativo distanciamiento y eso es muy importante. Toda crónica es un aquí y allá”⁵¹.

Martín Vivaldi aporta, además, una diferenciación entre dos tipos de crónicas según el tema: La crónica que es desarrollada en torno de un tema noticioso, un hecho inédito o novedoso, y la “croniquilla” cuyo tema será la vida diaria, lo cotidiano. Con ello sólo logra contener dentro de la definición tanto los temas noticiosos periodísticos, como aquellos que

⁴⁹ Santibáñez, Abraham. *Periodismo interpretativo*, Editorial Andrés Bello, Segunda edición actualizada, 1995, pág. 53.

⁵⁰ Citado en Santibáñez, Abraham. *Op. Cit.* Pág. 57.

⁵¹ Calderón, Alfonso. Entrevista, jueves 3 de Octubre de 2002.

no son una noticia en su definición clásica, pero que, sin embargo, reflejan la realidad aportando información y novedad.

Esta distinción podría desaparecer si hacemos prevalecer, en ambas definiciones, el factor de novedad e importancia que les da origen, su rescate fotográfico de algo real que permita conocer mejor el mundo en el que vivimos. Por otra parte, existe la clasificación de crónicas según si tratan sobre un lugar, o un tema. Pero esta separación sólo es de utilidad en la división de los sectores que debe cubrir cada periodista de un periódico. Ello explica como se fue instaurando el término *crónica* dentro de los diarios, como un genérico que contenía las noticias policiales, de viajes, deportivas, etcétera.

En este trabajo, tales clasificaciones no nos resultan útiles, ni necesarias de determinar, dado que el objeto de estudio es el trabajo de los cronistas a lo largo de sus trayectorias en diferentes medios y abarcando una infinita variedad de temas que sería absurdo encasillar de un modo rígido. Tampoco se busca determinar si aquellos artículos, son o no una *crónica* del modo que aquí la estamos entendiendo.

Hay consenso en afirmar que cualquier tema, puede ser inspirador de una crónica, mientras el escritor de ella sepa darle significado a través de datos, relaciones, o reflexiones. Luego observaremos algunos de los temas más recurrentes que han inspirado las crónicas de los tres autores que se tratarán en los futuros capítulos. Se evidenciará cómo la crónica puede nacer de cualquier cosa, situación, objeto, y serán, precisamente, los grandes cronistas los que serán capaces de transformar los más pequeños detalles de la vida en algo notable.

Como ya dijimos, la crónica será la historia narrada en forma paralela a la oficial, y será redactada por un periodista o escritor que se “metamorfosea para que el obrero diga: me matan si no trabajo y si trabajo me matan, y para esto hay que acercarse a los personajes de la vida cotidiana, libros vivos que van por el metro, la pecera, el ruta 100 de la vidorra, desgranando anécdotas laborales, sinsabores sindicales, experiencias maritales, sus visiones del mundo, de la realidad y de la historia de nuestro tiempo”⁵².

La crónica hablará entonces de “lo que pasa por dentro de lo que acontece”⁵³, pero para ello el periodista o escritor deberá conocer muy bien el tema que trate, tener una visión

⁵² Pérez Cruz, Emiliano. *Y para usted, ¿qué es la crónica?*, Guaragua, año 4 n°11, 2000, pág. 30.

⁵³ Martín Vivaldi. *Géneros periodísticos*, Editorial Paraninfo 5ª edición, 1993.

clara y sobre todo ser capaz de desarrollar un estilo único y atractivo. Con todo ello, llegar al punto de sumergir al lector en el texto hasta que lo narrado adquiriera valor también para él. “Con la crónica uno quiere involucrar, hacer cómplice al lector de lo que a otros, generalmente los humillados y ofendidos de este país, acontece”⁵⁴.

Manuel Graña coincide en que es el sello personal, la pluma, el estilo, lo que finalmente identificará a la crónica de otro texto periodístico. Este estilo no debe someterse a formas prefijadas de redacción. “El estilo es la suma de los medios de expresión regulados de modo unitario y adecuado por las facultades personales”⁵⁵.

Sobre técnica y estilo de la crónica, existe un intencional vacío a la hora de normar. Todas aquellas restricciones o indicaciones existentes en cualquier género periodístico, no son tan explícitas en el caso de la crónica, más bien, sólo se recomienda un estilo directo y el modo informativo narrativo. “Sería fatal que tuviera una estructura. Porque la gracia es que eso permite incorporar aportes tan distintos (...) Si a la crónica le pusiéramos muchas normas, terminaríamos con la gracia de la crónica. Ayuda mucho al desarrollo de la creatividad en una actividad que tiene normas rígidas por otro lado, y es justificada”⁵⁶.

Para Martín Vivaldi el buen cronista impone siempre su propia técnica. Sólo se puede hablar de tecnicismos; como el ser claro, denso o espeso en el uso de palabras de alto significado, ser conciso y transparente. Usar frases cortas y párrafos no demasiado extensos.

Nada es obligatorio y nada se prohíbe, sólo se exige que las herramientas escogidas, permitan construir de mejor forma el relato. Una de aquellas técnicas utilizadas, y que veremos en muchas de las crónicas más adelante, son las entrevistas. Conversaciones posiblemente hipotéticas, verosímiles, que funcionan sólo como una forma de exponer el relato. Susana Rotker explica que si bien un relato en forma de diálogo podría, a simple vista, escapar a la forma en que entendemos una crónica, “si se lee cuidadosamente, se descubre que el diálogo allí no es sino otra estrategia de la puesta en escena (...) En estas entrevistas nada se demuestra, no hay fin persuasivo (...) no hay réplicas posibles, cada

⁵⁴ Pérez Cruz, Emiliano. *Y para usted, ¿qué es la crónica?*, Guaraguao, año 4 n° 11, 2000, pág. 30.

⁵⁵ Emil Dovifat, *Periodismo*, Tomo I, México 1959, pág. 123.

⁵⁶ Blanco, Guillermo. Entrevista, jueves 10 de Octubre de 2002.

argumento es simétrico y remite siempre al origen, no hay intención del entrevistador en cuanto a personaje”⁵⁷.

Tanto en las crónicas de Hernán Millas como en las de Joaquín Edwards Bello y Pedro Lemebel, veremos este recurso ya sea para recrear una situación real, como para ejemplificar y explicar una idea en un diálogo ficticio.

El cronista recoge las situaciones, “las nutren y si hace falta las enriquece con entrevistas, cifras, estadísticas, diálogos cazados al vuelo, declaraciones de especialistas en el tema que sólo confirmarán las historias de vida que el cronista selecciona de entre el pajar de donde extraerá la aguja para hilvanar las historias individuales que forman el tejido de la historia social, de la memoria colectiva”⁵⁸.

Esta amplia libertad en el uso de técnicas propias del periodismo, se suma a las herramientas literarias disponibles también para el uso del cronista. “El género permite usar el juego literario a discreción, a partir de la primera persona, o narrar libremente los acontecimientos como vistos o vividos desde la interioridad ajena”⁵⁹. El cronista se puede presentar como testigo directo del relato, como protagonista o como testigo indirecto documentado.

El estilo por definición es libre, sin normas de redacción prefijadas. La pluma del autor será creada y desarrollada por él, pero sin olvidar su intención comunicadora que lo obliga a ser claro y a desarrollar el relato con cierto orden secuencial, ese “carácter episódico”⁶⁰ antes mencionado, un desarrollo lógico que permita al lector seguir la historia fácilmente.

Sin embargo, este estilo también ha sido sometido a cierta estructuración o esquema, por algunos escritores. Martín Vivaldi pone el límite de la libertad estilística en el hecho noticioso. De alguna manera plantea que el texto, si bien no está sometido a un esquema, sí debe tener un nexo rígido y fundamental con la realidad.

En términos de forma en que debe estructurarse la crónica, no existe un consenso entre los grandes escritores y periodistas. Menos aún en la práctica, donde el envío efectivo del mensaje, y la fidelidad que provocan los textos de algunos cronistas, se logra con o sin

⁵⁷ Rotker, Susana. *La crónica venezolana de los 80: una lectura del caos*. Hispamérica n° 64/65, Abril-Agosto, 1993, pág. 59.

⁵⁸ Pérez Cruz, Emiliano. *Y para usted, ¿qué es la crónica?*, Guaraguao, año 4, n° 11, 2000, pág. 31.

⁵⁹ *Ibid.* Pág. 30.

las estructuras definidas. Para plasmar su pluma en un texto de calidad, el cronista cuenta con sus aptitudes, pero también con una gran variedad de herramientas técnicas y estructurales que puede utilizar o no.

Si bien en este género no se considera el uso de la clásica pirámide invertida, Abraham Santibáñez, entendiendo la crónica como un comentario, señala que a pesar de que “no hay un esquema rígido, el que recomiendan sobre todo para Editorial, Martínez Alberto, lo asimila a un fallo judicial; de qué vamos a hablar, cuál es la doctrina sobre esto y después el fallo o la sentencia. Hay todo un esquema de argumentación que yo creo que en general es bueno. Creo que es obligatorio en el caso de una Editorial, pero en el comentario, en la crónica, no es obligatorio pero yo lo recomendaría, creo que tiene sentido”⁶¹.

Dentro de la construcción del texto es relevante el primer párrafo, como en todo texto que pretende ser leído por el público, es de especial importancia a la hora de atraer la atención en un primer momento. Sin embargo, si bien la crónica se desarrolla en torno a un hecho noticioso (para quien lo lee), no es fundamental, y lo veremos luego en las crónicas, que se revele esta noticia explícitamente en el inicio del texto.

Martínez Albertos, antes citado por Santibáñez, reflexiona sobre la improvisación en la estructuración de una crónica, tan practicada en Latinoamérica y España, y pone cierto límite al estilo del escritor en cuanto a la forma de organizar el despliegue de su pluma. Propone que: “las crónicas deben ser realizadas de acuerdo con el esquema estructural de los reportajes de acción, tal como se suele hacer en el mundo anglosajón. Un lead de captación de la atención del lector y un cuerpo de disposición pluripiramidal (...) que permitan un completo entendimiento del suceso y su proceso evolutivo en el tiempo”⁶².

Esta definición, que somete a la crónica a cierta estructura de género periodístico, deja de todos modos en libertad a su creador, entregándole sólo algunos puntos de orientación, más bien con la intención de que haya un orden mental plasmado en el relato.

Existe otro elemento, que aporta Martínez Alberto, en el intento por definir o al menos caracterizar las crónicas; la continuidad. Ella se puede manifestar en la persistencia

⁶⁰ Idea extraída de la tesis *Arqueología de la crónica*, Op. Cit.

⁶¹ Santibáñez, Abraham. Entrevista, jueves 10 de Octubre de 2002.

⁶² Martínez Alberto, J.L. *Curso general de redacción periodística*. Editorial Paraninfo, España 1992, pág. 350.

de un tema o lugar que da origen a las crónicas en forma prolongada, o bien en el autor de éstas que desarrolla una trayectoria. Y es este elemento de continuidad del cronista lo que principalmente se busca rescatar en este trabajo. Conocer el desarrollo continuo de la crónica que han hecho diferentes personajes durante el siglo XX.

Esta continuidad nos hace reflexionar sobre una de las características más importantes de la crónica: el seguimiento que hacen los lectores de determinados cronistas, esa especie de complicidad que se forma entre ambos. A diferencia de las noticias netamente informativas donde el lector se relaciona con el texto narrado, en el caso de las crónicas la relación se establece entre el escritor y el lector, siendo la crónica el nexo. “Hay, indudablemente, una cierta dosis de paternalismo subyacente en las relaciones comunicativas entre cronistas y sus lectores. El cronista (...) es como un confidente del lector. De hecho, el lector no se siente movido a la lectura de las crónicas si previamente no experimenta cierto movimiento de simpatía y atracción hacia las ideas o el estilo literario del cronista habitual”⁶³. Por ello la inmensa importancia del estilo del cronista, más allá de los temas elegidos para narrar.

Como ocurriera con Joaquín Edwards Bello, Hernán Millas o Pedro Lemebel, los cronistas van adhiriendo a su público a través del estilo, más allá del interés que puede provocar originalmente, el tema en el lector. El gancho está en la forma de narrar, en las valoraciones y juicios que pueda aportar el autor. Más aún ahora, cuando la cantidad de información supera en tiempo la capacidad de analizarla que tiene el lector. El cronista le ayuda en la reflexión que difícilmente tendrá tiempo de hacer por sí sólo. Como sostiene Dovifat: “Frente al exceso de información, el hombre es incapaz de analizarla y formarse su propia opinión. Necesita no sólo un cronista que le narre el hecho, sino que éste tenga preparación cultural para enjuiciarlos. Esa es la importancia de la crónica magistral: guía la opinión pública, y el lector habitual se deja llevar por su cronista”⁶⁴.

Ninguno de los cronistas que aquí se tratarán, se limitó exclusivamente a una sola temática. Aunque sí podemos encontrar cierta tendencia hacia algunas temáticas, que dependen de los intereses del cronista, del medio donde se desarrolló y de factores del contexto social en el cual se desarrollaron las narraciones. Un ejemplo de esto es el

⁶³ Martínez Albertos, J.L. *Curso general de redacción periodística*. Editorial Paraninfo, España 1992, pág. 348.

⁶⁴ Martín Vivaldi. *Géneros periodísticos*, Editorial Paraninfo 5ª edición, 1993, pág. 144.

humor político de Hernán Millas, o la visión sobre la marginalidad y la dictadura en el caso de Pedro Lemebel.

Entendiendo el factor de continuidad como un elemento que se respalda no sólo en un trabajo con cierta perseverancia, sino más bien en el estilo del cronista, que subyace en cada uno de sus textos, y que es en definitiva el que le permite una llegada constante al lector. Debemos ahora entender el modo en que se construyen estos escritos. Si se pudiese hablar de analogías, diríamos que en literatura es posible reconocer al autor pues detectaremos siempre el mismo fantasma que lo sigue. Se escribe de una vez y en continuo la historia propia, las propias obsesiones.

Hay otro elemento que ya habíamos mencionado antes, y aunque no podemos declarar con certeza que es una característica de todas las crónicas, sí lo es de la mayoría de las grandes creaciones: la atemporalidad. Aquella que antes mencionábamos como argumento del carácter literario de las crónicas, que conservan su valor a través del tiempo. Aunque el hecho narrado puede haber ocurrido muchos años antes, son siempre vigentes porque han sido transformados en un cuento real, están envueltos en una narración que no sólo informa sino que entretiene y provoca reflexiones que pueden ser aplicadas a temas actuales.

Este factor de atemporalidad que invade a la crónica, resulta muy importante principalmente por dos motivos. El primero es que permite que el lector se informe de hechos reales, pasados, que han quedado sepultados en periódicos de la época, a los que quizás nunca tendrían acceso fácil por la dificultad de conseguir el material, por ignorancia del tema o simplemente por falta de interés. La crónica tiene un doble camino para que el lector llegue a ella; por afinidad con el escritor, o por interés del tema tratado. A través de la aproximación al trabajo de un cronista, es posible que conocer hechos de la historia que ya han quedado muy atrás. Se logra así el objetivo de informar superando incluso las barreras del tiempo que condenan a los demás trabajos periodísticos.

El segundo motivo que se desprende del anterior, es la influencia que puede tener una crónica en la percepción que tenga el lector del hecho narrado. Al llegar a la noticia cuando ésta ya no es actual, sólo recibirá el punto de vista que ha trascendido en el tiempo; el del cronista. “El acontecimiento, el personaje, la historia narrada, pierden su dimensión singular y se transforma en memoria colectiva, en testimonio de lo compartible (...) La

crónica reconstruye los dialectos sociales y al obturar la contención entre lo objetivo y lo subjetivo se disemina como forma de relato”⁶⁵.

Cada aporte de periodistas y escritores, entregan múltiples características del género pero también una serie de dudas y contradicciones. En aspectos como la realidad y la ficción, la estructura, y sobre todo la definición del género, no ha existido una última palabra. Cada uno tiene su propia definición, y a la vez se reconoce la ausencia de una definitiva.

Guillermo Blanco, como cronista y profesor de esta materia, reconoce que “no es posible dar una definición de crónica. Lo que pasa es que si llega a una definición es tan amplia, para no ser atacable, para que no tenga fallas, que en el fondo no define. (...) Hay cosas que son así, que no caben en la definición, se filtran, elementos de la cosa o de fuera de la definición, pero se reconocen cuando se ven”⁶⁶.

En consideración a todo lo antes mencionado, y luego de observar los diferentes aportes teóricos que han realizado los autores, es posible y necesario, conocer en la práctica y en cada relato, qué ha sido la crónica en Chile a través de la pluma de Joaquín Edwards Bello, del periodista Hernán Millas y el escritor Pedro Lemebel. Ver si en definitiva es un género que se define en cada autor, ver cómo se caracteriza el estilo, cuáles han sido las noticias dentro del relato, y finalmente evaluar la trayectoria de cada uno de los cronistas. Nada mejor que observar a través de las crónicas vivas, la multiplicidad de técnicas, estilos y herramientas que entrega este género.

Todos los textos aquí seleccionados, fueron publicados en uno o más medios de comunicación de la época. Algunos de ellos resultan atemporales, entregando la información varias décadas después sin perder vigencia. En este sentido, el objetivo de la crónica donde todos han coincidido, que deberá “deleitar instruyendo”, estaría cumplido a cabalidad. El valor asignado al tema por el autor y su visión única como testigo de su época, muchas veces se ha mantenido intacto.

“Haber elegido la crónica como vía no es simple casualidad. Ante alternativas desgastadas o anquilosadas, la elección de un estilo de escritura implica una moral. La elección del género no es políticamente inocente. No se pueden sacar conclusiones

⁶⁵ Reguillo, Rossana. *Textos fronterizos, La crónica: una escritura a la intemperie*. Guaraguao, año 4, n°11, 2000, Cecal España, pág. 24.

⁶⁶ Blanco, Guillermo. Entrevista, jueves 10 de Octubre de 2002.

generales, pero lo cierto es que la narratividad es un intento por comprender, pero sobre todo, un impulso de moralizar la realidad. Narrativizar la vida de la ciudad a través de sus escándalos y sus mitologías es identificar⁶⁷.

⁶⁷ Rotker, Susana. *La crónica venezolana de los 80: una lectura del caos*. Hispamérica, n° 64-65, Abril-Agosto, 1993, pág. 64.

II. Joaquín Edwards Bello:

CRÓNICAS PARA DESMITIFICAR

Joaquín Edwards Bello, como persona y como cronista, resulta inabarcable incluso para quienes han estado años tratando de conocer su vida, su obra y su archivo personal. Se sabe que escribió entre diez y doce mil crónicas, durante los cincuenta años que dedicó al periodismo y la literatura. En ellas personajes populares como los lateros, los siúticos o el roto, e incluso famosos como Freud, Napoleón, Diego Portales o La Quintrala, han sido protagonistas y blanco de sus críticas. Su infancia en París, la ciudad de Valparaíso, la idiosincrasia chilena, nuestras costumbres, cualquier situación, fiesta, institución o mito, se impregnaron de literatura, se transformaron en una buena historia, en una profunda reflexión, o en una sátira, cuando pasaron por la pluma de Joaquín Edwards Bello.

Y decir “pluma” resulta en este caso más preciso que nunca, porque este cronista entregó sus trabajos siempre escritos a mano. Con una caligrafía tan clara que jamás quiso, ni necesitó traspasar a una máquina de escribir. “Mis escritos son disparejos, duros hasta el exceso, o sentimentales hasta lo azucarado; son viciosos, enfermizos y violentos hasta rebozar vida a borbotones. Son Chile” decía él.

Edwards Bello estaba dominado por la necesidad de hablar del mundo, de transmitir su visión de éste, a tal punto que le costaba mucho sostener una conversación porque no podía abandonar su posición de orador ni por un momento. Muchos de sus conocidos coincidían en que era excelente en el arte de monologar. Que jamás aburría. Según Alfonso Calderón, “monologaba muy bien, tenía una incapacidad biológica para escuchar”⁶⁸.

Decía que su mayor preocupación era “la de no ser latero”. Incluso les dedica una crónica a este tipo de personas: “Plaga formidable es el latero, plaga universal, en otras naciones donde reinan la experiencia y el espíritu de defensa del espíritu, se valen de numerosos medios. Por desgracia aquí donde imitamos tanto, no se conocen esos medios”⁶⁹. Y como no se conocían, él los inventaba; cada vez que llegaba a su casa alguna

⁶⁸ Calderón, Alfonso. El show de los libros, *Joaquín Edwards Bello y la chica del crillón*, TVN.

⁶⁹ Edwards Bello, Joaquín. *El latero*, Diario La Nación, 30 de septiembre de 1939.

visita inesperada, o que no era de su agrado, se ponía una máscara y salía a la puerta diciendo que Edwards Bello no estaba, que se había ido a Zapallar.

Esa personalidad tan excéntrica que lo envolvía, le daba un carácter especial a sus crónicas. Por ello resulta imposible hablar de la obra sin hablar de su autor. Edwards Bello escribía sobre lo que veía, lo que sentía, lo que pensaba y lo que le ía, teniendo como fuente de inspiración, al igual que todo cronista: la realidad. Sus textos eran polémicos, variados, divertidos, críticos, cultos, sensibles e irónicos.

“Yo quiero ser recordado como un destructor de mitos, como una persona que se pasó la vida bombardeando con muchos megatones la mediocridad, la chatura, la esterilidad de sus compatriotas”⁷⁰. Y lo consiguió. Ha trascendido junto con sus textos, como uno de los personajes más excéntricos y enjuiciadores de la sociedad chilena. Por algo la poetisa Gabriela Mistral afirmó que “Hijo más reprendedor de su patria no le nació a nuestro Chile”.

A. El nacimiento de la pluma inagotable

Posiblemente nadie imaginó que este agudo crítico de la sociedad chilena, nacería en una de las familias más aristócratas de comienzos de siglo. Bisnieto de Andrés Bello y descendiente de la política y comercial familia Edwards, Víctor Lorenzo Joaquín nace en Valparaíso el 10 de mayo de 1887. Estudió en el Colegio Mac Kay y luego en el Liceo Eduardo de la Barra, formándose una opinión bastante negativa de la educación: “el Liceo se define en la aglomeración de fealdades propias para asustar a los niños. Es el ogro de nuestra infancia. El edificio, los profesores, los programas, son para erizar los cabellos. El niño sensible se encoge como un caracol”⁷¹.

Allí comenzó a encaminarse en la práctica de la escritura, editando un periódico llamado *La juventud*, cuando tenía sólo catorce años. Luego viene la publicación de *El pololo*, una revista humorística, y a los 16 años aparece su primer cuento en la revista *Pluma y lápiz*. En medio de todo esto se comienza a evidenciar su extraña y misteriosa personalidad.

⁷⁰ Edwards Bello, Joaquín. <http://www.per.puc.cl/periodis/investig/maestros/joaquin1.html>, pág 1.

⁷¹ Edwards Bello, Joaquín. *Joaquín Edwards Bello y los judíos*, Mapocho, Revista de humanidades y ciencias sociales. N°41, Santiago, Primer semestre de 1997.

Edwards abandonó el bachillerato antes de tiempo, convencido de que su vocación apuntaba hacia las letras, aunque su familia no abandonaba la idea de verlo inserto en el mundo diplomático. Sin cursar estudios universitarios, y con el objetivo de buscar medicinas para su padre enfermo de cáncer, realizó el primero de muchos viajes a Europa, permaneciendo allí hasta la muerte de su progenitor.

Los viajes por el mundo y en especial su estadía en París, serán determinantes en su visión de la vida y la sociedad, en su desarrollo de juicios críticos, y en la inagotable cantidad de anécdotas que narraría en sus crónicas.

De uno de los viajes a Europa en 1910 regresa más excéntrico que de costumbre, provocando con esto, que la sociedad de a poco lo vaya dejando de lado, y él a su vez, automarginándose de su círculo social. “Regreso muy elegante, medio tonto, volteriano, displicente; loco lindo, al decir de los Argentinos”, se describe él mismo. La gente lo considera extraño, un hombre pesimista, crítico, arrogante, tímido, monologante y paranoico. Y según Alfonso Calderón, era todo eso y más. En ese año comienza a redactar artículos para el diario *La mañana* de Santiago.

Mientras se mantiene apartado de la vida social, se concentra en la literatura, en su estudio y ejercicio. Y de este período nace su primer trabajo, publicado cuando tenía sólo 23 años. La novela fue titulada: *El inútil*, cuya trama central eran los vicios y la miseria de la clase alta chilena, hasta entonces intocable y tremendamente respetada. La aparición de este retrato social fue un escándalo, Edwards Bello afirmó años después: “el librito vale bien poco. Pero en el momento de publicarlo había ocurrido algo asombroso: yo había partido. En ese momento yo había creado un personaje fantástico y de larga vida. Yo había creado a Joaquín Edwards Bello”.

Esa obra fue algo así como la punta de una afilada flecha de críticas, que lanzaría este autor a su alrededor. *El inútil* revelaba a un autor dueño de un atributo especial; capacidad de observación, de desnudar y de enjuiciar la sociedad que lo rodeaba. Además presentaba un estilo directo, urbano e inmensamente crítico de escritura, característica que se puede apreciar en todos sus trabajos posteriores.

El destacadísimo escritor y crítico literario de la época, Hernán Díaz Arrieta, *Alone*, dijo que “el escándalo que ocasionó la breve novela echó raíces. Era muy duro para los elegantes de entonces, reconocerle algún talento a ese petimetre educado en París que, en

Huérfanos esquina Ahumada, seducía mujeres con sus polainas claras y su belleza de adolescente algo tenebrosa, a lo Edgar Alan Poe: cara pálida, enormes ojos sombreados, y pestañas de bayadera en una cabeza magnífica”⁷². Escapando de toda la conmoción que había causado su libro, Edwards Bello viaja a Brasil, y a su regreso presenta lo que fue su primera larga crónica: *Tres meses en Río de Janeiro*.

En 1914, cuando se desató la primera guerra mundial, el escritor se encontraba en París, y su apellido inglés provoca que sea integrado al cuerpo del ejército. Durante seis meses estuvo en entrenamiento, hasta que fue eximido de salir al frente de batalla, luego que su hermano diplomático hiciera algunas gestiones por él. Una vez fuera del ejército se instala en España, donde comienza su trabajo como cronista de un modo más constante.

Durante la guerra, Joaquín Edwards Bello cumple con la misión de informar a Chile a través de sus crónicas, sobre lo que estaba ocurriendo en Europa. Sus relatos eran publicados en el diario La Nación de Santiago. Cada experiencia que vivía le aportaba algo diferente a su carácter y por ende a sus textos, nutriéndolos de información y estilo.

La primera guerra mundial no sólo lo hace desarrollar concretamente una marcada pluma de cronista, o narrador de verdades de las que era testigo, sino además desarrollar perspectivas más amplias del mundo, madurar sus reflexiones y asignar diferentes valores y prioridades a las cosas. “Mon ami, ¿Qué le parece la guerra que se nos avecina? Apasionante, ¿no?”⁷³ le dijo a un panadero francés, que espantado le contesta que él le tiene cierto temor a esas aventuras, a lo que Edwards responde: “Que va, no hay que temerle a la acción sino a la rutina”. Años más tarde reflexiona: “Si yo no hubiera vivido en París la Guerra del 14, sería otro. Seguiría creyendo en paparruchadas”⁷⁴.

En 1920 publicó su segunda novela *El roto*. Esta vez el tema central fueron los prostíbulos y la pobreza. Para entonces se había trasladado a vivir al centro de la ciudad, teniendo más contacto con ese mundo que quiso retratar. El escándalo no fue de las mismas proporciones que con *El inútil*, pero de todas formas causó la molestia de los sectores más conservadores de la sociedad.

⁷² Díaz Arrieta, Hernán (Alone). Diario El Mercurio de Santiago, 4 de marzo de 1910.

⁷³ Hott Dagonet, Jacqueline. Veintidós caracteres, *Joaquín Edwards Bello: El aguijón de un irreverente*, Editorial Aguilar, 2001, pág 84.

⁷⁴ Edwards Bello, Joaquín. *Hotel Oddó*, Editorial Zig Zag, 1966, pág 77.

Con la muerte de su primera esposa española María de los Ángeles Dupuy, con la cual tuvo dos hijos, el escritor regresa a Chile para establecerse como cronista fijo del diario La Nación de Santiago, en abril de 1927. Su sección se tituló originalmente *Los Lunes de Joaquín Edwards Bello*, pero más adelante quedaría fijada en *Los Jueves* (aunque excepcionalmente escribiría también los días domingos o hasta cinco veces por semana). *Los Jueves de Joaquín Edwards Bello* existieron durante 41 años, e incluso se continuaron publicando sus crónicas en el diario, después de su muerte. El entonces director de La Nación, Don Eliodoro Yañez, no sólo permitió que Edwards desarrollara un estilo propio, sino además lo apoyó e incentivó a escribir crónicas diferentes, a pesar de lo polémicos que pudieran resultar los temas o la manera de enfocarlos.

De a poco se fue ganando un público propio, lectores que entrarían al mundo de sus crónicas cada jueves, sin excepción. Hubo un momento en que la mayoría de las cartas que recibía el diario, iban dirigidas directamente al cronista, comentando sus escritos o poniendo nuevos temas sobre el tapete.

“En los *Jueves de Joaquín Edwards Bello*, estuvo por años desmenuzando los lugares comunes, las afirmaciones rimbombantes, las credulidades ingenuas, las leyendas hechas historias y los prejuicios. Quería poner las cosas en su lugar, porque deseaba quedar en el recuerdo de los chilenos ‘como un hombre que se negó a vivir amurallado en Mitópolis, el país o la ciudad donde los mitos crecen y se preparan’”⁷⁵.

Aún no se determina acabadamente en qué medios participó Edwards Bello. Se sabe que en 1941 fundó la revista *Franqueza* que sólo sacó un número a circulación, el 1 de Enero de ese año. Que escribió además en el diario *Los tiempos*, en la columna de vida nacional, donde firmaba con el seudónimo: *El capitán Araya*. También en *La Patria* de Concepción, en las revistas *Hoy* y *Zig Zag* y en otros medios extranjeros. En cuanto a su trabajo como novelista, publicó con éxito *Criollos en París* (1933) y *La chica del Crillón* (1935), entre otros.

A pesar de que se marginó del diario La Nación entre 1930 y 1933, molesto porque quisieron cambiar algunas palabras de su trabajo, fue este diario el medio que canalizó sus crónicas al público durante toda su vida. La última de ellas que se publicó fue *El tesoro de*

⁷⁵ Edwards Bello, Joaquín. <http://www.per.puc.cl/periodis/investig/maestros/joaquin1.html>. pág 8.

Valparaíso en marzo de 1956, que había sido enviada por Edwards Bello cuatro días antes de morir.

Desde 1960 Joaquín Edwards Bello se ve obligado a permanecer en cama, intermitentemente, afectado por una fuerte hemiplejía que avanzaba sin remedio. Esta enfermedad fue haciéndolo perder la motricidad de varias partes de su cuerpo, entre ellas la de sus manos, herramienta fundamental para su trabajo. Sin embargo nunca aceptó dictar sus crónicas para que otros las escribieran, ni mucho menos enviarlas grabadas. Quizás por orgullo o por la ira que le provocaba una palabra mal transcrita en el diario. “Lo peor fue lo que me hizo el español Almendros en Orbe con el viejo almendral. Fue una verdadera afrenta. Más de 160 errores de todo tipo... En vez de Quilpué habían puesto Quilipué, la palabra zafada la habían cambiado por frazada (...) una vieja jarifa de ojeras negras, el editor la transformó en jirafa de orejas negras”⁷⁶.

La enfermedad inevitablemente continuó su desarrollo, quedando cada vez más inmovilizado. Ya ni siquiera podía salir a regar el jardín de su casa del barrio Yungay, actividad en la que siempre se le podía ver. Debía usar el poco dinero que tenía en medicamentos y casi no podía trabajar. Con sus 81 años Joaquín Edwards Bello decide terminar su vida drásticamente de un balazo en la cabeza, con un revólver que le había regalado su padre para que se protegiera. Era el 19 de febrero de 1968, estaba en su casa y sonaba una antigua canción de Edith Piaf a lo lejos. Entonces sus cercanos recordaron unas palabras que él había dicho hace un par de años: “Si alguna vez me suicido, diga que fue así. Si no, van a correr el mito, en este país de mitómanos, de que me asesinaron. Así como corren los mitos de los enterrados vivos”. Dejando hasta el último momento de su vida, una frase para comentar.

B. El cronista detrás de la pluma

Detrás de todo genio probablemente hay una personalidad tan excéntrica como su trabajo. Y el caso de Edwards Bello confirma aquello. Resulta coherente que cientos de crónicas tremendamente críticas, incisivas, originales, brillantes, hayan sido escritas por

⁷⁶ Edwards Bello, Joaquín. *Joaquín Edwards Bello una vez más. Entrevista a Alfonso Calderón*, Mapocho, Revista de humanidades y ciencias sociales, n°48, segundo semestre de 2000, pág 168.

una persona con un carácter especial. De niño fue criticado por su vocación, que distaba bastante de la tradición familiar. Sus diferentes viajes fueron perfilando una personalidad autónoma, un poco cerrada, solitaria y desconfiada. “Lo cierto es que esperaba lo peor del ser humano. Simplificando un poco, podría decirse que tenía una percepción biológica de la sociedad”⁷⁷. Se dice que era tímido, arrogante, romántico, intranquilo y experto en monólogos.

“Conversa tal como escribe. La única diferencia entre J.E.B leído y J.E.B escuchado, es que este último diciendo las mismas cosas, usando las mismas palabras, parece mucho más cariñoso con el género humano que el J.E.B leído. Lo que en J.E.B parece amargura, en Joaquín se ve humorismo, el J.E.B leído termina de repente. El J.E.B conversando suele no terminar” decía Maximio Severo en los años 50.

Edwards tenía esa capacidad de leer, observar y pensar siempre en forma juiciosa del entorno que lo rodeaba, y que sin embargo amaba. A sus compatriotas chilenos los definía como “los hombres que tienen la alegría del incendio, del velorio, y de la demolición, el chileno construye bien pero demuele mejor. Edificios o reputaciones (...) Los chilenos sirven más para trabajos manuales al aire libre, por lo tanto no hace falta convertirse en producto enciclopédico monstruoso. Gracias a los Liceos y a su sistema de enseñanza, el país se llenó de fracasados, de parásitos fiscales y tontos ilustrados”⁷⁸.

Dentro de la amplia gama de características peculiares de su personalidad, podemos destacar cierta arrogancia y terquedad, que sobrepasaba cualquier límite o exigencia ajena. Jamás se sometía a lo que otros le decían. No aceptó nunca entregar sus trabajos en máquina de escribir, ni siquiera cuando su mano ya no podía responder. Entonces se las arreglaba para recortar sus propios textos de los libros, incluirles ciertas acotaciones o actualizaciones a mano, con letra temblorosa pero siempre clara y redonda, y luego los enviaba al diario.

A menos de una semana de su muerte, se publicó un artículo en La Nación de Santiago, donde se narra: “Don Joaquín era puntilloso con sus *Jueves*. En mayo de 1935, el Director Suplente, Saverio Sprovera, objetó unas ‘expresiones poco académicas’ referentes

⁷⁷ Calderón, Alfonso. *Joaquín Edwards Bello una vez más. Entrevista a Alfonso Calderón*, Mapocho, Revista de humanidades y ciencias sociales, n°48, segundo semestre de 2000, pág 171.

⁷⁸ No se puede determinar el medio donde fue publicado, por tratarse de un recorte del archivo de Silva Castro, de Referencias críticas de la Biblioteca Nacional. Edwards Bello, J carpeta n° 169.

a Víctor Hugo. La reacción fue inmediata: ‘a mí nadie me cambia mis crónicas’... y los *Jueves* dejaron de aparecer en La Nación por espacio de dos años. Edwards Bello no aceptaba que le “enmendaran la plana”. En sus crónicas dijo siempre todo lo que pensaba, sin aceptar nunca que éstas pasaran por las manos de algún censor.

Edmundo Concha dijo que Edwards Bello: “Es un hombre público, casi popular, y de personalidad tan acusada que, tanto por sus múltiples aciertos como por sus no menos numerosas arbitrariedades, es una especie de república independiente, con fuero para decir cuanto se le antoje y empleando incluso alusiones del más discutible gusto”⁷⁹.

“La conciencia del periodista no duerme. ¡Cuántas veces llamé a José Barros, el patrón de la noche en La Nación, el íntegro y gran Barros, para pedirle un cambio, una supresión, un añadido:

–Quiubo, negro. No me vayas a fregar otra vez cambiándome cariz por carey. A quien cuelgan es a mí, no al que está aquí en el sótano-, le advertía socarronamente”⁸⁰.

Por otra parte, tenía un humor muy particular. Un humor sarcástico y directo. Muchas veces terminó sus crónicas con alguna broma o alguna burla a nuestra personalidad de chilenos. Tenía además una risa contagiosa. Según la escritora Marta Blanco, “tenía un humor endemoniado. Y digo endemoniado porque era sumamente perverso, él”⁸¹. Este atributo condimentaba sus textos, los acercaba al público y le permitía entablar críticas de un modo diferente.

En una crónica sobre el padre del psicoanálisis, Sigmund Freud, habla de esa desgraciada capacidad del pueblo Sudamericano, de creer todo lo que le dicen y adoptar palabras ajenas. Luego de variados argumentos que cuestionaban la originalidad de las teorías de este famoso psicoanalista, dice: “Después de encontrarnos en el bosque simbólico del freudianismo, bajo el trinear de mirabolantes metáforas, pensamos que dentro de todo ello hay ingenuidad y truco. Algo así como inventar la palabra *fitiqui* para indicar la inveterada costumbre de orinar antes de acostarnos. A nadie se le había ocurrido antes. Ahí

⁷⁹ Concha, Edmundo. *Las crónicas de Joaquín Edwards Bello*, Diario La Nación, 25 de julio de 1964.

⁸⁰ Hott Dagonet, Jacqueline, Veintidós caracteres, *Joaquín Edwards Bello: El aguijón de un irreverente*, Editorial Aguilar, 2001, pág 87.

⁸¹ Blanco, Marta. El show de los libros, *Edwards Bello y la chica del crillón*, TVN.

está el mérito”. Y termina diciendo, “Después de leer a Freud, hasta el beso de una madre en la frente se hace sospechoso...”⁸².

Como veremos más adelante, el lenguaje de esta crónica, con palabras algo rebuscadas, sólo responde a la necesidad del tema, y no es una constante en el estilo del cronista. En este caso el rebuscamiento lo usa para burlarse del lenguaje complejo que utilizan los psiquiatras para hablar de cosas comunes. Como hemos dicho “tiene un característico humor criollo, breve, que va directo al objetivo, sin rebuscamientos”⁸³.

Nos referimos antes a su preocupación fundamental de escribir textos que no aburrieran nunca a su público. Y por otra parte sabemos de su exagerado gusto por monologar. Pareciera que estas dos características pudieran ser contradictorias dentro de una personalidad, pero en el caso de él combinaban perfectamente. La multiplicidad de temas que manejaba y su capacidad de ir de una arista a otra, lo hacían hablar tan bien como escribía; ágil y entretenido. Edmundo Concha dijo: “Joaquín Edwards Bello, enemigo juramentado de la monotonía, aprendió la lección del maestro del género, Eduardo Gómez de Baquero (Andrenio), en cuanto un cronista debe procurar que los lectores suyos, jamás sepan de antemano lo que van a leer”.

“Se siente el espíritu del escritor. Su estímulo fácil, sencillo, con la fluidez como de quien conversa en una inteligente sobremesa, llega hasta el lector. Sobre todo lo entretiene. Y hay ideas, opiniones a que aferrarse. Respira también esa amplitud del europeo que no sólo dice las cosas con gracia, sino con inteligencia. De ahí el éxito de estas crónicas, renovado una y otra vez”⁸⁴.

A medida que pasaba el tiempo, se fue acentuando en el carácter del escritor cierta paranoia. Sentía que la gente lo perseguía, lo espiaba, que estaba en peligro. Tuvo siempre la idea de que se le miraba con odio, que no se lo respetaba. Él decía que “el verdadero chileno carece de la virtud de admirar a otro y, si encuentra algo admirable, en producción de arte o ciencia, procura imitarlo o superarlo. Confieso que no conozco ni a mis poquísimos amigos. Confieso mi cerrazón de mollera para entender a ciertos amigos. De pronto cuando creía que todo iba bien, ¡jaz! la patada”⁸⁵. Este sentimiento lo hacía aislarse

⁸² Edwards, Bello Joaquín. *Enemigos de Freud*, Diario La Nación de Santiago, 26 de septiembre de 1939.

⁸³ Solar, Claudio. *J. E. B: Un hombre que sabe escribir con gracia*. 8 de diciembre de 1966.

⁸⁴ *Ibid.*

⁸⁵ Edwards Bello, Joaquín. <http://www.per.puc.cl/periodis/investig/maestros/joaquin1.html>, pág 5.

y lo cierto es que no fue un hombre de muchos amigos, se decía que era “amigo de nadie”, muchas veces no llegaba a las citas que él mismo concertaba o le quitaba el saludo a alguien sin motivo aparente. Las personas que lo rodeaban, sabían que él era así.

Alone dijo que “no constituía empresa fácil conseguir la amistad de Joaquín Edwards Bello. Y parece que también resultaba difícil una vez conseguida, mantenerla. Se oponían a ello los fantasmas”. Con fantasmas se refería a los delirios de persecución permanentes que sufría el cronista.

Un día fue invitado a una importante cena con el secretario de La Nación, junto a otro periodista extranjero. Para la ocasión, algunos periodistas esperaban a Edwards Bello en la puerta de la casa para entrevistarle. Luego de dos horas de retraso llegó en su auto y dijo a los comensales: “Perdonen, estuve mucho tiempo escondido en la casa del frente. Junto a la puerta me esperaban unos hombres que seguramente envió la policía para matarme. Por fortuna se aburrieron y se fueron”⁸⁶.

A pesar de sus paranoias, parecía no tener miedo de represalias al momento de desplegar su pluma sobre el papel, y hacer públicas sus más fuertes críticas y desmitificadores análisis. Para el periodista contemporáneo, Rafael Gumucio, Joaquín Edwards Bello “jugó mucho el papel del cronista que se transforma en Pepe grillo de la sociedad chilena. Creo que ha sido de los pocos chilenos que se ha atrevido a pensar por sí sólo”⁸⁷.

El escritor Alfonso Calderón, quien no sólo conoció a Edwards personalmente, sino que ha sido un estudioso de él y su trabajo, compilando sus crónicas en varios libros, destaca de la personalidad del autor; “la gracia para contar cosas; su evocación nostálgica del pasado; su forma de mezclar la Historia con la vida cotidiana (...) Su ojo clínico para detectar el rasgo pintoresco, insólito (...) Me asombraba además esa capacidad que tenía para decir ciertas verdades sin tapujos y sin temor de ser llevado a los tribunales”⁸⁸.

⁸⁶ Santiván, Fernando. *J.E.B ha muerto*, El Mercurio de Santiago, 23 de febrero de 1968.

⁸⁷ Gumucio, Rafael. El show de los libros, *Joaquín Edwards Bello y la chica del crillón*, TVN.

⁸⁸ Calderón, Alfonso. *Joaquín Edwards Bello una vez más. Entrevista a Alfonso Calderón*, Mapocho, Revista de humanidades y ciencias sociales, n°48, segundo semestre de 2000, pág. 170.

C. Las crónicas de Edwards Bello y su desafío al tiempo

A pesar de que Joaquín Edwards Bello se desarrolló no sólo como cronista, sino además en el género novelesco, debido a que el objetivo de este trabajo es conocer cómo se ha definido la crónica en Chile a través de sus precursores, nos concentraremos sólo en su trabajo en la prensa escrita, específicamente en las crónicas publicadas en el diario La Nación.

Este cronista nunca pensó en que sus crónicas atravesarían la barrera del tiempo. Alfonso Calderón recuerda que cuando le ofreció compilar su trabajo en libros, él respondió que “con crónicas no se hacen libros; ellas mueren en los diarios, en el día, y terminan como envoltorio de carne o pescado”⁸⁹.

Finalmente logró convencerlo y hoy reflexiona diciendo que “todos los cronistas le debemos mucho a Edwards. Creo que no podríamos existir si no hubiera existido Edwards Bello. O sea, yo no sé que habría hecho si no hubiera existido J.E.B., para escribir lo que escribo”⁹⁰.

Muchas de sus crónicas fueron publicadas en libros; *Tres días en Río de Janeiro (1911)*, *Crónicas de Valparaíso Madrid (1924)* y *Nacionalismo continental*. Pero otros textos, fueron compilados por la editorial Zig Zag. La mayoría de estas selecciones fueron hechas por Alfonso Calderón, quien estuvo muy cerca del cronista en los últimos años de vida de éste. La primera publicación de compilaciones fue *Crónicas (1964)*, luego vino *Nuevas crónicas* y a ellas la siguieron: *Crónicas del centenario*, *Recuerdos de un cuarto de siglo*, *Hotel Oddó*, *Memorias de Valparaíso* y *El subterráneo de los Jesuitas*.

“La oportuna publicación de selecciones de sus artículos permite, ahora, releer a Joaquín Edwards Bello y descubrir que sus artículos no han perdido vida; no han empaldecido como los papeles que envejecen con el tiempo. La vida que entregó en sus artículos late todavía. Es la gracia que puede conseguir el escritor, sentido de eternidad, vigencia de estilo”⁹¹. Esta afirmación fue hecha en 1966, sin embargo aún permanece vigente y cierta. Todavía ocurre lo mismo con las crónicas de Edwards. Se han convertido

⁸⁹ Edwards Bello, Joaquín, *Joaquín Edwards Bello, una vez más, Entrevista a Alfonso Calderón*, Mapocho Revista de Humanidades y cs sociales, n° 48, segundo semestre de 2000, pág 167.

⁹⁰ Calderón, Alfonso. El show de los libros, *Joaquín Edwards Bello y la chica del crillón*, TVN.

en un clásico de lectura, no sólo para periodistas que buscan conocer el trabajo de un maestro, sino también para historiadores o para cualquier persona que intente conocer el Chile de la primera mitad de siglo, desde una mirada viva, a través de un testigo juicioso y observador. Alguien capaz de revelar la idiosincrasia, los problemas y contradicciones del Chile de antes.

“Un autor vivo puede estar ya muerto si al abrir sus libros nos encontramos con quien dialogar. Pocos autores chilenos han alcanzado la significación fundamental de Joaquín Edwards Bello: la de estar constantemente haciéndonos pensar en nuestra realidad e inquirir por nosotros mismos y por cuanto nos rodea. Su voz es siempre nueva como la del vino que gana con los años (...) Al acercarnos a su obra no nos acercamos al “papel cansado” sino a un autor viviente y presente”⁹².

Sin duda los textos de Edwards Bello tienen un valor atemporal en cuanto a la increíble capacidad de entretener, y la calidad como construcción literaria. Pero eso no es lo único que los ha mantenido vigentes. Es también la particular mirada que entregan y el estilo de narración. Alfonso Calderón lo que más aprecia de aquellas crónicas es, “su encanto y frescura permanentes; su agilidad para saltar de un tema a otro, que algunos entendieron como un proceso de disociación pero que es sólo la prueba de la velocidad con que pensaba y, al mismo tiempo, de su necesidad de unir los contrarios y no dejar cabos sueltos”⁹³.

Junto a esto, los temas que trató, fueron tantos y tan diversos que muchos de ellos siguen siendo actuales. Ejemplo de ello son los lateros o las nulidades matrimoniales. Capaz de recoger cualquier detalle, las cosas aparentemente menos relevantes, y hacerlas importantes e interesantes envueltas en su juicio y a través de sus palabras.

“Aprendí también a mirar los diarios que constituyen otro tipo de paisajes; un paisaje doblado de alimañas, de seres excepcionales, de noticias que el lector deja a veces de lado, pues se trata de una selva en la que podemos toparnos con un enorme árbol sin valor alguno y, detrás de él, con una planta minúscula que es un verdadero tesoro”⁹⁴.

⁹¹ Esta afirmación la hizo Claudio Solar el 8 de diciembre de 1966. No se puede determinar el medio, ya que es un recorte del archivo Silva Castro, en Referencias críticas de la Biblioteca Nacional.

⁹² *Conversación póstuma con Joaquín Edwards Bello*, *Árbol de letras*, Santiago n° 4, marzo de 1968, pág. 30

⁹³ Calderón, Alfonso. *Joaquín Edwards Bello una vez más. Entrevista a Alfonso Calderón*, Mapocho, Revista de humanidades y ciencias sociales, n°48, segundo semestre de 2000, pág. 177.

⁹⁴ *Ibid.* Pág. 166.

La historia se ha encargado de reconocer el trabajo de Edwards, sus crónicas sobrepasaron la frontera del tiempo y la actualidad noticiosa. Carlos Silva Vildósola decía que cuando un artículo seguía viviendo al día siguiente no era un artículo periodístico. Como ya dijimos antes, las crónicas tienen esa característica excepcional, pueden informar y comunicar a destiempo porque están envueltas de esa magia de literatura y estilo que les da un valor más allá de la mera información actual y las hace permanecer ahí, vivas. Y así lo demuestra Edwards.

Afortunadamente su trabajo no fue elogiado únicamente después de su muerte, a pesar de que, como él dijo, nunca se hizo millonario con sus excelentes y múltiples escritos. En 1939 Joaquín Edwards Bello escribe un artículo titulado *Ahora o nunca Don Pedro Aguirre Cerda* (Presidente en ese momento) donde planteaba una petición: “Es en este gobierno, el suyo, en el cual existen personas que valoran el talento intelectual, cuando se debe establecer el Premio Nacional de Artes, Ciencias y Literatura, cuyo proyecto condensa la aspiración de la juventud instruida: Si no es ahora, perderíamos las esperanzas para siempre”⁹⁵. Cuatro años más tarde, en 1943, será él mismo quien reciba el solicitado premio, siendo el segundo escritor en la historia de Chile en recibirlo, luego de Augusto D’Halmar que lo recibió en 1942.

En 1950 es distinguido con el premio Camilo Henríquez, que entregaba la sociedad de escritores de Chile. Y finalmente en 1959 recibe el Premio Nacional de Periodismo en Redacción. Allí realiza un discurso donde se dirige a los jóvenes y futuros periodistas. “¡Atrévanse, miren a su alrededor, observen, sean verdaderos guías del público! Nuestros lectores carecen de fe en su propio juicio, su conciencia de inferioridad les llama a aceptar sólo juicios afuerinos (...) Les advierto que en 25 años los libros no me han dado honores ni dinero para vivir. El periodismo, sí. Nuestra tierra prefiere a los periodistas que son más llanos y baratos. El diario cuesta menos de medio penique”⁹⁶.

⁹⁵ Edwards Bello, Joaquín. *Recuerdos de un cuarto de siglo*. Editorial Zig Zag, 1966, pág. 37.

⁹⁶ Edwards Bello, Joaquín. *En torno al periodismo y otros asuntos*, Editorial Andrés Bello, 1969, pág. 109.

D. La conversación permanente con el lector

Diferente a como se pudiera creer, Edwards no solía caminar por las calles observándolo todo para inspirarse y escribir sus textos. Cuando no estaba viajando, el cronista pasaba gran parte del tiempo encerrado en su escritorio, junto a sus preciados archivos, y fue desde esa habitación de donde salieron la mayoría de sus escritos. “Mi universo se encuentra en esta pieza donde paso los momentos más gratos de mi vida de escritor”⁹⁷.

Fueron más de 40 años dedicados a desarrollar incansablemente el género crónica, a darle forma propia cuando éste aún no se definía claramente, ni encontraba su posición definitiva dentro del periodismo. Lo usó como medio de expresión de todo lo que sus ojos veían y de lo que su cabeza reflexionaba. El pensamiento y sentimiento de un hombre, acerca de todo, concentrado en más de 12 mil textos que hoy quedan como testigos permanentes de una época pasada. En su caso la crónica fue utilizada para romper con las falsas ideas de la sociedad.

No podemos hablar de una fórmula de escritura de este cronista. En consecuencia al género, no hay un método establecido de cómo se deben ir desarrollando los textos. Sin embargo, él decía que su modo de trabajar era: “cada mañana, provisto de una enorme tijera, de un frasco de goma y unas cuantas hojas, me sumerjo en los diarios del día y selecciono mi material (...) Mire, me decía (recuerda Calderón) esto que está aquí sucede en un pueblo de España; y está conectado con lo que está pasando en Jerusalén y, además con lo que ocurrió en la comuna de París el año 71 (...) no se extrañe, agregó, si soy capaz de interrelacionar todos estos hechos es por una sola cosa, porque sé mirar”⁹⁸.

Podemos decir que la gran constante de sus textos fue la variedad, la universalidad de temas; costumbristas, de personajes, de lugares, de instituciones o de ideologías. Inmensa variedad de sentimientos expresados, de tiempos y de arquitectura del relato. La diversidad fue posiblemente una de las características determinantes para lograr entretener, por más de cuarenta años y hasta hoy, a sus fieles lectores.

⁹⁷ Esta cita fue extraída de un artículo perteneciente al archivo de Silva Castro, de Referencias críticas de la Biblioteca Nacional. Edwards Bello, J carpeta n° 169. Dado el deterioro del material no fue posible establecer la fecha de la entrevista o donde fue publicada.

“Estilo suelto y libre. Cúmulo de recuerdos y observaciones sobre costumbres, lugares, fiestas, rincones, bandoleros, políticos, bohemios, viajes, leyendas, instituciones, mitos de medio siglo”⁹⁹.

Más de alguna vez se le preguntó cuál era la clave de un buen cronista, a lo que él respondió: “Ser consecuente con los principios y con las ideas que se sustentan; no proclamar un día una verdad y al día siguiente su reverso, porque todo eso despierta al público y lo lleva a la confusión. Un buen cronista además, debe cuidar la arquitectura, la forma de lo que escribe, de manera que siempre esté presente en él la *sindéresis*, que decían los griegos”¹⁰⁰.

Su premisa de ser consecuente con la verdad que se profesa, se sustenta en la honestidad con que escribía y describía los diferentes objetos de sus crónicas, enfrentando puntos de vista y manteniéndose con perspectiva sobre el tema, más no por ello sin opinión, sino todo lo contrario. Algo así como un abogado del diablo que era capaz de criticar todo, porque no formaba parte de nada de manera sumisa y convencida.

Para Edwards Bello todo era digno de ser evaluado, por ello él podía estar de acuerdo con algo un día, y al día siguiente criticar duramente otro aspecto del mismo tema, sin contradecirse. Cabe recordar que uno de sus blancos de críticas fue la clase social a la que él pertenecía de nacimiento, más nunca se sintió identificado.

Y en cuanto a la arquitectura de su trabajo, siempre existió una estructura coherente, redonda, formada, lógica y comprensible, sin embargo no podríamos hablar de una en particular, porque como ya hemos dicho, la diversidad y los cambios en su forma de concretar un texto, fue una de sus constantes. “Una crónica suya se parece a una conversación al mediodía en una esquina céntrica, con toda la animación y el desorden que en tal caso son habituales. Carece del sentido de la composición, o de la arquitectura, y sus crónicas, empiezan y terminan en cualquier punto del tema. Y no siempre es profundo”¹⁰¹.

⁹⁸ Calderón, Alfonso. *Joaquín Edwards Bello una vez más. Entrevista a Alfonso Calderón*, Mapocho, Revista de humanidades y ciencias sociales, n°48, segundo semestre de 2000, pág. 166.

⁹⁹ Valente, Ignacio. 12 de octubre de 1969. No se puede determinar el medio donde fue publicado, por tratarse de un recorte del archivo de Silva Castro, de Referencias críticas de la Biblioteca Nacional. Edwards Bello, J carpeta n° 169.

¹⁰⁰ Edwards Bello, Joaquín. Entrevista Sábado 3 de enero de 1959. No se puede establecer el medio por ser un recorte del archivo perteneciente a Silva Castro, en Referencias críticas de la Biblioteca Nacional. Edwards Bello, J carpeta n° 169.

¹⁰¹ Concha, Edmundo. *Las crónicas de Joaquín Edwards Bello*, Diario La Nación. 25 de julio de 1964.

Aunque algunos afirmaron que sus crónicas carecían de arquitectura, más bien tenía una arquitectura que se adaptaba a su entorno. Como ya hemos dicho, la crónica en cuanto a género, se ha ido adaptando a las necesidades de su época. Edwards hace lo mismo: adapta el orden de su pluma a lo que el tema exige.

Para Edwards la estructura de una crónica tiene algunas exigencias simples. Ha dicho que “un artículo es como un teorema, algo que debe tener principio, mitad y fin, todo en su medida proporción. Más claramente: para que un artículo sea digerido con agrado no debe parecer una mazamorra”. La formación de sus textos tuvo esa lógica, ese orden necesario para ser comprendido por todos, un escritor generoso, que aunque variaba en el orden de exponer el texto, nunca abandonaba su lógico orden mental.

Para conseguir esa claridad que se manifiesta en sus crónicas, no sólo debe existir una buena estructura del texto, que conduzca al lector por un caudal fluido, sino también deberá estar construido con un lenguaje claro y entendible para su público. Recordemos que las crónicas eran publicadas en un medio de comunicación no especializado, por lo tanto es preciso usar un lenguaje acorde al público al que se le envía. Él se adapta al lenguaje de este público común y corriente, lector del diario, y les habla de ellos mismos o de un exclusivo lugar en París, pero lo hace de un modo cercano y simple. Edwards ha dicho “yo no escribiré nunca para literatos. Todos en mis libros, desde los títulos es claro”¹⁰².

Los títulos, aparentemente solían revelar el contenido del texto; *Los muchachos de antes no usaban gomina*, *Terremoto de Valparaíso*, *Mi padre en el cine o Confitería y pastelería Torres*, sin embargo no era tan exacto, ni demasiado evidente, como para lograr siempre sorprender al lector cuando leyera lo que seguía.

Utiliza un lenguaje simple, pero muy culto. Tiene la capacidad de los buenos oradores de, a pesar de saber palabras casi inéditas, seleccionar la amplitud de vocabulario sencillo para darse a entender de un modo más masivo. Puede integrar citas de autores más desconocidos en sus textos, pero ellas no dificultan nunca la comprensión del relato. Más bien si la información no aporta, tampoco entorpece.

Aunque era culto en el lenguaje, no por ello era demasiado formal, y no tenía problema con usar jergas, muletillas o palabras “poco académicas”, si la crónica así lo exigía. Incluso una vez un periodista (Abella) dijo que él era “el maestro de lo vulgar”, y

¹⁰² Edwards Bello, Joaquín. <http://www.per.puc.cl/periodis/investig/maestros/joaquin1.html>, pág. 9.

Edwards se sintió orgulloso. “¿Por qué no emplear expresiones nacionales, de la idiosincrasia popular?, Esto proviene de que el chileno en general carece de la virtud para estimar los valores propios. Se habituó a lo importado”¹⁰³. Este lenguaje claro lo usaba también para expresar un humor algo irónico y cruel. Un humor directo y preciso.

“Edwards Bello escribe, incuestionablemente, crónicas vivas. Al desarrollarlas con criterio tan personal, jamás aparecen embalsamadas, como ocurre con otros cronistas. Son palpitantes comunicativas y plenas de significación. Para ello emplea el estilo hablado, repentista, natural, caudaloso, espontáneo, con sus correspondientes vacíos y muletillas, incluidas las menos elegantes”¹⁰⁴.

Una buena manera de comenzar sus crónicas fue con una pregunta; *¿Qué cosa llaman mal tiempo en los diarios?, ¿Es un genio Jorge Cuevas? o ¿Cómo se lo consiguió?* También lo hacía anunciando alguna noticia o haciendo una definición; “Hace poco llegó de Valparaíso la noticia del descubrimiento de una falsificación de billetes del tipo de diez pesos”¹⁰⁵, pero nada era regla. El tema determinaba la forma de comenzar, eso sí, lo más atractivamente posible. Lo mismo ocurre con los finales; una pregunta, una ironía, una anécdota, todo podía servir, o más bien nada era suficiente para cerrar sus textos porque el público siempre estaba dispuesto a leer un párrafo más.

Los temas que inspiraron sus crónicas, fueron casi tan amplios como la vida misma. Difícil entonces establecer un patrón de temas, escogidos por este cronista. “¿Su constante de fondo? Un amor hondo y leal por Chile, no desmentido ciertamente por sus continuas reconvenciones contra esto y aquello”¹⁰⁶. Para Alfonso Calderón, Edwards Bello “instauró un estilo nervioso, como él. Fragmentado con la referencia oportuna y con asociaciones muy rápidas”.

Uno de los elementos más importantes que caracterizaron sus trabajos, y que los hizo brillar y destacar, es la presencia de citas, datos bibliográficos y documentos que

¹⁰³ Esta cita fue extraída de un artículo perteneciente al archivo de Silva Castro, de Referencias críticas de la Biblioteca Nacional. Edwards Bello, J carpeta n° 169. Dado el deterioro del material no fue posible establecer la fecha de la entrevista o donde fue publicada.

¹⁰⁴ Concha, Edmundo. *Las crónicas de Joaquín Edwards Bello*, Diario La Nación de Santiago, 25 de julio de 1964.

¹⁰⁵ Edwards Bello, Joaquín. *Cárceles y conventillos*, Crónicas, Editorial Zig Zag, Cuarta edición 1974, pág. 73.

¹⁰⁶ Esta cita fue extraída de un artículo perteneciente al archivo de Silva Castro, de Referencias críticas de la Biblioteca Nacional. Edwards Bello, J carpeta n° 169. Dadas las condiciones en que estaba el material no fue posible establecer datos de la cita.

enriquecen tanto en información como en entretenimiento y curiosidad, sus crónicas. No sólo estaban nutridas con anécdotas y análisis, sino además con datos relevantes que demostraban un amplio manejo documental de los temas, además de las múltiples experiencias que había tenido el autor en el mundo.

Edwards Bello estaba permanentemente recortando y guardando noticias y artículos de su interés que encontraba en los diarios, revistas y libros. Decía “yo no tengo una gran biblioteca, la he vendido varias veces en momentos de apremio. Después de todo, en cada libro no hay más de dos o tres páginas que valen la pena. Por eso, yo suelo arrancar esas páginas, guardarlas en el sobre que corresponde y botar el resto del libro”¹⁰⁷.

Su archivo era para él su gran tesoro, incluso afirmó: “el caso es que vivo en mi archivo. Gasto en él dos o tres horas cada día. Mi archivo vale más que mis escritos. Es mi obra maestra. Es modesto, sin presencia decente”. Este amplio registro, ordenado en sobres clasificados según los diferentes temas, aún se puede encontrar en la Biblioteca Nacional de nuestro país, en la sala de Referencias críticas. El tema del que guardó más información fue sin duda de Valparaíso, su ciudad natal que dejó un día y sin embargo siguió extrañando siempre.

El archivo personal de Edwards lo ayudó a construir crónicas fortalecidas de información, además de elementos increíblemente curiosos, que le daban un sabor especial. El hombre de mundo impregnaba sus crónicas de inteligencia, con el profundo manejo que tenía de los temas que abordaba. Edwards no sólo tenía la necesidad de decirlo todo, sino también de estudiarlo previamente. Permanentemente revisaba publicaciones y documentos de otros escritores y periodistas. Luego estos artículos se transformaban en fuente de inspiración o fuente directa de sus crónicas. “Mi trampa, o una de mis trampas, es mi archivo. Trampa y laberinto. A veces fallo en el trabajo de una crónica por exceso de tema. El archivo me enreda”¹⁰⁸.

Si bien este exceso de temas del que él habla, era provocado por la enorme cantidad de artículos que guardaba en su archivo, y que lo inspiraban, también era provocado por su propia cabeza, por su ingenio, su mirada atenta del mundo, por su capacidad de extraer de

¹⁰⁷ Calderón, Alfonso. *Joaquín Edwards Bello una vez más. Entrevista a Alfonso Calderón*, Mapocho, Revista de humanidades y ciencias sociales, n°48, segundo semestre de 2000, pág 168.

¹⁰⁸ Hott Dagonet, Jacqueline. Veintidós caracteres, *Joaquín Edwards Bello, el aguijón de un irreverente*, Editorial Aguilar, 2001, pág. 86.

la cotidianidad, aquellos detalles que la mayoría pasa por alto, para transformarlos en un texto riquísimo.

Se revela entonces otra característica, que atraviesa las diferentes variables que componen sus crónicas: el ingenio de sus relatos. Astucia para plantear los temas, inteligencia para desarrollarlos y asociarlos con otros aspectos de la vida, relacionarlos con otros enfoques, dándoles la profundidad o la superficialidad necesaria para hacerlos interesantes y cercanos a su público. Por último ese humor sarcástico y la crítica aguda cuando así ameritaba. Nunca paralizado por el temor de una posible represalia, a pesar de ser paranoico.

E. Algunos cuentos reales de Joaquín Edwards Bello

“El público es como un niño irreflexivo y novedoso; no le importa quién es el encargado de divertirlo y darle noticias. Se va con aquél que mejor cumple con su objetivo. El público es un niño que pide un cuento nuevo cada mañana. El destino del periodista y del escritor consiste en contar cuentos o dar noticias en estilo grato e impresionante”¹⁰⁹.

De Chile recogió todo. Las clases sociales, la política, las costumbres, los personajes populares, la historia, el lenguaje, la vida cotidiana, pero principalmente aquellas características que hablan de nuestra extraña idiosincrasia. Una de sus crónicas, publicada en sus tradicionales Jueves, la tituló *Ungüento amarillo*. En ella realiza una magistral descripción de la personalidad del chileno, por cierto muy vigente aunque fue escrita en la década del 40.

“En el asunto de las divisas se ha podido apreciar el daño que acarrea la costumbre de colocar amigos o correligionarios en ciertas dependencias públicas. Nos referimos a la colocación de amigos o correligionarios, no porque sean capaces ni porque hayan revelado méritos en el desempeño de las funciones a que les dedican, sino por ser amigos”. De esta forma introduce el tema de un modo aparentemente formal, escondiendo el humor que envuelve al resto del texto. Lo que sigue será una parodia, una constante crítica burlona al sistema.

¹⁰⁹ Edwards Bello, Joaquín. *En torno al periodismo y otros asuntos*, Editorial Andrés Bello, 1969.

“-¡Alégrate, vengo a proporcionarte un puestecito holgado, fácil, de eufonía emocionante. Nada menos que Inspector de Rejas y Umbrales de caja públicas. Tu ocupación principal consistirá en cobrar a fines del mes.

-¡Magnífico!

(...) Se trataría de una ‘pega’. Esta horrenda palabra moderna del argot político significa canonjía, esto es, una invención de cargo burocrático sin efectividad en la acción nacional, pero sí en las arcas del Fisco. Las ‘pegas’ o cargos inútiles, inventados para premiar servicios electorales, o servir a los amigos y parientes, empobrecen al pueblo, por cuanto contribuyen a disminuir el valor del peso, pero no son tan peligrosas como las ‘pegas’ con mando efectivo en los diversos órdenes de actividades funcionales”¹¹⁰.

Como vemos en esta crónica, intercala diferentes técnicas de narración, siempre basado en una situación real. Utiliza los diálogos hipotéticos, verosímiles, la definición de los términos, la ejemplificación y comparación, y culmina con un análisis global de la situación. Como sabemos, las crónicas, dentro de su amplia e inacabada definición, precisan ser producto de un hecho real, de preferencia noticioso. En este caso la crónica nace de la noticia del mal manejo de las divisas en Chile, situación provocada por funcionarios no aptos para el cargo.

Lo que él plantea, hoy se ha institucionalizado como “pituto”, ese requisito de contactos para postular a un cargo con éxito. “Pega” hoy se le llama al trabajo común, pero resulta interesante conocer el origen de la palabra, y más aún preguntarse como llegó a cambiar de significado. Aunque esta crónica no es un análisis profundo y acabado del problema de la asignación irregular de puestos, ni tendría que serlo, sí plantea una opinión sólida a través de un relato. En ese caso es un tema específico. Pero en otros textos, recoge un elemento común, tan cotidiano que nadie, excepto él como cronista, pondría atención especial. Y sin embargo revelan algo de nuestro carácter.

En su crónica *Continuará el mal tiempo*, ocurre aquello. “¿Es acaso mal tiempo la lluvia en el invierno? Se comprende que una señora asmática, sesentona y achacosa, se alarme si siente correr un vientecillo frío mezclado con agua. ¡Pero los observatorios! Mal tiempo en invierno se podría llamar a unos días de sol y calor, a unos días bochornosos, impropios de la estación y, en una palabra, anormales”.

¹¹⁰ Edwards Bello, Joaquín. *Ungüento Amarillo*, Diario La Nación de Santiago, 3 de junio de 1941, pág. 3.

Hasta este punto del texto, pareciera un tema demasiado banal, o mezquino en su observación, al pensar en las consecuencias sólo desde un punto de vista. Pero el tema es otro. Es por una parte el mal uso de los términos que suelen hacer los chilenos, y por otra, aquel afán de decir categóricamente que algo es bueno o malo, cuando en realidad es relativo, y finalmente un antojo del autor.

Habla del miedo que tienen los Santiaguinos al agua, siendo parte de un país costero. “Miran al agua como los londinenses mirarían un aeroplano de la furia celeste enemiga. ¡Pero señores! ¿Acaso no saben que procedemos del agua? Agua es el mundo en su mayor parte, y si los peces pensarán el mundo no se llamaría tierra, que está en minoría, sino agua. La sed, ahí está la santa sed para recordárnoslo de cuando en cuando. Somos agua, como las lágrimas. Nuestro principio y fin: el mar”¹¹¹.

Cito este texto para ejemplificar otro tipo de crónicas que escribía Edwards. Aquellas no tan profundas, que bordean un simple comentario, un detalle, una ocurrencia del autor. Tiene los mismos ingredientes; el ejemplo, la cita, la comparación con Europa, el relato, el humor. Sin embargo, plantea algo con el fin principal de entretener y quizás, más por azar que por seria intención, desemboca en alguna reflexión del lector. Al final se revela un sentimiento profundo del cronista: su amor por el mar, por uno de los símbolos de Valparaíso, su ciudad natal. Y es ahí donde se explica mejor el sentido de aquella crónica.

Sin duda, una buena parte de su inspiración provino de Valparaíso. En estas crónicas, más que la crítica, prima la nostalgia, la observación, la descripción, la necesidad de compartir algo que para él es extraordinariamente hermoso.

“Para subir al cementerio o los cementerios n° 1 y n° 2, he tomado por la avenida Ecuador, con altos edificios en cuyos bajos hay puestos de frutas, de leche, de pan, de sastrería, de todo lo que puede hacer falta en un barrio populoso. A la derecha se ve una de esas escaleras interminables que los porteños suben a la carrera y que cuentan treinta o cuarenta metros de altura, casi a plomo. Doblando hacia la derecha se alza la imponente muralla de piedra y ladrillo de la cárcel, como una fortaleza antigua (...) Aquí están los muertos; abajo se escucha el sordo rumor de los vivos (...) Andemos. En un nicho se lee: Mary Grace Butier. 17 años. Todo está escrito en inglés y nos hace pensar en una de tantas

¹¹¹ Edwards Bello, Joaquín. *Continuará el mal tiempo*, Diario La Nación de Santiago, 6 de mayo de 1941, pág. 3.

graciosas inglecitas de esas que se ven por las calles de la ciudad con sus trajecitos matinales, tan pulcras y bien educaditas. Sería una miss rubia del Cerro Alegre (...) Abajo la ciudad nos acoge con su fuerza trabajadora, sus oficinistas, sus tranvías, sus colegiales que parecen ignorar que arriba, ahí cerca, están las tumbas de los antepasados y los nichos que a ellos mismos esperan”¹¹².

Esta es una crónica diferente a las que habíamos visto hasta este punto. Narra un día cualquiera de su vida, con cierta melancolía, posiblemente porque hace poco había regresado a Chile de vuelta de Madrid y de vivir la primera guerra mundial. Se trasmite cierta nostalgia, no hay críticas, ni análisis, sino la visión profunda de una ciudad muy querida, retratada a través de un lenguaje sencillo y sensible.

Como suele suceder con muchas de sus crónicas, para ésta el paso del tiempo no significa nada. El relato es de interés atemporal, porque mucha de la información que entrega continúa vigente. Aún están aquellos cementerios, en el mismo lugar, subiendo por las mismas calles, y posiblemente podríamos encontrar esa tumba de la niña de 17 años, hoy, casi 80 años después de que escribiera sobre ella, Joaquín Edwards Bello. La permanencia de lo escrito se plasma en este ejemplo como en varios más.

Otro de los temas que fueron fuente de inspiración de sus crónicas fueron sus viajes por Europa. Ellos le entregaron una visión más amplia del mundo, que le permitía la comparación y el análisis desde diferentes puntos de vista. Aunque el tema central no fuera explícitamente los cafés de París o la vida madrileña, en muchas de sus crónicas cita Europa de diferentes formas, a través de autores, de modelos de vida, o de anécdotas que vienen al caso. Europa se transforma en un referente conocido. Cabe destacar esto como un elemento característico de su modo de escribir. Su relación y conocimiento del viejo continente forma parte de su sello personal en los relatos.

En su crónica *Norteamericanos y Europeos*, hace una excelente reflexión sobre diferencias y similitudes de las personas dependiendo del lugar donde nacen y se forman. Es una crónica sabrosa de datos curiosos, y además de observaciones excepcionales sobre un tema que cada vez se hace más evidente con el paso del tiempo, pero que sin embargo él es capaz de adelantarse y plasmar muchas ideas y puntos de vista, en cuatro columnas.

¹¹² Edwards Bello, Joaquín. *Cementerios de Valparaíso*, Diario La Nación de Santiago, 23 de marzo de 1929, pág. 3.

“¿Son parecidos los norteamericanos con los europeos? El que no reflexiona, ni se ha preocupado del asunto, dirá que Estados Unidos se prolonga a manera de nueva Europa. No es así, por ningún motivo. La ciencia nos dirá positivamente que el Europeo en América constituye un tipo novísimo y diferenciado. Un detalle curioso y que dejamos para entretenimiento y estudio de los científicos, consiste en la diferencia esencial de la pronunciación del idioma inglés en Inglaterra y la pronunciación en América del norte. Es sabido que los ingleses pronuncian apoyándose en la garganta y los norteamericanos en las narices (...) Naturalmente, la manera de hablar de cada pueblo explica bastante de su biología y su psicología (...) Las condiciones de vida que llevó el animal para encontrar el sustento determinaron su estructura. Así dicen los biólogos (...) La opinión precipitada del poeta Mac Leish respecto a los cambios fisiológicos de las personas cuando emigran de una parte a otra, recibió comprobación clínica en la Universidad de Columbia (...) probaron una vez más, que los poetas adivinan y suelen marchar a la vanguardia de la ciencia (...) El genio de Edison, gloria de América, es el caso típico de la inteligencia intuitiva, del aura nueva (...) Un matemático Francés se quedará sobrecogido de estupor cuando sepa que Edison no conocía a Faraday ni sabía nada de Hertz, cuando descubrió por sí mismo y como la cosa más natural... las ondas hertzianas”¹¹³.

Ironía. Comentarios fundamentados en datos teóricos e históricos. Anécdotas, documentación e información general, se mezclan para crear un relato que se ramifica y vuelve al centro. Logra acercar el tema a cualquier lector a través de variados ejemplos. Podríamos afirmar que dentro de los diferentes tipos de crónicas que escribió Edwards, ésta sería del tipo documentada, con confrontación de citas, unidas por los comentarios del autor, basados en la observación.

“Mérito suyo es la diversidad de temas que aborda, los que pueden ser, sin perder atractivo, históricos, políticos, costumbristas, etcétera. Siempre hay en ello color y relieve. Esta variedad, a su vez, está enriquecida por una no menor abundancia de puntos de vista”¹¹⁴.

¹¹³ Edwards Bello, Joaquín. *Norteamericanos y Europeos*, Diario La Nación de Santiago, 7 de mayo de 1940, pág. 3.

¹¹⁴ Concha, Edmundo. *Las crónicas de Joaquín Edwards Bello*, Diario La Nación de Santiago, 25 de julio de 1964.

Diferentes lugares o instituciones, cualquier personaje, vivo o muerto, que pudo haber conocido o no, podía caer repentinamente en el título de uno de sus escritos. Y más de alguno resultó molesto con las crónicas que les dedicaba. Se le criticaba aquello de no ser amable, ni en la vida ni en sus obras, porque sin duda en muchas de sus crónicas desmenuzaba actitudes y situaciones, dejando al descubierto la falta de ética o la poca honestidad de personas o instituciones. Además su rol nunca fue ser complaciente, ni sumiso, sino lo contrario.

“¿Que yo no soy amable siempre? Eso lo sé. Aprende a dar aullidos el que vive entre lobos. Cómo se puede conservar maneras amables en una sociedad que usa como gracia la pachotada. Un mundo en que la fineza en los hombres pasa por timidez o afeminamiento”¹¹⁵.

Su mirada amplia le permitió hablar de todo. Y como ya se mencionó la primera guerra mundial marcó sin duda un hito en su vida y su carácter. *Cocina, guerra y feminismo*, es una crónica escrita dentro de una estructura de diálogo, entre dos hombres. La opinión del autor se deja ver a través del relato de la conversación, no de modo directo como opinión. Es el cuento de una conversación ficticia en base de antecedentes reales y criterios del autor.

“Cuando hablan de la guerra, a pocas personas se les ocurre pensar en otra cosa que en la estrategia, los tanques, los cañones, la capacidad de los generales y el espíritu que anima a la tropa. Nunca oí hablar de las cocinas de campaña, de las ollas donde fraguan la vitalidad de los ejércitos. ¿Qué importancia asume el rancho en la catástrofe actual?”¹¹⁶. Una vez más lo vemos analizando el tema desde un ángulo completamente diferente, desde aquel que nadie se detiene a mirar, de eso que a nadie se le ocurre conversar cuando se pone en el tapete el tema de la guerra. Y luego de instar al tema y dejar la reflexión en el papel, pasará a otra cosa.

“¿Se imagina usted los trabajos que tendrán los rancheros de una Alemania bloqueada para servir un millón y medio de raciones? (...) –Podríamos llamar a ese el problema secundario, pero hay otro más oculto en las causas del conflicto. Y no es secundario, sino esencial y primario. Se trata de la evolución de la mujer en el mundo (...)

¹¹⁵ Edwards Bello, Joaquín. <http://www.per.puc.cl/periodis/investig/maestros/joaquin1.html>, pág. 6.

¹¹⁶ Edwards Bello, Joaquín. *Cocina, guerra y feminismo*, Diario La Nación, 7 de agosto de 1941, pág. 3.

La cultura con su tendencia a la mecanización y la vida artificial, degeneró al hombre, y el contragolpe ha sido la masculinización de la mujer (...) Contra las apariencias de corteza, la catástrofe europea resulta del feminismo, cuya gestación data de miles de años. Las mujeres son siempre partidarias de las soluciones dramáticas, implacables.”

Repentinamente, y sin que el lector pueda distraerse en la lectura, lo inserta en otro tema. Tiene esa capacidad de construir relatos fluidos. Crónicas ágiles, redondas de principio a fin, con la capacidad de trasladar al lector sin perder la línea continua del relato, sin perder al lector en el camino.

Comenzó con la guerra y la cocina, eso lo llevó a la mujer y a su carácter, luego al feminismo y finalmente une ambos temas en la ejemplificación histórica de la influencia de la mujer en la iniciación de las guerras, producto del carácter de ellas. Junto con este desarrollo, el narrador continúa el relato en primera persona, abandonando el esquema de diálogo sin que el lector lo extrañe.

“En las naciones masculina, donde la mujer no interviene para nada en el curso de las ideas o los gobiernos, florecen la filosofía y el pacifismo. Tal es el caso de India, China y de Japón (...) Ninguna nación actual escapa a los avances del feminismo, ni siquiera las asiáticas; la sola diferencia consiste en que éstas no son orgánicamente feministas, sino de ocasión, y por espíritu imitativo (...) En efecto, el feminismo aparece siempre precedido por un progreso maquinista y mecánico exagerado, que aleja al hombre de las fuentes eternas y naturales de vivir. Maquinismo industrial, alcoholismo: desocupación, sobre producción dominio del oro y guerra”.

Todas las opiniones que entrega Edwards Bello en esta crónica, a través del relato, pudieran ser cuestionadas, sobre todo en estos tiempos. Al final de esta crónica, cierra el relato volviendo al diálogo hipotético entre los dos personajes. Sin embargo, a pesar de traspasar su voz a un tercero, se vislumbra su punto de vista y sobre todo la determinación con que él establece sus creencias.

Este determinismo para opinar, aquel elemento reflexivo generalizador, fue cuestionado en la época por otros profesionales. “Una vez más sus acotaciones reflexivas tienden a generalizar sobre aspectos sociológicos de la vida chilena. Filosofía un poco apresurada, porque generaliza sobre casos y hechos de acuerdo a sus creencias

personales”¹¹⁷. Pero la gente lo sabe y eso es lo que espera, la visión personal del autor basado en hechos reales, y dichos a través de un estilo personal, muy distante de la ciencia o la objetividad.

Las crónicas de Edwards van ayudando a formar una opinión pública, a través de la entrega de noticias o relatos digeridos previamente y nutridos a través de la investigación de archivos y los análisis del autor. Y por otra parte ese mismo carácter fuerte, de ideas marcadas, y comentarios osados fue el que logró hacer crónicas que rompieran mitos; mitos sobre personajes históricos, sobre la vida en Europa, sobre la verdadera forma de pensar de los chilenos.

La crónica *Nulidades de matrimonio*¹¹⁸, fue escrita hace más de sesenta años, pero hoy podemos encontrar más de algún reportaje o crónica titulado de igual forma y realizando crítica similares. Este es un caso diferente de la vigencia de las crónicas. Si bien el tema pudo haber perdido actualidad, al menos en Chile, sigue siendo un tema permanente en los medios de comunicación.

“Aparte de la universalidad del problema del divorcio, las causas de nulidad matrimonial, o violación de las leyes en nuestra tierra tienen carácter propio (...) El pretexto n° 1 de los divorcios en Norte América consiste en el achaque de ‘crueldad mental’. Las dos palabras antedichas encierran diversas formas de hostilidad casera espiritual la que se manifiesta en puyas verbales, odiosidades premeditadas a la hora del baño, del desayuno, de las comidas, del recibo de visitas”. Así comienza describiendo, con un humor delicado y directo, la realidad matrimonial de muchas personas, pero poco a poco va dando profundidad a su trabajo.

“Los ricos evaden esta clase de dificultades y pueden prolongar un estado poco amable en sus casas grandes, con cuartos de dormir y baños separados. Los pobres carecen de defensa; cuando la vida en común se vuelve intolerable entre los pobres, uno de los dos se escapa, y deja los niños al cuidado de la parte que permanece en casa. Entre personas ricas, y sobre todo entre millonarios, el matrimonio carece de sentido divino y eterno (...) La vida de la gran sociedad norteamericana, que conozco por referencias y lecturas es lo

¹¹⁷ Solar, Claudio. *J. E. B: Un hombre que sabe escribir con gracia*, 8 de diciembre de 1966.

¹¹⁸ Edwards Bello, Joaquín. *Nulidades de matrimonio*, Diario La Nación de Santiago, 8 de marzo de 1941, pág. 3.

más asombroso del mundo actual. Las norteamericanas, y también ellos, se casan y se descasan por naderías (...) En efecto, de cien matrimonios hay noventa e descompostura”.

En esta crónica, como en muchas otras, vemos la capacidad de análisis y proyección de problemas que tiene este escritor. En algún momento fue capaz de predecir el éxito que tendría Don Francisco por “preocuparse de los viejos”, y que la moda en un futuro sería que las mujeres usaran pantalones de hombres. En este caso plantea el tema del divorcio, habla también de la imposición de un modelo de belleza femenina impuesta por modistas y no por hombres y plantea la crisis del matrimonio como institución social básica.

Como siempre, con un lenguaje sencillo y directo, se acerca a la realidad mundial y lleva al lector de vuelta a Chile. Uno de los atractivos de sus crónicas, es que su público puede descubrir realidades lejanas y diferentes a través de este testigo y a pesar de ello, sentir la proximidad del relato.

“¿Sería posible aprovechar el hambre a manera de propulsor de alegría?

¿El hambre?

Sí, Señores. ¿Acaso el hambre no mueve al pobre mundo?

¿Hambre de qué?

Hambre de todo (...)

El mundo marcha en alas del deseo, eso que los franceses llaman *envie*, y que en el fondo se podría traducir como envidia. Cuando dejemos de tener hambre, o deseo, mejor valdría morir. Ello implicaría el fin de la ambición (...) Este mandato de alimentarnos, esta fatalidad biológica y natural, ha quedado desvirtuada en la vida moderna por el hecho de que nos alimentamos casi siempre a horas fijas y con materiales que no hemos buscado nosotros ni preparado nosotros”¹¹⁹.

Esta crónica, escrita a fines de la segunda guerra mundial expresa cierto descontento con el orden de la vida en general. Refleja muy bien el carácter de Joaquín Edwards Bello, su pasión por las cosas que hacía, el gusto de hacer con sus propias manos, esa mirada particular donde a través de un problema mundial, presenta un cuestionamiento diferente. El hambre es la excusa de otro gran tema.

Continúa diciendo: “¿Hay algo más interesante que un rostro ansioso, ya sea de amor, de alimentos, de cosas de este mundo? El amor es hambre (...) Estas gentes de las

¹¹⁹ Edwards Bello, Joaquín. *El hambre*, Diario La Nación de Santiago, 4 de septiembre de 1941, pág. 3.

ciudades (...) están enfermas de no sentir hambre, de no saber lo que es el pedido profundo de las entrañas (...) La catástrofe Europea es un problema de hambre (...) Los hombres no son ni muy malos ni muy buenos. Menos malos que buenos. Nadie nace malo. El espíritu defensivo de un hombre atacado podría parecer maldad. La guerra actual se define en el más terrible problema de incompreensión. Vamos a ver: ¿Dónde está la sensación de hambre verdadera? ¿Quién tiene más hambre?”.

Todas las crónicas citadas aquí revelan algunas de las diferentes características que conformaron las crónicas y el particular estilo de Edwards Bello. Se podría sintetizar diciendo que: “los escritos de Edwards se reconocen por varios rasgos fundamentales: un estilo llano, a veces descuidado, fuertemente influido por autores como Baroja y Galdós; un zigzagueo constante que lo hace desviarse fácilmente del tema anunciado, volver a él, operar nuevos desvíos; un prurito desmitificador; un tono elegíaco, resultado de la añoranza permanente de un pasado que tiende a idealizar; una fuerte carga emotiva que se traduce en afirmaciones absolutas, hipérboles, contradicciones, accesos de cólera, movimientos de humor, etc”¹²⁰.

Son crónicas inteligentes, llenas de valor, de reflexión, de espíritu de su creador. En plena libertad del ejercicio de su pluma, Edwards dice exactamente lo que quiere. Y es recordado como el destructor de mitos que quería ser. Destruyó mitos al acercar temas lejanos, a la gente común, al reírse de las cosas formales, demasiado respetables o de aquellas que en teoría no se podía hablar. En sus crónicas encontró el medio de manifestarse como un personaje que se atreve a decir lo que piensa y cuyos pensamientos removieron la conciencia de sus lectores.

F. Referencia a sus libros 23 publicaciones: crónica y novela

Joaquín Edwards Bello publicó 23 libros desde la novela *El roto* en 1910, hasta *El subterráneo de los Jesuitas*, *Hotel Oddó*, *Nuevas crónicas* y *Recuerdos de un cuarto de siglo*, todos en 1966. Dentro de sus publicaciones en el género novela, destacan especialmente *El inútil*, *El roto* (1920), y *La chica del crillón* (1935).

¹²⁰ Benadava, Salvador. *Pedro Lemebel, apuntes para un estudio*, Mapocho, Revista de Humanidades y ciencias sociales, n° 50, Segundo semestre de 2001, pág. 45.

Pero junto a esos éxitos están los libros compilatorios de las crónicas que él publicaba en la prensa. Selecciones a cargo del escritor Alfonso Calderón, que conservan los relatos en más de cinco libros, que han reeditados en más de una oportunidad.

Crónicas, fue la primera compilación publicado por Editorial Zig Zig en 1964. Reúne 36 relatos cortos inspirados en diferentes elementos de nuestra idiosincracia; *Los siúuticos*, *Las cárceles y conventillos*, *Bellezas y fealdades de Santiago* y la *Canción nacional*, son algunos de los retratos fotografiados para siempre por este cronista. Esta concentración de crónicas cortas ya tiene más de 4 ediciones.

Destaca además otro de sus libros titulado *Crónicas de centenario*, conformado por una serie de pedazos de nuestra historia. No un retrato oficial, ni una síntesis de los hechos más relevantes ocurrido durante un período, como se entendió el término crónica antes, sino la historia no-oficial, el retrato de lo que pocos historiadores se encargan de registrar. Son relatos ricos en descripciones y comentarios, que tienen una capacidad extraordinaria de trasladar al lector al paisaje, a la situación o a la conversación relatada.

No importa cuanto tiempo después de escrita sea leída la crónica. El autor será siempre capaz de abstraer al lector de su propia realidad para transportarlo a aquella elegida y moldeada por él. Todo lo que aquí se narra, y el criterio de compilación, son los diferentes aspectos de la vida que transcurría en 1910.

Caricaturiza a personajes populares como *Don Emiliano Figueroa, payador de 1910*, o a los mismos presidentes como Pedro Montt.

“Seriedad y tristeza mostraba la fisonomía de don Pedro Montt, en su gobierno parece que hubo una maléfica intervención. Desde agosto de 1906 hasta agosto de 1910 (cuando murió) se notó una maligna conjunción de los hechos políticos. La figura de don Pedro era algo tétrica, todo de negro, con anteojos y sombrero negro. Debutó con el terremoto de 1906, lleno de muertes, incendios y lutos. Y la tropa que se vio obligada a disparar sobre miles de obreros salitreros. Así le siguió una mala ola de problemas y crisis que tuvo que enfrentar. Su muerte fue el prólogo de su atormentada existencia”¹²¹.

Además rescata fiestas, lugares, objetos típicos, conmemoraciones, bailes, la ciudad en 1910. Todos los elementos que puedan representar la vida de esos años.

¹²¹ Edwards Bello, Joaquín. *Mala suerte presidencial*, Crónicas del centenario. Editorial Zig-Zag, Santiago 1968

Algo similar ocurre con *Recuerdos de un cuarto de siglo*, también editada en la editorial Zig Zig por primera vez en 1965, cuya selección estuvo nuevamente a cargo de Alfonso Calderón.

Joaquín Edwards Bello se consagró como el gran cronista de la primera mitad del siglo XX. Aunque desarrolló un género poco definido, y quizás por eso mismo, fue capaz de darle un carácter propio y hoy no se cuestiona si su trabajo es crónica o no. Lo es en plenitud porque la definió en la práctica y de un modo excepcional, porque el tiempo además así lo ha confirmado. Pueden existir debates hoy sobre qué es crónica, qué elementos debe poseer y qué se puede permitir el autor en su ejercicio. Pero a pesar de la falta de consenso, hay una coincidencia general en decir que Edwards Bello es un maestro de la crónica en nuestro país.

Sus textos eran relatos entretenidos, dinámicos, informativos en cuanto a anécdota. Rescataron aquella verdad más soterrada que caracteriza los temas de la crónica, resaltaron los detalles pasados por alto, destruyeron ideas prejuiciosas y mitificadas de nuestra sociedad del siglo pasado. Habló de todo, de la forma que no lo hacía nadie y siguió hablando incluso después de su muerte. Era una crónica que molestaba porque era honesta y deslenguada.

Cómo se concretaba todo esto en el papel, es parte de ese estilo hasta hoy inimitable que desarrolló Edwards Bello. Aquel estilo que al igual que la crónica, es complejo de definir pero se reconoce apenas se ve.¹²²

¹²² Todas aquellas citas que aparecen entre comillas, mas sin nota a pie de página, fueron extraídas del archivo sobre Edwards Bello, J de la Biblioteca Nacional, sección referencias críticas. Dado el estado del material no se puede establecer la fecha o el medio donde fueron publicados.

III. Hernán Millas

EL SERIO HUMOR DE UNA CRÓNICA DOCUMENTADA

Hernán Millas Correa es uno de los periodistas de más larga y destacada trayectoria en Chile. Comenzó muy joven a desarrollar su vocación de reportero. Cuando tenía sólo 21 años entró a trabajar en la revista *Ercilla*, y poco a poco se fue transformando en un cronista *Semiserio* que recoge la realidad para recrearla con humor e ironía, y en aquel periodista ágil, inteligente e ingenioso que escribía con un estilo único, digno de admiración. Su trabajo lo ha desarrollado en distintos medios de prensa escrita y radio, y hoy también a través de Internet en el sitio [www. elarea. com](http://www.elarea.com), donde escribe *La columna de Hernán Millas*.

Ha publicado más de seis libros de crónicas entre ellos *Bernardo Leighton, buen hermano*, *Testimonios*, *La familia militar*, *La buena memoria* y *La buena vida y la poca vergüenza*. Todos ellos han sido producto de su excelente trabajo como testigo observador de la realidad y de aquella capacidad de registro documental de excepción. Consciente de la importancia de la historia, sus escritos fueron naciendo con una rigurosa carga documental. “Cada periodista, sin saberlo, es un pequeño historiador. La crónica de hoy, mañana es historia. Ese ha sido mi propósito”¹²³.

Las crónicas de Millas destacan por estar fuertemente nutridas de documentación, por la gran cantidad de datos anecdóticos allí presentes que dan sabor a sus historias, por la inteligencia en la forma de narrar y presentar los temas, y especialmente por ese toque de humor e ironía, que sólo él ha sido capaz de desarrollar en los temas más pequeños y cotidianos como un café con piernas, hasta en aquellos de seria profundidad como el ataque a las torres gemelas en Estados Unidos.

“Tal vez el tema (mejor hablemos de ‘problema’ para darle más categoría) no sería tan importante como llegar a un acuerdo para las reformas constitucionales, o el sistema binominal, o el plan Auge, pero estaba en la Agenda. Era la vigencia de los cafés con piernas (...) El legislador no previno esta situación, ni tampoco el reglamento municipal. Y ante los excesos de algunos cafés que se “cayeron al chancho” y permitían que los

¹²³ Millas, Hernán. *El Día*, 26 de enero de 1997, pág. 28.

parroquianos pasaran a dormir la siesta, y les llevaran la tacita a la cama, se optó por la clausura de los locales (...) Después de servir la tacita, las expendedoras podrán darse vuelta para retornar al lugar de las cafeteras, teniendo especial cuidado de no inclinarse para recoger alguna cucharita que se les haya caído. En tal caso deberán encucillarse evitando el mal gusto de remarcar el derrière, hacia los clientes (...) Si se logró este acuerdo, ¿por qué no se intenta lo mismo con los senadores designados, la permanencia de los comandantes, y otros problemillas más simples?”¹²⁴.

Su trabajo como cronista fue respondiendo espontáneamente a la necesidad del lector de contar con relatos entretenidos, repletos de información, análisis, humor y osadía. “El historiador suscribe grandes acontecimientos, pero quedan fuera un montón de cosas que se olvidan. En cada episodio encontré detalles humanos y quise hurgar en ellos”¹²⁵.

A sus 81 años, la pluma de este periodista parece no cansarse. Dice que felizmente nunca le han faltado temas de inspiración, que “siempre hay algo. La vida es más humorística que lo que uno supone”¹²⁶. Y hoy desde su casa en Lo Cañas, él y sus crónicas se actualizan permanentemente, no sólo en cuanto información sino también en la ardua tarea de adaptarse a los acelerados cambios culturales y tecnológicos de este siglo.

Actualmente escribe en Internet para el sitio elarea.com y ha continuado plasmando sus crónicas en el papel en la última de sus publicaciones *La buena vida y la poca vergüenza*, y en un nuevo trabajo que le encomendó la editorial Planeta: realizar un libro de crónicas sobre las familias más destacadas en la historia de Chile. Aunque confiesa que este proyecto le exige demasiado trabajo y tiempo, está muy entusiasmado en la investigación de los personajes y haciendo lo que mejor sabe: crónicas documentales.

“Siempre me gustó la crónica, consideraba que era la historia de todos los días, el acontecer diario que podía trasladarse. Siempre la vi como una especie de cuento que se le entregaba al lector, aunque fuera de no-ficción”¹²⁷. Para este maestro del periodismo lo esencial de este género es responder en el texto, por muy corto que éste sea y más allá del tema, a todas las preguntas que se pueda hacer el lector, del modo más ameno y sencillo posible. Presentar el lado humano de los personajes y las situaciones. Y lo ha logrado con

¹²⁴ Millas, Hernán. *Un cortado con piernas*, www. elarea. com, 27 de septiembre de 2002.

¹²⁵ Millas, Hernán. *La mirada crítica de dos agudos cronistas*, Diario La tercera. 18 de mayo de 2000

¹²⁶ Millas, Hernán. Entrevista, lunes 9 de septiembre de 2002.

¹²⁷ *Ibid.*

honores; fue galardonado primero por su labor como cronista y reportero con el Premio Nacional, y luego por su excelente uso de la lengua castellana al redactar sus escritos.

Millas es un periodista que ha rescatado los valores tradicionales de la profesión, la pasión por escribir y escribir bien, con responsabilidad y consecuencia, y además ha entregado un estilo sólido y diferente de hacer crónica en Chile. “Millas sabe desacralizar las noticias y ponerlas en una dimensión que muchas veces las muestra como torpezas evitables y corregibles que se eternizan por la soberbia de los déspotas que las cometen. Con ello demuestra que el periodismo no sólo puede sino que debe hacer del cuestionamiento una práctica (...) Pero, cuidado, no es tan fácil como podría parecer. La ironía, la mordacidad, la crítica ‘simpática’ y el comentario jocoso, necesitan de la inteligencia y de la medida para ser eficientes”¹²⁸.

A pesar del humor con que escribe, Millas es un hombre serio, “adusto de puertas adentro, humorista de puertas afuera”¹²⁹, de mirada fija y reflexiva. Lleno de anécdotas para contar y riguroso crítico de la sociedad. Confiesa que una de las cosas que le producen rabia son “las injusticias y los excesos. Estuve en contra de esas situaciones durante el gobierno de la UP y durante el gobierno militar. Por eso que digo que ser consecuente me ha traído varios problemas”¹³⁰. Y es con esa consecuencia que también se ha ganado el respeto y la admiración de sus pares y el público.

Posiblemente el éxito de sus crónicas se deba a que el lector sabe que en ellas encontrará siempre un texto entretenido, con información inédita y envuelto en un interesante análisis entregado con ironía y humor. “Trato siempre de que lo que escribo sea una especie de conversación, y me imagino que el lector está escuchándome. Si encuentro que algo está fome, para el bostezo, lo hago todo de nuevo”¹³¹.

A esto suma una de las enseñanzas que dejara Joaquín Edwards Bello en relación a la labor periodística. Este destacado cronista decía que el periodista era un profeta que debía transmitir de un modo sencillo y más que nada preocuparse de no aburrir jamás. Y como viéramos antes, no sólo eran prédicas sino que fue la forma en que Edwards Bello desarrolló su trabajo, siempre con un lenguaje comprensible, acercando los temas a la

¹²⁸ Diario La Época 29 de diciembre de 1991.

¹²⁹ Poblete Varas, Hernán. Comunicación del premio "Alejandro Silva de la Fuente". Academia chilena n° 71, 1996.

¹³⁰ Millas, Hernán. Diario El mercurio, 9 de noviembre de 1996, pág. 4.

gente, y sobre todo entreteniéndolo, y ahora es Hernán Millas quien continúa desarrollando aquella característica de un buen cronista. Y para lograrlo aprovecha las características de su público de hoy: “Creo que los chilenos tienen dos posturas: una por el qué dirán y otra que demuestra que tienen sentido crítico y humor”¹³².

El trabajo de Millas ha recorrido diferentes estilos dependiendo de las exigencias del público y la situación social en que se desarrolla. Pero el fondo de su trabajo ha sido en general el mismo: la investigación, el registro y la reflexión. “Uso mucho el recrear la noticia. Recrearla no significa inventar cosas, sino darle la noticia agradable al lector, con mi punto de vista. La noticia es muy aséptica, en cambio esto (la crónica) tiene que tener sustancia, que el público se sienta humanamente representado”¹³³.

A. La revelación de una vocación

Hijo del periodista Columbano Millas, Hernán nació el 5 de mayo de 1921 y pronto conoció los sonidos de las máquinas que imprimían los diarios. Vivió en Santiago hasta los ocho años, cuando tuvo que trasladarse a Magallanes, donde su padre debía hacerse cargo del diario local La Unión. En Punta Arenas estudió en el colegio San José de los Salesianos, comenzó a desarrollar su afición por la lectura y cultivó un inmenso cariño por esa ciudad, donde según dice, vio a su familia más feliz que nunca.

En 1931, un año antes de la muerte de su madre, regresa a Santiago incorporándose al Instituto Nacional y más tarde al Liceo Balmaceda. Termina el colegio e ingresa a la Universidad de Chile a estudiar Leyes, pero se da cuenta de que su verdadera vocación es el ejercicio del periodismo. Según él, la influencia de su padre, inmerso en este oficio, fue un incentivo muy grande para acercarse a esta carrera. Abandonó el derecho al cabo de un año, convencido de internarse y hacerse participe en un medio de comunicación. Hernán Millas se va internando de a poco en el trabajo periodístico de la revista Ercilla. Cuando tenía sólo 21 años comenzó a participar de las reuniones de pauta y a realizar reportajes para este medio. Comenta que las tareas encomendadas al inicio eran prácticamente irrealizables; las entrevistas eran imposibles, siempre contra el reloj, y que además, había que estar a prueba

¹³¹ Millas, Hernán. Diario El mercurio, Suplemento comunal, 23 de septiembre de 1995, pág. 6.

¹³² Millas, Hernán. Diario La Época, 29 de noviembre de 1996, pág. 29.

¹³³ Millas, Hernán. Entrevista, lunes 9 de septiembre de 2002.

seis meses y dentro de ese tiempo lograr marcar alguna pequeña huella para poder quedarse.

Y así fue. Un hito en el inicio de su carrera lo dejaría definitivamente inserto en el mundo de la prensa escrita. Mientras trabajaba en Ercilla, se le encomendó la difícil misión de entrevistar a Jorge Negrete, un famoso actor y cantante mexicano de aquella época, que acababa de arribar a Santiago. Lo difícil era que estaba contra el tiempo y contra la disposición del artista a dar entrevistas. La nota tenía que estar lista para el lunes en la mañana, y la conferencia era ese mismo día en la tarde. Fue entonces que volcó toda su energía e ingenio en conseguir como fuera, una conversación con el actor. A través de contactos personales, y sobre todo de astucia, logró estar en el mismo living que Negrete, registrar palabras exclusivas del actor antes que cualquier otro medio, y realizar la primera de sus destacadas crónicas.

“Cambió su caballo retinto por un majestuoso avión de la Panagra. Llegó con barba de dos días, envuelto en un sobretodo amplio, café, sin botones, un chambergo neobohemio y la misma sonrisa que tiene enfermas a las niñas del continente (...) En la aduana no hubo demoras, porque el galán de América no retiró su equipaje (...) Quince hombres rodeábamos al novio de millares y millares de mujeres de las 21 repúblicas (...) Negrete está sentado en el amplio hall. Un cronista de política le toma examen sobre sus conocimientos. Responde con precisas y rápidas reflexiones. Ni un error. Conoce la historia. Es democrático hasta el pasionismo. Bebe a lentos sorbos su vaso, y lo choca con nosotros, por Chile (...) Recogimos un montón de frases desgranadas a lo largo de la charla.

- Pelee usted con los líderes mexicanos y adelgazará.

- Soy de extrema izquierda pero no comunista.

(...) Regresamos al centro en un veloz automóvil (...) Alguien nos pregunta después como es el astro, y no sabemos, francamente qué responderle. Bajo la noche de Santiago ha caído un auténtico astro y un verdadero hombre. Orlando Cabrera y Hernán Millas”¹³⁴.

Ya en sus inicios escribía crónicas ágiles, con carácter y muy buenas descripciones. Pero sobre todo con este trabajo demostró, que tiene una capacidad excepcional de conseguir lo que quiere, de captar lo importante y escribir con talento. Todo esto lo hizo

¹³⁴ Santibañez, Abraham. *Periodismo interpretativo*. Editorial Andrés Bello, segunda edición, págs. 192 a 197.

entrar en la historia periodística, incluyendo su anécdota, y quedarse en la revista por varios años. Este lugar fue su escuela para aprender la profesión, allí tuvo la posibilidad de trabajar con periodistas destacadísimos como Hernández Parker y Lenka Franulic, aprendiendo el oficio y definiendo cada vez más su excelente pluma.

Este rasgo de personalidad que lo llevó a lograr la entrevista con Negrete, permaneció en él como un atributo especial que lo haría obtener informaciones inéditas o entrevistas excepcionales, material rico para desarrollar sus crónicas. Otro de sus logros fue llegar a Charles Chaplin... en un avión. Al darse cuenta que el actor compartía el vuelo con él, y con el antecedente de que odiaba a los periodistas, Millas se las ingenió para acercarse de un modo casual. Pensó en un plan, le mostraría a los hijos del actor una foto de su hija, y cuando ellos tomaran la foto, él aprovecharía de entablar la conversación. Y así fue. Terminó sentado al lado de Chaplin, improvisando un poco de francés para poder comunicarse, y finalmente observando el espectáculo personal de actuación muda que le brindó el artista. Sólo cuando el avión estaba por aterrizar le confesó su profesión. La crónica que surgió de esta experiencia se publicó en varios países.

Y así ha ido acumulando aciertos, como ganar el primer lugar en un concurso de teatro experimental, con la obra *El invitado que viene de lejos*, en 1951. El texto lo escribió casi en broma y lo envió sin ningún afán de reconocimiento.

En ese tiempo, su aguda observación y su capacidad de intuir las futuras necesidades del público, lo hizo cuestionarse sobre la posibilidad de realizar un periodismo radial más interpretativo, complementando la labor netamente informativa que se realizaba entonces. Realiza entonces una propuesta en radio Cooperativa: crear el programa interpretativo *Reportajes*. Este espacio salía al aire tres días a la semana, se extendía por una hora y llegaba a todo Chile. Durante los tres años que existió fue un éxito periodístico y otro acierto en su carrera.

Pero en esos años “su situación personal era difícil. Tenía a cargo sus dos hijos y estaba pensando en casarse otra vez (...) Por eso aceptó la invitación de Alberto Gato Gamboa, quién le propuso trabajar en El Clarín (matutino popular de marcada tendencia izquierdista), a pesar de que Millas había tenido un impasse con su dueño. “Yo había hecho que lo declararan reo, porque junto con Lenka Franulic nos acusó de compañeros de ruta de los comunistas, lo que era un delito en tiempos de la Ley de Defensa de la Democracia (...)”

Millas pensó que sería una buena idea crear una columna que narrara las infidencias de los reporteros del Gobierno. “Se me ocurrió hacer *Las dos caras de la moneda*”¹³⁵. En un comienzo en forma anónima y luego, una vez que fue aprobada por los jefes y el público, poniendo su firma.

Esta capacidad de Millas de estar en más de un medio de comunicación a la vez, y aportar creativamente a cada uno, es un rasgo posiblemente heredado de su padre, quien escribía varios artículos para el mismo diario, firmando con diferentes seudónimos. En 1967 Millas vuelve a su casa, la revista *Ercilla* y en 1968, paralelamente, se puso a la cabeza de la revista *Topaze*. Allí se convirtió en *la vieja*; “le decíamos así porque era súper copuchento”¹³⁶, cuenta su compañera de trabajo de entonces, María Eugenia Oyarzún.

Una manera de conocer el trabajo realizado por Millas en este medio, es hacerlo a través de una crónica autobiográfica que él escribió para la revista *Patrimonio Cultural* el año 2000. Lo que sigue es un extracto de ese trabajo.

B. Yo y Topaze: cómo hacer humor y sobrevivir en Chile

“No recuerdo cómo llegué o quien me llevó a *Topaze* (...) Los dueños duraban poco: el mismo tiempo que los directores. Después que la revista la dejara su creador, Jorge Délano, Coke, y director durante un cuarto de siglo, la publicación vivía por inercia (...) Los diarios eran terriblemente graves y no se concebían secciones en las que se contaran confidencias y chascarros, a todos les faltaba esa sonrisa(...) La pasión de multitudes era en esos años la política y no el fútbol (...) Y de ahí el éxito de *Topaze*. Los políticos vivían temerosos con el trato que les dieran. Una caricatura que los ridiculizara los sacaba de quicio(...) La revista se hacía prácticamente almorzando en el *Nuria* los lunes. Se empezaba por el tema de portada. Cada cual daba ideas. Se discutían y se imponía el consenso. Todos tenían tan puesta la “camiseta”, que era frecuente que alguien sacrificara su posición, diciendo “pienso que nos estamos cargando a este lado”. Ya al café podíamos irnos a trabajar. Y, hasta la víspera de la aparición, se iban haciendo cambios.

¹³⁵ Millas, Hernán. En, *Veintidós caracteres*, Hott Dagonet, Jacqueline, Editorial Aguilar 2001, pág. 198.

¹³⁶ Hott Dagonet, Jacqueline. *Veintidós caracteres*, Editorial Aguilar 2001, pág. 199.

El único político que se enojó y bastante, fue Humberto Enríquez, senador radical por Concepción. En dos ocasiones apareció caricaturizado junto a una botella de vino. El parlamentario era conocido por su afición al tinto. Me llamó por teléfono amenazando que la próxima vez que lo mostráramos cerca de una botella presentaría una querrela por difamación. Pregunté a los Topazes -pues ahí todo se efectuaba en forma democrática- qué hacíamos. Hubo unanimidad en que no se le retirara la botella. Diferente pudo ser si lo solicitara con buenas palabras. Lukas, en un voto de minoría, opinó que el senador tenía razón: un diputado podía beber vino, pero un senador, con más categoría, consumía whisky. Su moción fue aprobada, y desde ese momento bebió sólo whisky. Enríquez presentó la demanda por Ley de Seguridad Interior del Estado (...) En aquellos días no existía el llamado “asesinato de imagen” que el régimen militar invocó contra la revista *Apsi*”.

Estas es una de las tantas anécdotas que reflejan el carácter de Millas, un hombre fiel a sus principios, riguroso, leal a sus compañeros, creativo y burlesco, correcto en su trabajo y responsable de sus actos y su profesión. “Soy consecuente con mis ideas y manera de pensar. Es algo que valoro mucho, pero me ha traído muchos problemas”¹³⁷. Dentro de esta misma crónica, narra la situación que finalmente le costó su puesto en la revista.

“Al analizar la idea para una portada, se consideró que el tema debía ser la frustrada conferencia de mandatarios en Punta del Este (donde se iba a finiquitar la Alianza de las Américas con EEUU...) Aquella decepcionante reunión terminó con palabras de buena crianza: en cuatro años más se haría una evaluación de ese acuerdo. El Paco, Bigote, Lukas, fueron graficando lo que resultó de aquella conferencia. Veían a Johnson (Presidente de los Estados Unidos) arreglándose los pantalones luego de haber abusado de una muchacha morena, que representaba a nuestro continente. Mientras la joven echaba unos lagrimones, Johnson le decía: “Mijita, no se le dé nada... En cuatro años más nos casamos”(…) -¿En serio que esa es la portada preguntó incrédulo. (Octavio Cavada) Al término del almuerzo me contó que Don Pablo (Gumucio, dueño en ese momento) tenía negocios con empresas norteamericanas, y que la caricatura lo afectaría (...) Le dije que el dueño podía retirarme la confianza y pedirme la renuncia después que el ejemplar apareciera. Antes, no podía aceptar la censura, pues ahí radicaba la única fuerza de la revista (...) Antes del mediodía de

¹³⁷ Millas, Hernán. Diario El mercurio, 9 de noviembre de 1996, pág. 4.

la aparición, estaba despedido. Topaze entró en la UTI. Nunca más pudo recuperarse (...) Definitivamente el humor es algo que hay que tomarse demasiado en serio”¹³⁸.

A principio de los 70 no sólo era columnista estable en la revista Ercilla, con su espacio Semi-serio, sino además el editor de *Reportajes*. Combinaba estos cargos con el de Director de prensa de radio Santiago. Cuando se realiza el golpe de Estado en 1973 y se establece el régimen militar, cambia bruscamente el escenario del país y por ende el de los medios de comunicación. Ellos se vieron fuertemente afectados, entre otras cosas, porque se establece una forma de censura mucho más rígida, que hasta entonces era desconocida.

A comienzos de ese año había publicado su primer libro de crónica; *Los señores políticos* y al año siguiente, 1974, *Anatomía de un fracaso*, en coautoría con su amigo Emilio Filippi. Esta última publicación analizaba la historia inmediata, el Gobierno de Salvador Allende y se derrocamiento, y quizás por lo apresurado de este trabajo y lo difusa que estaba la realidad entonces, cometieron el error (que hasta hoy lamenta mucho) de incluir en la narración el *Plan Z*, enterándose más adelante que había sido un invento de la Junta militar, que nunca existió tal plan.

En medio del cambio político y social, le ofrecen a Millas salir de Chile para trabajar en cualquier parte del mundo como agregado de prensa. “No acepté, porque nunca he trabajado con ningún gobierno. Además habría sido de mala clase, porque mi hermano Orlando era perseguido por la policía, por lo que tuvo que irse al exilio”¹³⁹.

Y Millas definitivamente no pertenecía a la “mala clase”. Durante su historia ha demostrado una ética inquebrantable en su trabajo, y una forma de escribir que le exige sentirse libre, sin ataduras de ningún tipo. Él decía en esa época que “para reírse no podía tener tabúes”¹⁴⁰. Por ello cuando la revista Ercilla fue comprada por un grupo de partidarios de Pinochet, su director Emilio Filippi, presentó la renuncia y tras él, lo hizo Millas. Ambos creían fielmente en los sistemas democráticos, por lo que no estaban dispuestos a participar en un medio que estuviera bajo un sistema diferente. A pesar de que le hicieron importantes ofertas, Hernán Millas dijo que con Emilio Filippi había llegado y que con él se iría. Una vez más se revelaba esa lealtad y rectitud inalterables con las que también escribía sus crónicas.

¹³⁸ Millas, Hernán. Revista Patrimonio Cultural . Edición del Verano 2000-2001. págs. 11, 12, 13.

¹³⁹ Millas, Hernán. En *Veintidós caracteres*, *Op. Cit.* Pág. 201.

¹⁴⁰ Hernán Millas. *Yo y Topaze*, Patrimonio Cultural. Edición de verano 2000 – 2001, pág. 13.

Todo el equipo que había renunciado a Ercilla se establece en la revista Hoy. En ella Hernán Millas se desempeña como Editor nacional. Junto con él se traslada también de revista la columna que él había creado: Semi-serio, sólo que en Hoy, el nombre aparecería sin guión en el título.

Durante su trabajo en este medio, y aún en plena dictadura militar, recibe sorprendido el Premio Nacional de Periodismo en 1985. "No pude creerlo porque todo estaba en mi contra (...) Me encontré con rasgos humanos extraordinarios. Por eso le tengo una gran admiración a María Eugenia Oyarzún, porque a pesar de su tendencia política y de la recomendación que le había hecho el rector -militar en ese entonces- de la Universidad de Chile, en donde ella era directora de la carrera de Periodismo, votó por mí"¹⁴¹.

En la ceremonia de premiación se destacó "su aporte estilístico, marcado por el sello de la originalidad y el ingenio, y por su versatilidad temática para enfrentar diversos tópicos de la actualidad nacional"¹⁴². Pero de alguna forma se le reconocía además su calidad humana como periodista que ha mantenido siempre, aquella lealtad a sus principios y a la información. Ese año además publica su libro de crónicas *Los señores censores*.

Dos años más tarde del reconocimiento, participa en el inmenso desafío de desarrollar un diario de oposición, en tiempos de dictadura. En 1987, junto a su amigo y Director Emilio Filippi, levantan el diario La Época. Ahí Millas continuará escribiendo, pero ahora serán crónicas cada vez más serias, documentadas, producto de sus reportes e investigaciones rigurosas. Trabajó en este diario hasta que fue cerrado en 1997, por motivos económicos. "El problema de las publicaciones de oposición fue que una vez llegada la democracia, no se adaptaron y como su objetivo de denuncia ya no existía, ellas también desaparecieron"¹⁴³.

Hernán Millas no sólo se hizo merecedor del premio Nacional de Periodismo, sino que además en 1993, su pluma fue destacada por el manejo y buen uso del idioma que plasmaba en las crónicas. La Academia Chilena de la Lengua, le entrega el premio Alejandro Silva de la Fuente. Tanto la forma como el fondo de sus trabajos ya habían sido homenajeados. Ese mismo año publica su cuarto libro, *Habrás visto* y al año siguiente *Historias de centavo*, recibiendo en ambos excelentes críticas. Desde entonces sus

¹⁴¹ Millas, Hernán. Citado en *Veintidós caracteres*, Op. Cit. Pág. 201.

¹⁴² Diario El mercurio 24 de Agosto de 1985.

¹⁴³ Millas, Hernán. Citado en *Veintidós caracteres*, Op. Cit. Pág. 201.

publicaciones de crónicas compiladas no han cesado, *Bernardo Leighton, buen hermano y Testimonios* en 1996, *La familia militar* (1999), *La buena memoria* (2000) y *La buena vida y la poca vergüenza* (2001).

Tampoco ha abandonado su trabajo en los medios de comunicación, hoy tiene una columna en la página web www.elarea.cl. Ahí también recibe comentarios y halagos de parte de sus lectores.

Hernán Millas ha desarrollado a lo largo de los años una excelente crónica periodística, pero también le ha preocupado el periodismo en sí, como profesión, y el futuro que éste se vaya forjando. Una de las tantas enseñanzas que ha intentado transmitir a los periodistas, a través de sus trabajos, es la de “no enamorarse del dato que reciben, ya que puede estar equivocado o tener errores. Es importante investigar porque el gran reportaje será aquel que no sólo diga cosas, sino que además sea indesmentible”¹⁴⁴. Y esta investigación permanente y prolija la podemos observar como uno de los rasgos más destacables de sus crónicas.

C. Sus inconfundibles crónicas, ironía informativa

Resulta tremendamente interesante para este trabajo, conocer las crónicas de Hernán Millas. Entre otras cosas, porque así como Pedro Lemebel autodeterminó que su trabajo era “crónica”, Hernán Millas ha afirmado que algunas de sus crónicas, no son tal. Ello nos demuestra de un modo concreto, cómo la definición y clasificación de este género es inmensamente relativa. Cuando dijimos que una de las características de la crónica era la de ser textos basados en hechos reales: ¿significa también que absolutamente todas las palabras que están escritas sean ciento por ciento verdad? Para Millas sí. Por ello cuando, por ejemplo ironiza o hipotetiza una situación en el Semiserio, se estaría saliendo de la crónica según su propio juicio.

“Cuando uno encumbra la imaginación, ya pasa a ser otra cosa. ¡A la crónica le exige realismo total! Cuando hacía una crónica en *La Época* no dejaba lugar a la ironía ni nada; presentaba el caso (...) La crónica periodística no debería admitir fantasía porque desde el momento que admite fantasía el lector dice: todo es fantasía. Es un riesgo

¹⁴⁴ Diario La Nación, 24 de agosto de 1985.

terrible”¹⁴⁵. Un riesgo que él tomó durante el régimen militar, cuando en medio de la censura se las arregló para comunicar de todas formas con su columna Semisero, donde a través de textos irónicos, con diálogos ficticios, hablaba de la realidad de ese momento.

Las crónicas de Millas fueron principalmente publicadas en Semiserio, La Época y hoy en elarea.com, además de sus libros. Pero en cada medio son trabajos diferentes, por ello es imprescindible conocer los distintos tipos de textos, y así, que el lector discrimine si se pueden considerar crónicas o no.

Hernán Millas “recoge un acontecimiento de la realidad inmediata, lo da vuelta al revés, como a un guante, y ahí tenemos la realidad convertida en ridículo. El guante es el mismo, sólo que ahora le estamos viendo las entretelas”¹⁴⁶.

Este periodista, ya de larga trayectoria, fue revelando desde sus primeros trabajos una pluma privilegiada, un talento especial. Sus crónicas son hoy fácilmente reconocibles, porque él le ha dado a este género un carácter propio, tanto en el estilo como en el lenguaje que utiliza: claro y preciso. “El mérito mayor de un cronista -dice Edwards Bello- sería el de conseguir una marca de fábrica personal que le hiciera inconfundible y atrayente. Esto es lo que logra plenamente Hernán Millas”¹⁴⁷.

Son textos de peso, generalmente conformados a base de documentos históricos, a entrevistas, a hechos de la actualidad, a datos anecdóticos, a experiencias del autor. “He contado cosas que conocí, pero yo no soy protagonista de nada, porque no corresponde”¹⁴⁸, “escribo en primera persona más que nada cuando necesito demostrar que estuve ahí”¹⁴⁹. Pero no sólo el contenido profundo hace que un texto se transforme en una buena crónica. Millas dice que la situación de los trabajos periodísticos en la actualidad es “como una feria de vitrinas, entonces ¿cómo atrapar al lector? Con la vitrina mejor presentada. Uno tiene que hacer una crónica en primer lugar entretenida, que a la gente le resulte agradable de leer (...) Atrapar al lector en las dos primeras líneas y ojalá en la primera línea”¹⁵⁰.

¹⁴⁵ Millas, Hernán. Entrevista, lunes 9 de septiembre de 2002.

¹⁴⁶ Poblete Varas, Hernán. *Comunicación del premio “Alejandro Silva de la Fuente”*. Academia chilena n° 71, 1996.

¹⁴⁷ Gamonal, Germán. *Habrás visto, síntesis del periodismo puro y directo*, Diario El Sur, 30 de enero de 1994, pág 11

¹⁴⁸ Millas, Hernán. *Diario Las últimas noticias*, 16 de febrero de 1994, pág. 31.

¹⁴⁹ Millas, Hernán. Entrevista, lunes 9 de septiembre de 2002.

¹⁵⁰ *Ibid.*

Si bien en sus crónicas hay manifiesta una visión personal del tema, de forma explícita o al seleccionar un ángulo de la realidad, (aquella subjetividad que surge desde la selección de los hechos a narrar), Millas no se queda sólo con su visión de realidad, sino que considera inmensamente necesaria la investigación y el reporteo. Es más, dice que el cronista debe ser lo más objetivo posible. “Tiene que serlo, porque si tomas un bando el lector dice: “bueno, ¿y la verdad del otro lado cómo será?”¹⁵¹.

En su caso ha manejado la objetividad necesaria de la crónica realizando “un trabajo primero de investigación, los pro y los contra, lo que se ha dicho de los personajes (...) Me interesa el gesto humano de los personajes, con las anécdotas no me embarco si estaba bien o mal lo que hacía (...) Antes de sentarme a escribir tengo todos los elementos en el cerebro, en los apuntes. Ahí decido cómo presentárselo al lector de un modo que sea ameno. Aunque sea una historia muy embromada del fondo monetario, ponerle ejemplos. Es decir, reproducirlo pensando que ese artículo no lo va a leer un economista, lo puede leer una dueña de casa que no entiende nada de economía, pero va a entender porque el fondo monetario le presta dinero a tal país y cómo se lo va a devolver. Lo más sencillo posible”¹⁵².

Esa sencillez ha acercado los temas a la gente. A pesar de estar trabajando con un género que entrega tanta libertad al individuo para escribir, como es la crónica, Hernán Millas es, ante todo, un periodista. “Recuerdo que a Hernández Parker le preguntaron qué opinaba del periodismo de investigación y él dijo: ‘usted está haciendo una redundancia: periodismo es investigación’. Eso me marcó mucho, porque todo periodista debe investigar”¹⁵³. En su caso, incluso si es crónica lo que se escribe, debe partir no sólo de la observación sino de un trabajo de reportero o documentalista previo. “La crónica tiene que ser rica, llena de esos elementos, de cómo se llegó, de por qué se llegó, contar el aspecto humano. Si no es un escueto boletín de información”¹⁵⁴.

Por eso su colega Filebo, dice que “más que *chroniqueur*, Millas gusta sobremanera de su oficio de reportero. Lo exalta. No pierde ocasión de mostrarse como tal. Se trata de un achaque casi natural de toda una época. Hernán Millas Correa va y viene por la historia de

¹⁵¹ Millas, Hernán. Entrevista, lunes 9 de septiembre de 2002.

¹⁵² *Ibid.*

¹⁵³ Millas, Hernán. Diario La Época, 29 de noviembre de 1996, pág. 29.

¹⁵⁴ Millas, Hernán. Entrevista, lunes 9 de septiembre de 2002.

los hechos contemporáneos como Pedro por su casa (...) Lejos de ofrecernos un libro de desgarros, nos ofrece un libro de reparos, en el sentido más útil y alegre de esta última palabra”¹⁵⁵.

Toda esa autoexigencia de estar muy bien informado a la hora de escribir, y de escribir con verdad pura, se entiende por la percepción que tiene Millas del rol no sólo del periodista sino de la crónica en sí. Para él estos textos van quedando como archivo de una época, como testimonios vivos. Aunque la crónica presente sólo un pequeño pedazo de realidad, ese es el que contribuirá a formar la imagen que tengan las generaciones futuras, de esta época. Por ello la responsabilidad con que se escribe. “La crónica debe hacerse pensando en que la pueda leer alguien en 30 años más, 50 años más. La crónica ya es una historia, como si uno se fuera elevando en un helicóptero y mirara hacia abajo. Tiene perspectiva. La crónica debe perseverar”¹⁵⁶.

Sus textos son la proyección de una mente en permanente actualización, estudiosa de la historia, de los fenómenos sociales, de su entorno cercano, presentados con una extraordinaria capacidad de relación y análisis. Hoy sin duda se puede decir que Hernán Millas ha instaurado un estilo de hacer crónica difícil de imitar. Una cosa es saber escribir o entregar una determinada información, y otra muy distinta es tener esa rigurosidad con el idioma y la información, y esa habilidad de lograr que los lectores sonrían con el texto, incluso mientras se habla de los temas más dramáticos o se realiza una fuerte crítica. Si bien no se puede hablar de fórmula de escritura en el caso de la crónica, si se pueden distinguir claramente dos ingredientes presentes en los trabajos de Millas: el humor y la documentación histórica o reporteo.

Los trabajos aquí recogidos muestran una parte de lo que ha sido el desarrollo de la crónica de Hernán Millas, su estilo y las temáticas. Los textos, en su mayoría, fueron extraídos del Semiserio en la revista Hoy (que son similares a las que hace actualmente en elarea.com), y de las publicaciones en el diario La Época, que se acercan más al trabajo que publica en sus libros. En estos últimos dos medios, sus libros y el diario La Época, es donde según él ha desarrollado realmente el trabajo de cronista, con todos los elementos del

¹⁵⁵ Filebo, Diario Las Últimas noticias, marzo de 1997.

¹⁵⁶ Millas, Hernán. Entrevista, lunes 9 de septiembre de 2002.

género. No así en el *area.com* ni en el *Semisero*, donde a su juicio, escapó de los márgenes del género al integrar elementos de la novela ficticia.

D. Crónica Semiseria. El humor como recurso

Hernán Millas, así como siempre tuvo clara su vocación periodística, también tenía claridad sobre la misión que debía cumplir: narrar la historia cotidiana que pudiera ser de interés al lector. Y cuando esa tarea se dificultara como consecuencia de la censura, debería buscar la forma de hacerlo de todos modos.

Con toda la astucia que demostró al inicio de su carrera, se las ingenió más adelante para lograr desarrollar su trabajo, en circunstancias adversas. Si bien Millas siempre tuvo el don del humor, la capacidad de ironizar la fue revelando de a poco en sus trabajos, cuando la sociedad le comenzó a parecer digna de ridiculizar.

Cuando se instaura la dictadura la prensa es fuertemente restringida, y por ende, también son censurados los textos de Hernán Millas, un periodista osado y de oposición al régimen autoritario. Por ello, para seguir escribiendo sobre la realidad, tendría que valerse de algunos elementos “ficticios”¹⁵⁷. Diálogos hipotéticos, analogías e ironizaciones han sido algunas de las herramientas que ha usado hasta hoy. Y es por la integración de estos elementos que Millas afirma que su trabajo en *Semisero*, escapa de la definición estricta de crónica, a pesar de que el tema que inspiraba el relato era siempre, verdadero.

“Realmente ahí dejó jugar la imaginación. Por ejemplo en tiempos de dictadura había que jugar mucho con esto. La revista *Hoy* estaba bajo censura, dos meses estuvimos bajo estricta censura. Entonces cómo podía yo decirle al lector: ¡estamos censurados!”. Claramente la relativa ficción de sus crónicas era un recurso necesario en esos tiempos, y resulta cuestionable decir que aquellos elementos ficticios implican que el texto pierda su género, ya que cuando Millas construía diálogos hipotéticos, ironizaba o hacía analogías, le dejaba en claro al lector que aquello era fantasía. No había engaño, ni intención de hacer novela. Tampoco estaba el riesgo que él mencionaba de hacer que el público dudara de la

¹⁵⁷ La palabra ficticio aparece entre comillas ya que es Hernán Millas quien ha definido que esos elementos pertenecen al área de lo irreal.

veracidad de los relatos. La esencia era siempre real, y aquello es lo que el lector aprecia al momento de leerlo.

La forma en que él trataba los temas, era de igual modo realista. Así lo demuestra la anécdota que narra, de cómo resolvió la situación de decirle al público que estaban censurados, de un modo menos explícito. “Me acuerdo que fue el 13 de febrero, el día de la Prensa... Reparé que en la guía de teléfono había una calle que se llamaba *Prensa libre*, que estaba en la comuna de Quinta Normal. Fui a verla, la conocí, quedaba en el número 4000 y tanto. Era una calle corta, con las veredas muy gastadas, maltrechas, el pavimento peor todavía, habían botillerías... Estaba muy a mal traer la calle, sucia. Entonces hice como la prensa libre, describí la calle. Diciendo a lo que había llegado esa calle, la prensa libre que hay aquí, que incluso en la noche hablaban que no se puede andar, que hay cogoteos, hay ataques, todo terrible. Por supuesto que Dinaco la rechazó. Y con Guillermo Blanco, que los dos hacíamos crónicas de cierto humor, apelamos. Mandé una carta diciendo que podían verificar, que yo había echo un reportaje de la calle que quedaba en tal y tal... Se publicó después que terminó la censura”¹⁵⁸.

Aquella crónica, como las siguientes que se citan aquí, presentan esa forma particular; realidad combinada astutamente con algo que no se podría llamar ficción, pero tampoco realidad objetiva. Lo cierto es que son elementos que le dieron aún más amenidad a sus relatos, y lograron cumplir el objetivo de comunicar lo que estaba ocurriendo.

Prácticos es el título de un texto de 1980 cuyo tema central es la complicación de manejar en calles que cambian permanentemente de sentido del tránsito... Crónica que podría ser perfectamente publicada hoy en el diario. “Muy buena la idea que ha tenido la Municipalidad de Providencia. Junto con anunciar las nuevas modificaciones del tránsito ha comunicado que dentro de pocos días entrará a funcionar el servicio de prácticos (...) Los prácticos se van a situar a la entrada de las calles que tiene nuevo sentido (...) Me queda la duda acerca de cuál es la conveniencia de complicar tantísimo el tránsito -Es para economizar combustible, igual que la prohibición de desplazamiento nocturno. Así se le quita todo incentivo al uso de los autos particulares. ¡Quién se va a atrever a usarlos!”¹⁵⁹.

¹⁵⁸ Millas, Hernán. Entrevista, lunes 9 de septiembre de 2002.

¹⁵⁹ Millas, Hernán. *Prácticos*, Revista Hoy, 5 al 11 de noviembre de 1980, pág. 20.

En esta crónica rescata un hecho cotidiano, posiblemente tan cotidiano que ya nadie se lo cuestiona. Pero está ahí, inserto en la sociedad, forma parte de nosotros y por eso, cuando el cronista lo hace evidente en su relato, la gente se ríe porque se identifica. El valor del cronista es ser capaz de observar de forma aguda. Hernán Millas está siempre con los ojos abiertos, atento a lo que pasa, a aquello que la gente deja pasar, que se olvida, o que acepta sin cuestionar. Lo fotografía, lo ridiculiza y se los pone frente a los ojos para remecer al lector de su rutina, recordándole que muchas veces la realidad supera la imaginación en absurdo.

Cabe mencionar aquí que el reconocimiento que recibió de parte de la Academia de la Lengua, se comprende de inmediato al leer sus textos, cualquiera de ellos y por sobre el tema tratado. Cada crónica está escrita con las palabras exactas que expresan lo que quiere decir. Cumple además con la tarea de los periodistas de escribir en un lenguaje simple y comprensible para sus lectores. Sin embargo, no cae en el lenguaje burdo o el uso de jergas y resulta muy difícil encontrar algún sinónimo que pudiera reemplazar de mejor manera la palabra que él ha seleccionado para expresarse. Tampoco utiliza palabras rebuscadas, perdidas en los diccionarios o muy pomposas.

Todo el cuidado que tiene para seleccionar el lenguaje, y para estudiar los documentos y la historia, también lo tiene a la hora de tratar temas delicados, ya sea porque hablan de cosas muy personales o porque toca aristas muy agudas.

Hernán Millas tuvo la difícil tarea de retratar la historia *no oficial*, en el tiempo en que la oficial creaba conflictos. Ha sido un cronista que le ha tocado vivir y registrar un pedazo de historia de Chile muy particular, silenciosa a ratos, lleno de conflictos y cambios bruscos. “Es impresionante la capacidad de este cronista doblado de reportero para asimilarse sin trauma a la condición de los diversos tiempos que la ha tocado vivir”¹⁶⁰.

Existen temas, que Millas trataba en sus crónicas, que despiertan fácilmente pasiones en las personas, y pueden hacer perder toda objetividad al autor, en el momento de hablar sobre ellos. Sucede cuando se habla de injusticias, de engaño o de derechos humanos, por ejemplo. Sin embargo, Hernán Millas tiene el mérito de saber tratar la realidad con mano fuerte, pero con respeto. Es un periodista tan asertivo, tan correcto, que

¹⁶⁰ Sánchez Latorre, Luis. Diario Las últimas noticias, 17 de marzo de 1997.

muchos podían no coincidir en sus ideas, pero era respetado por la seriedad (aunque en la forma fuese humorístico) y profundidad con que trabajaba los textos.

Ni la frágil tolerancia a la crítica que existe en Chile, ni la energía que se invierte en mantener las falsas imágenes, han debilitado a Millas al momento de escribir sus crónicas, aunque ello muchas veces le pudiera costar su puesto de trabajo. "Todo individuo para estar vivo debe tener miedo. Pero hay que encararlo"¹⁶¹.

Todo este cuidado a la hora de construir el relato, se puede observar en una crónica llamada *Antología de palabras "cruelles"*. La democracia se ha reestablecido hace 3 años. La figura de Augusto Pinochet desata odio o amor, pero a nadie deja indiferente. Él aún es comandante en Jefe del Ejército y recientemente ha hecho declaraciones acerca de los detenidos desaparecidos. Es el año 1991 y Millas escribe...

"Aunque se sentía interpretado por la opinión del gobierno, en el sentido de que las expresiones del General Pinochet habían sido 'cruelles', el Ministro de Defensa, doctor Patricio Rojas, intentó buscarles alguna explicación (...) Pinochet tuvo tan mal gusto de hacer dos comentarios de una burda y tosca ironía. Dijo que felicitaba a los 'buscadores de cadáveres', y la circunstancia de que hubiese dos cadáveres en una sola tumba, le hizo exclamar: 'Pero qué economía más grande' (...) Esa insensibilidad ante el dolor ajeno, esa falta de respeto frente a la muerte de seres que, equivocados o no, dieron su vida por ideales que creían justos, no es casual (...) 'En Alemania no hubo Amnistía me dicen'. Vuelvo a decirles que hay que sepultar el odio, que Chile tiene que volver a ser un país de hermanos. Me escuchan, pero me doy cuenta de que no los convenzo. Pinochet acaba de reabrir las heridas que se estaban cicatrizando"¹⁶².

Con mucha seriedad y cordura entrega su opinión a través de situaciones concretas. Dentro de aquella crónica también hace alusión a los diálogos que sostiene Pinochet con otros militares durante el golpe militar. Si bien esta crónica pertenece a *La Época*, y es informativa y documentada, *crónica* con todas sus letras según Millas, resultaba interesante citarla en este capítulo, de crónicas "semiserias", para retratar su estilo respetuoso.

Pero no todas sus crónicas tienen este aire de seriedad. Esa situación en particular resultaba extremadamente difícil de tomar con humor, ironizarla, pero en general la sátira

¹⁶¹ Millas, Hernán. *El Día*, 26 de enero de 1997, pág. 28

¹⁶² Millas, Hernán. *Antología de las palabras "cruelles"*, *Diario La Época*, octubre de 1991.

ha sido una característica de sus crónicas, incluso con temas delicados y sensibles. Cuando hablamos de las crónicas de Semiserio, es necesario profundizar en el tema del humor y la ironía que fueron los principales elementos que la caracterizaron.

Es muy difícil, sino imposible, graficar en una sola cita, el tipo de humor con que Hernán Millas envuelve sus crónicas. No se trata de contar algo divertido o decir un chiste. Es un humor más fino que aquello, más inteligente, mucho menos evidente. Es un aire que se respira en todo el texto, que muchas veces hace que el lector se ría sin saber muy bien por qué. “Es un arte de escamoteo, que presenta y no presenta ante el lector lo que se quiere decir y como que no se dice, pero que llega al trasfondo de la conciencia y allí provoca la convicción junto con la carcajada (...) la verdad que se desnuda de tal manera que se la siente, más que se la ve. ¡Qué manera de decir cosas terribles con cara de ingenuo, como un niño que no sabe exactamente lo que dice, pero lo dice!”¹⁶³.

En la crónica *La Hoyocología* escrita en 1977 en Semiserio de revista Hoy, encontramos en su esplendor esta característica del autor de utilizar el humor como un recurso que le permite realizar una crítica al sistema, a través de la ironía. Es una crónica burlona del sistema utilizado en Chile para solucionar los problemas. “Serán erradicados todos los hoyos de las calles. Un funcionario municipal expresó que la medida se retrasó debido a dos factores (...) Algunos hoyos como los del Paseo Ahumada, servían para el entrenamiento de los andinistas novatos (...) ¿Y la otra? Los importadores de autos japoneses querían terminar un estudio acerca de su resistencia a los hoyos santiaguinos (...) les aguantan hasta un mes y medio, lo que es mucho”¹⁶⁴.

Esta crónica continúa con la narración de una hipotética salida a terreno, para conocer el problema, y llegando a la conclusión de solucionarlo todo del modo más absurdo. Un recurso usado por Millas, que mencionábamos antes como posible herramienta para hacer una crónica, es el de crear diálogos entre personajes representativos de la situación a la que se alude. Conversaciones-entrevistas hipotéticas. El tema es real; existen los hoyos en las calles específicas que él menciona, se ha dicho que se van a tapar y sin embargo aquello no ocurre. La fantasía en esta crónica se interna en el momento de recrear la situación. Al ser un objeto y no una situación, el tema de la crónica, es más difícil hacer

¹⁶³ Poblete Varas, Hernán. *Comunicación del premio “Alejandro Silva de la Fuente”*. Academia chilena n° 71, 1996.

¹⁶⁴ Millas, Hernán. *La hoyocología*. Semiserio, Revista Hoy. 21 al 27 de septiembre de 1977.

una narración que vaya más allá de una mera descripción de la escena. Por ello Millas crea personajes verídicos, representando situaciones tan absurdas como la realidad. Por otro lado usa la excusa de los hoyos para criticar un problema mayor: la falta de soluciones.

“El hoyocólogo hizo otro anuncio importante. -En cuanto a los grandes hoyos, estos podrían convertirse en estacionamientos subterráneos. Incluso los de algunas calles permitirían establecer otra línea del metro. Como ocurre con esta caaaaaaaa... Lamentablemente él no pudo proseguir su profunda explicación”¹⁶⁵.

Cabe recordar el particular contexto en que fueron escritas estas crónicas. En plena dictadura militar, hacer críticas al sistema, o escribir libremente sobre un tema con falecias no era tarea fácil, requería de astucia en la forma de decir y osadía en el fondo de lo dicho. Millas enfrenta esa censura a través de la ironía y del humor inteligente. Sin embargo ello no fue nunca sinónimo de superficialidad.

“Al humor lo ven como una cosa ligera (...) Jamás lo reciben como una cosa profunda, y yo pienso que muchas veces involucra más profundidad que cualquier otra cosa escrita supuestamente en serio”¹⁶⁶. Y sus lectores así lo han entendido. Nadie discute sobre la capacidad de análisis y crítica de Hernán Millas. No son crónicas ligeras en ningún caso, y por ello, en más de una oportunidad ha tenido que enfrentar problemas judiciales por sus escritos. De todas formas al final siempre resulta invicto. Y es que tampoco se trata de decir cualquier cosa, son ironías justificadas, situaciones que acaban resultando absurdas incluso para quienes las protagonizan.

El humor es un recurso para enriquecer un texto, pero además es una herramienta que se justifica por las circunstancias que se vivían: una creciente exigencia de entretener, al mismo tiempo que se está informando. Es un elemento que además no fluye de la nada, surge y está respaldado por la investigación de los temas, la reflexión de ellos, la opinión responsable y el ingenio del autor.

La crónica *Tiempos felices* la escribió Millas en el año 83. En esos días el Intendente de la región metropolitana, Roberto Guillard, había citado a los *Sin casa* que estaban de allegados en diferentes lugares, para indicarles que debían abandonar el lugar. Las alternativas ofrecidas por la autoridad era trasladarlos a recintos provisorios de

¹⁶⁵ Millas, Hernán. *La hoyocología*. Semiserio, Revista Hoy. 21 al 27 de septiembre de 1977.

residencia transitoria, o bien traslado gratuito a otras regiones del país donde, según el gobierno, gracias al proceso de reactivación de la economía, encontrarían mejores expectativas de vida. La respuesta de Millas a esta noticia fue instantánea, en una crónica de su columna Semiserio, en una sola página logró a través de la ironía, más críticas que ningún otro medio pudiera publicar.

Comienza: “La partida a provincias de centenares de familias, donde el gobierno informa que les esperan trabajo y vivienda, motiva reflexiones a una dama. Pienso – dice- que el chileno es bastante egoísta. Porque no hay explicación posible al hecho que en varias regiones hubiesen guardado el secreto que allí no existía el desempleo (...) Es de imaginar la sorpresa que se llevaron estos intendentes al conocer el drama de la capital. -¡Cómo pueden ocurrir esas cosas en Santiago! – Tienen que haber dicho-. Por lo que cuentan, han tenido que crear un asunto que le llaman el PEM y otro que denominan el POJH para ayudar a esta gente. Y, mientras nosotros estábamos en otro mundo”¹⁶⁷.

La ironía va más allá de una crónica divertida. Es una dura crítica al engaño con que se trata a la población. Al mismo tiempo entrega datos, esos que él dice que no aparecen registrados en la historia, los trabajos de emergencia de gran esfuerzo físico y escuálida paga, el PEM y el POJH. Pero la crítica aborda otros temas, casi a la pasada, casi sin que el lector note como se internaliza aquella información en su cabeza.

“Es una cruel paradoja. En Penco y Tomé existen incluso industrias que están paralizadas porque no encuentran obreros (...) Aquí sinceramente nos conmovimos cuando nos enteramos de que en Santiago verdaderamente existía desempleo. Nos dijimos “¡Y uno aquí en abundancia!” – ¿O sea, ustedes no estaban enterados? –No, es que aquí sólo llega Televisión Nacional, y uno pensaba que el resto del país era un paraíso (...) Ahora hasta ser relegado a provincia va a ser una oportunidad”¹⁶⁸.

Aquí nos enfrentamos nuevamente al debate de la ficción en la crónica. Hernán Millas ha recogido una situación real y la ha ironizado. Para ello ha imaginado reacciones y diálogos que, en la forma que él los describe, no existieron, pero el fondo del tema es

¹⁶⁶ Millas, Hernán. El Magallanes, 25 de mayo de 1997, pág. 29.

¹⁶⁷ Millas, Hernán. *Tiempos felices*, Semiserio, revista Hoy. 5 al 11 de octubre de 1983, pág. 14.

¹⁶⁸ *Ibid.* Pág. 14.

completamente verdad. Pareciera que hay más engaño en ese posible traslado a regiones, para una vida mejor, que en la forma de la crónica que hace Millas. Forma que él deja fuera de la crónica, pero que sin embargo cumple el objetivo de esos textos; informar de un modo entretenido. Habrá que sopesar si el género lo determina más el fondo o la forma.

En el capítulo anterior vimos que Edwards Bello tenía una especial capacidad de llevar al lector de un lugar a otro y de una época a otra, de un viaje u otro recuerdo, sin causar desvíos atencionales en el lector. Hernán Millas por su parte, posee también esta capacidad de pasear al lector, pero de otro modo. Este cronista es capaz de relacionar y unir un tema de análisis, con otra realidad problemática que se revela como causa o efecto de lo anterior. Es capaz de él mismo ir dándose pie a nuevas reflexiones y nuevas críticas en una crónica concentrada. Su temas son los sociales, los políticos, todo aquello que esté torcido, que no se dice o que no quiere que sea olvidado. “Un país no puede renegar de su pasado, que es donde halla identidad”¹⁶⁹.

Por otra parte, junto con aprovechar el humor y la ironía para criticar de un modo diferente, también le ha servido para que quienes son criticados reciban sus textos con una mejor disposición. Y es que el humor presente en las crónicas de Millas ha servido para reír en situaciones en que nadie sabe como reaccionar. Para él, el humor “debe ser sano y buscar el lado divertido de todas las situaciones, incluso de las más dramáticas”¹⁷⁰. Así lo hace en *Acción de gracias*, una semiseria crónica que toca el delicado tema de la CNI en plena dictadura.

“Ha surgido la idea de establecer en Chile, al igual como en Estados Unidos, el Día de Acción de Gracias (...) sería para dar las gracias a la CNI por haber alcanzado otro año de vida. En la fecha se ofrecería el testimonio de personas que han dormido tranquilas gracias a sus desvelos. ‘La CNI protege nuestras vidas’ (...) Ese día también la CNI abriría sus cárceles –me cuenta un funcionario- para que los ciudadanos honrados conozcan los procedimientos a los que deben recurrir para preservar su seguridad (...) –Pero muchos detenidos por la CNI no eran terroristas, sino disidentes. –Un terrorista empieza por disentir –contesta (...) Las personas más insospechadas, tras varios días de interrogatorios, terminan

¹⁶⁹ Millas, Hernán. Entrevista, *La mirada crítica de dos agudos cronistas*, Diario La Tercera. 18 Mayo de 2000.

¹⁷⁰ Millas, Hernán. Diario Las últimas noticias, 20 de diciembre de 1980, pág. 20.

adjudicándose su participación en una muerte (...) que conste que lo hacen de manera espontánea (...) Patético”¹⁷¹.

A pesar de que el tema difícilmente puede hacer reír, más allá de la tendencia política de la persona, Millas logra desahogar cierta rabia que provoca el tema en el lector, para que finalmente más que una sonrisa, quede el placer que produce oír una crítica burlesca, argumentada. “La rabia se me aflora con la política, la selección chilena, la decadencia de la televisión, la censura de la televisión por cable y muchas cosas más”¹⁷².

A pesar de que en aquellos años podía resultar imprescindible realizar críticas así, con astucia, Hernán Millas hoy continúa escribiendo con este humor que ya es parte esencial de su trabajo. Sus crónicas tocan ángulos inéditos de los temas de actualidad, recoge una pequeña noticia para poner en tela de juicio una realidad que abarca mucho más.

En una de sus más recientes crónicas (o simple columna a su juicio); *Hay que cuidar al asesino*, toma una noticia policial de hace meses y la actualiza entregando nuevos antecedentes. El tema es el trato que recibe un asesino de 14 mujeres, en la cárcel donde está cumpliendo condena. En ningún párrafo podemos encontrar palabras explícitas en contra de la situación descrita, sin embargo la crónica como un todo, está escrita irónicamente de principio a fin. De esta forma Millas revela su sentimiento a través de la sensación que embarga al lector luego de revisar el texto.

“Broma o expresión de irritación, en Iquique se cuenta que el abogado del asesino de Alto Hospicio habría reclamado a Gendarmería por mala atención a su cliente. Sergio Ebner expresaría que el día anterior a su cliente, Julio Pérez Silva, le llevaron su desayuno un cuarto para las nueve de la mañana, en vez de las 8.30 (...) Él es el reo más caro del país. En Arica habita en un pabellón de alta seguridad, dotado de un circuito cerrado de televisión (...) Veinticuatro gendarmes han sido destinados para su vigilancia y cuidado (...) Son escogidos de los más diversos penales del país, y son reemplazados todos los meses. Se calcula que los ‘mimos’ a Pérez cuestan unos diez millones de pesos mensuales (...) disfruta de comodidades similares a los reos uniformados de Punta Peuco. Un gendarme de Santiago contó a familiares cómo era la existencia del que puede ser el mayor asesino que ha habido en Chile (haciendo exclusión del Mamo) (...)A las 18.30 le llevan las once-

¹⁷¹ Millas, Hernán. *Acción de gracias*, Revista *Hoy Semisero*, 30 de noviembre de 1980, pág. 14.

¹⁷² Millas, Hernán. *Diario El mercurio*, 9 de noviembre de 1996, pág. 4.

comida (pollo con puré, o carne al jugo con arroz), té, y un sandwich de queso o jamón. En seguida se acuesta, sigue viendo televisión, hasta que le da sueño. No tiene pesadillas, y según un gendarme ‘duerme como un angelito’¹⁷³.

A través de un lenguaje sencillo, narra una anécdota que refleja cómo es el complejo sistema penal en nuestro país. Si la crónica equivale a una fotografía, aquí es un retrato en primer plano, claro, tan absurdo que llega a ser divertido. La imagen llega a la mente del lector para quedar grabada como una crítica sabia. La verdad puesta en ridículo.

Como sucede en muchas de sus crónicas, dentro de un tema incluye algunas ramificaciones directas, de un modo sutil pero efectivo. En este caso lo hace mencionando primero las comodidades de la cárcel de Punta Peuco para militares, y luego haciendo alusión directa a Manuel Contreras. “Ahora en democracia consideran que para qué investigar si no pasa nada; sin embargo, pasa mucho”¹⁷⁴. Esto es una característica del periodismo que Millas que no ha abandonado nunca. No olvida que como cronista debe estar atento a lo que sucede, a todo aquello que debe ser sometido a su pluma.

Para el Semiserio, la crónica ha ido sumando elementos y calidad. Lo primero que denotan es que están escritas por un periodista, de los tradicionales. De los que investigan personalmente cada dato. De los que van por la vida con los ojos atentos y conscientes de su responsabilidad como comunicadores. Sus crónicas no son invenciones, son creaciones que nacen de la realidad, de la investigación, del reporteo, de la experiencia personal, de la observación aguda y del ingenio. Y todos estos pedazos de vida son plasmados en textos que comunican con respeto, responsabilidad y estilo. Son crónicas únicas porque llevan el sello personal de su autor, su forma de reflexionar, ordenar y digerir los datos, de decir con ironía, sarcasmo, y con un cuidado especial por el lenguaje. Son narraciones conscientes de su rol de registradoras de lo *no oficial*, Hernán Millas hace historia con pedazos de verdad, retratados con pinceladas marcadas y cuidadosas.

¹⁷³ Millas, Hernán. *Hay que defender al asesino*. www.primerapagina.cl

¹⁷⁴ Millas, Hernán. *Diario La Época*, 29 de noviembre de 1996, pág. 29.

E. El cronista que hace historia

Dentro del amplio repertorio de crónicas creadas por Hernán Millas, podemos encontrar, en muchas de ellas, ese estilo marcado por la ironía, el humor, relatos cortos y directos, como ya vimos. Pero también existen una mayor cantidad de trabajos que responden a una estructura y modo diferentes, y que son para él sus verdaderas crónicas. Son textos más documentadas, donde la descripción hábil y burlesca es reemplazada por un texto más explicativo, más formal, a través del cual entrega hiladamente un dato de interés, tras otro. En ellas, todo lo dicho es fruto de un trabajo de investigación previo, y si bien en todos sus escritos existe información inédita, osada y rigurosa, la opinión en estas crónicas documentadas, fluye de la información entregada por el autor y no sólo de su reflexión personal u observación.

Todas las crónicas agrupadas en sus libros y aquellas publicadas en el diario La Época, a partir de 1987, tienen estas características, que son para Millas esenciales del género. Este estilo se marcará aún más a partir de sus publicaciones desde 1989, con una incipiente democracia que provoca en Millas plasmar algo diferente en sus textos. El trabajo previo realizado en Semiserio, recurría a la imaginación del autor para poder decir lo él quería. De alguna forma no eran “crónicas” (según el concepto de Millas), por que no se podía hablar explícitamente con la verdad. Pero en estos años sí, y lo hace.

“El cronista escribe sobre hechos (...) no hay elucubraciones, ni pensamientos del autor, ni reflexiones. Se relatan hechos (...) Es periodismo puro y escrito en un estilo muy directo, ameno y con el uso muy severo del idioma español (...) La crónica se encuentra en las fronteras del reporterismo, por un lado, y la historia por el otro. Limita además con el ensayo”¹⁷⁵, decía Germán Gamonal a propósito de Millas.

Y para el cronista “semiserio”, “todo periodista es de algún modo historiador. Sólo hay diferencias en el uso del tiempo”¹⁷⁶, y que “uno sin darse cuenta, está escribiendo la historia que van a conocer las generaciones futuras”¹⁷⁷. Pero él sí se da cuenta, y se ha

¹⁷⁵ Gamonal, Germán. *Habrás visto, síntesis del periodismo puro y directo*, Diario El Sur, 30 de enero de 1994, pág. 11.

¹⁷⁶ Millas, Hernán. Diario El día, La Serena, 30 de mayo de 1999, pág. 4.

¹⁷⁷ Millas, Hernán. Diario Las últimas noticias, 16 de febrero de 1994, pág. 31.

hecho cargo de estas palabras con toda la responsabilidad que ello implica. Realiza un trabajo documentado, y una crónica valiosa que, si bien podría confundirse a ratos con un reportaje, es más que eso porque rompe la barrera del tiempo y la vigencia. Sus crónicas combinan la información histórica con el talento excepcional de su sarcástica y reflexiva pluma.

“Casi sin querer se aprende la historia a través de datos completamente novedosos y anecdóticos”¹⁷⁸. Muchas de sus crónicas hacen esto, sobrevolar un tema a lo largo de la historia, rescatando hechos insólitos que permanecerán en la memoria del lector, mucho más que una fecha o un comentario técnico de cómo y por qué ocurrieron las cosas. Uno de sus atributos es transformar la historia en una serie de hechos entretenidos dignos de comentar entre amigos.

Portales, un modelo que no era tan intachable, texto publicado en el diario La Época en Julio de 1989, es un buen ejemplo de la crónica histórica documental de Millas. Iniciando el texto con el siguiente párrafo: “¿Portales desciende de su monumento? ¿Existe para los grandes personajes un escalafón en el que se les pueda bajar algunos grados? La afirmación del historiador Sergio Villalobos de que el primer ministro fue una falsificación histórica, se produce en el ocaso del actual régimen. Otro pesar más”¹⁷⁹. Se revela en este comienzo la gran trama que seguirá, la unión del pasado con el presente, un recorrido histórico de la vida de Portales, alguna ironía que sobresale entre la documentación más formal. Si bien la crónica surge a propósito de una noticia, el lanzamiento del libro sobre la historia de Portales, escapa a los márgenes de este tema para llevar al lector a través de una serie de anécdotas, reflexiones y datos curiosos.

Continúa diciendo: “En el primer aniversario del golpe, Pinochet reseñó los tres hitos de la historia chilena: 1810, 1973 y, entre ambos, la creación de Estado portaliano en 1830 (...) Ya Benjamín Vicuña Mackenna, admirador de Portales, había protestado por el trato que le dio el general Freire, sorprendido en una conjura (...) Villalobos va destruyendo mitos: Portales sintió desprecio por el derecho, no hubo tal anarquía antes de su llegada al poder, fue el más implacable silenciador de la prensa. ¿Fue una figura intachable?”.

¹⁷⁸ Millas, Hernán. Diario Las últimas noticias, 16 de febrero de 1994, pág. 31.

¹⁷⁹ Millas, Hernán. *Portales, un modelo que no era tan intachable*, Diario La Época, 9 de julio de 1989 pág 16.

Crónicas que narran la historia desde otro ángulo, la historia no oficial de la que hablábamos antes, aquella que subyace entre las imágenes, la historia conocida y la idealización. En eso consisten muchos de sus escritos. Dentro de la multiplicidad de formas y fondos que ofrece la crónica como género, las capas de elementos que contiene, Hernán Millas no sólo recoge algo de su parentesco con la historia, sino que además la desarrolla y combina con otros elementos más periodísticos, ágiles, personales y entretenidos, que lo ayudan a captar la atención del lector. “Si todos los periodistas van a relatar lo que ocurrió en la Moneda, uno debe tratar que su crónica sea la mejor, es decir, más amena, más simpática, ojalá añadiendo alguna anécdota, una talla, cualquier cosa. Hay montón de elementos que hacen simpática una crónica, que la hacen humana”¹⁸⁰.

Su forma de estructurar los textos, de seleccionar un tema, complementarlo, y llevarlo finalmente al papel, responde a todas las características que, más o menos, se han establecido que debe reunir una buena crónica periodística. Y sobre todo a las que él se ha propuesto; investigar, pensar, observar, humanizar la noticia, darle un nuevo ángulo y entregarla de un modo ameno, entretenido, sencillo, responsable, que marquen el interés del lector. Y todos estos elementos nos conducen a otra característica de una buena crónica: su vigencia a lo largo del tiempo, ese valor autónomo del texto más allá de su actualidad. Al igual que ocurre con el trabajo de Edwards Bello, que puede ser leído en cualquier época sin perder interés, ocurre con Millas.

O las temáticas sociales en Chile no cambian mucho con el tiempo (Millas y Edwards tienen una crónica dedicada a la nulidad matrimonial en Chile), o estos autores han sido muy buenos observadores y han sabido rescatar características permanentes de nuestra sociedad. O quizás ambas cosas.

“La nulidad de matrimonio parece haber entrado en sociedad (...) Un proverbio alemán dice que ‘no hay ley sin agujero para quien sabe encontrarlo’. Y desde que se promulgara la ley de matrimonio civil en 1884, hubo abogados que, para satisfacer a sus afligidos clientes, buscaron el orificio que les permitiera pedir la nulidad del acto (...) En 1925 le encontraron un agujero a la ley, negándole competencia al oficial del Registro

¹⁸⁰ Millas, Hernán. Entrevista, lunes 9 de septiembre de 2002.

Civil. Un comerciante de Chillán inauguró la serie, afirmando que la Isabia, su señora, lo curó y lo casó en un pueblo donde no vivían”¹⁸¹.

Como ya reflexionamos antes, el hablar teóricamente de la crónica, no podemos encasillar ni el estilo ni la estructura, ya que siempre se pueden encontrar elementos nuevos. Al autor podemos descubrirlo tras un personaje inventado, o directamente como protagonista de la narración. Pero también como testigo directo e indirecto dentro de un mismo texto. Ello ocurre en *Monasterio Capuchino se transformó en cárcel VIP*. Crónica envuelta en un aire de reportaje. Se inicia como uno de sus relatos históricos - documentales y de a poco va revelando una autobiografía. Mezcla la experiencia del autor en la cárcel, con la historia del edificio.

“(…) El Ministerio de Vías y Obras Públicas decidió en mayo de 1945 expropiarle la propiedad al Arzobispado de Santiago, y que una comisión de ‘hombres buenos’ estableciese el precio. Las monjitas construyeron su nuevo monasterio en la calle Carmen 876. Aunque su nombre es Anexo Cárcel, todos hablan de Capuchinos (...) Desde 1946 el Anexo Capuchinos se convirtió en cárcel para ‘caballeros’. (...) En marzo de 1952 fui ‘huésped’ del Anexo con otros tres periodistas (...) Habíamos ido informando (porque cada día se sumaba otro colega) que un ministro, que recién había jurado, realizó operaciones bancarias irregulares que limitaban con el Código Penal (...) Nos ofreció darnos la libertad bajo fianza, pero habíamos decidido no aceptarla (‘la verdad no necesita fianza’ le dijimos)”¹⁸².

Esta anécdota narra, una vez más, la corrección con que Millas trabaja. Antes señalada en su historia personal y profesional, y que ahora podemos observar en su trabajo, manifestada en la búsqueda constante de precisión en la información, y en el lenguaje que selecciona.

“En Reportajes, el programa de Radio Cooperativa, escribí que nuestro único paisaje a través de la ventana era un muro gris, por el cual descendía un temeroso rayito de luna que ponía a los periodistas en contacto con la libertad (...) Fue en los años 1981 a 1983, al final del boom económico, que el Anexo recibió a personajes de VIP chileno (...)”

¹⁸¹ Millas, Hernán. *Las primeras nulidades en Chile*, Diario La Época, 10 de diciembre de 1995, pág. 11.

¹⁸² Millas, Hernán. *Monasterio Capuchino se transformó en cárcel VIP*. Diario La Época, 24 de abril de 1994, pág. 10.

Dentro de los rigores de una cárcel, el tercer piso pasó a ser La Dehesa del Anexo (...) Entre los mejores mecenas se recuerda a Fluxá y Yaconi que obsequiaron la piscina”¹⁸³.

Por otra parte los trabajos entregados por Hernán Millas para ser publicados por Editorial Planeta, son también a su juicio crónicas, con todas sus letras. Son una serie de crónicas, unidas por un tema que las atraviesa a todas: los militares, las familias, etcétera. De ellos se puede decir que son relatos en extremo documentados, producto de largas investigaciones, entrevistas y la buena memoria del autor. Esencialmente similares a las crónicas de La Época pero mucho más largos que los publicados en cualquier medio de comunicación escrito.

El periodista Andrés Gómez comenta uno de los libros de Millas diciendo: “con más humor y socarronería, Hernán Millas publica una veintena de crónicas que traen al inicio del siglo XXI imágenes, anécdotas y hechos del Chile anterior al golpe militar. Publicado por Planeta, el libro rescata momentos de un Santiago distante, prácticas sociales desaparecidas o sucesos poco memorables, como el estallido antisemita en Zapallar en los años '50. Premio Nacional de Periodismo y uno de los principales cronistas criollos, percibe con aliento el renacer del género y observa con inquietud el ejercicio del periodismo”.

Tanto los textos de los libros como los publicados por La Época, son para este periodista su trabajo como cronista. El trabajo que realiza hoy en elarea.com, se asemeja mucho más a lo que fuera el Semiserio, explica que “como en elarea ya hay periodistas que practican la crónica, yo no estoy en la crónica en este momento, *estoy en otra* se podría decir. Entonces cuando tomo un asunto, ya no lo tomo como información para el lector, sino como tema. Puedo estar informando, pero el lector quiere saber de la noticia firme, está en la crónica. Yo tomo el tema para hacer una elucubración”¹⁸⁴. Y sin duda le resulta con éxito ya que sus relatos mantienen la misma sabia ironía que los ha caracterizado siempre.

“Si Chile salió tan bien parado en el ranking de los países corruptos en el mundo, y nos llevamos un cúmulo de medallas por honestidad, pienso que se debe a que somos un país legalista(...) ¿Por qué no institucionalizar los vicios? (...) La gobernadora Cinthia Mitchell y Macarena Concha (...) no se robaron un peso. Alcanzaron a sacar de las arcas fiscales 22

¹⁸³ Millas, Hernán. *Monasterio Capuchino se transformó en cárcel VIP*. La Época. 24 de abril de 1994, pág. 10.

¹⁸⁴ Millas, Hernán. Entrevista, lunes 9 de septiembre de 2002.

millones de pesos, pero en forma absolutamente legal. La gobernadora decidió pagarle a su “nana”, de puertas adentro, con esos fondos, con el encargo que una vez por semana también pasara a hacerle ‘una barridita’ a una sede vecinal (...) También con los fondos del Fosac pagó la práctica de dos alumnas de Periodismo. Y cuando les entregó los cheques, Cinthia les dijo que debían donar la mitad, sin decirles quiénes serían los beneficiados. La caridad debe ser silenciosa (...) Si Robin Hood le sacaba a los ricos para ayudar a los pobres, estas dos generosas penquistas le sacaba dinero al Fisco para ayudar a familiares y amigas. Qué gesto más tierno”¹⁸⁵.

Es cierto que el trabajo que realiza hoy, es diferente al que hacía en La Época. Es cierto también que se asemeja al de Semiserio, y que esas crónicas fueron adaptadas en su estructura para que respondieron a la necesidad del público de conocer la verdad más allá de la censura. Pero también es cierto que hoy, al existir un exceso de información bruta (producto entre otras cosas de los avances tecnológicos), una crónica debe destacar por otras cualidades, más allá de la cantidad de información que entrega. Pasa a ser más relevante la calidad, porque la cantidad es muy fácil de conseguir hoy. Entonces, si aceptamos al género como una formación que debe adaptarse a las necesidades de la época, Hernán Millas continúa siendo un cronista íntegro, y un periodista de excelencia capaz de adaptarse a los cambios sociales, tecnológicos, culturales, los de su público y, por cierto, desarrollar su trabajo en consecuencia a ellos.

¹⁸⁵ Millas, Hernán. *Gobernadora: La Robin Hood familiar*, www.elarea.com, 2 de septiembre de 2002.

IV. Pedro Lemebel

EL CRONISTA DE LO OTRO

La escritura de Pedro Lemebel originalmente no tuvo la forma de una crónica. Su primer libro *Incontables* (1986) publicado por Editorial Ergo Sum, fue una compilación de cuentos cortos sobre la homosexualidad. Sin embargo, la necesidad de realidad, de denuncia y de biografía, con que venía cargada su pluma, fueron las que harán migrar su escritura hacia la crónica. Recoge este género para establecerlo entre la ficción y la realidad, la literatura, la autobiografía y el periodismo. Lemebel reúne a todas éstas formas, creando una crónica diferente, re-encantada por él.

Hoy, los tres libros de crónicas que ya ha publicado, estuvieron en el ranking de los más vendidos, y debido a ese éxito Editorial Seix Barral re-publicó, después de seis años de haber aparecido por primera vez en librerías, el libro *La esquina es mi corazón* (1995), manteniéndose durante semanas en el ranking de los 10 más vendidos de esta editorial. En cada libro de compilaciones: *Loco Afán: crónicas de sidario*, *La esquina es mi corazón* y *De perlas y cicatrices*, ha revelado temáticas polémicas y sensibles. Ha abordado temas como el Sida, el travestismo o la tortura durante el régimen militar, revelando y denunciando a través de un estilo único e inmensamente crudo y hermoso, aquellos perfiles más ocultos de la realidad social chilena, en la que él está inserto.

Frente a este éxito creciente, cada vez más internacional, él tiene una opinión clara: “Con esto de entrar a grandes editoriales existe la posibilidad de que el gran público sepa más de Chile gracias a mis libros. Del Chile que yo muestro, de ese Chile en pelotas y cínico. Me interesa mucho que se conozca ese rostro de este país y no sólo el turístico que propanganda la democracia”¹⁸⁶.

Además de estos libros, y su reciente exploración en el género novelesco con *Tengo miedo torero*, Pedro Lemebel escribe cada quincena en el periódico *The Clinic*, es columnista regular de *Punto final* y expresa oralmente sus textos en el programa *Cancionero* de Radio Tierra, que lo ha acogido desde el comienzo de su trabajo como cronista. Por otra parte ya firmó contrato para la publicación de su próximo libro de

¹⁸⁶ Lemebel, Pedro. Entrevista Diario La Tercera, 14 de marzo de 2002.

crónicas llamado *Zanjón de la aguada, crónicas plebeyas*, que será difundido por la colección Biblioteca Breve de Seix-Barral.

Otro de los proyectos que quiere concretar en un futuro cercano es *Nefando, crónicas de un pecado*, donde intentará “la reconstrucción de la oculta historia homosexual de Chile, desde lo prehispano, donde escribo la historia travesti de los machis araucanos, mucho antes del glamour hollywoodence, desde ese no colonizado lugar de la memoria me propongo desplegar los hilos maricuecas de una historia no contada, no inscrita en la bitácora patria. Aunque a muchos les moleste mi reiteración al tema de la homosexualidad, yo regreso cuando quiero y dejo la puerta entreabierta para que entre el fresco o el estupor”¹⁸⁷.

Con esto vuelve una vez más a este género que, según él mismo ha dicho, se acomoda a sus necesidades. “La crónica tiene esa garantía de hacer circular otros géneros literarios. Eso me interesa, esa multiplicidad de géneros que hay en el interior de la crónica”¹⁸⁸.

Sin embargo, Pedro Lemebel no se autolimita a una sola técnica o a una sola definición como escritor. De hecho pareciera no interesarle las categorizaciones que se hacen de su trabajo. A raíz del éxito de su novela *Tengo miedo torero*, que ya fue publicada en España, está en negociaciones con editoriales Alemanas e Italianas, y en evaluación para un proyecto cinematográfico, Lemebel ha pensado en volver a desarrollar un proyecto novelístico:

“El éxito de *Tengo Miedo Torero* me plantea intentar una nueva novela, pero sin repetir el mismo formato. No será una continuación ni un ejercicio vanguardista, porque las vanguardias siempre me parecieron elitistas. Tengo varios proyectos y lo que me gustaría es probar la novela entrevista, donde podría confundirme con el entrevistado. Ese juego mimético me atrae mucho: permitirle al otro que hable por mí y yo involucrarme en el habla del otro. Y tendrá por supuesto una carga política, porque el sentido político es fundamental”¹⁸⁹.

Al margen de su desarrollo en la novela, nos interesa conocer su calidad de cronista, por lo que nos concentraremos en descubrir la forma en que él construye sus crónicas, aquel

¹⁸⁷ Lemebel, Pedro. Entrevista *Cronista y malabarista*, Cyber Humanitatis, N° 20 Verano 2002.

¹⁸⁸ Lemebel, Pedro. Diario El Sur, Concepción, 12 de diciembre de 2000.

¹⁸⁹ Lemebel, Pedro. Entrevista Diario La Tercera, 14 de marzo de 2002.

modo de hacer diferente, alejado del concepto más tradicional y periodístico de este género. Por ello, resulta muy controversial y difícil de encasillar, pero sin duda es digno de discutir y observar.

Para Pedro Lemebel la crónica periodística está referenciada en el trabajo desarrollado por Joaquín Edwards Bello, y a él no le interesa imitar aquello sino trabajar en la *neocrónica* o *crónica urbana*. Cuando se le preguntó si reconocía algún parentesco con la crónica de Edwards Bello respondió: “No sé si un parentesco porque yo no tengo nada ni de Edwards ni de Bello. Pero en sus crónicas reconozco algún reflejo de la ciudad que él vio y la que yo retrato en sus caracoles de espejos”¹⁹⁰.

En cuanto al concepto *crónica urbana*, al que él hace referencia, “no parece que pueda ser aplicado a todas las crónicas de Lemebel. Urbano quiere decir relativo a la urbe, y quien conoce la obra de este escritor sabe muy bien que muchas de sus crónicas no tienen relación directa con ella (...) Parece querer decir algo más que “crónica relativa a la ciudad”. Joaquín Edwards Bello escribió numerosas crónicas sobre las calles de Santiago (...) Basta, sin embargo, comparar dos textos referidos a sendos parques santiaguinos, uno de Edwards y otro de Lemebel para percatarse de inmediato que se trata de dos enfoques de la ciudad totalmente diferentes”¹⁹¹.

Con aquel concepto parece referirse a que “un cronista registra, fundamentalmente. Registra un paisaje humano, colectivo, social, cultural. Lo que yo he optado por llamar crónica, por ponerle algún nombre, linda con la literatura, linda con el re-narrar aquello que está registrado. Y en ese volver a narrar estaría la duda, duda que hace que ese mismo paisaje humano, social o cultural, lo pueda retratar de otra manera y lo pueda al mismo tiempo acercar”¹⁹². Con su trabajo, se estaría alejando de la crónica histórica más objetiva, como la que presenta Hernán Millas, y se estaría aproximando a aquel género fronterizo con la literatura.

Son múltiples los factores que se van entrelazando para formar el complejo tejido de las crónicas de Lemebel, aquel que las hace diferentes, reconocibles y exitosas. Uno de ellos es la forma en que él se integra a su texto. Claro que toda crónica debe tener el sello

¹⁹⁰ Lemebel, Pedro. Revista Paula, n° 821, julio de 2002.

¹⁹¹ Benadava, Salvador. *Pedro Lemebel: apuntes para un estudio*, Mapocho, revista de humanidades y ciencias sociales, n°50, segundo semestre de 2001, pág. 48.

¹⁹² Lemebel, Pedro. Semanal, Mirada Cultural, 9 de enero de 2000, pág. 11.

de su autor, pero él pareciera ir más allá con gestos autobiográficos combinados con imaginación. "A mí me gusta situar la escritura en individualidades, en sentires, en dolores, en alegrías, en pequeños deseos que se corporizan (...) Todo eso reciclado desde mi biografía".

Sin embargo, esto no significa que su trabajo aluda a su *yo* todo el tiempo, "prefiriendo situarse en el dominio del Nosotros, del Él o del Ellos"¹⁹³. Aunque hable necesariamente de cosas que le afectan, "evito el testimonio real porque me desagradan los confesionarios y esa objetividad eclesiástica del periodismo acusetete"¹⁹⁴. Entonces, se establece en el centro, lejos de la objetividad periodística y de las confesiones autoreferentes, presentando una crónica que nace de cosas que lo afectan, pero que no necesariamente son experiencias exclusivas de él.

Es por esta característica de sus crónicas, que resulta fundamental, para comenzar a hablar de su escritura, conocer al autor.

A. El autor protagonista

No soy un marica disfrazado de poeta
No necesito disfraz
Aquí está mi cara
Hablo por mi diferencia
Defiendo lo que soy
Y no soy tan raro

"Frente a mi máquina de escribir hay un espejo..."

Esta frase que describe su lugar de trabajo, grafica muy bien lo que son sus crónicas. Está él, de frente a la ciudad, al taco, a la gente, a las conversaciones, al ruido, y delante de eso su imagen proyectada en el espejo. Ambos elementos, la imagen del espejo y la ciudad,

¹⁹³ Benadava, Salvador. *Pedro Lemebel: apuntes para un estudio*, Mapocho, revista de humanidades y ciencias sociales, n°50, segundo semestre de 2001, pág. 52.

¹⁹⁴ Lemebel, Pedro. *Revista Hoy*, n° 107, del 9 al 15 de febrero de 1998.

convergen y se mezclan en él, fluyendo por la cabeza, el cuerpo y finalmente sus manos, que logran desembocar todo en la máquina de escribir, dando origen a la crónica.

Por ello bastaría con leer sus escritos para saber como piensa e incluso como habla, Pedro Lemebel. Ha revelado aspectos de su intimidad y a la vez ha hurgado profundamente en la idiosincrasia de nuestro país, desnudando aquello que probablemente otras figuras públicas, se encargarían de esconder. Se ha trasladado al centro de nuestra sociedad, de la atención y la polémica, para hablar de los márgenes, de lo que conoce.

Su lugar de escritura es el de las minorías, el de su homosexualidad y su hostilidad frente a cualquier forma de dominación. Cualquier lugar desde donde se pueda rescatar la verdad de alguna historia olvidada, de la marginalidad social y económica chilena, de la sexualidad. En esto pareciera coincidir con el mexicano Carlos Monsiváis, en cuanto a que la crónica debe “dar voz a los sectores tradicionales proscritos y silenciados, las minorías y las mayorías de toda índole que no encuentran cabida o representación en los medios masivos”¹⁹⁵.

A esto Lemebel agregaría que “mi escritura tiene que ver más con la ebullición urbana, con la confrontación Yo escribo en el balcón de mi departamento, en la Panamericana Sur, y mi bloque da a dos calles que son muy congestionadas de micros, de autos, de semáforos (...) Frente a mi máquina de escribir hay un espejo”¹⁹⁶.

Aunque pareciera estar totalmente expuesto a sus lectores, por haber confesado sus sentimientos y actos más íntimos, nunca esa entrega de información ha logrado someterlo a su público. Cada revelación que ha hecho de su vida personal ha sido intencional, con un objetivo. Sólo ha contado aquello que él quiere, manteniendo el control de lo que él es. El gran protagonista de la mayoría de sus crónicas, es aún en muchos aspectos, difícil de develar.

Nunca se ha podido saber cuántos años tiene: “No. Ya no cumplo años. Me carga que me preguntes eso. Porque me da la misma impresión que cuando me piden los documentos. No tengo generación: soy ‘desgenerado’. Tengo entre 30 y 50, aún no la cincuentena; tal vez cuando la tenga me voy de esta *huev* de mundo”¹⁹⁷. Y es precisamente

¹⁹⁵ Monsiváis, Carlos. Prefacio a la Antología, *citado en Pedro Lemebel: apuntes para un estudio*, Mapocho, revista de humanidades y ciencias sociales, n°50, segundo semestre de 2001, pág. 71.

¹⁹⁶ Lemebel, Pedro. Semanal, *Mirada Cultural*, 9 de enero de 2000, pág. 11.

¹⁹⁷ Lemebel, Pedro. *Revista Siete + 7*, 5 de Abril de 2002.

de ese mundo del que sí está dispuesto a hablar. De la sociedad, de las personas, de la homosexualidad en todas sus formas y matices.

No obstante, el objetivo de sus crónicas no ha sido escribir en nombre de los marginados, ni ser su gran voz. “Nunca hablo por ellos (los más débiles). Tomo prestada una voz, hago una ventriloquia de esos personajes. Pero también soy yo, soy pobre, homosexual, tengo un devenir de mujer y lo dejo transitar en mi escritura. Le doy el espacio que le niega la sociedad, sobre todo a los personajes más estigmatizados de la homosexualidad, como los travestis”¹⁹⁸. Y en este aspecto de su escritura ha hecho énfasis desde siempre. Y agrega que “las personas siempre esperan que uno hable por ellas y yo no me siento la Evita Perón de los homosexuales, ni de los indígenas ni de nadie. Cada minoría tiene que hablar por sí misma”¹⁹⁹.

Y él lo hace, confiesa que en alguna parte de su “pitufito corazón” siempre fue homosexual. Renegó de ese órgano de poder con que los hombres van por el mundo en la mano haciendo ostentación. Incluso cambió su apellido paterno “Mardones” por el Lemebel de su madre, en honor a ella y en un gesto de alianza con lo femenino. Dice que su madre era el sol y que aún no se repone de su muerte. Su padre “un tipo digno, afectivo, muy cálido... Está vivo y bien plantado, muy lúcido y de una gran generosidad. Mi madre está por sobre él. Él lo sabe”.

Ha sido la discriminación, y con ello, la necesidad de defenderse, la que según él le dio esa lengua ácida, soberbia y feroz a veces, que hoy vemos en su escritura todo el tiempo. Lengua que ha usado para narrar algunas historias de su infancia social (de la realidad de su población, su barrio, su homosexualidad). Sin embargo no le interesa decir, por ejemplo, hasta que curso llegó en el colegio, pregunta que le hacen constantemente por el manejo del lenguaje que denotan sus escritos. Esta reserva que tiene para hablar de sí, es constante más allá del entrevistador que tenga por delante. Incluso cuando fue entrevistado por su amigo y editor del periódico *The Clinic*, Patricio Fernández, el cronista le advirtió que le contestaría sólo lo que él quisiera y con mayor razón ahora que ya no estaba la CNI para obligarlo a responder.

¹⁹⁸ Lemebel, Pedro. *Diario La Tercera*, 21 de septiembre de 1997.

¹⁹⁹ Lemebel, Pedro. *Revista Siete + 7*, 5 de Abril de 2002.

Pedro Lemebel es en gran parte lo que son sus crónicas. Al momento de escribirlas “hay muchos detonantes y quizás hasta yo ignore cuál es el detonante que al final se produce como obra, pero fundamentalmente tiene que ver conmigo. Tiene que contagiarme el tema, el personaje, tengo que tener alguna relación afectiva o reactiva con el personaje para que mi escritura sea contundente”²⁰⁰.

Él se hace presente en sus textos, y ellos se hacen presentes en él a cada momento. Ha asumido el rol de transmitir su escritura en cada conversación, en cada lugar donde va, recalcando siempre la carga de marginalidad de sus textos y su persona.

Aunque los temas que trata reflejan la realidad de sectores o grupos marginados, no son esas las características de su público. Sus libros llegan, y con muy buena aceptación, a las manos y a la mente de gente común, pero también a aquellos que él más critica. Su público es tan amplio, repartido en diferentes estratos sociales, que se ha evaluado si existen en sus crónicas, diferentes niveles de comprensión. “Comprensión global, más o menos superficial, comprensión exhaustiva, y entre diferentes competencias interpretativas que guardan relación con el bagaje lexical, literario, cultural de quien se enfrenta al texto (...) Pedro no es un ‘escritor popular’ sino un artista de la palabra cuyos mejores textos requieren a menudo relectura”²⁰¹.

Sus crónicas han escapado también a las fronteras de Chile, y su diferencia se ha hecho oficial. Si bien esta aceptación social podría hacerle perder algo del valor que tienen sus textos, de romper esquemas o de decir lo nunca dicho, también tiene sus ventajas: “El fenómeno de la globalización incluye también una suerte de masificación de los bordes. Las esquinas que yo muestro son parecidas a las de Harlem o Barcelona. Esta uniformidad horrorosa a que nos enfrentamos permite, paradójicamente, una especie de tabla rasa sobre todas las minorías”²⁰².

A pesar de la acogida que ha tenido su trabajo, él evita empatizar con su público, no quiere llegar a un consenso de opiniones sobre la realidad (odia los consensos), ni formar cierto grupo de iguales en la diferencia. Lo de él será siempre lo polémico, lo diferente, y no piensa abandonar ese rol. Siempre dirá todo lo quiera, y su único miedo será decir algo

²⁰⁰ Lemebel, Pedro. *Semanal*, Mirada Cultural, 9 de enero de 2000, pág 11.

²⁰¹ Benadava, Salvador. *Pedro Lemebel: apuntes para un estudio*, Mapocho, revista de humanidades y ciencias sociales, n°50, segundo semestre de 2001, pág. 68.

²⁰² Lemebel, Pedro. Entrevista Diario La Tercera 14 de marzo de 2002.

carente de significación, de fuerza, de valentía, de controversia. Y en cuanto a su fama dijo que espera que ésta “nunca le destiña el lacre de su corazón”.

B. El largo camino hacia la crónica

La pluma de Pedro Lemebel sale a la luz por primera vez en 1982, cuando gana el primer premio en el concurso nacional de cuentos Javiera Carrera. En esos años vivía en unos bloques cerca del Zanjón de la aguada, con su familia, y llevaba el mismo nombre que su padre; Pedro Mardones, por lo que el reconocimiento fue equivocado, y su padre apareció en los medios de comunicación como el autor de aquella historia homosexual. Con este premio logra en 1986, publicar una serie de cuentos que se transformarían en su primer libro: *Incontables* (Santiago Editorial Ergo Sum).

Pero según dice, será la crónica la que lo irá escogiendo a él, dándole un nombre a lo que escribía. “La crónica es como el closet de la Lady Di, tienes miles de cosas para elegir y combinar”²⁰³. Dice que aprendió “a escribir, antes de escribir... por la forma en que miraba el mundo”²⁰⁴, pero su trabajo, al comienzo, no se concentró sólo en la escritura sino que recorrió diferentes expresiones artísticas visuales.

Sus incursiones literarias tomaron un desvío en la búsqueda de espacios de comunicación más efectivos. Bajo el régimen militar, en 1987, formó junto a su amigo Fernando Casas el colectivo de arte *Yeguas de apocalipsis*, donde fusionaban la fotografía, la actuación, la lectura, la pintura y cualquier forma artística que sirviera para enviar el mensaje, en medio de la falta de espacios culturales de esa época.

“El trabajo de las *Yeguas del Apocalipsis* tenía mucho que ver con la escritura, con la inscripción de un tema no tocado en el país como era la homosexualidad en ese tiempo, en los albores de la democracia. Fue una inscripción de ese tema, y todo nuestro trabajo tenía que ver con la escritura, ya sea con los nombres de las personas, o con cierta conceptualización (...) *Las Yeguas* fue en cierta forma un ejercicio para llegar a la escritura, para hacer de esa exposición corporal un registro que estuviera abierto a lo escritural”²⁰⁵.

²⁰³ Lemebel, Pedro. Ciclo de tertulias Tobacco and friends, Casa Minetti, 23 de abril de 2002.

²⁰⁴ *Ibid.*

²⁰⁵ *El cronista de los márgenes*, Revista Lucero, Universidad de California, Berkeley, año 2000.

Ambos escritores se convierten en actores en un contexto sociopolítico y cultural que exigía innovación y creatividad para lograr expresarse. La literatura durante el gobierno militar había sido restringida y marginada. “Alrededor de 1984, la situación interna del país se complica: relegación o exilio interior, estado de sitio, allanamiento a las sedes de organizaciones sindicales y gremiales (...) Las medidas contra la libertad de prensa y el cierre de numerosas publicaciones: son acontecimientos que vienen a aumentar el desagrado interno (...) El mundo de la cultura se siente agobiado, no obstante el levantamiento de la censura en 1983”²⁰⁶.

La *performance*, como era definida, consistió entre otras cosas, en la actuación de sus propios textos acompañados de fotografías, videos e instalaciones. Temas como los derechos humanos, la sexualidad, la política o la falta de memoria, fueron expresados a través del arte, provocando el escándalo necesario como para llamar la atención de la gente. Lemebel bailó descalzo sobre un mapa de vidrios molidos, se desnudó junto a su compañero Francisco Casas y montados a pelo en unos caballos, trotaron frente al Palacio de La Moneda, cuando Pinochet aún gobernaba el país. Se paseó como vedette, y uso cualquier espacio como escenario de su arte, en especial las universidades, algunas salas de exposiciones o simplemente los paseos públicos.

Entre 1986 y 1995 este colectivo realizó más de 15 eventos. La última vez que se les vio, fue en la Bienal de la Habana en mayo de 1997, donde realizaron una performance sobre la memoria y actuaron para personas contagiadas con el virus del Sida. Lemebel reflexiona sobre la desaparición de *Las Yeguas del Apocalipsis*. “Parece que nos quedamos en esa frontera. Nos paralizó esta bienvenida democracia. Nos detuvo en una instancia de reflexión, de pensar si tenía el mismo efecto seguir realizando nuestro rito en la escena del arte... El escándalo está masificado. El desacato cultural ahora lo hacen evento comerciable. Eso no me interesa, no es político”²⁰⁷.

Pero mientras se extinguía la energía de las *Yeguas*, Pedro Lemebel comenzaba a rescatar, cada vez con más ganas, la fuerza de la crónica. “Quizás esa primera experimentación con la plástica, la acción de arte, fue decisiva en la mudanza del cuento a

²⁰⁶ Sarrocchi, Augusto. *La novelística chilena contemporánea*, Santiago de Chile pág. 371.

²⁰⁷ Lemebel, Pedro. Diario La Tercera, 21 de septiembre de 1997.

la crónica. Es posible que esa exposición corporal en un marco político fuera evaporando la receta genérica del cuento... el intemporal cuento se hizo urgencia, crónica”²⁰⁸.

Ya en 1992 había comenzado a publicar sus crónicas en la revista *Página abierta* y ese mismo año dicta el seminario *Eva dice a Adán* en la Universidad Católica de Valparaíso.

C. Surge una crónica diferente

Una vez que comienza a desarrollar su trabajo como cronista en la revista *Página abierta*, donde además fue editor en 1993, su carrera ya no se detendría y poco a poco la gente comenzaría a volcar su mirada hacia él y sus crudos relatos. En 1994 se integra con su crónica al diario *La Nación*. Pero será con la publicación de su primer libro de compilación de crónicas: *La esquina es mi corazón*, en 1995, que comienza a llegar a un público más amplio, a llamar la atención de diferentes sectores de la sociedad, ya no por su *performance* en la calle, sino por su forma de escribir cada vez más intensa y particular. En aquel libro se reúnen gran parte de las crónicas publicadas previamente en la revista.

“Cada libro tiene su método, forma y envoltura. Así la ciudad ha rodado modernista y descalabrada en mi primer libro que, por cierto, reconozco tiene un floreteo más barroco o *barroso* como dice Soledad Bianchi”²⁰⁹.

En el prólogo, redactado por su amigo y escritor mexicano Carlos Monsiváis, ya se revelaba con fuerza el particular estilo de hacer crónica que imponía Pedro Lemebel. “En cada uno de sus textos, Lemebel se arriesga en el filo de la navaja entre el exceso gratuito y la cursilería y la genuina prosa poética y el exceso necesario. Sale indemne por su oído literario de primer orden y porque su barroquismo, como en otro orden de cosas el de Perlongher, se desprende orgánicamente del punto de vista de otro, de la sensibilidad que atestigua las realidades sobre las que no le habían permitido opiniones o juicios”²¹⁰. Un libro cargado de crónica poética, donde la metáfora se entrega a la crudeza de sus escritos.

Así como la crónica no obliga en estructura ni estilo, tampoco impone límites en cuanto a los temas. Es mérito y esfuerzo del escritor desarrollar todos esos elementos. Y así

²⁰⁸ Artículo Letras S5. Proyecto patrimonio cultural.

²⁰⁹ Lemebel, Pedro. *Cronista y malabarista*, Cyber Humanitatis, N° 20 Verano 2002

²¹⁰ Monsiváis, Carlos. *Diario El Mercurio*, Domingo 28 de Octubre 2001.

como Edwards Bello se inspiraba en sus viajes o en su archivo, o Millas en la noticia pura, el reporteo y la documentación, en el caso de Lemebel, su pluma pareciera estar conectada directamente con el alma, dándole nombre a la cruda realidad que observa, a sus sensaciones y reflexiones.

Ha dicho que habla de aquello que le afecta personalmente de una u otra forma, de lo que conoce. Escribe desde la realidad que pasa por él, desde su departamento frente al espejo. Y así son cada una de las crónicas que conforman este libro.

Hay un gran tema que las atraviesa a todas: su mundo cercano, su población, su gente en los espacios públicos y más íntimos. La realidad social de los marginados como consecuencia de la política aplicada en Chile en los últimos años. *La esquina* de su barrio, de esos chicos con un futuro inalcanzable “Por cierto irrecuperables, por cierto hacinados en el lumperío crepuscular del modernismo (...) Oscurecidos para violar, robar, colgar si ya no se tiene nada que perder y cualquier día lo encontrarán con el costillar al aire(...)”²¹¹.

Muchos de sus textos fluyen de “la polarización de temas, un resentimiento latente tiene que ver con cierto blanqueo que ha habido en Chile. Frente al blanqueo de los temas confrontacionales, yo rescato la confrontación, la indignidad de asumirse asalariado”²¹². Escribe desde la verdad de muchos y se declara parte de ella, “dedicado a los chicos del bloque, desaguando la borrachera en la misma escala donde sus padres beatlemaníacos me hicieron a lo perrito”²¹³.

Dentro de los diferentes textos que van surgiendo de la pluma de Lemebel, podemos encontrar un tema, un elemento en el lenguaje o una forma de construcción diferente, por ello se hace imposible delimitar sus objetos de inspiración, o marcar una estructura rígida en sus trabajos, y esto se va acentuando con el desarrollo de su escritura. “Que los textos de Lemebel sean inclasificables es una consecuencia natural de la llamativa y contradictoria, personalidad de su autor”²¹⁴.

Ningún crítico hasta ahora se ha atrevido a definir, en un sólo término, el estilo de Pedro Lemebel. Se han dicho una serie de adjetivos que van definiendo sus crónicas, pero

²¹¹ Lemebel, Pedro. *La esquina es mi corazón (o los new kids del bloque)*, La esquina es mi corazón, Ed. Seix Barral Biblioteca breve. Primera edición 1995, pág 35 y 36.

²¹² Lemebel, Pedro. *El cronista de los márgenes*. Revista Lucero, Universidad de California, Berkley, año 2000.

²¹³ Lemebel, Pedro. *La esquina es mi corazón (o los new kids del bloque)*, La esquina es mi corazón, Ed. Seix Barral Biblioteca breve. Primera edición 1995, pág. 29.

siempre dejan un espacio para una nueva definición. La forma en que va desarrollando los temas es, como la crónica, adaptable a las necesidades del momento. No obstante, existen algunas formas narrativas que utiliza con más frecuencia, al menos en esta compilación.

Raquel Olea dice que Lemebel, “euncia una política escritural del sentimiento. En su propia ley, la escritura de Lemebel empieza por cualquier parte, por el entremedio, poniendo en escena variados recursos para iniciar cada nuevo texto en estado de incerteza. A veces una pregunta indirecta abre la escritura a un relato impreciso, (...) en otras, la pregunta se vuelve sospecha, (...) o en otros momentos la pregunta ironiza la reflexión que da inicio al relato (...) ensayo que prueba lo que escribe para sancionarlo según su subjetividad de cronista”²¹⁵.

Aunque no existe aquí intención alguna de clasificar las crónicas, si interesa conocer ciertas tendencias de temas y lenguaje, para poder comprender un poco, a qué nos referimos cuando decimos que Lemebel hace una crónica diferente.

“Implacable en su política del sentimiento, Lemebel los exhibe todos, uno sobre otro, rabia sobre tristeza, sobre impotencia, sobre reclamo, sobre humillación, construyendo su política del texto en el re-sentimiento de una escritura que cobra la cuenta por el lado de los perdedores”²¹⁶. Pero ello no significa que escriba sobre temas personales, que nada tienen que ver con la sociedad. Más bien es al revés, rescata los temas sociales, que le afectan de un modo directo.

Según el ensayista Salvador Benadava “basta tomar alguna perspectiva para percatarse que toda la temática de Lemebel podría alinearse en torno a tres grandes ejes; el Deseo, la Justicia y la Muerte, expresados en un lenguaje que constituye un aporte valioso a la evolución de la literatura nacional”²¹⁷.

Como cronista responde a la necesidad de hablar sobre los grandes hechos y problemáticas que ocurren en ese momento. Escribiendo la historia no oficial, entregando lados ocultos de las noticias que se leían en los diarios. Así ocurre con una de sus crónicas más destacadas; *La música y las luces nunca se apagaron*. En ella denuncia todo aquello

²¹⁴ Marks, Camilo. Crítica en Revista Qué pasa, 20 de agosto de 2000.

²¹⁵ Olea, Raquel. www. crítica. cl, Crítica de literatura Editorial LOM. Noviembre 1998.

²¹⁶ *Ibid.*

²¹⁷ Benadava, Salvador. *Pedro Lemebel: apuntes para un estudio*, Mapocho, revista de humanidades y ciencias sociales, n°50, segundo semestre de 2001, pág. 51.

que se ocultó del incendio ocurrido el 4 de septiembre de 1993, en la discoteque gay *Divine* ubicada en Valparaíso.

En este incendio, del que aún no dan fruto las investigaciones sobre sus causas, murieron atrapadas en el fuego más de veinte personas. Se dijo que las llamas se originaron por un corte circuito, pero ello es desmentido por Lemebel con el título de su crónica. Si existió ese corte de energía, ¿cómo la música y las luces nunca se apagaron?

Realiza una descripción de lo que ocurrió dentro de la discoteque en el momento del incendio... y como los focos continuaron iluminando a cada una de las personas que quedaron atrapadas adentro. Aquí el tema de la justicia, el deseo y la muerte, se unen en un solo relato.

“Como cualquier sábado que pica la calle por darse un reviente, un pequeño placer de baile, música y alcohol. Por si aparece un corazón fugitivo reflejado en los espejos de la disco gay. Cuando todavía es temprano para una noche porteña, pero el loquería está que arde en la *Divine* (...) Que la música y las luces nunca se apaguen, que no lleguen los pacos pidiendo documentos, que nada ocurra esta noche mágica que parece año nuevo. Que siga el dancing y la piscolas locas corriéndose mano en el rincón. Por eso nadie se da cuenta del olor a humo que sube la escalera, que hace toser a una loca con asma, que dice que tiene asma de losca (...) pero la música y las luces nadie las apague; ni siquiera la bomba incendiaria que un fascista arrojó recién en la entrada (...) Que más da un poco de calor si las locas están calientes atracando y al gritito de: fuego, fuego, no falta la que dice: ¿Dónde? Aquí en mi corazón. Pero en un momento el chiste se transforma en infierno (...) Buscando la puerta de escape que está cerrada y las llaves nadie sabe. Entonces a los baños dice alguien que lo vio en una película (...) Con tanto público abajo esperando morbosos que la loca se tire al vacío(...) Porque aún así, aunque la policía asegura que todo fue por un cortocircuito eléctrico, la música y las luces nunca se apagaron”²¹⁸.

Esta crónica es un buen ejemplo del estilo de Lemebel: el elemento noticioso, la descripción, la imagen poética, el uso de jergas. Comienza situando al lector en un ambiente determinado, para luego acercarlo a los personajes. Utiliza la ironía, es sarcástico, cruel en su narración. Aparece como testigo directo de lo que se narra sin ser protagonista,

²¹⁸ Lemebel, Pedro. *La música y las luces nunca se apagaron*, La esquina es mi corazón. Primera edición en Biblioteca Breve, 1995, págs. 119-123.

sin aclarar nunca si él estuvo ahí o no. No es una narración autobiográfica, sin embargo él está presente todo el tiempo.

Otro de los relatos de este libro que cumple la tarea de redactar la “noticia no oficial”, o de hacer el retrato de una realidad diferente a la que presentaban los medios, es *Noches de raso blanco (o a ese chico tan duro)*. Llama la atención la forma en que inicia el texto: “Como si dependiera de cierto filo a repartir en geometría de tajos sobre líneas nevadas de los Andes”²¹⁹. Es una metáfora de principio a fin, que resulta muy compleja de interpretar, se escapa de cualquier norma de escritura periodística donde el texto debe partir revelando lo que seguirá a continuación. Es un comienzo que da la sensación de haber llegado tarde a la lectura, de haberse perdido la frase inicial. Pero a la vez, pone al lector en una posición que lo obliga a continuar leyendo. Desde la primera palabra es insertado en la crónica, despertando la curiosidad de saber de qué se está hablando a través de palabras tan poéticas, que sin duda deben estar decorando una realidad conocida.

Y él continúa, esta vez para aclarar: “Nuestro mar que tranquilo se deja penetrar por el rigor mortis de la diosa blanca. La cocaína es una dama de hielo con guantes de seda y cucharilla de plata, fiel acompañante de los caperuzos internacionales que no encuentran en Santiago la suite con helipuerto, jacuzzi, palmeras de jade, pisos de nacar y un mancebo de ébano (en peloticas) para jalarle la tula”²²⁰.

En ese párrafo ya revela toda la esencia de la crónica que será desmembrada en las páginas posteriores. La fuerte y traidora relación de la cocaína con el poder, la “diosa” que no tiene ética ni piedad, funcional al sistema neoliberalista, la felicidad “en gramos”. “En fin, la visita de la dama blanca siempre deja un excedente de fatalidad, sobre todo en esta democracia, que es una tortilla del placer neoliberal que se cocina en los rescoldos minoritarios. Además sólo nieva en el barrio alto y cuando caen copos en la periferia, matan pajaritos”²²¹.

A pesar de que la crónica no se extrae de una noticia específica, si es un tema noticioso permanente, al menos en estos tiempos. Es un retrato de nuestra realidad. Lemebel entrega la información a través de un análisis muy personal, en un lenguaje que si

²¹⁹ Lemebel, Pedro. *Noches de raso blanco*, La esquina es mi corazón, Ed. Seix barral Biblioteca breve Primera edición 1995, pág 125.

²²⁰ *Ibid.* Pág. 125.

bien no está exento de metáforas, a medida que va desarrollando el tema se aleja de la poesía del relato al hacer aclaraciones más directas sobre lo que está tratando de transmitir.

En esta crónica él es un testigo directo, que va realizando una reconstrucción del tema, sin tener un orden cronológico rígido de ningún hecho. Es una mirada más omnisciente que logra entregar un análisis del problema de la cocaína. Una droga que se relaciona con poder, el poder de poseerla y el poder que otorga su efecto. Presenta una analogía entre el abuso de los narcotraficantes grandes con los pequeños y el de los grandes países con los de Latinoamérica. La explotación del sistema neoliberal que exige doble resistencia de las personas para trabajar. La democracia chilena como un sistema neoliberal que sólo algunos reciben todo, incluyendo esta droga que en los estratos más bajos puede matar.

“Raramente Lemebel pierde de vista el elemento humano; siempre está tratando de comprender y de transmitir su mensaje a través de un lenguaje en el que se amalgama lo poético y lo social; nunca ofrece al lector el alimento digerido, invitándolo a pensar, a interpretar las imágenes, a decodificar los signos, a investir los explícitos”²²².

Podemos decir además que los temas más recurrentes que irán apareciendo en las crónicas de este escritor, son aquellos que afectan a sectores marginados de la sociedad: homosexuales, travestis, personas sin recursos económicos, sin acceso a la justicia y, por último, lo femenino en cuanto al sacrificio de la mujer, no reconocido por la sociedad. Todo ello se puede englobar en temas sociopolíticos, y especificar en el tema del golpe militar, la globalización, la pobreza, las consecuencias del neoliberalismo, la homosexualidad, la sociedad reprimida y cínica, el sida, los travestis, el sexo, la justicia y el poder. Temas que se van revelando espontáneamente a lo largo de sus crónicas.

En este primer libro de compilaciones, *La esquina es mi corazón*, se empiezan a revelar ciertas características propias de su estilo. Elementos que irá reforzando o bien eliminando en sus futuras crónicas. Uno de los elementos que caracterizan su modo de hacer, es la titulación y subtitulación que hace de sus textos. Con ello hace el mensaje aún más explícito, subraya la médula de la crónica, la idea central. Va de un título más poético a

²²¹ Lemebel, Pedro. *Noches de raso blanco*, La esquina es mi corazón, Ed. Seix barral Biblioteca breve Primera edición 1995, pág 130.

²²² Benadava, Salvador. *Pedro Lemebel: apuntes para un estudio*, Mapocho, revista de humanidades y ciencias sociales, n°50, segundo semestre de 2001, pág. 49.

la construcción de una frase más dura. *Como no te voy a querer (o la micropolítica de las barras)*, *Lagartos en el cuartel (yo no era así, fue el servicio militar)*.

A través de la lectura de sus crónicas, podemos apreciar que el autor se mueve en el expresionismo, con la reconstrucción de los relatos, aportando análisis y reflexiones, siempre ligados a algún hecho u observación particular, como la crónica de la cocaína. Y en el impresionismo, donde el enfoque de la narración es más descriptivo, fotográfico, construye más que una idea racional en el lector, una imagen. Incluso algunas se forman casi exclusivamente por descripciones. Son textos similares a un cuadro, una foto o una escena muda presentada por partes. Aunque son sus ojos los que entregan la información, él no aparece como protagonista sino más bien como una especie de narrador omnisciente.

Pero existen otras crónicas que van combinando la descripción, con algo de reportaje y/o columna de opinión. Narración de hechos concretos, análisis y comentario del autor.

En *Encajes de acero para una almohada penitencial*, hace un retrato de las cárceles chilenas y el abuso sexual que sufren los presos. “La incansable búsqueda de vestigios y gemas seminales por el espéculo médico, que actúa como pene legalizado, rasgando con el destello de su ojo forense, la dilatación de la gruta anal de cúbito en la camilla. Pareciera que la subjetividad colectiva se crispara como en el medioevo por la profanación de estos santos lugares; último reducto del intestino para salvaguardar las reliquias de la hombría. Una caverna tibia que protege celosamente en la felpa mojada de su estuche, el secreto de los templarios. El misterio falocrático tatuado en las paredes de su inverso, en un álgebra hermética retocada de oro continuamente por el relave de sus deshechos”²²³.

En esta crónica narrada en tercera persona, existe un acto de revelación, más que en el tema, en la forma de tratarlo. Lemebel critica los reportajes periodísticos amarillistas que han tocado el tema de las cárceles, y hace entonces un reportaje diferente. Abandona el lenguaje común con que se dramatizan las violaciones, y utiliza crudas metáforas que golpeen visualmente al lector. “Hablo de sus cosas con un poco de aparatosa literatura, pero porque creo que la supuesta identidad chilena es más compleja que la imagen simplona y atontada que nos da el raiting televisivo”²²⁴.

²²³ Lemebel, Pedro. *Encajes de acero para una almohada penitencial*, La esquina es mi corazón, Ed. Seix Barral Biblioteca breve. Primera edición 1995, pág 67-68.

²²⁴ Lemebel, Pedro. *El baile de las máscaras de Pedro Lemebel*, Diario La Tercera, 6 de julio de 2000.

Insinúa una desdramatización de la realidad carcelaria, sin embargo permanece soterrada en el texto una sensación permanente de desesperación.

Sus textos pueden estar basados en una noticia, algo que el escritor observó, una conversación que él tuvo o una simple anécdota. Hernán Millas decía que lo esencial para comenzar a construir una crónica es: elegir un tema, reportarlo e ir documentándose lo mejor posible. Pedro Lemebel, por su parte, no tiene una técnica definida de escritura. Sólo ha dicho que debe existir un tema que lo inspire, que le afecte de algún modo. El tema no lo escoge por el interés que pueda despertar en el público, sino por cómo lo afecta en forma personal, emocional, al autor.

¿Y luego? “Después hago un breve trabajo de investigación, pero no formal ni académico, sino en base a lo que la gente sabe del tema o lo que recuerda, o al recuerdo del recuerdo, como si yo fuera descascarando un poco el sentido del hecho, pero por el cual hago pasar a una serie de testigos (...) Con todos estos materiales hago una crónica”.

Cabe destacar que su forma de investigar el tema no es del todo periodística, sino mucho más informal, a base de rumores, a supuestos. Lo importante es la cercanía que tiene el testigo del hecho, no su calificación para opinar. Lemebel dice que sus trabajos son una reconstrucción del mundo, de su visión de éste, más la de los recuerdos de terceros.

Pero *La esquina es mi corazón*, es sólo el primero de sus libros de crónica. Pedro Lemebel irá cambiando con los años, adaptándose a sus nuevas necesidades como escritor. Si bien logró con esta compilación dar un nuevo perfil a la crónica, seguirá innovado con los temas y con ese estilo poético y crudo. ‘Es posible creer que la neocrónica, como la llaman algunos, sea un paréntesis estratégico entre el periodismo y la literatura, pero que se vale de ambos para retratar, narrar o visualizar sucesos y personajes enmarcados en la llamada crónica urbana’²²⁵.

Esa libertad propia de la crónica, que a él lo encantó, y que a su vez le permitió reencantarla a ella, le dio un nuevo respiro a este género que de alguna forma exige cambios en su uso para seguir vivo.

Luego de la publicación de este libro, Pedro Lemebel se integra como colaborador de la revista *Lamda* orientada al público homosexual y comienza además con su programa

²²⁵ Lemebel, Pedro. *Diario La Época*, 21 de septiembre de 1997, pág. 17.

Cancionero en Radio Tierra donde leería algunas de sus crónicas antes publicadas, con el objetivo de llegar a un público más masivo del que accedía a través del libro.

D. El Loco afán de hacer crónica

“*Si mis letras han servido para dignificar este sueño de libertad estoy complacido...*”

Sólo un año después de haber publicado *La esquina es mi corazón*, este cronista ganó una beca Fondart y logró editar su nuevo trabajo *Loco afán; crónicas de sidario*, demostrando así una mayor definición de su pluma, y sobre todo que su registro de realidades controversiales no cesa ni por un instante.

“El libro que más quiero es *Loco Afán* que trata crónicas sobre el Sida. Tal vez lo quiero como a esos hijos tontos que salen tan caros pero tienen una ternura atemporal”²²⁶.

Esta compilación de crónicas, además publicadas en diferentes medios de comunicación como las revistas *Página abierta*, *Lambda news* y *El canelo*, y los suplementos *Alter-nación* y *La gacela* del diario *La Nación*, serán la revelación, de un modo aún más explícito y conmovedor, de la realidad homosexual de la que él forma parte. La temática de este libro, que será abordada desde la multiplicidad de sus matices, serán los homosexuales, los travestis, “las locas”. Las satisfacciones y riesgos de un grupo que vive al margen de los ojos de la sociedad. Cómo es vivir con la amenaza y la realidad del Sida.

Más que apelar a la denuncia, es la revelación y la reivindicación de un grupo de personas que son quizás las más discriminadas en Chile: los travestis. Acompañando este tema con un acercamiento cruel y desmitificador del Sida. Estas crónicas fueron escritas durante los años donde el Sida fue más devastador que nunca. No existían los adelantos que existen hoy en la medicina, ni la información sobre prevención de la enfermedad. Murieron las primeras víctimas que se enteraron del Sida, cuando ya estaba adentro de sus cuerpos. Aquellos que estaban contagiados cuando la enfermedad estaba aún más estigmatizada y era una marca de promiscuidad y suciedad casi exclusivamente homosexual.

²²⁶ Lemebel, Pedro. *Cronista y malabarista*, Cyber Humanitatis, N° 20 Verano 2002.

Pedro Lemebel define la temática de este libro diciendo que “cruza temas como el Sida y la homosexualidad, pero el Sida desde los cuerpos vivos, no desde la medicina y el virus. La medicina, tan preocupada por las estrategias de permeación del Sida, la superestrella. Yo trabajo la enfermedad desde los cuerpos, con un desacato a la mirada cristiana que hay sobre la enfermedad a través de una mirada sarcástica al tercer mundo que no tiene otra opción que reírse para no asumir nunca el tatuaje del dolor”. Además del Sida, realiza una crítica reveladora de la falta de transparencia para actuar y expresarse de esta sociedad.

Esta vez utilizará un lenguaje algo sofisticado para realizar las descripciones del siempre luminoso y pomposo mundo travesti. Lenguaje metafórico que le servirá para entregar imágenes poéticas, que transmitan mejor la sensación de nostalgia y muerte que llenan esas páginas. A pesar de ello son palabras directas, crudas y ácidas que no estarán nunca envueltas de seda para el lector. Lemebel muestra como la poética en el relato, no tiene que ver necesariamente con la transmisión de imágenes bellas, sino también con una belleza grotesca.

“El mundo de Lemebel está a una distancia sideral de la sobriedad. Travestis, locas, prostitutas masculinas y una amplia gama de variantes en torno a esa fracción del universo homosexual, constituyen un paisaje humano difícil de asociar con la moderación. El estilo elaborado para pintar este panorama es muy adecuado, pero también único, personalísimo”²²⁷.

Loco Afán es un libro que remece al lector por la temática de sus crónicas, la forma de narrar y el lenguaje seleccionado. La diferencia entre *La esquina es mi corazón* y *Loco afán*, es que el primero describía realidades crudas pero que el público conoce y es consciente de ellas. En el segundo, en cambio, más que describir narra historias en las que no se sabe qué es real y qué no. Son cuentos verosímiles más que reales, donde el objetivo es dar a conocer una realidad, que aunque no sea exactamente idéntica a la narrada, podría serlo.

“El Sida para la Loba trastornada, se había transformado en promesa de vida, imaginándose portadora de un bebé incubado en su ano por el semen fatal de ese amor perdido... Usted pochocha no era tan negra, era floja la cochinilla que le hacía asco al jabón

²²⁷ Marks, Camilo. Crítica en Revista Qué pasa, 20 de Agosto de 2000.

y sólo sabía pintarse y se perfumaba encima de la mugre, decían las locas escobillando con cloro a la Lobita que se fue poniendo rígida a medida que le depilaban las cejas y le encrespaban las pestañas con una cuchara caliente”²²⁸.

Roberto Bolaño ha dicho: “Nadie le saca más emociones a su español que Lemebel. No necesita escribir poesía, para ser el mejor poeta de mi generación. Nadie llega más hondo que Lemebel. Y encima, por si fuera poco, Lemebel es valiente, es decir sabe abrir los ojos en la oscuridad”²²⁹.

Más allá de la verdad de los hechos narrados, lo cierto es que están al menos inspirados en noticias de la época o en situaciones experimentadas por el autor, narradas con la cercanía que da ser un testigo directo de un hecho nunca antes mencionado, nunca antes descrito con tanta verdad. Los personajes son universales, podría ser cualquier travesti. Describe la angustia que embarga a cualquier enfermo de Sida que ha sido marginado de la sociedad en que vive.

“Me interesa lo homosexual como una construcción cultural, como otra forma de pensarse. Otra forma de imaginar el mundo, no sólo desde la teoría homosexual sino que desde todos los lugares agredidos y dejados de lado por esta maquinaria neoliberal y globalizante. Yo sigo apostando por esos lugares mínimos, a pérdida... Es como la construcción cultural de otro, tal vez en ese otro están incluidos otros colores, otras posibilidades insospechadas de las minorías”²³⁰.

Lemebel hace una distinción entre los diferentes homosexuales: los adolescentes, los viejos, “las locas”, los amachotados. Critica la imagen de los homosexuales musculosos que entrega Estados Unidos, con cuerpos perfectos, que esconden los gestos amanerados, y sale en la defensa de *la loca*, el homosexual travestido, el más discriminado por los homofóbicos.

En otra de sus crónicas titulada *Su ronca risa loca (el dulce engaño del travestismo prostibular)*, logra en pocas palabras un profundo cuestionamiento de la forma de vivir de la clase media chilena: siempre sometida a su trabajo y con un estilo de vida espiritualmente pobre, carente de pasión. Junto con esto envuelve el tema del engaño, del

²²⁸ Lemebel, Pedro. *El último beso de Loba Lamar (crespone de seda en mi despedida... por favor)*. Loco Afán, Crónicas de sidario, LOM ediciones, Primera edición 1996, págs. 44-46.

²²⁹ Bolaño, Roberto. La Prensa, 22 de octubre de 2000, pág 3.

²³⁰ Lemebel, Pedro. Revista Lucero, Universidad de California, Berkley, año 2000.

“doble estandar” de los chilenos que estará presente en varias de sus crónicas de diferentes formas.

Este texto habla del ocultamiento y la mitificación que se construye en torno a los travestis. Revela cómo la homosexualidad es recibida por los heterosexuales, que sin asumirlo, participan de ella igual, siendo los principales clientes de los travestis.

“La noche milonga del travesti en un visaje rápido, un guiño furtivo que confunde, que a simple vista convence al transeúnte que pasa (...) Pero la atracción de esta mascarada ambulante nunca es tan inocente, porque la mayoría de los hombres, seducidos por este juego, siempre saben, siempre sospechan que esa bomba plateada nunca es tan mujer (...) El futuro amante embelesado, prefiere no pensar que bajo ese trapo hay una sorpresa, una cirugía artesanal de amarre. El oficinista estresado en el autito a crédito, que no quiere llegar a su casa a ver “Cuanto vale el show”, que odia volver temprano y tener que escuchar la secuencia de quejas, gastos y pesares que le tiene su mujer en bandeja doméstica. Por eso detiene el auto para echar arriba ese fantasma de glamour a la deriva”²³¹.

A través de la narración de una situación, va desenmascarando la realidad de la sociedad chilena, su negada cercanía al mundo travesti, que tanto critica, esconde y excluye.

Loco Afán posiblemente es, de los tres libros de crónicas que ha publicado, el más homogéneo en cuanto a la temática y forma, de los textos que reúne. La homosexualidad atraviesa casi todas las crónicas. Se concentra en la descripción de este mundo, posiblemente porque es bastante desconocido. En general mezcla la ficción con la realidad de tal forma que el lector nunca sabe bien qué es qué. Podría ser cualquier travesti, cualquier noche en una discoteque gay en Santiago, cualquier calle del centro, cualquier veraneo en Cartagena.

Este punto es muy interesante en estas crónicas: el tema del manejo de la realidad. Habla de una verdad universal, ejemplificada en un hecho particular. Recrea historias posiblemente ficticias con elementos reales. “El género de la crónica nos muestra en las estrategias escriturales de Lemebel que una y otra, novela e historia se hacen (a) pedazos.

²³¹ Lemebel, Pedro. *Su ronca risa loca (o el dulce engaño del travestismo prostibular)*, Loco Afán: crónicas de sidario, Ed LOM ediciones, Primera edición, 1996 pág 77-78.

En la ficción de su lenguaje Lemebel trama una y otra vez en hechos y relatos desperdigados”²³².

Por otra parte para ambientar aún más el relato, ha afilado la pluma, recogido el vocabulario homosexual, con muchas jergas y palabras inventadas. Lemebel precisa que esto le ha traído problemas en la traducción de sus textos al inglés, “al comienzo me decían que mi escritura es muy localista, con mucha jerga, y no sólo jerga popular sino homosexual. La traductora inglesa me preguntó ¿qué significa péndex? Y yo le dije que es una forma de llamar a los adolescentes, con una cierta erótica que carga el término. Es sorprendente, no hablo bien ni siquiera el español y me encuentro ante el abismo de estas traducciones”²³³.

También en relación con el vocabulario, ha llamado fuertemente la atención que use un lenguaje peyorativo para hablar de la homosexualidad, de su homosexualidad. Pero aquello tendrá una razón de ser; es ese lenguaje el que al salir de su boca y su pluma se dignifica. El lenguaje irónico y cruel con que se trata a sí mismo, es aquel que inventó la sociedad para burlarse de ellos (los homosexuales). Se apropia de la “yegua”, “la loca putinga”, la “fleta”, y al hacerlo, les asigna un nuevo significado. Dejan de ser un golpe ajeno y se transforman en una palabra escupida desde él hacia la sociedad.

“Son construcciones populares que en un principio se usan para desacreditar, pero cuando yo las uso las descargo de agresividad”²³⁴, aclara Lemebel. Les roba así el significado que condenaba la diferencia, y deja a la sociedad sin expresiones para denigrar su condición. Como ha dicho Carlos Mosiváis “¿Qué le pueden decir que no se haya dicho él mismo?”.

“Más de alguien encontrará quizás paradójico que quien recién usaba el adjetivo “maricueca” en sentido peyorativo se autocalifique de “loca” con tanta facilidad. La respuesta quizás habría que buscarla en el hecho de que, más que el sentido denotativo, lo que importa aquí son las connotaciones personales que Lemebel atribuye a cada uno de los términos”²³⁵.

²³² Olea, Raquel. *www. crítica. cl*, Crítica de literatura Editorial LOM, Noviembre 1998.

²³³ Lemebel, Pedro. *Diario La Tercera*, 14 de marzo de 2002.

²³⁴ Lemebel, Pedro. *De los escándalos de la escritura*, *Diario La Época*, 2 de junio de 1995.

²³⁵ Benadava, Salvador. *Pedro Lemebel: apuntes para un estudio*, Mapocho, revista de humanidades y ciencias sociales, n°50, segundo semestre de 2001, pág. 69.

Con este lenguaje peyorativo ha llegado a las personas para revelarles su propia identidad como país. Ha invertido los roles y de ser víctima de palabras crueles, pasa a ser victimario al recogerlas y devolvérselas a la sociedad.

Las palabras escogidas y la forma en que las ordena en la narración, van dando forma a una tendencia. Sin embargo, es un estilo difícil de definir: ¿barroco, neobarroco, poético? Lo que queda claro es que busca el término preciso que explique, transmita y haga sentir la apreciación que él tiene de las cosas, con emoción y reflexión.

Ese ojo agudo con que va rasguñando la realidad hasta llegar a la médula, no puede ser derramado en el papel a través de cualquier palabra, no al menos si pretende evocar en el lector la imagen viva y el sentimiento crudo. “Lemebel puede ser irónico, sarcástico, salvajemente paródico, cursi, relamido, retorcido y, además, tierno, divertido y siempre intenso, abrumadoramente lírico”²³⁶.

Son, precisamente, sus comparaciones y sus extrañas metáforas las que caracterizan tan particularmente sus textos; “bajo el planchón de ese cielo metálico”, o “la seda escarchada de sus cejas”, o para referirse a la línea del metro decir “su travesía de intestino subterráneo”, o para nombrar a la hija de Pinochet como “el fascismo de falda Chanel”. “Perseguía a las micros ladrándole a las ruedas, hasta que un violento rechinar apagó para siempre el bullicio de su fiesta”²³⁷.

Además le da una atmósfera especial al relato, cuando ejercita esa capacidad de construir frases con palabras que a simple vista parecieran no tener ninguna relación entre sí: “el balón de Coca Cola para eructar la grasa rancia del tufo importado”²³⁸. O en la crónica de las cárceles cuando cuestiona la heterosexualidad de “los padres de la patria (que) ya no tienen patio trasero que defender”. Utiliza una frase que en teoría hace más indirecto y sutil lo dicho, pero acaba siendo más cruda que un término común.

“La mano de Pedro Lemebel no se desliza desnuda, pues se disfraza, se enmascara, se viste, se hace guante (...) máscaras del Barroco y Neo-Barroco, que Pedro ha querido utilizar para enmascarar su voz y desenmascarar velos tras los cuales se ha ocultado una mirada mirona, una mirada de voyeur que se expone a exhibir, mostrar, dejar ver en textos

²³⁶ Marks, Camilo. Crítica en Revista Qué pasa, 20 de agosto de 2000.

²³⁷ Lemebel, Pedro. *Memorias del quiltraje urbano*, De perlas y cicatricez. LOM Ediciones, Primera edición 1998, pág 163.

nombrados más de una vez como ‘crónica voyeur’ (...) Travestidos, todos, en las múltiples voces de sus numerosas obras donde lenguajes y estilos se disfrazan”²³⁹.

A pesar de todos los “disfraces”, los textos de Lemebel tienen un lenguaje que logra llegar fuertemente al lector. Aunque parezca contradictorio, y quizás técnicamente lo sea, su modo de decir decorado, metafórico, recargado, entrega una imagen clara de la sensación que él quiere transmitir, aunque no todos comprendan siempre, todo el significado de la construcción textual poética.

“En el ghetto homosexual siempre se sabe quién es VIH positivo, los rumores corren rápido, las carteras que se abren de improviso, los papeles y remedios tirados por el suelo (...) En estos lugares, donde anida fugaz la juega coliza (...) nunca falta la indirecta, la talla, el conchazo que vocea alaraco la palidez repentina de la amiga que viene entrando. ¡Te queda regio el sarcoma linda! Así, los enfermos se confunden con los sanos y el estigma sidático pasa por una cotidianidad de club, por una familiaridad compinche que frivoliza el drama (...) En uno de estos lugares, al calor delirante de la farra marucha, es fácil encontrar una loca positiva que acceda a contestar algunas preguntas sobre el tema, sin la mascarada cristiana de la entrevista televisiva, sin ese tono masculino que adoptan los enfermos frente a las cámaras, para no ser segregados doblemente. Más bien jugando un poco con el aura *star* de la epidemia, así, revertir el testimonio, el indigno interrogatorio que siempre coloca en el banquillo de los acusados al homosexual portador”²⁴⁰.

El éxito que continúa teniendo este libro, se debe entre otras cosas a la reveladora y a ratos morbosa, temática de sus crónicas. Realidades marginales, dramáticas y ocultas. Pero a ello se suma el lenguaje y la pluma del escritor que cumple a cabalidad la misión del cronista de lograr que el lector, una vez que ha llegado frente al libro, no lo abandone hasta terminarlo. Además Lemebel es un personaje que llama la atención cada vez que entra a un lugar y más aún cuando empieza a hablar, provocando cierta curiosidad irresistible de conocer lo que ha plasmado en las espesas páginas de sus libros.

²³⁸ Lemebel, Pedro. *I Love you Mac Donald (o el encanto de la comida chatarra)* De Perlas y cicatrices, LOM Ediciones, Primera edición 1998, pág 174.

²³⁹ Bianchi, Soledad. *Un guante de áspero terciopelo, la escritura de Pedro Lemebel*. Mesa Redonda: Travestismo: la infidelidad del disfraz. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. 19 y 29 de junio de 1997.

²⁴⁰ Lemebel, Pedro. *Los diamantes son eternos (frívolas, cadavéricas y ambulantes)*, Loco Afán: crónicas de sidario, LOM ediciones, Primera edición 1996.

Loco Afán fue adaptado al teatro por la compañía La comarca. Estrenó el 2001 con un éxito rotundo: 10.000 espectadores en 5 meses de función, y recientemente se reestreno con las salas llenas este verano 2002, en el ciclo de Teatro a mil y luego en el Galpón 7.

Además estas crónicas serán publicadas en España por la editorial Anagrama, y en relación a esto él reflexiona, “es difícil pero a la vez me puede ofrecer un pasar tranquilo publicar en estas grandes casas editoriales. Por qué no, por qué debo quedarme en la marginalidad y pudrirme ahí. Pareciera que el sistema te deja ese rincón. Por eso quiero cruzar fronteras culturales, de género. Incluso la crónica que escribo es un cruzar de fronteras, del periodismo, la canción, el panfleto. De alguna forma me he entrenado en escabullir los mecanismos de poder”²⁴¹.

A pesar de la inmensa aceptación que tiene su trabajo, ya establecido en el lector como crónica, aún no se puede clasificar definitivamente. Ni siquiera dentro de la permisiva crónica, ya que este término se utiliza para definir cosas tan diferentes como una nota informativa del diario, una columna de opinión o para nombrar los cuentos que nacen de algún hecho real. Pero quizás es, precisamente, la hibridez del término, la que ha permitido a este escritor insertar sus textos, agregando a la crónica un nuevo matiz. Y hasta ahora nadie ha podido sacarlo de ahí, por el contrario, su trabajo se ha transformado en objeto de estudio de algunas universidades en Estados Unidos, que buscan comprender el giro que Lemebel le da a este género.

“Es interesante que la escritura de crónica tenga otros recorridos culturales, porque se produce levemente desenmascarada de lo específicamente literario y, en ese desencuentro, hay mayores posibilidades de hacer coincidir otras disciplinas y otras poéticas con el ojo escritural de la crónica urbana”²⁴².

E. Crónicas con perlas y cicatrices

En 1998, Pedro Lemebel publica un nuevo libro: *De perlas y cicatrices*, con el patrocinio del Fondart. Una compilación de 70 crónicas que fueron previamente transmitidas por él, en forma oral, en el programa *Cancionero* de Radio Tierra. “En mi

²⁴¹ Lemebel, Pedro, *El cronista de los márgenes* Revista Lucero, Universidad de California, Berkley, año 2000.

²⁴² Lemebel, Pedro. Diario La Época, 21 de septiembre de 1997, pág. 17.

último libro, *Perlas y cicatrices*, la crónica se hace más breve, más intensa, menos elaborada literariamente, pero más contingente en relación a la desmemoria neoliberal del Chile actual. Era necesario, era político poner en escena estas escenas de horror y dictadura. Creo que mi escritura siempre estará expuesta a los vaivenes y temporales de mi corazón, la literatura para mí es sólo eso, una pizarra para mancharla de estrategias deseantes”²⁴³.

Pedro Lemebel, con estas crónicas, da un gran paso hacia la realidad y se aleja un poco del barroquismo de sus primeros textos, entendiendo por barroquismo la “tendencia a la imagería al derroche, a la saturación, a la caricatura, a lo heteróclito y a la desmesura”²⁴⁴. La realidad se transforma en protagonista, el relato se adhiere a los hechos concretos para revelar verdades soterradas en la conciencia y la memoria de Chile. Crónicas que son producto del contexto sociopolítico de la época. Que nacen por la necesidad de denunciar.

En este conjunto de relatos deja por un momento de lado la recurrente temática homosexual, sólo para abrir un espacio en su escritura a una nueva marginalidad, la del dolor de los familiares de detenidos desaparecidos, de la falta de justicia, del olvido prematuro y de la censura en todos sus matices.

“Y fueron tantas patadas, tanto amor descerrajado por la violencia de los allanamientos. Tantas veces nos preguntaron por ellos, una y otra vez, como si nos devolvieran la pregunta, como haciéndose los lesos, como haciendo risa, como si no supieran el sitio exacto donde los hicieron desaparecer. (...) Después de tanto traquetear la pena por los tribunales militares, ministerios de justicia, oficinas y ventanillas de juzgados donde nos decían: otra vez estas viejas con su cuento de los detenidos desaparecidos (...) Por eso es que aprendimos a sobrevivir bailando la triste cueca de Chile con nuestros muertos (...) Ellos son invitados de honor en nuestra mesa, y con nosotros ríen, y con nosotros bailan y cantan y comen y ven tele. Y también apuntan a los culpables cuando aparecen en la pantalla hablando de Amnistía y reconciliación.”²⁴⁵.

De perlas y cicatrices se constituye como un verdadero ayuda memoria para la sociedad, sobre aquellos personajes que fueron protagonistas de los grandes

²⁴³ Lemebel, Pedro. *Cronista y malabarista*, Cyber Humanitatis, N° 20 Verano 2002.

²⁴⁴ Benadava, Salvador. *Pedro Lemebel: apuntes para un estudio*, Mapocho, revista de humanidades y ciencias sociales, n°50, segundo semestre de 2001, pág. 65.

acontecimientos políticos y sociales durante el régimen militar, y que hoy se les ha borrado su pasado y se han reinstalado frente al escenario social, con traje nuevo.

“Los cambios políticos y sociales del régimen del General Pinochet provocan gran cambio en la narrativa chilena y en los escritores un cambio de actitud respecto al rol que le asignan a la literatura. Podemos sintetizar ésta como la de ser cronistas contestatarios a la historia oficial del país, o ser testimoniadores de la conciencia colectiva del pueblo”²⁴⁶.

Las crónicas están inspiradas en hechos o situaciones que ocurren o ocurrieron en Chile, respondiendo a ese elemento de la crónica que la diferencia esencialmente de un cuento: la realidad. “El autor cumple el mandato que desde los escritos de conquista ordena al género de la crónica, ser fiel a la verdad: ‘no debe el cronista dejar de hacer su oficio’”. Oficio al que Lemebel le ha otorgado propiedad de tono y estilo en su forma de producir una escritura que habla de actualidad.

Pedro Lemebel recorre en sus escritos cerca de 25 años de la historia más reciente de Chile. En ellos entrega una visión de la histórica diferente, a través de un formato más cercano. Lo que llamamos historia *no oficial*, que transcurre durante el régimen militar y los años posteriores. Además dentro de la amplia variedad de temas que dan origen a las crónicas, podemos encontrar narraciones de hechos que nunca fueron conocidos por la opinión pública, al menos en forma masiva, o bien se entregó una visión parcial.

Un ejemplo de lo anterior es la crónica titulada *Willy Oddó*, que narra el asesinato del integrante del grupo musical Quilapayún en manos de un niño travesti. O *Las joyas del golpe* donde denuncia que mujeres de la clase alta chilena entregaban sus joyas a los militares, para apoyar económicamente el golpe militar.

Lo mismo ocurre con *Las orquídeas negras de Mariana Callejas* donde revela que una casa de arte, cumplía además la función de centro de tortura durante el régimen militar. Hechos que durante la época fueron “secreto a voces” y que el cronista se encargó de registrar, difundir y dejarlos para siempre en la memoria de las personas. Al margen de la censura de los medios de comunicación masivos, Pedro Lemebel realiza un registro en sus crónicas, que revivirán una y otra vez los hechos, cada vez que un lector se sumerja en sus libros.

²⁴⁵ Lemebel, Pedro. *El informe Rettig (o recado de amor al oído insobornable de la memoria)* De perlas y cicatrices, LOM Ediciones, Primera edición 1998, págs. 102-103.

²⁴⁶ Sarrocchi, Augusto. *Op. Cit*, Pág. 359.

Hechos históricos, políticos y sociales, que muchas veces se entremezclan en narraciones de experiencias personales del autor. Una especie de crónica testimonio. Así es *El encuentro con Lucía sombra (o nunca creí que fueran de carne y hueso)*, un desahogo personal, donde la intensidad de la narración y su capacidad de llevar al lector a la escena, provoca el interés del lector.

“Y uno nunca sabe que estos personajes, avales de tanta impunidad, sean ciudadanos comunes y corrientes. Y uno va por ahí pensando que jamás se encontrará con uno de ellos cara a cara y, por lo mismo, los tiene medios mitificados, medio caricaturizados por la imagen pública de TV (...) Pero existen, no son la especulación del marxismo, y se les puede encontrar en un mall, un cine, o mirando con lupa los cuadros de una exposición en una galería fruncida de la Costanera (...) llega un zoológico empielado de nutrias, osos y zorros, y el artista exponente se tira de guata al suelo para recibirlo. Sólo entonces me queda campaneando la cara de una mujer que entró con dos tipos de lentes oscuros y gestos nerviosos. Solo ahí, se me evapora el whisky y esa cara me revuelve el estómago en una náusea con olor a trementina, milicos y tumbas. Y en ese vahído se me hace presente la hija del tirano, la Lucía chica, tan quebrada en su alcurnia de sables y guardaespaldas C.N.I, evaluando los óleos. (...) Sin poder contenerme, le digo a los artistas que por qué se hacen los lesos, que por qué no nos retiramos todos, que cómo pueden seguir respirando el aire macabro de esa presencia (...) Y por qué me hacen callar, diciendo que no hable tan alto, que no sea roto, que Pedro no podís ser tan pegado (...) Casi no alcancé a terminar la frase, porque los dos gorilas de gafas negras me alzaron con sus manazas, sacándome en punta de pies a la calle, donde me dieron una golpiza que me dejó inconsciente tirado en la vereda”²⁴⁷.

En los cuatro primeros capítulos *De perlas y cicatrices; Sombrío fosforecer, Dulce veleidad, De misses top, reinas lagartijas y otras acuarelas y Sufro al pensar*, el cronista se concentra en personajes y situaciones de la dictadura militar. Personajes populares o famosos retratados a través de experiencias personales del autor, o bien según el perfil que ellos mismos se han diseñado a través de la historia. En algunos casos, cuando el tiempo ha desgastado la memoria de la gente, y ha borrado ciertos rasgos de aquellos protagonistas

²⁴⁷ Lemebel, Pedro. *El encuentro con Lucía sombra (o nunca creí que fueran de carne y hueso)*, De perlas y cicatrices, LOM Ediciones, Primera edición 1998, págs. 24 y 25.

políticos, Lemebel los desenmascara, reconstruyendo para el lector, el rostro de los personajes.

Son “crónicas de cicatrices explicadas por perlas. Pero tanto una como otra palabra, la perla y la cicatriz son producto de la misma operación defensiva de un cuerpo, produciendo con ella el efecto de una marca que quedará allí para siempre. Resultado de una daño en el cuerpo, la perla y la cicatriz, perpetúan lo imborrable. Ambas son indicio. Signo. Santo y seña de una intervención extraña, huella encubierta de otra historia”²⁴⁸.

Para su autor “esta es una obra política y lo que hace es una radiografía crítica, mordaz y sarcástica de Chile y plantea una pregunta sobre qué es el país, cuál es su memoria, qué es la justicia”²⁴⁹.

Los capítulos que siguen: *Río Rebelde*, *Quiltra lunera*, *Relamido frenesí* y *Soberbia calamidad, verde perejil*, describen escenarios de distintos rincones de la ciudad. Situaciones callejeras. Crónicas de lugares y acontecimientos, en los que de una u otra forma ha participado el autor. Reúne algunos íconos de Santiago, personajes y objetos, para revelar características del desarrollo de la cultura en Chile, y la sociedad dividida en clases. Contrastes, críticas y comparaciones entre ricos y pobres, entre centro y periferia.

Según la crítica literaria, Raquel Olea, en estas crónicas “la escritura ejerce el tráfico de los acontecimientos, el llevar y traer de un lugar a otro, el paseo de la escritura por los barrios, las poblaciones, las plazas de Santiago. Lemebel junta nombres, personajes, situaciones que las estratificaciones urbanas nunca juntarían (...) La escritura se construye como ficción verosímil sobre personajes y situaciones ya conocidas, las que seguimos viendo y oyendo todos los días en la televisión, pero también sobre bs otros, los que dejamos de ver para siempre. La secuencia alterna nombres perlados de los medios, la cultura y el éxito, con los otros, los clausurados de la historia oficial, los olvidados”²⁵⁰.

Del primer capítulo de este libro, resulta imprescindible destacar una crónica que es un verdadero ícono del estilo que tiene Pedro Lemebel para retratar la historia. Se cita gran parte del texto con el objetivo de entregar al lector una visión completa del desarrollo del

²⁴⁸ Olea, Raquel, www.critica.cl *Las estrategias escriturales de Pedro Lemebel*.

²⁴⁹ Lemebel, Pedro. Diario El Mercurio, 13 de julio de 2001.

²⁵⁰ Olea, Raquel, *Op. Cit.*

relato, ya que en este caso sería insuficiente citar sólo pequeños fragmentos. *Karin Eitel (o la cosmética de la tortura, por canal 7 y para todo espectador)*.

“El rostro de una mujer en una fotografía tiene a veces una atmósfera vaporosa que poetiza el hallazgo de su presencia retenida e inmóvil en el papel. En cambio, el rostro de una mujer filmado por la televisión supone un movimiento neurótico, una temblorosa imagen inquieta por el pestañeo epiléptico que retoca continuamente la cosmética de su aparición en pantalla. Y tal vez, esa sensación de estar frente a un rostro electrificado, pudiera ser el argumento para recordar a Karin Eitel, para ver de nuevo, con el mismo escalofrío, su cara tiritando en la pantalla de Canal 7, en el noticiario familiar para todo espectador. Su rostro joven, erizado en el vidrio luminoso del video. Su rostro elegido como escarmiento, absolutamente dopado por las drogas que le inyectó la C.N.I. para que leyera públicamente la carta de su arrepentimiento. Un mentiroso papel, escrito por ellos, donde Karin renegaba de su pasado en el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (...) En su tono tranquilo, impuesto por los matones que estaban detrás de las cámaras, se traslucía la golpiza, el puño ciego, el lanzazo en la ingle, la caída y el rasmillón de la cara tapado con polvos Angel Face. En esa voz ajena al personaje televisado, subía un coro de nunca y jamases picaneados por las agujas de la corriente, el aguijón eléctrico crispándole los ojos, dejándoselos tan abiertos como una muñeca tiesa hilvanada de jeringas (...) Quizás, son pocos los que tienen en la memoria esta imagen de la crueldad de alto rating en el pasado reciente. Son escasos los que desde ese día aprendimos a ver la televisión chilena con los ojos cerrados (...) Es posible que las pocas noticias que tengo de Karin, más el video de Lotty Rosenfeld, la única artista que tomó el caso para denunciarlo en su trabajo, no me permitan la serena objetividad para narrar este suceso, es más, el reconciliado sopor de estos días, altera mi pluma y sigo viendo a Karin temblando en el agua de la pantalla, sumergida cada vez más abajo de la historia, cada vez más nublada por el olvido, moviendo lentamente su boca en el nunca arrepentido calvario de su guerrillera flor”²⁵¹.

Una de las principales características que interesa destacar de este crónica es el elemento noticioso. El texto rescata un hecho de alto interés, que si bien no es actual, se actualiza al revelar lo que verdaderamente ocurrió, aquello que el público desconoce, o al

²⁵¹ Lemebel, Pedro. *Karin Eitel (o la cosmética de la tortura, por Canal 7 y para todo espectador)*. De perlas y cicatrices. LOM Ediciones, Primera edición 1998, págs. 90-92.

menos nadie le había dicho oficialmente. Es una crónica enriquecida no sólo por su estilo sino por la denuncia, la revelación y la vigencia. Es un gran ejemplo para rescatar uno de los objetivos que pueden alcanzar las grandes crónicas: el de informar sobre un hecho con la mayor verdad posible y de manera atemporal, sin estar condenado al olvido por el paso del tiempo, la inaccesibilidad del medio de prensa o la pérdida de actualidad.

“Pedro Lemebel expresa, en la forma inaugural de la tendencia a la que pertenece, lo que vive, lo que ve, lo que siente. A lo largo de la dictadura chilena, Lemebel mantuvo la mayor coherencia: fue exactamente como era, le añadió libertades a la comunidad con el sólo recurso de ejercerlas”. Carlos Monsiváis.

En el segundo bloque de crónicas, encontramos esa forma de narración cercana, cotidiana, situacional, de experiencias personales que caracteriza el estilo de este escritor. “De encontrarse en oscuridad de telarañas con un chico por ahí. De saber que éramos dos extraños en una ciudad donde todos somos extraños, a esa hora, cuando cae el telón enlutado de la medianoche Santiaguina (...) Porque esta urbe se ha puesto tan peluda, tan peligrosa, que hasta la respiración en las calles tiene ecos de asalto y filo de navaja (...) Y al pedir un cigarro una sabe que la llama del fósforo va a iluminar un cuchillo. Uno sabe que nunca debió detenerse”²⁵². Así comienza *Solos en la madrugada (o el pequeño delincuente que soñaba ser feliz)*, donde la temática central es un encuentro que tuvo el escritor con un asaltante.

Es una experiencia personal, anecdótica, pero que sin embargo va presentando una serie de características y problemáticas de nuestra sociedad, tan reales como la anécdota. Y es ésta una de las principales características de sus crónicas: en el relato de una historia, se esconderán siempre subtemas que Lemebel entrega analizados y ejemplificados en la cotidianidad.

Y continúa, “Pero el chico, que es apenas un jovenzuelo de ojos mosquitos, me detiene, me chanta con un: yo te conozco, yo sé que te conozco. Tú hablaí en la radio. ¿No es cierto? (...) ¿Teníaí miedo?, me pregunta. Un poco, me atreví a contestar. A esta hora es muy tarde y uno no sabe. No te equivocaste, dijo soltando la risa púber que iluminó de perlas el pánico de ese momento. Yo te iba a colgar, loco, agregó sonriendo. Mostrándome

²⁵² Lemebel, Pedro. *Solos en la madrugada (o el pequeño delincuente que soñaba ser feliz)*, De perlas y cicatrices, LOM Ediciones, Primera edición 1998, pág 147.

una hoja de acero que me congeló el alma colipata. Te iba a hacer de cogote, pero cuando te oí hablar me acordé de la radio, caché que era la misma voz que oíamos en Canadá. Pero la Radio Tierra es onda corta y no se escucha tan lejos. ¿Estuviste afuera? No, ni cagando, yo te digo en cana, en la cárcel, en la peni, tres años y salí hace poco”²⁵³.

Mientras describe la caminata con el asaltante va dejando de manifiesto una reflexión sobre la falta de oportunidades de rehabilitación, la pérdida de la confianza entre las personas, el temor de vivir en una ciudad como Santiago donde la delincuencia no deja libre a nadie. Sin hacer sentir nunca al lector que está haciendo un discurso político, posiciona en las cabezas de quien lee, cierta empatía y crítica social.

Habla además desde el punto de vista del asaltante, de su experiencia, de su verdad, como si fuera capaz de desdoblarse, de dejarse poseer por otro, para hacerle un espacio en su íntima narración.

“Te fue mal esta noche. No importa, te conocí a ti, y te voy a dejar a tu casa para que no te pase nada. Ya estamos llegando, suspiré, así que déjame aquí no más, le alcancé a decir antes de estrechar su mano y verlo caminar hacia la esquina donde giró la cabeza para verme por última vez, antes de doblar, antes de que la madrugada fría se lo tragara en el fichaje iluminado de esta ciudad, también cárcel, igual de injusta y sin salida para este pájaro prófugo que dulcificó mi noche con el zarpazo del amor”²⁵⁴.

Como muchas crónicas de este escritor, está redactada en primera persona, y usa un lenguaje tremendamente coloquial, directo, cercano, dando la sensación de que estuviera conversando si no fuera por el uso constante de metáforas, que en vez de embellecer el relato lo hacen aún más crudo, entregándole peso a la imagen que evoca. Crónicas formadas con base en diálogos, que sólo escapa de ello para precisar un pensamiento o alguna descripción que haga más intensa y cercana la experiencia al lector.

Sin embargo, las crónicas de Pedro Lemebel están lejos de limitarse a la narración de una experiencia personal, a pesar de lo involucrado que estará siempre en de sus relatos. *En Memorias del quiltraje urbano (o el corre que te pillo del tierral)* realiza una construcción muy diferente. No parte de un hecho noticioso ni de una experiencia personal.

²⁵³ Lemebel, Pedro. *Solos en la madrugada, (o el pequeño delincuente que soñaba ser feliz)* De perlas y cicatrices, LOM Ediciones, Primera edición 1998pág. 147.

²⁵⁴ *Ibid.* Pág. 147.

Es una crónica de observación, una fotografía burlesca, una descripción de un día cualquiera en una población típica de Santiago.

“(…) Porque para ellos no existen esos alimentos químicos del mercado canino, esas galletas y cereales sintéticos que venden los mall, junto con collares, cadenas y cepillos especiales para perros de clase. Esas comidas para perros etiquetadas con nombre de caricatura gringa (...) Y vaya a saber el perro qué mierda está comiendo, si lo único que le queda claro es el tufo a pescado molido y la sed insaciable que los tiene todo el día con la lengua afuera”²⁵⁵.

Se acerca en forma lúdica a un análisis sociológico, haciendo una analogía entre la vida de los perros y su relación con sus dueños, en las clases más ricas y en las más pobres. “Tal vez, la dualidad amo y perro, es el espejo perverso donde el animal duplica sus mañas y modales (...) animales con heráldica que no juegan ni ladran, y parecen estatuas, educados como adornos en la decoración del riquerío. Son las mascotas de sangre azul, que miran sobre el hombro al perraje suelto que vaga por las calles, los otros, los quiltros sin ley que hacen suya la ciudad en el patiperreo de la sobrevivencia. Perros que hurguean la basura y comen lo que encuentran (...) Porque la pobreza y los perros son inseparables; entre más pobres hay más perros. Como si en la precariedad siempre hubiera un rincón donde amparar a otro quiltro”²⁵⁶.

De este forma va evidenciando el arribismo, la fuerza de la imagen, y el calor humano de los más pobres. Es un enfoque impresionista escrito, como muchas de sus crónicas, desde un “nosotros”, declarándose partícipe de la vida poblacional. Esta vez no utiliza diálogos, sólo la descripción lo más objetiva posible, y a pesar de ser una crónica con un lenguaje menos ácido, al final, vuelve a dejar esa sensación de crudeza que dejan la mayoría de sus escritos.

Otro elemento que es importante destacar de sus crónicas, sobre todo de las que forman parte del segundo bloque de este libro, es la importancia de la música en el autor. Esto en el sentido que “el universo melódico cumple en la obra de Lemebel, una doble función en la medida en que constituye a la vez un recurso estilístico y un objeto de

²⁵⁵ Lemebel, Pedro. *Memorias del quiltraje urbano (o el corre que te pillo del tierral)*. De perlas y cicatrices, LOM Ediciones, Primera edición 1998, págs. 162-163.

²⁵⁶ *Ibid.* Pág. 162-163.

análisis”²⁵⁷. Objeto de análisis en cuanto a que muchos músicos e intérpretes son protagonistas de sus relatos, como representantes de la cultura y la idiosincrasia de Chile. Miriam Hernández, Zalo Reyes, Lucho Gatica, entre otros, han sido objeto de sus crónicas como íconos de manifestaciones culturales.

Por otra parte “la música y el cancionero tienen mucha importancia, más allá de estas evidencias en los títulos, se integran en los escritos para comunicar sentires y sentimientos, para sintetizar emociones como enunciados, para encauzar gestos y poses”²⁵⁸. Así como su novela lleva por título una estrofa de una canción “tengo miedo torero”, en muchas de sus crónicas se hace alusión a canciones y cantantes, logrando una complicitad diferente con el lector.

Cualquier recurso puede ser válido para él, con tal de construir una crónica que logre transmitir lo que quiere decir. Hoy podrá adoptar la forma de una carta, “un día te dije que iba a escribir nuestra corta historia en el Clinic. Y aunque tú no lo creyeras entonces, te juré que serías el protagonista de esta crónica que escribo evocando tu inquieto mirar de pendejo sureño”²⁵⁹. O bien de un cuento realista, de una conversación, y la realidad de lo narrado lo encontraremos más en el fondo que en la forma. Esta última irá variando dependiendo del tema. “Mi escritura es una pluma cuando tengo que hablar de las minorías y filosa y punzante cuando ataco los lugares de poder”²⁶⁰.

Sintetiza con esa frase las dos grandes temáticas que ha desgarrado en sus crónicas: las minorías y el poder, y además las principales características de su estilo: esa pluma poética barroca y el cuchillo cruel y sarcástico. Reafirmando que escribe desde la marginalidad, buscando revelar y, en cierto modo, reivindicar las distintas realidades que conviven en la sociedad. Denunciando y condenando el olvido, la hipocresía, los abusos y las injusticias que dan origen a dicha marginalidad.

“Como buen cronista, Pedro no aspira a la profundización, sino a la estimulación, a través de textos relativamente cortos que aspiran a inquietar, a llamar la atención, a hacer reflexionar, a provocar, etcétera. Y que parecen conferir al escritor ese alivio que produce

²⁵⁷ Benadava, Salvador. *Pedro Lemebel: apuntes para un estudio*, Mapocho, revista de humanidades y ciencias sociales, n°50, segundo semestre de 2001, pág. 62.

²⁵⁸ Bianchi, Soledad. *El cronista Pedro Lemebel*, en Diario La Época, 13 de octubre de 1996.

²⁵⁹ Lemebel, Pedro. *Querido Wilson*, Periódico The Clinic, 4 de abril de 2002.

²⁶⁰ Lemebel, Pedro. Diario La Tercera, 21 de septiembre 1997.

el decir una verdad que, por callada, comenzaba a molestar. No le incomodan los excesos, ni las contradicciones, ni los atentados a la lengua”²⁶¹.

Luego de su último libro, *De perlas y cicatrices*, su trabajo como cronista se ha centrado en The Clinic y Punto final además de la lectura de sus textos en Radio Tierra. “Mi inquietud cultural es hacer un contrabando de contenidos culturales a la periferia... Y en Radio Tierra mi proyecto es llegar a hogares donde los libros son inalcanzables. He visto, de todos modos, que mis publicaciones tienen llegada en el pueblo”²⁶².

Sin sentirse responsable de ser el mensajero de nadie, sin duda lo ha sido y a pesar de sentirse siempre fuera de lo oficial, ha buscado ser leído o escuchado en los diferentes medios. Los que no tienen espacio para expresarse, lo hacen igual, sin querer, a través de sus historias.

“¿Cómo explicar el éxito alcanzado? A nuestro juicio hay dos razones principales: la primera es su manera de decir las cosas; manera en que se conjugan el humor y la rabia; una acumulación de metáforas y comparaciones poéticas o vulgares, un conjunto de palabras que hacen sonreír al roto que yace en todo chileno (...) La segunda es que responde a un anhelo social (...) El que mejor responde a aspiraciones de libertad y justicia que no terminan de instaurarse”²⁶³.

Su crónica hoy ya no es tan barroca como en sus inicios, pero mantiene esa poética cruda, la inmensa carga humana de los temas que trata y la forma controversial de narrarlos. No se preocupa demasiado de la normativa del género, que puede estar respetando o no. Los proyectos que vienen: *Nefando*, *crónicas de un pecado* y *Zanjón de la aguada*, *crónicas plebeyas*, son también nuevas formas de moldear la crónica, y pareciera que seguirá trabajando en este género, mientras éste le permita reencantarlo a su manera.

Más allá de las teorías, lo cierto es que Pedro Lemebel ha hecho un registro extraordinario de un paisaje inexplorado hasta ahora por la sociedad. Mientras la historia se preocupaba de las verdades oficiales, Lemebel estaba haciendo crónica de lo otro.

²⁶¹ Benadava, Salvador. *Pedro Lemebel: apuntes para un estudio*, Mapocho, revista de humanidades y ciencias sociales, n°50, segundo semestre de 2001, pág. 74.

²⁶² Lemebel, Pedro. *Diario El Mercurio*, 28 de Octubre de 2001.

²⁶³ Benadava, Salvador. *Op. Cit.* Pág. 74.

“Mi hombría fue morderme las burlas
Comer rabia para no matar a todo el mundo
Mi hombría es aceptarme diferente...”

Pedro Lemebel, *Manifiesto*.

CONCLUSIONES

La exploración de la crónica en este trabajo, nos lleva a variadas conclusiones. Una de ellas es que no existe una sola definición terminante, rígida y excluyente, a la cual se pueda adscribir esta forma de construcción textual. Sin embargo, en la práctica y concreción de este tipo de relatos, sí se pueden dilucidar elementos comunes, utilizados por los cronistas para aproximarse a la realidad y transmitirla, y son ellos los que finalmente definen la crónica en esencia, como una forma de comunicar diferente a cualquier otro género periodístico.

Otra de las reflexiones que se vislumbra como relevante, es la necesidad de que exista un debate permanente en torno a la caracterización y ordenamiento de esta forma de relato, en aras de progresar y crecer en la práctica del oficio de periodista. Su origen en la historiografía y su posterior migración a la literatura y al periodismo, la fueron dotando de elementos narrativos, historiográficos e informativos, que al ser expuestos en un relato, han dado origen a una estructura flexible, adaptable y susceptible a ser redefinida en la pluma de cada autor. Por ello, esa riqueza y su talante deben ser motivo de frecuente estudio en el aula.

A pesar de los intentos por definir la crónica, y establecer así un marco de referencia, las teorías, si bien no la han dibujado con contornos precisos o excluyentes, han ayudado a enriquecer su análisis comprobando una y otra vez su importancia. En este trabajo se ha pretendido revisar (incluidas en el tono de escritura de los autores) algunas de ellas, sin pretender categorizar taxativamente y sólo usándolas como referencia. Así desde Todorov a Barthes las *miradas que me han ayudado a mirar* se aparecieron como fundamentales para explicar desde la estructura las distintas narraciones.

Todo ello fue ayudando a entender que la definición de un trabajo como crónica, pasa por los parámetros de la propia percepción del autor de lo que es o no crónica. De tal forma, el concepto evoluciona en el tiempo a través de sus cultores, siendo su definición última las convergencias que ellos muestran, siendo sus divergencias los matices que la hacen evolucionar.

Es por ello que avanzamos desde la nebulosa teoría hacia la grandiosa profesión de la crónica en Chile, a través de las plumas de Joaquín Edwards Bello, Hernán Millas y Pedro Lemebel.

Realidad, documentación y develamiento

El primer elemento esencial de la crónica, común en todos los relatos aquí expuestos adscritos al género, es que son textos que tienen como materia prima la realidad, que es expuesta por el autor con un estilo propio, marcado y reconocible. Tanto en el caso de Edwards Bello, como de Millas y Lemebel, actúan como testigos, observadores o participantes, de un pedazo de realidad, o de lo que consideran su realidad. El tema de los límites entre realidad y ficción ha sido uno de los puntos no resueltos del debate. ¿Se debe permitir o no, el uso de ficción en la crónica? En teoría, no. Sin embargo, en algunas situaciones los cronistas han ficcionado elementos reales, para dar a entender de mejor manera una verdad, recurriendo a caricaturas, personajes, situaciones y diálogos que no necesariamente existieron de esa forma, concurriendo en el relato con el propósito de ilustrar más fehacientemente la idea que se quiere presentar.

Al margen de esto, tenemos otro de los elementos comunes: la herramienta de la documentación para escribir la crónica. Ésta es realizada a través de la propia experiencia del periodista, del estudio de documentos relacionados (archivo), de entrevistas, o de cualquier medio que aporte una visión más profunda de lo que se va a relatar, abriendo paso luego a la creación.

Esta narración sobre la realidad, expresada a través de un estilo personal, implica la entrega de una visión particular de la historia. Con ello se aporta a la imagen de mundo que se puedan formar los lectores, y, en caso de trascender en el tiempo, a la visión que tendrán las futuras generaciones sobre la época retratada. Esta dimensión educativa es uno de los aspectos más destacables del trabajo del periodista y es posible entender así las cercanías y simpatías con que los distintos auditorios premian su ejercicio.

Otra de las características en las que convergen los tres autores, es el carácter de denuncia o develamiento de hechos que estaban fuera del alcance del lector. Aunque los temas sean diversos, hay una necesidad en el cronista de exponer al público una verdad, que posiblemente no ha sido presentada en los medios, o al menos, no desde el enfoque que

le dará él. Es por ello que muchas veces podemos considerar la crónica como una parte de la historia no oficial, que registra y denuncia verdades soterradas y manifiesta visiones particulares, no consensos.

En cuanto a la estructura del relato, no se puede hablar de una arquitectura establecida y común a todos los cronistas, sin embargo se puede establecer un boceto que revela un orden coherente, comprensible y claro, donde el comienzo del relato es necesariamente un enganche atractivo para el lector (Hernán Millas dice que debe “atrapar al lector en las dos primeras líneas y ojalá en la primera línea”), como en todo trabajo periodístico. Luego vendrá el desarrollo del tema y finalmente un desenlace o cierre. La forma en que este boceto se concrete y adquiera forma definida, dependerá del estilo del cronista o, en algunos casos, de las exigencias del tema.

Otra convergencia, es la importancia de utilizar un lenguaje comprensible para el público. Palabras que marcarán la cercanía y la complicidad que produce la crónica, entre autor y lector.

Estos elementos que se revelan en forma constante, aunque con matices, en los textos de los cronistas aquí explorados, constituyen las características más esenciales de una crónica y la hacen reconocible en cuanto a forma.

Sin embargo, existen algunos elementos que alimentan esta construcción textual, que no están precisados, porque forman parte del estilo propio del autor, y por ende varían. Por ello, la exploración no sólo de los relatos de los tres cronistas, sino también de su trayectoria y personalidad, adquirió un valor fundamental en este trabajo. Pasó de ser una de tantas manifestaciones de la crónica, a ser una forma de acercarse a la definición de ella.

Se dijo que existen componentes del texto, que son producto de la creación y subjetividad del autor. Uno de ellos es la temática que se trata en la crónica, que en definitiva, puede ser casi cualquier cosa: todo aquello que sirva para entender más el mundo en el que se vive. Otro es el estilo, la forma de narrar, que determina la gran diferencia entre un autor y otro. Y el lenguaje, aunque antes precisara que debe ser claro, el tipo de vocabulario que usa cada uno es diferente.

Específicamente la crónica de Edwards Bello, se caracterizó por el uso de un lenguaje sencillo y culto. Pero sobre todo se destaca por la inmensa variedad de temas que abordó, en los más de 40 años que dedicó al ejercicio de este género. Habló de todo:

ciudades, fiestas, personajes, ideologías, guerra, cocina, cualquier cosa podía transformarse en objeto de análisis, crítica y cuestionamiento de nuestra realidad.

Otra característica que define su crónica, es la capacidad de presentar un mismo tema desde ángulos diferentes, de relacionar un tema con otro, una realidad con otra de un lugar distinto o un tiempo diferente. Cualidad que poseía por ser un excelente observador, pero además por la agilidad de sus pensamientos y el respaldo de un gran tesoro: su archivo personal. Este fue un pilar fundamental de su trabajo, un soporte de su memoria y un medio de inspiración.

Con toda la información y la no menor cantidad de anécdotas, lograba con sus textos sorprender siempre al lector. En general, el título no revelaba completamente el contenido de la crónica. Nadie podía imaginar con qué tema acabaría relacionando el hecho original, o qué recuerdo sacaría a luz a propósito de lo más insólito.

En relatos cortos y concentrados, presentó pedazos de un mundo despojado de mitos: una clase alta chilena llena de debilidades, autoridades vulnerables y una visión crítica de nuestra idiosincrasia. La crónica creada por Edwards Bello, rescató los aspectos de la vida que nadie mencionaba, construyendo una historia diferente del Chile de la primera mitad del siglo. Su trabajo quedó inserto como referente obligado de la crónica y enseñó una manera de informar distinta, utilizando el ridículo a veces, anecdótica y ampliamente documentada.

En el caso de Hernán Millas, el gran objetivo de la mayor parte de su trabajo fue, primero, informar en tiempos de censura. En su caso el contexto sociopolítico: Unidad popular, golpe de Estado, dictadura y regreso de la democracia, fue determinante en el desarrollo de su estilo como cronista.

Presenta una forma de escritura cubierta de ironía, que recrea situaciones ocurridas, logrando comunicar más que la mayoría de los medios en tiempos de dictadura. La crónica desarrollada por Millas en Semiserio, era un relato corto, con un estilo irónico de comienzo a fin. La temática que trata se relaciona casi siempre con hechos de actualidad, políticos o sociales. Para expresarlos adoptaba múltiples formas: diálogo, de recuerdos, de descripciones, de narraciones paralelas.

En la primera etapa su trabajo, utiliza el humor y la sátira para “disfrazar”, y zafar las restricciones de la censura. Sin embargo, cuando el contexto sociopolítico cambia, se

concentra en crear una crónica diferente, mucho más extensa, más documentada, más periodística y menos anecdótica. Rescata el reportaje, las entrevistas, la investigación profunda de los temas. Y comunica con un lenguaje más directo e informativo.

En Hernán Millas se observan los cambios que pueden transcurrir dentro del género: los de forma. Pero a pesar de esos cambios, nunca ha abandonado su temática ni el uso de un lenguaje correctísimo, claro, formal, sencillo, la selección precisa de palabras. Su principal objetivo es informar del modo más atractivo posible, en medio del exceso de datos.

Millas entrega una crónica apegada a los valores periodísticos. Si Edwards Bello ha sido anecdótico, Millas ha sido más informativo. Los temas muchas veces los desprende de alguna noticia y les da una nueva visión. En su concepto de crónica, es un texto hermano del reportaje, donde la experiencia personal o la simple observación, quedan en segundo plano. Con mayor razón la ficción, al punto de llegar a afirmar que su trabajo de Semiserio no es crónica, por el uso de diálogos hipotéticos. Ello reafirma las diferentes percepciones que se tiene del género; para él es un pedazo de historia, que debe ser escrita con la responsabilidad que esto conlleva.

Pedro Lemebel en cambio, ha sido un cronista más inconsciente de la normativa periodística del género. En sus inicios escribió sin preocuparse de las reglas y sin haber ejercido el periodismo antes. Por ello su visión de la crónica es aún más íntima y más personal. Comienza a escribir con plena libertad y, de pronto, se hace consciente de que aquellos textos son, para muchos, crónicas. Acaba definiendo estas narraciones de un modo distinto, reencantado por él.

Lo primero que resalta, es el lenguaje que usa: metáforas, comparaciones, jergas, barroquismos y poesía, que convergen para dar forma al relato, con un estilo desbordado e inconfundible. Desarrolla una pluma aguda, cruda y suave, para hablar de temas que rara vez habían sido tratados antes de una manera tan explícita.

Relata sobre vivencias (o sobrevivencias) de grupos marginales de la sociedad chilena que son su realidad cercana. Crónicas de su pobreza, de su homosexualidad, de las injusticias sufridas por sus conocidos. Los temas en general denuncian alguna forma de abuso de poder. Son realidades que le afectan directamente, sus crónicas denotan sentimientos comprometidos.

En su caso, la crónica linda claramente con la literatura. Utiliza libremente elementos ficcionados que le permiten retratar mejor la realidad. Su técnica de trabajo es diferente a la de los dos cronistas antes citados, no hay un reporteo periodístico del tema, ni se documenta a través del estudio, sino con la experiencia, en una conversación, y, al igual que Edwards Bello, observando agudamente.

Todos estos autores convergen en la manifestación de algunos elementos y en el uso de herramientas particulares. No obstante, los límites de cada uno de esos componentes de la crónica, son elevados, expandidos o reducidos, por quien profesa el género.

Pero queda un elemento que aporta a la clarificación de estas conclusiones: el soporte donde son expuestos los relatos. Edwards Bello escribió a mano cada una de sus crónicas, y luego las enviaba al diario La Nación donde eran publicadas. Pero además, trascendieron a su muerte y al tiempo, al ser compiladas e impresas en libros. La crónica de Millas ha formado parte de diarios, revistas y libros, y ahora avanza junto con la tecnología, integrándose a un nuevo espacio de comunicación: Internet. Y por último, la crónica de Lemebel es página de diario, revista y libro, es voz en la radio e incluso es representada en el teatro.

La multiplicidad de canales que utiliza la crónica para llegar al público, da cuenta de su carácter cambiante y versatilidad para adaptarse a los cambios sociales y tecnológicos, sin perder su esencia informativa y narrativa.

Que la crónica utilice diferentes medios de comunicación, no es un hecho antojadizo en ella, sino que habla de un cambio social y cultural, que va transformando las necesidades del público, y éste va exigiendo al periodismo que las satisfaga.

Los acelerados cambios tecnológicos han obligado a las personas a lidiar no sólo con su realidad más cercana, sino también a asimilar la del mundo entero. Estos avances han cambiado el ritmo de vida y exigido al periodismo un manejo de la información aún más rápido y una entrega inmediata de ésta.

Todo ello tiene un costo alto para la sociedad: el exceso de información no alcanza a ser procesado por el público. Hoy se necesita calidad en lo que se comunica, calidad humana en la información. Que se comuniquen visiones del mundo, que contengan la reflexión que el lector hará suyas de acuerdo con sus particulares visiones. Y es precisamente ése el gran aporte que hace este género.

Si la crónica ha sido capaz de adaptarse a todos los cambios sociales y tecnológicos, de una manera tan dinámica como lo ha hecho, es quizás porque aquella ausencia de una definición rígida, no es más que la gran posibilidad de evolucionar, sin ataduras ni restricciones, para recrearse una y otra vez.

Finalmente la mejor demostración de la esencia del género, la vemos brillar en la pluma de cada cronista, y es en estos tiempos más valiosa que nunca, para comunicar el mundo de una manera empática, humana, como creo debe hacerlo el periodismo.

En definitiva el viaje de letras aquí emprendido, nos induce a reafirmar aquellas intuiciones que daban origen a todas las interrogantes propias de un trabajo de esta naturaleza: si la definición del género se nos aparecía como confusa y complicada de incluir en el periodismo, el camino recorrido nos demuestra que lejos de ser ésta una dificultad, se debe considerar como una oportunidad de enriquecer el análisis y apuntar hacia una visión más integral del periodismo. Si advertimos las claves de su esencia narrativa, encontraremos en la producción textual de la literatura una herramienta eficaz de hacer comparecer las ideas en nuestro quehacer periodístico. Si nos apoyamos en la historia y reconocemos que desde las crónicas indianas hasta la página de internet, esta manera de decir ha ido modelando opinión y entregando información, seremos más conscientes en la exploración de su ejercicio y por tanto herederos responsables de aquellos albaceas de la historia, con los cuales compartimos el oficio.

Si por ejercicio académico entendemos la necesaria exposición y confrontación de ideas, veremos como decíamos, que la generación de hipótesis y compilación editorial como es el caso del recorrido por los autores, nos hace protagonistas responsables de la conversación y el debate constante que la enseñanza académica propicia, y también nos hace responsables de contribuir con aportes textuales a dicha labor.

Resta por decir que lo revelado en este pasaje se propone como relevante para el medio si en definitiva se toma como una provocación, un producto sugerente que ayude a entender nuestro oficio y a hacerlo crecer. Si logro esta invitación con mi trabajo, estará cumplido el deseo original que me llevó a iniciarlo. Una obra abierta (decía Umberto Eco) es la que se dispone y reclama desde la formulación de sus interrogantes la respuesta de otras preguntas, siempre enriqueciendo el tejido (o texto) del pensamiento.

BIBLIOGRAFÍA

- ✂ Edwards Bello, Joaquín. *Hotel Oddó*, Editorial Zig Zag, 1966.
- ✂ Edwards Bello, Joaquín. *Recuerdos de un cuarto de siglo*. Editorial Zig Zag, 1966.
- ✂ Edwards Bello, Joaquín. *Crónicas de centenario*. Editorial Zig Zag, Santiago 1968.
- ✂ Edwards Bello, Joaquín. *En torno al periodismo y otros asuntos*, Editorial Andrés Bello, 1969.
- ✂ Edwards Bello, Joaquín. *Crónicas*, Editorial Zig Zag, Cuarta edición 1974.
- ✂ Emil Dovifat, *Periodismo*, México, 1959 Tomo I.
- ✂ Fuentes, Lorena – Rioseco, Virginia. *Arqueología de la crónica*. Tesis UDP. Santiago 1997.
- ✂ Hott Dagonet, Jacqueline. *Veintidós caracteres*. Editorial Aguilar 2001.
- ✂ Lemebel, Pedro. *La esquina es mi corazón*, Editorial Seix Barral, Biblioteca breve. Primera edición 1995.
- ✂ Lemebel, Pedro. *Loco afán; crónicas de sidario*, LOM ediciones, Primera edición 1996.
- ✂ Lemebel, Pedro. *De perlas y cicatrices; crónicas radiales*. LOM Ediciones, Primera edición 1998,.
- ✂ Martín Vivaldi. *Géneros periodísticos*. Editorial Paraninfo, 5ª edición. 1993.
- ✂ Martínez Albertos, J.L. *Curso general de redacción periodística*. Ed. Paraninfo. España 1992.
- ✂ Monsiváis, Carlos. *A ustedes les consta*. Antología de la crónica en México, Ediciones Era, 7ª reimpresión, México D.F., 1993.
- ✂ Santibañez, Abraham. *Periodismo interpretativo*, Editorial Andrés Bello, Segunda edición actualizada, 1995.

ARTÍCULOS

- ✂ Benadava, Salvador. *Pedro Lemebel: apuntes para un estudio*, Mapocho, revista de humanidades y ciencias sociales, n°50, segundo semestre de 2001.
- ✂ Bianchi, Soledad. *El cronista Pedro Lemebel*, La Época, 13 de octubre de 1996.

- /// Bianchi, Soledad. *Un guante de áspero terciopelo, la escritura de Pedro Lemebel*. Mesa Redonda: Travestismo: la infidelidad del disfraz. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. 19 y 29 de junio de 1997.
- /// Bolaño, Roberto. La Prensa, 22 de octubre de 2000, pág 3.
- /// Calderón, Alfonso. *Joaquín Edwards Bello una vez más. Entrevista a Alfonso Calderón*, Mapocho, Revista de humanidades y ciencias sociales, n°48, segundo semestre de 2000, pág 168.
- /// Concha, Edmundo. *Las crónicas de Joaquín Edwards Bello*, Diario La Nación, 25 de julio de 1964
- /// *Conversación póstuma con Joaquín Edwards Bello*, Árbol de letras, Santiago n° 4. marzo de 1968, pág. 30
- /// Díaz Arrieta, Hernán (Alone). Diario El Mercurio de Santiago, 4 de marzo de 1910.
- /// Edwards Bello, Joaquín. *El hambre*, Diario La Nación de Santiago, 4 de septiembre de 1941, pág. 3.
- /// Edwards Bello, Joaquín. Entrevista Sábado 3 de enero de 1959.
- /// Edwards Bello, Joaquín. *Joaquín Edwards Bello y los judíos*, Mapocho, Revista de humanidades y ciencias sociales. N°41, Primer semestre de 1997.
- /// Edwards Bello, Joaquín. *Joaquín Edwards Bello una vez más. Entrevista a Alfonso Calderón*, Mapocho, Revista de humanidades y ciencias sociales, n°48, segundo semestre de 2000, pág 168.
- /// Gamonal, Germán. *Habrás visto, síntesis del periodismo puro y directo*, Diario El Sur, 30 de enero de 1994, pág 11. Solar, Claudio. *J. E. B: Un hombre que sabe escribir con gracia*. 8 de diciembre de 1966.
- /// Lemebel, Pedro. *De los escándalos de la escritura*, Diario La Época, 2 de junio de 1995.
- /// Lemebel, Pedro. Diario La Tercera, 21 de septiembre 1997.
- /// Lemebel, Pedro. Revista Hoy, n° 107, del 9 al 15 de febrero de 1998.
- /// Lemebel, Pedro, Entrevista *El cronista de los márgenes* Revista Lucero, Universidad de California, Berkley, año 2000.
- /// Lemebel, Pedro. Semanal, Mirada Cultural, 9 de enero de 2000, pág 11.

- ✂ Lemebel, Pedro. *El baile de las máscaras de Pedro Lemebel*, Diario La Tercera, 6 de julio de 2000.
- ✂ Lemebel, Pedro. Diario El Sur, Concepción, 12 de diciembre de 2000.
- ✂ Lemebel, Pedro. Entrevista Diario El mercurio, 13 de julio de 2001.
- ✂ Lemebel, Pedro. Diario El Mercurio, 28 de Octubre de 2001.
- ✂ Lemebel, Pedro. *Cronista y malabarista*, Cyber Humanitatis, N° 20 Verano 2002.
- ✂ Lemebel, Pedro. Entrevista Diario La Tercera, 14 de marzo de 2002
- ✂ Lemebel, Pedro. Ciclo de tertulias Tobacco and friends, Casa Minetti, 23 de abril de 2002.
- ✂ Lemebel, Pedro. Revista Siete + 7, 5 de Abril de 2002. Lemebel, Pedro. Revista Paula, n° 821, julio de 2002.
- ✂ Letras S5. Proyecto patrimonio cultural.
- ✂ Millas, Hernán. Entrevista Las últimas noticias, 20 de diciembre de 1980, pág 20.
- ✂ Millas, Hernán. Entrevista La Nación, 24 de agosto de 1985.
- ✂ Millas, Hernán. Entrevista La Época, 29 de diciembre de 1991.
- ✂ Millas, Hernán. Entrevista Las últimas noticias, 16 de febrero de 1994, pág 31.
- ✂ Millas, Hernán. Entrevista El mercurio, Suplemento comunal, 23 de septiembre de 1995, pág 6.
- ✂ Millas, Hernán. Entrevista El mercurio, 9 de noviembre de 1996, pág 4.
- ✂ Millas, Hernán. Entrevista La Época, 29 de noviembre de 1996, pág 29.
- ✂ Millas, Hernán. Entrevista El Día, 26 de enero de 1997, pág 28
- ✂ Millas, Hernán. Entrevista El Magallanes, 25 de mayo de 1997, pág 29.
- ✂ Millas, Hernán. Entrevista El Día, 30 de mayo de 1999, pág 4.
- ✂ Millas, Hernán. Entrevista La Tercera. 18 Mayo de 2000.
- ✂ Millas, Hernán. Entrevista-crónica *Yo y Topaze*, Revista Patrimonio Cultural. Edición de verano 2000 – 2001. pág 13.
- ✂ Millas, Hernán. Entrevista realizada el día lunes 9 de septiembre de 2002.
- ✂ Monsiváis, Carlos. Prefacio a la Antología, *citada en Pedro Lemebel: apuntes para un estudio*, Mapocho, revista de humanidades y ciencias sociales, n°50, segundo semestre de 2001, pág. 71.
- ✂ Monsiváis, Carlos. Diario El Mercurio, Domingo 28 de Octubre 2001.

- ✂ Pérez Cruz, Emiliano. Y para usted, ¿qué es la crónica?, Guaraguao, año 4 n°11, 2000.
- ✂ Poblete Varas, Hernán. Comunicación del premio "Alejandro Silva de la Fuente". Academia chilena n° 71, 1996.
- ✂ Qué pasa, Revista 20 de Agosto de 2000.
- ✂ Reguillo, Rossana. Textos fronterizos, La crónica: una escritura a la intemperie. Guaraguao, año 4, n°11, 2000, Cecal España.
- ✂ Rotker, Susana. La invención de la crónica. El lugar de la crónica, Ediciones Letra buena, 1992, Argentina.
- ✂ Rotker, Susana. La crónica modernista y la crítica literaria. Ediciones Letra buena, 1992.
- ✂ Rotker, Susana. La crónica venezolana de los 80: una lectura del caos. Hispamérica, n° 64-65, Abril-Agosto, 1993, pág 64.
- ✂ Sánchez Latorre, Luis. Filebo, Las Últimas noticias, 17 de marzo de 1997.
- ✂ Santiván, Fernando. *J.E.B ha muerto*, El Mercurio de Santiago, 23 de febrero de 1968.
- ✂ Sarrocchi, Augusto. *La novelística chilena contemporánea*, pág. 359
- ✂ Valente, Ignacio. "Edwards Bello, J", 12 de octubre de 1969, carpeta n° 169 del archivo de Silva Castro, en Referencias críticas de la Biblioteca Nacional.

CRÓNICAS

Diario La Nación

- Edwards, Bello Joaquín. *Enemigos de Freud*, Santiago, 26 de septiembre de 1939.
- Edwards Bello, Joaquín. *Ungüento Amarillo*, Santiago, 3 de junio de 1941, pág. 3.
- Edwards Bello, Joaquín. *Continuará el mal tiempo*, Santiago, 6 de mayo de 1941, pág. 3.
- Edwards Bello, Joaquín. *Cementerios de Valparaíso*, Santiago 23 de marzo de 1929, pág. 3.
- Edwards Bello, Joaquín. *El latero*, Santiago, 30 de septiembre de 1939, pág 3.
- Edwards Bello, Joaquín. *Cocina, guerra y feminismo*, Santiago, 7 de agosto de 1941, pág. 3
- Edwards Bello, Joaquín. *Norteamericanos y Europeos*, Santiago, 7 de mayo 1940, pág. 3.
- Edwards Bello, Joaquín. *Nulidades de matrimonio*, Santiago, 8 de marzo de 1941, pág. 3.

Crónicas

Edwards Bello, Joaquín. *Cárceles y conventillos*, Crónicas, Editorial Zig Zag, Cuarta edición 1974, pág. 73.

Crónicas de centenario

Edwards Bello, Joaquín. *Mala suerte presidencial*, Crónicas del centenario. Editorial Zig Zag, 1068.

Revista HOY, Columna Semiserio:

Millas, Hernán. *La hoyocología*. 21 al 27 de septiembre de 1977, pág. 14.

Millas, Hernán. *Acción de gracias*, 30 de noviembre de 1980, pág. 14.

Millas, Hernán. *Tiempos felices*, 5 al 11 de octubre de 1983. pág. 14.

Millas, Hernán. *Prácticos*, 5 al 11 de noviembre de 1980, pág. 20.

Diario La Época

Millas, Hernán. *Monasterio Capuchino se transformó en cárcel VIP*. 24 de abril de 1994, pág. 10.

Millas, Hernán. *Las primeras nulidades en Chile*, 10 de diciembre de 1995, pág. 11.

Millas, Hernán. *Portales, un modelo que no era tan intachable*. 9 de julio de 1989 pág 16.

Millas, Hernán. *Antología de las palabras "cruelles"*. Octubre de 1991.

www.elarea.com

Millas, Hernán. *Gobernadora: La Robin Hood familiar*, 2 de septiembre de 2002.

Millas, Hernán. *Hay que defender al asesino*, 19 de Agosto de 2002.

Millas, Hernán. *Un cortado con piernas*, 27 de septiembre de 2002.

La esquina es mi corazón.

Lemebel, Pedro. *La esquina es mi corazón (o los new kids del bloque)*, La esquina es mi corazón, Ed. Seix Barral Biblioteca breve. Primera edición 1995, pág. 29.

Lemebel, Pedro. *La música y las luces nunca se apagaron*, La esquina es mi corazón. Primera edición en Biblioteca Breve, 1995, págs. 119-123.

Lemebel, Pedro. *Noches de raso blanco*, La esquina es mi corazón, Ed. Seix barral Biblioteca breve Primera edición 1995, pág 130.

Lemebel, Pedro. *Encajes de acero para una almohada penitencial*, La esquina es mi corazón, Ed. Seix Barral Biblioteca breve. Primera edición 1995, pág 67-68.

Loco afán: crónicas de sidario

Lemebel, Pedro. *El último beso de Loba Lamar (crespones de seda en mi despedida... por favor)*. Loco Afán, Crónicas de sidario, LOM ediciones, Primera edición 1996, págs. 44-46.

Lemebel, Pedro. *Su ronca risa loca (o el dulce engaño del travestismo prostibular)*, Loco afán, Crónicas de sidario, Ed LOM ediciones, Primera edición, 1996 pág 77-78.

Lemebel, Pedro. *Los diamantes son eternos (frívolas, cadavéricas y ambulantes)*, Loco afán; crónicas de sidario, LOM ediciones, Primera edición 1996.

De perlas y cicatrices

Lemebel, Pedro. *Karin Eitel (o la cosmética de la tortura, por Canal 7 y para todo espectador)*. De perlas y cicatrices. LOM Ediciones, Primera edición 1998, págs. 90-92.

Lemebel, Pedro. *Solos en la madrugada, (o el pequeño delincuente que soñaba ser feliz)*, De perlas y cicatrices, LOM Ediciones, Primera edición 1998, pág 147

Lemebel, Pedro. *Memorias del quiltraje urbano (o el corre que te pillo del tierral)*. De perlas y cicatrices, LOM Ediciones, Primera edición 1998, págs. 162-163.

Lemebel, Pedro. *El informe Rettig (o recado de amor al oído insobornable de la memoria)* De perlas y cicatrices, LOM Ediciones, Primera edición 1998, págs. 102-103.

Lemebel, Pedro. *El encuentro con Lucía sombra (o nunca creí que fueran de carne y hueso)*, De perlas y cicatrices, LOM Ediciones, Primera edición 1998, págs.

Lemebel, Pedro. *Memorias del quiltraje urbano*, De perlas y cicatricez. LOM Ediciones, Primera edición 1998, pág 163.

Lemebel, Pedro. *I Love you Mac Donald (o el encanto de la comida chatarra)* De Perlas y cicatrices, LOM Ediciones, Primera edición 1998, pág 174.

The Clinic

Lemebel, Pedro. *Querido Wilson*, The Clinic, 4 de abril de 2002.

TELEVISIÓN

El show de los libros, *Edwards Bello y la chica del crillón*, TVN

PÁGINAS WEB

<http://www.elarea.com>

<http://www.per.puc.cl/periodis/investig/maestros/joaquin1.html>, pág. 6. Edwards Bello, Joaquín

[http:// www.critica.cl](http://www.critica.cl) *Las estrategias escriturales de Pedro Lemebel* Olea, Raquel. Crítica de literatura Editorial LOM. Noviembre 1998.

ANEXO I: Entrevistas

ENTREVISTA A ALFONSO CALDERÓN

¿Cómo definiría usted la crónica, qué elementos debe tener un texto para ser considerado crónica?

Primero separemos el concepto histórico de crónica, que corresponde la período de la conquista y la primera colonia, es decir un documento vivo sobre sucesos que en el fondo son proyectos de historia. La crónica es en la primera etapa un nombre más bien modesto que se da a lo que posteriormente llamaremos historias generales o particulares. Posteriormente el concepto de crónicas se extendió y pasó a definir una variedad periodística. Esto, es un relato según la calidad del autor, sobre acontecimientos de la vida cotidiana que aún no habían pasado por el cedazo de la historia, faltaban años, y la crónica era presentista entonces se consideró periodismo, a diferencia de la etapa anterior, pero también periodismo era la crónica que hacían los historiadores contemporáneos de los hechos. Los que vinieron con Valdivia e hicieron crónica evidentemente no sólo estaban trabajando la historia, sino que estaban trabajando sobre los hechos inmediatos.

La crónica es un relato hecho sobre la inmediatez, a diferencia de la historia que requiere el paso del tiempo para evitar la pasión. La crónica sería muchísimo más personal.

Afortunadamente la crónica hoy ha adquirido un peso mayor.

Hay historiadores que han recurrido a revisar hechos menudos que antes eran despreciados por la historia grande.

¿La crónica sería siempre una visión particular?

Claro, la crónica es una visión particular y además de eso es una visión comprometida no en el sentido ideológico sino en el sentido de la realidad histórica que uno vivió.

Entonces uno tendría que ser testigo de la realidad que narra...

Yo creo que hay una cuestión testimonial por esencia en la crónica. Y eso es clave en el descubrimiento de una verdad oculta. Los acontecimientos concretos de la vida cotidiana, cuando uno los recupera, le permite evocar en un tiempo más lejano, ese pasado, con una

nota nostálgica. La nostalgia es peligrosa porque pone en riesgo la verdad histórica. “Me pasó a mí, me ocurrió a mí”, pero bien mirado... ¿qué pensaba un viejo en ese tiempo, con respecto a eso que a mí me estaba pasando?.

El cronista está obligado a rescatar en el día. Joaquín Edwards Bello era un cronista semanal, escribía una crónica y a veces dos en la semana.

¿La crónica estaría haciendo historia de la cotidiano pero una historia no-oficial?

Claro. Es la historia de la vida cotidiana pero hoy día la historia se consolida con lo que antes era despreciado como dato menudo, como sin importancia. Y por lo tanto se ha afinado la noción de vida cotidiana, y por lo tanto la crónica ha pasado a ser registro histórico también.

¿Qué pasaría con las crónicas que son “documentales”, por ejemplo algunas de Hernán Millas, en que es testigo a través de documentos?

El tiene un estilo especial, él puede metamorfosear lo que no vivió poniéndolo a la altura de lo que vivió. Porque el libro también es una cosa vivida por uno. Uno, a medida que pasa el tiempo, es lector del mismo libro de distintos modos, porque la experiencia acumulada le hace a uno registrar con mayor precisión los detalles que no registro en la primera lectura, que es simplemente una lectura emotiva.

La crónica tiene lo emotivo, pero también tiene un relativo distanciamiento y eso es muy importante. Toda crónica es un aquí y allá. Hay una necesidad de distanciamiento. Si yo cuento lo que está pasando aquí me pregunto y qué pasaba hace 30, 40 años. Entonces me retiro a ese período y puedo reconstruir y hacer paralelos con el tiempo de ahora.

Edwards Bello sobre todo era un hombre capaz de recordar detalles diarios en relación con la infancia.

¿Qué piensa de Pedro Lemebel?

Él es un hombre que voluntariamente se ha marginalizado, de lo que podría llamar la historia oficial, y es un hombre que apuesta a la subversión, no en el sentido ideológico, sino a la necesidad de evitar el espacio que no sea transgresivo. Y revitalizar vida que se

consideran fuera del registro moral de la sociedad y que él reivindica. La necesidad de no creer en lo que podríamos llamar la verdad oficial.

Lemebel representa el peso contemporáneo de la trasgresión. O sea el transgrede los espacios que la sociedad tiene, y del cual el cronista con su punto de vista toma la realidad. El parte desacralizando los espacios y los personajes. Eso es muy importante.

¿A pesar de que utiliza como recurso a veces la ficción, sería crónica de todas formas?

Bueno él comenzó escribiendo en los diarios, eso que después son libros han empezado en los diarios, como crónica semanal, así que son crónicas.

Pero ¿a pesar de que sea ficción?

Por cierto que todo cronista o diarista ficcionaliza. ¿Cuándo de lo que yo estoy diciendo no es científico? No me lo he preguntado si es científico o no. Estoy apelando a una forma de comunicación directa en la cual seguramente hago también ficción.

Sin embargo Hernán Millas dice que su “Semiserio” no es crónica porque hipotetiza diálogos, inventa personajes...

Bueno yo creo que el Semiserio no es crónica, es lo que la gente llama columna, en el fondo es una opinión parabólica. Una parábola que se hace desde el hecho real.

¿Cree usted que la crónica es un género fronterizo entre la literatura, el ensayo, la historia y el periodismo?

El ensayo está fuera. Yo creo que la crónica no es un ensayo. Segundo creo que todo autor convierte en ficción lo que ve, lo transforma y al transformarlo le da paso a la ficción. Si yo a usted le hablo de, por ejemplo, lo hermosas que eran las fiestas de la primavera en Santiago en el año 50, me olvido de que los hampones entraban y violaban aquí en el Santa Lucía a muchas niñas que venían. Entonces recuerdo lo hermoso que era, lo inocente que era todo el mundo. Si yo toco lo otro estoy tocando el lado negro de mi propia historia. Si yo mi propia historia la he querido convertir en bella y positiva, evidentemente desintegro el todo. El todo tiene que incluir lo bueno y lo malo, porque las nostalgias suelen ser muy reaccionarias a veces.

¿Todo eso sería parte de la literatura de la crónica?

Claro. Yo creo que la crónica participa de la literatura primero como una construcción, y en segundo lugar como un lenguaje, que usted lo llamó ¿fronterizo? claro.

Joaquín Edwards, por ejemplo, en alguna de sus novelas en verdad hay elementos cronísticos. Y en la crónica hay elementos novelables, incluso tiene una crónica que se llama “El personaje más novelable que he conocido”. Ahí está inmediatamente la imaginación. La imaginación creadora no se construye en torno a fronteras sino que se construye por un impulso natural a consolidar un estilo personal, que recoge o registra la realidad. Pero la realidad es mutable según como la mires, en el momento que la mires. Si yo estoy deprimido, muy rara vez voy a construir algo positivo.

¿Sería entonces un género fronterizo entre la historia, el periodismo y la literatura?

Más que género fronterizo, participa de elementos de la historia y de la novela.

¿Una mezcla de las tres cosas?

Claro... es que separar en géneros estancos no es conveniente porque hay que mirar más bien la estructura de la crónica. Eso sería la clave.

Pero es que no hay una estructura definida en cuanto a construcción del relato, o sea puede ser desde un diálogo, un monólogo, un cuento real.

Claro...

¿A quién considera cronista, hoy?

A Fernando Villegas, a Gumucio, sigo considerando cronista y leo a Sanchez Latorre que sigue escribiendo en Las últimas noticias, a Blanco, a Millas, y si usted me pregunta por más jóvenes a Lemebel también...

Entrevista a Hernán Millas

¿Por qué eligió la crónica?

Siempre me gustó la crónica, siempre, la consideraba que era la historia de todos los días, el acontecer diario que podía trasladarse. La crónica siempre la vi como una especie de cuento que se le entregaba al lector, aunque fuera de no-ficción.

¿Cuál sería para usted la diferencia entre crónica y reportaje?, porque yo he visto crónicas de usted de Semiserio, que son más bien como un cuento real, y en La Época son más cercanas a un reportaje.

Es que esa (Semiserio) es una crónica de humor, más ficticio. Pero en cambio el reportaje tiene que tener todos los elementos del cómo, por qué, dónde, la investigación llegar hasta el fin que uno puede alcanzar.

¿Cuáles serían los elementos que usted considera imprescindibles en un texto para que sea considerado crónica?

Mira, responder a todas las inquietudes de la noticia. Que el lector no tuviera que buscarla en otro medio, o sea una especie de preámbulo a lo que se llama el periodismo de investigación. Si se trata hasta de un mero incendio minúsculo, que diga que ocurrió, por que se produjo, si había explosivos. Que el párrafo aunque sea pequeño responda a todo.

Pero los artículos de los diarios a los que se les denomina como crónica, por ejemplo, son muy distintas a su trabajo en el Semiserio, hay un valor agregado.

Claro, yo uso mucho el recrear la noticia. Recrearla no significa inventar cosas, sino darle la noticia agradable al lector, con mi punto de vista.

La noticia es muy aséptica, en cambio esto tiene que tener sustancia. Que el público se sienta humanamente representado.

¿Y esto se lograría a través de un estilo...?

Y muy sencillo, porque refiriéndome a Joaquín Edwards Bello, (él nunca utilizó una máquina de escribir, siempre escribía manuscrito, entonces ahí) en uno de los libros se

reproduce lo que él decía del periodista, de cómo deben ser el periodista, y dice él que Dios le entregó a los profetas la tarea de predicar, de hablar con la gente, pero les dijo que debían ser lo más ameno, nada de latas. Los profetas son lo más simple, lo más sencillo.

¿Cuáles han sido sus principales fuentes de inspiración para escribir crónicas?

Antes de sentarme a escribir tener todos los elementos en el cerebro, en los apuntes, y ahí poder decidir cómo se lo presento al lector de modo que sea ameno. Aunque sea una historia muy embromada del fondo monetario, ponerle ejemplos. Es decir, reproducirlo pensando que ese artículo no lo va a leer un economista, lo puede leer una dueña de casa que no entiende nada de economía, pero va a entender porque el fondo monetario le presta dinero a tal país y cómo se lo va a devolver. Lo más sencillo del mundo. Yo creo que esa es la meta que debe alcanzar todo periodista aunque sea un periodista entendido en finanzas.

Además de la documentación usted recrea entrevistas y diálogos hipotéticos en sus crónicas de Semiserio...

Ah sí, ese es un juego que yo hago ya fuera de la crónica, fuera de la realidad. Porque eso es ficticio.

O sea dentro del Semiserio habría textos que quedan fuera de la crónica...

Claro, realmente ahí dejo jugar a la imaginación. Por ejemplo en tiempos de la dictadura había que jugar mucho con esto. La revista Hoy estaba bajo censura, dos meses estuvimos bajo estricta censura. Entonces como podía yo decirle al lector, informarle aunque él lo supiera, gritarle: ¡estamos censurados!. Entonces me acuerdo que fue el 13 de Febrero, el día de la prensa, reparé que en la guía de teléfono aparecía una calle; Prensa libre que estaba en la comuna de Quinta Normal. Fui a verla, la conocí, estaba en el número 4000 y tanto. Era una calle corta, con las veredas muy gastadas, maltrechas, el pavimento peor todavía, botillerías. Estaba muy a mal traer la calle, muy sucia. Entonces hice como la “prensa libre”, describí la calle. Diciendo a lo que ha llegado esa calle, la prensa libre que está aquí. Incluso hablaban de que en la noche no se puede andar, que hay cogoteos, hay ataques, todo, todo terrible. Por supuesto que Dinaco la rechazó. Y con Guillermo Blanco, que los dos hacíamos crónicas de cierto humor, apelamos. Mandé una carta diciendo que

podían verificar, que yo había hecho un reportaje de la calle que quedaba en tal y tal. No hubo caso no la dejaron publicar. Se publicó después que terminó la censura.

Usted ocupaba ese humor y la ironía en tiempos de censura, pero ahora también lo ha rescatado en su trabajo en “elaera.com”.

Sí, también. Mire, es que como en el área ya hay periodistas que practican la crónica, yo no estoy en la crónica en este momento. “Estoy en otra” se podría decir. Entonces cuando tomo un asunto, ya no lo tomo como información para el lector sino como tema. Puedo estar informando, pero el lector que quiere saber la noticia firme, está en la crónica. Yo tomo el tema para hacer una elucubración.

Me llama la atención que usted mismo no considere sus textos como crónica...

Cuando uno encumbra la imaginación, ya pasa a ser otra cosa. ¡A la crónica le exijo realismo total! Cuando hacía una crónica en La Época, no dejaba lugar a ironía ni nada, presentaba el caso.

O sea “crónica” sería el trabajo que desarrolló en La Época

Claro, y los libros que le entregaba a Planeta han sido crónicas totales. Ciento por ciento crónicas; La familia militar, La buena vida y la poca vergüenza, La buena memoria, son crónicas totales, cien por ciento real.

O sea, en su opinión el trabajo de Pedro Lemebel ¿podría ser considerado crónica?

No, porque él usa ya la fantasía. Deja jugar la imaginación.

¿Y cómo se podría clasificar ese trabajo?

Puede ser ensayo.

Y ¿una mezcla entre crónica y literatura?

Claro. Hay veces que Lemebel entra en la crónica total. Yo le he leído cosas en que; fue a visitar no sé qué artista a Valparaíso y va describiendo... ahí es crónica total. Pero cuando

ya deja jugar la imaginación, o hechos reales los adorna en actitud de escritor, ya deja de ser crónica.

¿Mas allá del lenguaje utilizado por Lemebel, podría tener ese carácter de realidad?

Claro, lo mismo que pasa con Hernán Rivera. Escribe muy bien la matanza en Santa María. Pero no se puede decir que esa es crónica, porque ahí los personajes son ficticios, son inventados. La matanza ocurrió, todas esas cosas, pero lo otro imita todos los elementos de la novela.

Y ¿por qué cree usted que la crónica ha tenido múltiples definiciones?

Yo creo que la crónica es una sola. Es siempre la misma. Uno puede tener más gracia para describir los hechos, cómo agarrar al lector, pero en el fondo está jugando con lo mismo.

¿No piensa Usted que, con toda la tecnología y la información instantánea que hay, la crónica debería adaptarse a estos cambios y permitir un poco más de literatura y más estilo, que es lo que marca la diferencia entre un texto y otro?

Claro, yo por eso trataba de hacer más estilo, más amenidad, más curiosidad, en las crónicas de La Época. Hay que suplir lo que la televisión da. Porque la televisión en el fondo siempre, aunque ahora intente mejorar, es nada más que efecto visual. Lo que es noticia está en la filmación. Pero no puede la televisión desperdiciar minutos en elaborar teorías o investigar, no puede, imposible. Salvo algunos programas.

A través de Internet se puede llegar a cualquier noticia y profundizar en ella, entonces ¿la gracia de los periodistas está en entregar estilo, para ser preferidos?

Esto es como una feria de vitrinas; entonces cómo atrapar al lector es la vitrina que está mejor presentada. Lo mismo acá. Uno tiene que hacer una crónica en primer lugar entretenida, que a la gente le resulte agradable de leerla.

¿Y eso sí permitiría el uso de fantasía, para atraer?

Claro. Pero la crónica periodística no debería admitir fantasía. Porque desde el momento que admite fantasía el lector dice: todo es fantasía. Ese es el riesgo terrible de poner

fantasía en la crónica. Por ejemplo yo en lo que he entregado a editorial Planeta, no dejo lugar a la fantasía. Ahora me encargó Planeta la historia de las familias más emblemáticas de Chile. Entonces ahí yo voy primero a la investigación de la familia. Es muy delicado por lo que me he propuesto ponerle los pro y los contra, pero más que nada la condición humana de los personajes, buena o mala. Después juntar el anecdotario que va enriqueciendo.

(...) Acá es un trabajo primero de investigación, después los pro y los contra, todo lo que se ha dicho de los personajes.

¿Usted escribe también en primera persona?

Sí, a veces, pero eso es más que nada cuando necesito demostrar que estuve presente.

Uno va contando todo el anecdotario. Yo creo que el capital que el periodista se va formando, enriqueciendo, no es dinero sino la práctica diaria que ha tenido, el uso de la gente.

En el caso de los reportajes no se busca tanto la anécdota, sino la información más global y concreta...

Yo busco en esto (las anécdotas) para presentar quién es, porque a Ibáñez lo presento con todas sus cosas, a favor y en contra, pero también me interesa el gesto humano del personaje. Con la anécdota yo no me embarco si estaba bien o estaba mal lo que hacía, pero el gesto humano, la reacción.

¿Aquello que no aparece en la noticia tradicional?

Así es.

¿La crónica sería la historia no oficial?

Claro, la historia no oficial, aunque la crónica debería ser “la historia”. Lo que pasa es que el historiador tiene que ceñirse a un método no puede abarcar más, sería gigantesco una historia de Chile con todas las anécdotas de todos los personajes. Pero incluso el historiador tiene que tener una honestidad muy grande. Por ejemplo, a Gonzalo Vial Correa yo no le habría dado ¡jamás! -porque se estaba escribiendo por qué no le dieron el Premio Nacional

de Historia-, no se lo pueden dar a un tipo que escribió el Libro Blanco, en el cual adjudica la existencia del Plan Z, no pueden. Un historiador no puede venderse, por el libro Blanco recibió en ese tiempo, 5 millones de pesos. No puede, un historiador tiene que ser objetivo. ¿qué objetividad me da un tipo al que la Junta Militar le encarga que escriba el libro Blanco.

¿Y el cronista tiene que ser objetivo?

En lo posible, claro. Tiene que serlo, porque si tomas un bando, uno dice: “bueno, ¿y la verdad del otro lado cómo será?”.

¿Qué es lo que haría que los reportajes queden más atrás con la historia y la crónica sea más permanente?

Si es una buena crónica o un buen reportaje, se va a mantener. El reportaje en este momento como está escrito, es más inmediato, más directo. La crónica tiene que hacerse pensando en que la pueda leer alguien en 30 años más, 50 años más. El reportaje está hecho más para el minuto, la crónica ya es una historia, como si uno se fuera elevando en un helicóptero y fuera mirando hacia abajo. Tiene más perspectiva. El reportaje puede morir en pocas horas. La crónica debe perseverar.

¿Cree usted que la crónica es un género que se seguirá desarrollando, que tiene un rol?

Sí. Yo creo que sí, porque va quedando como archivo, como testimonio vivo.

Y las crónicas ¿pueden y no ser actuales?

Lógico, por supuesto. Yo puedo hacer una crónica ahora, de las torres gemelas, por ejemplo decir, cómo Estados Unidos hace un año suscitó la simpatía, la congoja, la emoción de todo el mundo. Y pienso yo que se ha farreado esta admiración, se cree de nuevo el policía del mundo, quiere implantar la democracia pero; dónde, cómo. Ellos practican la democracia pero a los demás, con el resto del mundo es un régimen totalitario porque no respetan ni a las Naciones Unidas. Entonces hay muchos elementos con que se pueden jugar.

Se pueden actualizar temas...

Lógico, en este momento ya sea lo que ocurre con la concertación, con las privatizaciones, todas esas cosas. Hay de todo siempre.

Pero ahí serían temas más inmediatos, como en el reportaje...

Ah claro, lo digo yo para la crónica inmediata. Ahora, para que la crónica pueda permanecer en el tiempo hay que buscar grandes sucesos, cosas que van a marcar algo al país.

Aquella crónica inmediata ¿cómo se diferenciaría del reportaje?

La crónica inmediata aunque uno la escriba que pueda servir para la historia después, muere a las 24 horas. En el reportaje se van dando nuevos elementos.

Yo tengo la obligación, que escribo crónica hoy día, que la puedan leer mañana o esta tarde los lectores con interés, con agrado, con amenidad. Atrapar al lector en las dos primeras líneas y ojalá en la primera línea.

¿Comparte la idea de que la crónica es una visión de algo y el reportaje reúne todas las visiones de la situación?

El reportaje abarca más que la crónica, mucho más. Si yo voy a hacer un reportaje, tengo que tomar todas las circunstancias, de todos los personajes, en cambio la crónica está más circunscrita a un núcleo. Si todos los periodistas van a relatar lo que ocurrió en la Moneda, uno debe tratar que su crónica sea la mejor, es decir, más amena, más simpática, ojalá añadiendo alguna anécdota, una talla, cualquier cosa. Hay montón de elementos que hacen simpática una crónica, que la hacen humana. La crónica tiene que ser rica, llena de estos elementos, de cómo se llegó, por qué se llegó, contar el aspecto humano. Si no es un escueto boletín de información.

¿Nunca se le ha agotado la inspiración para sus crónicas?

Felizmente todavía no. Siempre hay algo. La vida es más humorística que lo que uno supone.

ENTREVISTA ABRAHAM SANTIBAÑEZ

El primer gran problema es de nomenclatura, porque a partir de la definición de género que fue una clarificación que todavía ni siquiera ha sido universalmente aceptada, pero que yo creo que aquí en Chile es más o menos mayoritario, en cuanto al género informativo, de opinión e interpretativo. Para mi gusto conlleva también una cierta definición de los que alguien llamó, unidades de redacción que van involucradas. Por ejemplo yo creo que básicamente el interpretativo tiene que ver con los reportajes. Yo a veces hablando de reportajes también hablo de crónica, estoy tratando de evitarlo pero es el hábito muy fuerte.

Usted en el libro *Periodismo interpretativo* habla de la crónica, la define como una acumulación de hechos, datos...

Claro, ahí la estoy usando como sinónimo de reportaje, te fijas...

Sí, y eso le quería preguntar, ¿cuál sería la diferencia entre ambos?

Cuando empecé a meterme en este cuento, fijese usted que ese libro tiene más de treinta años, los uso como sinónimo, y crecientemente he tratado de separarlos porque veo que hay alguna confusión. Hay otros profesores que aquí lo usan a veces, como crónica no tanto en el sentido de un comentario sino también como un tipo de reportaje más costumbrista. Así que tenemos varias posibilidades. Mi opinión sería que usted planteara que existe esta falta de definición, y creo que nosotros no podemos imponerla, de hecho en el tema de los géneros se ha logrado una cierta coincidencia, pero esto todavía está en proceso, y a lo mejor nunca se asienta por ese lado, y a lo mejor salen otro tipo de clasificaciones, yo lo que más insisto es que el periodismo no es una ciencia exacta, pueden pasar muchas cosas. Pero como fuere, yo creo que habría que reconocer que aquí hay un debate, que es muy intenso, que hay distintas posiciones, que incluso, si yo fuera usted diría: Santibáñez dice una cosa en un libro y hay entrevistado dice otra. Hay una evolución, yo en eso creo.

¿La crónica exige más estilo del periodista?

Yo creo que en la práctica sí, pero no debería ser así. Yo una de las cosas que estoy planteando es que los periodistas deberían tener más estilo propio, tenemos una tendencia a

la uniformidad derivada de eso de partir con la pirámide invertida, que necesariamente da poco espacio para elegir. Yo creo que eso está bien en los primeros años, pero cuando yo hago opinión en los quintos, lo que mas estoy insistiendo es en un estilo propio. Es una diferencia, pero tal vez no debería ser así.

¿La crónica tendría más anécdotas?

Es la anécdota con el respaldo de un super buen archivo, pero obviamente manejada con el estilo magistral. Se presta para una persona que tiene capacidad de estilo propio.

¿Podría reconocer elementos literarios dentro de la crónica?

Así definida... o sea estamos hablando de la crónica como la definiría Joaquín Edwards Bello... Claro evidente. Por algo Joaquín Edwards Bello está a caballo en dos mundos: en el mundo de la literatura que es ficción, sobre todo, y el del periodismo que es realismo antes que nada.

¿Cabría la ficción dentro de la crónica?

Probablemente... Pero... Yo creo que los productos periodísticos son por esencia realidad. El abismo pasa por la ficción con la realidad.

Ahora el tema es que grandes escritores que se han metido en este cuento no siempre lo distinguen. El caso más claro es el de García Márquez, que cada vez que escribe algo, y después uno empieza a chequear la exactitud de los datos, la verdad es que no siempre es muy riguroso, porque se deja llevar por la fantasía. Y eso hace que los textos sean muy atractivos, pero salvo que uno crea que no hay un principio ético... como decía un amigo mío “no dejes que la verdad estropee una buena historia”, yo creo que eso no es ético. Puede ser una manera bonita de decir algo pero es una estafa para el público. Yo siento que mi aproximación a la verdad es la primera obligación.

En el caso de Hernán Millas, por ejemplo, pone diálogos hipotéticos dentro de una crónica...

Pero nadie cree que Hernán Millas está diciendo lo que ocurrió.

A eso voy, en ese caso no hay engaño al público, porque el público no supone que ese diálogo existió...

Claro. Ahora cómo se sabe... Porque yo por ejemplo, evidentemente en el caso de Edwards Bello, yo tiendo a creer que los datos que él pone son auténticos, precisamente por esta obsesión por los archivos. En cambio Hernán Millas, yo reconozco que a veces los datos que usa Hernán pueden pifiarse un poquito. Él está hablando en un reportaje y puede que equivoque la fecha o el nombre, porque se confía más en la memoria. Pero él distingue claramente de un comentario en el que él reproduce un diálogo hipotético, de lo que sería un reportaje, en donde un eventual diálogo que casi nunca aparece, no es la idea de un reportaje, un eventual diálogo sería tomado textual.

En una entrevista él me afirmó que su trabajo “Semiserio” no era crónica.

Es que no es crónica en el sentido de sinónimo de reportaje, es comentario.

Por eso yo creo que él tiene la misma percepción mía; que una crónica es un sinónimo de un reportaje. Después en La Época se queda en una cosa que es más histórica.

Evidentemente cuando Hernán Millas te está diciendo eso, lo que queda claro es que para él la crónica no tiene ficción. Y le voy a decir más, yo creo que si aceptamos la idea de los tres géneros; opinión, interpretación e informativo, en interpretación e información ¡nunca cabe la ficción!.

Que es lo que pasa en opinión, yo periodista no debería meterla, en lo que se refiere estrictamente en forma periodística, pero es tan amplio el género, porque es el reflejo de la libertad de expresión de la gente, por eso nunca se ha pensado en que debería circunscribirse sólo a periodistas el género de opinión, al contrario, es donde pueden entrar los especialistas y donde puede entrar cualquiera. Y yo aceptaría ahí, que como parte de ese juego también entrara la ficción. Pero solamente a base de opinión.

Alfonso Calderón concuerda con Hernán Millas en que no debe existir ficción, sin embargo, también afirma que al realizar una crónica, el autor “ficciona” la realidad y los recuerdos.

Seguro que pasa eso, pero él está desde el punto de vista más literario, él viene de la literatura. Yo lo aceptaría en cuanto a opinión, es posible que ahí también entre, esa visión

no la había pensado pero es perfectamente posible. Pero como le digo para mí el que mejor lo ilustra ciertamente es Hernán. También pasa en el humor en general, que es lo que hace Hernán, es crear situaciones ficticias. Si yo creo una situación hipotética, un diálogo con el Presidente de la República, eso es pura ficción...

Y en ese caso ¿sería crónica?

En el sentido que yo lo uso, no. En el sentido que lo usa J.E.B, tengo mis dudas. Y en Hernán Millas lo bueno es que él mismo lo dice así, obviamente lo que él hace no es crónica, tal como él lo entiende, y eso es lo importante... y como yo lo entiendo.

Entonces la crónica se definiría en cada cronista, cada uno tiene una visión propia de lo que esta es...

Yo creo que hasta cierto punto es así. Por eso es el esfuerzo que uno tiene que hacer en la escuela es ir buscando cierta nomenclatura común para que no nos enredemos. En la opinión yo creo que tenemos que entender que es pura creatividad y que es muy importante el estilo. Es muy importante la forma de abordar el tema porque ahí hay toda una cosa muy fuerte personal.

Se produce cierta confusión, y yo creo que necesitamos un manual de estilo, de definición de nombres que aunque no sean obligatorios en caso de duda nos permita ir a la fuente. Porque si yo pido una crónica y no es lo mismo que pidió el profesor de al lado...

Se dice que las crónicas construyen una historia no-oficial porque son una visión particular...

Yo creo que todo trabajo periodístico es un poco historia... yo ahí no separaría. Uno está mirando hoy, mañana y no mira ni siquiera a pasado mañana, y va construyendo una imagen de lo que ha sido... son testimonios importantes.

Son todas maneras de aportar documentación histórica

¿Qué haría que una crónica venciera la barrera del tiempo y se transforme en un documento atemporal? ¿Su valor literario?

Pero no sólo eso, yo creo que... ¿por qué a mí me entretiene mucho haber conocido las cosas que escribió J.E.B?, siento que en parte importante porque van reflejando una época. Sobre todo por la información, porque él partía de informaciones reales. Entonces yo creo que hay ahí un dato que efectivamente me permite adentrarme en las preocupaciones de nuestro país en distintos momentos. Y eso lo han hecho en muchas otras partes, con muchos otros periodistas, y eso habla bien de este tipo de artículos, de comentarios.

Lo que no sé si será tan claro, sin una explicación, sin un contexto, por ejemplo cosas como las de Hernán Millas. Cómo podría alguien diferenciar en algunos años más, (estando en un libro, probablemente el libro por último le va a dar a uno la sensación clara de cual era la época que se vivía), pero si como hace habitualmente Hernán, inventa un diálogo y ese diálogo aparece, y yo no sé qué es humor, y que sobre todo es ficción, puede ser desconcertante.

¿Cuál sería el objetivo de la crónica?

Informar, obviamente es que la gente sepa lo que está pasando, entienda los procesos.

Pero cuando entramos a un aspecto más complejo... vuelvo a Hernán Millas, él por la vía del humor, de la sátira, va poniendo de relieve ciertos aspectos críticos de la realidad. Bajo una apariencia muy inocente, él puede hacer todo un juego de bromas y superficialidades, y estaría contando una cosa atroz.

Por lo tanto en ese sentido, ese tipo de comentario serían también una función del periodismo; poner los dedos correspondientes en las yagas de la sociedad.

¿Y aquello sería un “comentario”?

Sí, sería un comentario.

¿Usted sitúa la crónica dentro del género “opinión”...?

Yo la pondría en la opinión desde luego. En la opinión yo diría que no hay un esquema rígido, el que recomiendan sobre todo para Editorial, que de lo que hay en opinión es lo más clásico, yo diría un esquema... lo dice Martínez Alberto, lo asimila a un fallo judicial; de qué vamos a hablar, cuál es la doctrina sobre esto y después el fallo o la sentencia.

Hay todo un esquema de argumentación que yo creo que en general es bueno, yo creo que es obligatorio en el caso de una editorial, pero en el comentario, en la crónica, creo que no es obligatorio pero yo lo recomendaría, creo que tiene sentido. Si el único esquema que no se aplica aquí es el de la pirámide invertida.

¿Cuáles serían los temas de una crónica, o podría ser cualquiera, desde lo más coloquial hasta lo más formal?

Cualquier cosa, eso es lo bueno que tiene, yo me sigo aferrando al tema de la opinión, lo bueno que tiene el género de opinión es que aguanta todo. Pero yo soy responsable de que lo que hago, lo hago bien escrito, bien fundamentado, que eso es otra cosa que estamos dando por supuesto. Todos estos personajes que usted menciona, cuando dicen algo, lo dicen con fundamento.

¿Pero no necesariamente tienen que contraponer posiciones?

No, no, no. Yo creo que hay que reconocer que existen posiciones distintas, pero hay un mito en cuanto a que hay que equilibrar posiciones. Hay cosas que uno no necesita balancear.

En lo informativo está la búsqueda de la máxima objetividad, en lo más subjetivo está la opinión, entre ambos está la interpretación, que tiene una dosis de opinión pero respaldada por información. Y por lo tanto esto que estamos hablando (la crónica) yo creo que se sitúa entre la opinión y la interpretación.

ENTREVISTA A GUILLERMO BLANCO

¿Cree que exista una sola definición de crónica?

No. Casi creo que no es posible dar una definición de crónica. Lo que pasa es que si llega a una definición es tan amplia, para no ser atacable, para que no tenga fallas, que en el fondo no define. Pasa con muchas cosas, que tú las defines y las acotas de tal manera que si haces una definición restrictiva, te queda fuera parte de lo que la cosa es, y si haces una definición súper amplia como para que no haya por donde atacarla, en el fondo no la defines. Es un dilema que se da con una cantidad de cosas... Trata de definir amor.

¿O qué características tendría que tener un texto para ser calificado como crónica?

Mira, yo lo tomo por otro lado. Yo lo tomo a partir de lo que creo que es la función del periodista y en ese sentido soy un poco heterodoxo, yo no creo que el periodismo sea para dar noticias, solamente. Tiene una misión mucha más amplia, y las noticias forman parte de esa misión. El buscar noticias y el darlas, es parte de lo que le corresponde al periodista, pero es mucho más amplio. Y esto que le corresponde hacer es ayudar a la sociedad, por decirlo así, a entender en qué mundo estamos. Lo que fue el mundo antes lo toca la historia, lo que es el mundo ahora lo toca el periodista. Eso hace que el campo sea muy amplio. Si nos vamos a lo que es el periodismo informativo, bueno, da noticias de lo que sucede. El interpretativo, como su nombre lo dice, las interpreta. El magazinesco se dedica a entretener a la gente. Pero queda un campo, del mundo en que vivimos, que no está cubierto por ninguno de esos tres géneros. Y ahí entra la crónica.

Qué hace la crónica, te da lo que uno ve cuando camina por la calle, por ejemplo.

Los temas de crónicas son infinitos, incluso cosas antiguas. Cosas de historia que a uno le ayudan a entender el mundo de hoy. Ese es para mí el requisito clave.

¿Qué ayudan a comprender el mundo?

Claro. A mí modo de ver eso es lo que define a la crónica. Y la gracia que tiene es una enorme libertad de forma.

No tiene una estructura delimitada...

No. No, por suerte. Sería fatal que tuviera una estructura. Porque la gracia es que eso permite incorporar aportes tan distintos.

¿Y una crónica la podría escribir tanto un periodista como un literato?

Claro, un literato que tenga olfato periodístico, no cualquiera, porque no deja de ser periodístico.

¿Es más periodístico que literario?

Mira, en el fondo siempre pasa que cada emisión busca su estilo. Y el estilo depende de lo que tú quieres comunicar. Y de repente puede darse un estilo literario perfectamente.

¿Qué pasaría con la ficción, con los elementos de ficción que se pudieran integrar en el relato?

Hernán Millas lo usa mucho.

Sí. Por eso le pregunto, cuando yo lo entrevisté a él me dijo que su trabajo de “Semiserio” no era crónica...

Yo creo que la mayor parte sí. Ahí discrepo de él.

Me da la impresión de que cada persona tiene su propia percepción de la crónica...

Lo que pasa es esto; esas crónicas se refieren a situaciones reales. Es como si tú dijeras que Jimmy Scott no hace caricatura periodística. Es caricatura, claro, las personas no son así, están deformadas, pero se refieren a la realidad.

Además es un juego limpio porque no se trata de hacer creer al lector que los diálogos son reales. Por eso yo le asigno, sobre todo a lo que hace Hernán, mucha afinidad con la caricatura. Para hacer entender mejor la realidad la deforma, eso es lo que hace la caricatura.

¿Y qué pasa con el lenguaje en las crónicas?

A ver. En el periodismo el lenguaje es funcional, a diferencia de la literatura. Es decir, es funcional a una misión muy concreta, en la literatura es funcional al texto. Una de las

características que creo yo que tiene que tener el estilo periodístico, es ser inteligible. Ese es el requisito que yo veo que es como ineludible, que deriva de la función. En el periodismo las cosas tienen que ser funcionales.

¿Coincide usted con la idea de que la crónica es un poco molesta, en el sentido de que retrata una historia no-oficial, de que habla de la “otra verdad”?

A ver. Molesto puede ser para algunas personas. Sí. Qué pasa. Por mi experiencia en clases he llegado a la conclusión de que la diferencia que hay entre una crónica y un artículo de opinión, es que el artículo de opinión debiera ser objetivo. O sea, expresa un punto de vista, pero tiene que hacerlo sobre la base de algún sistema de análisis. La crónica puede ser un desahogo así no más. Puede ser tan opinante como el artículo de opinión, pero no representa una forma de pensamiento.

Yo tengo una teoría; La actividad humana en general, tiene como tres campos, uno es el campo racional. Otro es el campo irracional, pero ¿a qué campo pertenece... un cuadro, la música?, yo no puedo explicar porque Leonardo Da Vinci es un gran pintor, no lo puedo explicar con la razón. Hay una cosa que es, a la que yo le llamo arracional, no es irracional porque no va contra la razón, pero tampoco es racional en el sentido de que dependa de la razón.

¿Aquello que tiene que ver con los sentidos, con todo lo subjetivo?

Por supuesto, claro. Y creo que la crónica está en el terreno de lo arracional. Aunque tiene una función, no tiene normas así fijas.

¿Ni en estructura, ni en estilo, ni lenguaje?

Claro, y esas es una de las cosas que me fascina, la libertad.

¿Pero existe cierta ambición por definir la crónica? ¿No se ha hecho porque no se ha podido o no se ha querido?

Yo he encontrado algunas definiciones por ahí que son pésimas. Yo me sigo quedando con el nombre “crónica” que es precario, porque hay otro tipo de crónicas, hay crónicas

históricas. Entonces es precario, pero desgraciadamente no hemos encontrado otro. En periodismo en general los nombres no son buenos. Entonces a mí toda esa categorización, que viene a posteriori, me resulta incómoda. El mismo nombre periodismo, no define lo que la cosa es.

A falta de definición, ¿Cómo se podría reconocer la crónica?

Hay una anécdota muy buena de un Presidente norteamericano, que era un hombre muy pragmático, y una vez estaba con algunos de sus ayudantes discutiendo sobre lo que era algo, y él dijo: “yo no sé definir lo que es un ganso, pero si veo uno lo reconozco”. Hay cosas que son así, que no caben en la definición, se filtran, elementos de la cosa o de fuera de la definición.

La gracia de hacer crónica es que cada uno va buscando su propio estilo.

¿Puede ser que la crónica tenga algunos elementos del ensayo?

Sí, claro. Desde luego aquí las fronteras son muy complicadas. Pero yo creo que el objetivo de la crónica es un poco menor.

¿Qué cronistas chilenos de hoy, destacaría usted?

Enrique Lafourcade, Pedro Bendolfo, Edmundo Concha que murió hace poco. Tenemos buenos cronistas, lo que pasa es que la crónica se ha pasado un poco de moda.

Piensa que se está acabando la crónica...

No creo que se esté acabando, piensa que responde a una necesidad real. En alguna parte, cuando uno está leyendo un diario o una revista tiene que encontrarse algo oxigenado. Porque la crónica tiene más oxígeno.

Si a la crónica le pusiéramos muchas estructuras, terminaríamos con la gracia de la crónica.

Siempre puede nacer un nuevo autor que supere las expectativas del género...

Claro. Puede ayudar mucho al desarrollo de la creatividad en una actividad que tiene normas rígidas por otro lado, y es justificada.

1924

La Nación 24-10-1924

3

EL PRESTIGIO DE LOS APELLIDOS VINOSOS

por JOAQUÍN EDWARDS BELLO.

El prestigio de los apellidos que demuestran vinosos, por aparecer generalmente en etiquetas de vinos, proviene en primer lugar del asentamiento y dominio del público en las personas que los llevan. Ha existido siempre en Chile, como un servilismo para los apellidos de campanillas. La gente más democrática pierde el tino y se olvida de sus más arraigadas penalidades cuando puede codearse con gente de campanillas. La democracia que estaba hace poco en el poder pecó por ahí, y no fue una de sus faltas menores, porque revelaba superficialidad de ideas. Son muy pocas las personas que no sienten el prestigio de los apellidos vinosos.

En general estos apellidos de las etiquetas son nuevos, como decíamos, porque llegaron a comerciar mucho tiempo después de la conquista, y compraron con dinero las tierras que los Zúñigas, Mardones, Villagranes y Albornozes conquistaron con su sangre. Es como que en Chile la gente demostre siempre gran respeto, casi sumisión por los extranjeros. Esta gente que hoy impera socialmente en la colonia extranjera de ayer, y aún hoy día es semi-chilena se la compara con la masa popular, que es la verdadera ciudadanía nacional. Se nota en este país como un respeto instintivo, natural, en la plebe por la gente de tez más blanca, y es claro que esta aristocracia, formada por los extranjeros de ayer, y unida a los más blancos de hoy tiene la tez más blanca que la masa popular. El respeto y sumisión cerrados a

los extranjeros ha permitido muchos abusos en este país. Un caballero inglés, que ha residido muchos años aquí, me decía que las estafas de Taraff se debieron principalmente a esa idea de superioridad que mantenemos respecto a los extranjeros. Aquí domina siempre el elemento extranjero; es el que encuentra mejor acogida en sociedad y más amplio crédito en el comercio. La gente rubia también despertaría gran admiración aquí, y yo lo conozco personalmente para las cuales "rubio" es sinónimo de "di finguido".

Este servilismo y sumisión ha permitido el auge desmesurado de ciertas personas. Hasta hace muy poco un apellido campanudo era un pasaporte. Cuando llegaba preso un jovencito con esos apellidos, el comisario le decía paternalmente:

—"Parece mentira que un caballero decente como usted haga tales cosas" y lo ponía en libertad.

Si en vez de usar ese lenguaje acararamelado con los apellidos vinosos, los hubiesen dado cuatro patadas como merecían doblemente, por sus condiciones de superioridad, nuestra cultura sería otra. Pero en ese servilismo, propio a las tierras de castas, escondieron nuestros defectos y se desarrollaron los abusos. En esta República las autoridades enseñaron raras veces la igualdad. De ahí el desprecio creciente por los apellidos que no eran aristocráticos, es decir, por las familias que no tenían trigo, ni lana, ni salitre, ni viñas.

Desde el colegio he sentido yo mismo esa sumisión indigna de

una democracia. Yo fui criado con gran severidad por mi padre que era metódico, modesto, basó la exageración y educado en una escuela de esfuerzo y trabajo. Mi padre nos decía muchas veces que él no tenía nada más que su trabajo, y que alguna vez a los 20 años, se vio con los zapatos rotos. Nos daba 20 centavos y más tarde un peso los Domingos, y nos pedía el mismo para hacerle algunos platos de sencillez y modestia.

Pues bien: en el Liceo, cuando comía una diablura, me decía esta frase profundamente injurial por sus diabólicas sugerencias: "¿Qué eres que porras la vida, Edwards?..."

Ya ahí, en la escuela, me injurieron el veneno de las castañas cuando yo nada sabía de eso en mi hogar de niño romano. Pero eso declaro con certeza que el mal está principalmente en la sumisión de la gente a los apellidos que por ninguna razón deben representar tales o cuales privilegios sociales. El apellido no significa nada más que un número de orden: es la vida y la obra de una vida que debe inspirar el sentimiento de respeto y sumisión, de cariño o desprecio.

También he conocido a un joven Artemio Zapata, que en sus tarjetas ponía Artemio Z., para que lo creyeran Zofarito, según él no explicaba. Es triste que en esta República haya apellidos no apreciados, como el Zúñiga, porque no puede uno llegar a un restaurant pedir:...

¿Zúñiga especial? o ¿Zúñiga reservado?

J. E. B.

Las sirvientas de los niños

Una vez, en la Plaza de Valparaíso, conversaba con un caballero amigo, cuando se acercó una mujer anciana. "¿Cómo te va, Clorinda?", dijo el caballero, y le puso diez centavos en las manos secas y temblorosas. La mujer se retiró y él me explicó que se trataba de una vieja sirvienta que estuvo más de veinte años en su casa y los cuidó a todos. Testigo de este hecho que parece inverosímil es mi ex-profesor de castellano en el Liceo de Valparaíso.

Aquí tenemos un caso patente del descuido en que vive el gremio más útil y familiar de la sociedad. Las sirvientas son auxiliares poderosos y muchas veces irremplazables en la educación de los niños. Muchas aberraciones del carácter de los hombres, que no tienen explicación fácil, provienen de las imágenes subconscientes originarias de la vida infantil. Cuando está blanda la masa cerebral toda señal se graba imperceptiblemente; por esto es indispensable que las criadas de los niños sean sanas de espíritu. Ellas presiden generalmente sus juegos, sus penitas, sus enfermedades, las sensaciones con que se inician en la vida. Las necesidades de la sociedad moderna hacen que los padres, aún los mejor intencionados, no puedan dedicar todo el tiempo que sería menester a los hijos.

El doctor Marañón, de Madrid, recuerda en su obra "Tres ensayos sobre la vida sexual", la advertencia que Fray Luis de León hace respecto a las nodrizas. Según el santo escritor, todo hombre que no fué amamantado con la leche materna, es un bastardo. Posiblemente hay exageración en esta sentencia; desde los tiempos del fray hasta ahora las cosas han cambiado. Pero diversos fenómenos observados por los doctores nos hacen respetar esa idea lejana en el tiempo, pero siempre llena de sugerencias interesantes. Así, tal oficial del ejército español que va a Melilla, requerido por el servicio a la patria, casado con mujer de raza blanca, y blanco él también, tiene la dolorosa sorpresa de ver que le crece un hijo con rasgos inequívocos de la raza rifeña, que él mismo está encargado de dominar. En los Estados Unidos, en Cuba, Brasil, en toda tierra donde hay razas de diverso colorido, se observa igual fenómeno. Hay quienes achacan esto al mimetismo, y no está de más recordar el caso de los misloneiros o diplomáticos que residen más de siete años en la China o el Japón. Está probado que estas personas adquieren invariablemente un marcado tipo asiático. Pero, ¿qué es el mimetismo?, preguntamos nosotros. ¿No es acaso el fenómeno mimético una penetración de células de

personas que viven en sociedad o simpatía? Por eso mismo, al cabo de los años de vida marital, se parecen el marido y la mujer. El amor no es más que un deseo de parcerse un ser a otro, o penetrarse, dejando una descendencia parecida al ser que se ama. De esta manera y por este camino algo extraviado llegamos nuevamente al problema de la servidumbre. Las criadas de los niños tienen una importancia capital, física y moral, por cuanto los niños, materia dúctil, blanda, tienen que modelarse forzosamente en aquello que está cerca de ellos, insinuándose en normas o imágenes de toda índole.

Me ocurrió hace poco ver a una que se estaba echando a perder niña, de tipo bello y gracioso, físicamente sin causa justificada, al parecer. En el acto pedí que me mostraran a su criada o gouernante y comprobé que se parecía a ella de manera indudable.

Lo mismo que ocurre con el físico ocurre con el espíritu. Los chilenos descendientes de extranjeros puros, de más de dos generaciones, se parecen al autóctono, entre otras causas generales, porque nuestras criadas suelen ser Indias casi puras o del tipo andaluz-araucano que constituye la base étnica. Este tipo último no es nada despreciable, como belleza o esfuerzo, de manera que no apuntamos el fenómeno mimético como reproche. Queremos demostrar simplemente que las sirvientas de los niños cumplen un rol fisiológico o biológico importantísimo. Una sirvienta, al parecer sana, pero contaminada por torpezas espirituales, puede dejar un rastro desastroso para toda la vida de un hombre. Es común en Chile ver criadas que, por diversión, les dicen a los niños bonitos que parecen niñas, sin imaginarse el mal enorme que les están haciendo. En la niñez del gran escritor Oscar Wilde encontramos esa enormidad que posiblemente determinó su estructura espiritual. Otras criadas dan sustos o cuentan a los niños los relatos más extravagantes para dormirlos. Es pecado permitir estas torpes intervenciones que tan nefasta influencia ejercen en la vida de las criaturas.

Grabémosnos bien esto: la sirvienta es parte del molde nuestro, por eso debemos cuidarla. La institución que ayer pidió ayuda en las calles de esta ciudad para educar servidoras domésticas, merece un acalorado elogio. Ojalá cunda por el país este sentimiento que responde al ansia general de progreso social.

En cuanto a mí, he olvidado muchas cosas de la infancia, pero nunca la figura de esos ángeles guardianes morenos que se llamaban la Cruz, la Eduvina, la Rosa, la Menchi, la Felicia. ¡Benditas

sean! Y si hay algo que perdonar, yo las perdono. Recuerdo su tierna solicitud y también cómo llevaban a nuestro hogar el rumor de su origen, el sabor agrio de la plebe con sus tristezas y desórdenes. A veces una de ellas llegaba contrita, con lágrimas en los ojos, a pedir permiso para ir a ver al hermano que tuvo una desgracia, y estaba en la cárcel. En cada alma de esas estaba vivo el drama popular.

El vocabulario dejaba que desear, y la gracia también. Más tarde, en mis viajes, he sentido la ventaja que nos llevan los niños españoles o franceses, con sus criadas canoras y elegantes, de una elegancia y distinción espiritual que las nuestras están lejos de poseer. En cada orador, en cada actor, en cada escritor español, de estos que admiramos, hay algo de sus criadas, ¡caramba! Es parte del molde de la vida, fatalmente.

En nuestra tierra hemos descuidado al pueblo, posiblemente ignorando que no podemos vivir sin una comunión estrecha con ese conglomerado del cual salen sobresalientemente educadores de nuestros niños, nodrizas, lavahderas y cocineras. La gente que nos cuida a los hijos, nos lava la ropa y nos amasa el pan, merece la mayor atención y cariño de nuestra parte. Este tema no nos coge de sorpresa: ya lo habíamos tratado ampliamente en 1918, en "La Cuna de Esmeraldo", al referirnos al matrimonio de los pobres. La lucha contra los bastardos se define en la mayor comprensión del espíritu de nuestras criadas y mozos. Yo nunca vi en Chile una boda popular. ¿Quién ha visto una? En Europa, el matrimonio plebeyo es una de las alegrías de las ciudades. Flores, piropos, ropitas de cristianar desfilan por esas calles al grito de Viva la novia! Las ilustres fregonas, las señoras de los azafates y del puchero, las nodrizas y sirvientas de mano, tienen también su almita en su almarío y su lugar bajo el sol. El plumero y el cucharón laboran con más agilidad si el corazón de la que los maneja está luminoso de esperanzas. En Europa la Primavera se anuncia con un cantar de criadas en todos los balcones, y esas caderas contentas de las calles españolas pertenecen principalmente a las donosas fregatrices del fogón y la repostaría. Releamos a Cervantes y al buen fray conquesse para retemplarnos en la razón y el deber para con los servidores. En mi casa me lo dieron. Recuerdo que mi padre nos decía que la hora del yantar de la servidumbre era sagrada. Así sea también la hora del corazón y el connubio.

JOAQUIN EDWARDS BELLO.

LOS JUDIOS

por JOAQUIN EDWARDS BELLO.

Una noticia de Jerusalén pone de actualidad el tema de la raza judía, la más aporreada de todas, víctima de malos tratos no sólo en Europa, sino en sus propias tierras nativas. La última gran matanza de judíos, en África, se efectuó en Casablanca a raíz de los disturbios del año 1907. Ahora se trata de un conflicto religioso entre las autoridades musulmanas y las israelitas por haberseles negado a estos últimos el acceso de la viejísima Muralla de las Lágrimas. El Gran Rabino ha ordenado dos días de ayuno en señal de protesta y no podemos dejar de admirar el alto espíritu de observación que implica esa medida ya que el ayuno empareja la paz del cuerpo y del espíritu. Al descansar el hígado y otros órganos de nuestro cuerpo, descansa la mente y se produce una tregua propicia a las soluciones ventajosas y pacíficas.

Deseamos sinceramente que no ocurra una nueva tragedia en Jerusalén y vamos a tratar de paso el asunto de la raza judía. ¿Hay acaso intrínsecos o lfo mayor que el de las razas? Respecto a los judíos impera el prejuicio de las narices largas y la avaricia. ¿Qué hay de verdad en ambas cosas? Por mi parte declaro que he visto judíos fiatos y generosos y otros narigones y jugadores, que no parecían tener en gran reverencia al Poderoso Caballero Don Dinero. Al pasar lista los mayor-domos de grandes círculos donde se juega en París, suenan casi siempre con mayoría los apellidos evocadores de los panes ácidos y los vinos de Sion. Esos nombres son: Levy, Block, Blum, Stein, León, Blanc, Stetenheim, etc.

Si alguna cosa me permitiera conocer a los judíos es la viveza de los ojos, especialmente en los niños, el encrespado de los cabellos y el grosor sensual de los labios. Generalmente el labio inferior es más gordo y caído. Pero

la familia judía es muy asimilable al medio que escoge o patria adoptiva, de manera, que, a las pocas generaciones, dos familias del mismo origen, radicadas en diversos países, no podrían ser reconocidas por haber perdido en gran parte sus caracteres. Así los judíos argentinos radicados en la provincia de Entre Ríos y de origen ruso, son a la segunda generación neo-argentinos con muy poco de sus antepasados. Se desprenden poco a poco de su religión y sus costumbres. Generalizar sobre los caracteres judaicos es pueril, ya que la raza está esparcida por todas las regiones de la tierra y es el género de vida que lleva el animal para encontrar el sustento el que determina su estructura.

Un judío chileno que monta a caballo, que come porotos y empanadas, no podrá parecerse a un judío napolitano impregnado de tallarines al sugo o de ravioli con tomate.

El judío de Vitechappel, en Londres, ha conservado la mímica extraña de Shylock, las barbas y el gesto negativo arqueando las cejas e inclinando la frente, en tanto las manos descarnadas se abren a ambos lados de la cabeza cual enormes orejas supletorias.

En España los judíos se identificaron de tal manera con la nación que no habrá español moderno capaz de asegurar que no tiene una gota de sangre atemorizada y vencida por el tribunal del Santo Oficio.

En Alemania aseguran que los israelitas tienen el pie plano; en España aseguran que lo tienen combado o de alto empéine. ¡Vaya uno a saber!

Una vez fui en París a un teatro donde ponían una pieza judía, de lo más judío, y me sentí como en mi casa entre gente de grandes cejas, narices regulares, pelo espeso y labios abultados. En todo caso, si mis antepasados comieron los panes ácidos y bebieron los dulces vinos de Sion,

yo reclamo para mí la parte de la familia de los Profetas y no de los acaparadores.

Si soy acaparador me reservo para engullir vida, ideas, lecturas, conceptos. La pieza que atendí en ese teatro, en la misteriosa compañía de los parientes de mis antepasados, se titulaba Dibbonk. ¿En qué consistía lo judío del asunto? No supe, por cuanto no entiendo el hebreo ni el yiddish, pero creo que se trataba de apaprecidos. Al final un periodista francés exclamó en broma: ¡Schemah Israel!

Aseguran que los judíos son tacaños. Yo aseguro que no son ostentosos y que con la propia familia son de una dulzura y espléndidez nada comunes. En caso de que realmente sean tacaños yo los pondría en el mismo plano de algunos escoceses, franceses, vascos, yugoeslavos, italianos. ¿Que son narigones? ¿Y los vascos serán fiatos acaso?

El asunto de las razas es casi siempre un guirigay. Nada categórico podríamos afirmar. Si acaso una cosa hay cierta sobre los judíos: que son lo más brillante de todo el Oriente. El pueblo hebreo, cerebral, ha dado al género humano sabios, músicos, artistas de toda clase. Se diría que, desde hace 1928 años, todas las revoluciones, los mayores estremecimientos del mundo, estuvieron en manos de judíos.

Los judíos son la eterna raza vieja y nueva, es decir, constantemente renovada, por cuanto todas las razas, inclusive estas llamadas nuevas, de América, son igualmente viejas. Raza nueva es simplemente la que, por transplantarse a un panorama virginal se acerca a la vida más primitiva, da el salto atrás que vigoriza al cuerpo por acercarlo a la selva madre. Según los estudiosos el género humano germinó en una selva maravillosa, cuyo emplazamiento exacto continúa siendo un misterio espeso para la ciencia.

J. E. B.

LOS LUNES DE JOAQUIN EDWARDS BELLO

Pisiúticos y guarosos

ORIGEN DE EXPRESIONES NACIONALES

Los neologismos, los refranes, los actos espontáneos de un pueblo son su verdadero retrato sin retoques. La fisuomía popular se sorprende viva, in puris naturalibus en esos actos insintivos en los cuales no entran ni el cálculo ni el miedo al ridículo que son fuentes de hipocresía.

Si a mí me preguntaran cuáles son los aspectos más puramente populares que me ha tocado conocer en mi tierra yo diría que las ramaditas de Pascua y de Dieciocho, las cuecas, los rodeos, los velorios y esas tristonas hornacinas de lata o madera con imágenes y velas que liran sus lágrimas de esperma por los bordes de los caminos y que marcan el sitio donde cayeron los apuñaleados. Será lúgubre y alcoholizado este detalle pero es la verdad que pasa y la debemos acatar.

Así también son verdad las supersticiones referentes a las lunas, a los llantos de perros y la silvestre ornitomanía que atribuye al canto del chuncho aviso de muerte. Por algo será. Nada germina sin su causa, así sea lo menos razonable. El pueblo chileno es más rico de expresiones de lo que parece, y también es más rico de sentimientos, pero nos ha dado por no entenderlo o por juzgar de mal gusto esos íntimos arranques hasta extirpárselos cruelmente.

En cuanto a las voces usadas en Chile que recopiló el año 1900 don Anibal Echeverría y Reyes debo declarar que la mayoría de ellas no son tales voces sino errores de pronunciación. La menor parte, la excepción son verdaderas expresiones nacionales llenas de sugerencias vitales más jugosas para reconstruir nuestro pasado que las contiendas electorales. Así por ejemplo, tomemos la palabra guaroso (pág. 183). Dice "Guareso. —ch.—adj.—gracioso, adornado". ¿Hay algo más admirable que esas personas del pasado hablando con frases amenguadas y haciendo guaras? Yo

me figuro sin dificultad a esos guarosos de los salones enladrillados, tomando mate con bombilla de plata alrededor de los braseros. ¿Y las niñas guarosas? He aquí unos versos que tomo de un viejo libro:

Lucrecia Varas
media de lana
La que hace guaras
la Carmen Gana.

Pero mucho más divertido es lo que se refiere a la palabra pisiútico. Esto sí que vale la pena por las conclusiones a que he llegado. En la página 214 de la obra del señor Echeverría y Reyes encuentro "Pisiútico. —ch.— adj. — remonono". Luego pisiútico significa remonono. Es una palabra de cariño, de esas que se pronuncian frunciendo la boca y casi suspirando; es la quinta esencia de la palabra precioso. Mejor dicho: es la palabra precioso pronunciada con ese fútimo regodeo salivoso que pone los labios en forma de corazón chiquitillo: pechocho, pochoso, pichútico, pisinso, pisiútico. Es el cariño materno o conyugal en el colmo del engolosinamiento familiar. Esto pasaba, según creo, hace dos siglos. Es muy importante tomar esto en cuenta por cuanto después llegó una oleada extranjera, activa, trabajadora, pero exenta de poesía. ¿Los vascos?

La gente que había inventado la dulce palabra pisiútico pasó a segundo término. Los nuevos, que eran gente voraz y sin corazón, tomaron el lugar de ellos, que pasaron a ser medio pelo. Después veremos que el puente de Cal y Canto es reemplazado por puentes uniformes y sin gracia, de hierro, basados en un concepto práctico, de corta vista.

Llamo la atención del lector hacia la aridez intelectual de esos comerciantes erigidos en magnates. Algunos funcionarios de la metrópoli llevaban el pandero en el desprecio por las costumbres de los mestizos.

Hasta hace pocos años era fre-

cuente que las personas más encumbradas hicieran farsas crueles a la clase desplazada: los invitaban a sus fiestas para escarnecerlos, o iban a sus tertulias para burlarlos cuando no a saquearlos. Hacían risa de sus arreglos, de su elegancia y de sus expresiones melosas, entre las que debo recordar el ansia de poner las palabras en diminutivo que es agradable en boca de mujeres y que ha conservado hasta ahora el pueblo. Como era precisamente esa gente suplantada la que usaba la palabra pisiútico, los suplantadores le dieron el nombre de siúticos, palabra de lucha de castas, estallido de pasión. Al que no pudo y todavía quiso ser lo que fué, le llamaron siútico. Este es el origen de la palabra que ahora, claro, se ha corrompido y sirve para denominar simplemente a los advenedizos y los pretenciosos.

Curioso es que, teniendo su origen en la palabra precioso, indica algo así como un preciosismo colonial chileno muerto en flor por las competencias sociales y comerciales. Una pisiútica provinciana de los siglos XVIII y XIX tendría un misterioso parentesco con las preciosas del siglo de Molière. Actualmente la palabra siútico, de tan noble origen, tiende a indicar a las personas que intentan demostrar más de lo que son con amaneramiento y desaprensión. La palabra perdió el sentido primitivo altísimo, como que indicaba afán de superarse en el estilo de la frase y en la postura corporal. Con la decadencia de esa clase media se perdió el espíritu poético de los indo-hispanos. La dulzura tuvo miedo al ridículo: el revuelo entusiasta se escondió de las sonrisitas socarronas. Pasamos a ser secos y concentrados, duros y sin la visión que es exclusiva del arte. Decía Dax, con una de sus frases rotundas y vibrantes como campanadas de colegiata: "Ojalá que volvieran los guarosos y los pisiúticos".

T. E. B.

DE JOAQUIN EDWARDS BELLO

ENEMIGOS DE FREUD

Naturalmente, para nosotros, los americanos del sur, un hombre como el doctor Freud resulta algo intocable, casi en el plano de lo divino. Vivía en Viena, creó ciertas teorías revolucionarias y trascendentales, le visitaban millares de personas para consultarle y le pagaban a razón de mil a diez mil francos por visita.

Sin embargo, algunas obras de este sabio, como su especulación a propósito de Leonardo de Vinci, ni nos convencen, ni siquiera nos agradan. Se trata de un puzzle obscuro, o juego de ingenio basado en ciertos sueños que tuvo el pintor, y en algunas figuras de sus cuadros, como la posición de un pato, paloma o canso, en el regazo de una mujer.

Esa clase de rompecabezas se parece a las figuras que creemos ver en los desperfectos del papel de una habitación, o en las desconchaduras de una muralla de estuco. Son entretenimientos comunes que hemos practicado sin mayor trascendencia por cuanto no la tienen de ninguna manera. Luego, el hecho de ensuciar la memoria de Leonardo de Vinci mediante esa clase de procedimientos es tan absurdo como pretender revelar el estado del higado y de los riñones de un mito como es Don Juan Tenorio.

Respecto a los sueños, todos sabemos que existe multitud de clases de ellos y que algunos suelen ser premonitores o proféticos. De ahí a creer en la doctrina de la interpretación genésica, hay un abismo. Por otra parte, la idea de los complejos, divulgada en libros y revistas baratas, ha creado en nuestra América un mundo de verdades. Incapaces de digerir bien las lecturas, estos verdantes se hicieron apóstoles al pie de la letra de interpretaciones sexuales complicadas, discutibles, y a veces, totalmente falsas. Eos genios europeos de la charlatanería en cualquiera forma ignoraban, seguramente, que sus más fervorosos prosélitos se estaban reclutando en esta América frondosa de la zarzamora, del banano y de la selva impenetrable. Es el caso de contar la anécdota

siguiente: le llevaron al filósofo Marx un libro escrito en México y titulado *Karl Marx o el marxismo*. Después de leer una parte, el doctrinario del capital y del trabajo, declaró: "Conste que yo no soy marxista."

El caso de Stalin y el comunismo se presta para nuevas consideraciones respecto a las tragaderas de los ingenios sudamericanos, para engullir sin arcadas cuanta teoría extravagante inventan por allá, a muchos miles de kilómetros de distancia. Como decíamos antes, los verdaderos comunistas existen todavía en la calle San Diego. Nos referimos al comunista doctrinario, a machamartillo. Las teorías de Freud se han prestado de manera admirable para nutrir a un grupo numeroso de doctores, de intelectuales y de elegantes ociosos de toda categoría. No es raro oír clasificar a las personas por complejos y por síndromes.

Desde luego, el inconsciente existe, y no ha sido el señor Freud quien lo reveló, sino los novelistas; en primer lugar, Dostolewsky; en segundo, Proust.

El novelista no proclama sus revelaciones en forma directa, sino que las trasmite al lector mediante la vida de sus personajes o creaciones. En *El Príncipe idiota*, en *Los hermanos Karamazoff* y en *Crimen y Castigo*, encontramos enorme volumen de principios y observaciones para meditar en los misterios del subconsciente, de la enajenación mental, del impulso irresistible y la esquizofrenia. El escritor ruso ignoraba, cuando trazó sus personajes, la existencia de doctrinas o filosofías del inconsciente, por cuanto el escritor adivina o inventa vida por estar situado él mismo en plano de subconsciencia. Freud tuvo la habilidad de catalogar y de hacer un comercio regular de ciertos fenómenos humanos que ni pueden ser honestamente catalogados ni deben servir de materia comerciable.

Hay en las doctrinas freudianas algo de literatura, no poco de simbolismo erótico, y mucho de adorno y superfetación reclamista de hechos conocidos. Además, debemos

recordar el encanto producido por la nueva terminología, hecha sobre medida para inflamar la curiosidad e impresionar a los mediocres. La mayor parte del torrente de peregrinos que iba a visitarle en Viena, estaba compuesta de turistas norteamericanos provincianos, para quienes la consulta en casa de Freud corría paralelamente a las visitas al Museo Grevin, al Moulin Bouge, al London Bridge y al Unter den Linden.

Después de encontrarnos en el bosque simbólico del freudianismo, bajo el trinar de mirabolantes metáforas, pensamos que dentro de todo ello hay ingenuidad y truco, algo así como inventar la palabra *fígúqui* para indicar la inverterada costumbre de oír antes de acostarnos. A nadie se le había ocurrido antes. Ahí está el mérito.

Pero, sobre todo y antes que todo, el gran Freud tuvo la habilidad de un Paraf para sacar oro del asunto apasionante y universal de ahora y de siempre: del sexo. No hay en toda la superficie del planeta quien no se crea un poco defraudado en tocando al amor y sus misterios. El mundo bulle de desequilibrios sexuales producidos por la pobreza, la liviandad de las costumbres, la emancipación femenina, la lucha de clases. De cien personas en las calles de las ciudades, no habría cuatro que pudieran confesar con sinceridad una absoluta calma en sus sentidos genésicos.

Freud indicó un sector cerebral, un punto aislado y operable para remediar el mal en esta carne de eterno fracaso que es el ser humano: lo llamó el trauma, o punto de lesión eliminable.

Enemigos y contraductores ha tenido por centenares: Babinsky, Sollier, Nicolle. En Viena misma, en Alemania y en Francia fué acusado de pornógrafo. Recuerdo a este respecto, y para terminar, lo que diera en cierta ocasión nuestro amigo Mariano La Torre:

—Después de leer a Freud, hasta el beso de una madre en la frente se hace sospechoso...

J. E. F.

El latero

Plaga formidable es el latero, plaga universal, se entiende. Para defenderse de los lateros, en otras naciones donde reinan la experiencia y el espíritu de defensa del espíritu, se valen de numerosos medios. Por desgracia, aquí donde imitamos tanto, no se conocen esos medios.

En España, las puertas antiguas suelen estar adornadas de mirillas, o rejillas manejables de forma circular, generalmente de metal, que permiten ver a los pretendientes a visitar la casa, sin que éstos, a su vez, puedan ver al dueño, a la dueña de casa o la criada. Los convencidos usan mirilla y además cancela. Sirve la mirilla para dar a saber si el que golpea la puerta es un latero, un intruso, un sablista, un cobrador o una persona interesante. Si se trata del latero, le dicen a través de la mirilla las siguientes frases:

No está en casa; se fué al campo; no se sabe cuándo regresará; no dijo una palabra cuando partió, etc. En realidad basta con espetarle una sola de las antedichas sentencias.

En las oficinas donde realmente se ama el trabajo, existe otra manera para defenderse del monstruo poliforme llamado "latero".

Este medio es más caro, y solamente podría ser puesto en práctica por personas de rango. Se usa en los Bancos, en las direcciones y redacciones de periódicos, en los bufetes industriales, en las oficinas fiscales, los consulados, las legaciones, etc.

Se trata de un secretario provisto de tarjeta que el postulante debe llenar, y donde dice:

"Nombre de la persona....
Objeto de la visita...."

En Argentina no hay diario donde no usen el antedicho sistema, que por lo demás sirve para dar mayor

importancia al personal de los diarios. ¿Es esto un modo de pensar frívolo y sin importancia? No, de ninguna manera. En Chile tenemos fama de ser accesibles, o demasiado "baratos".

que así seamos no trae ventaja alguna. En el mundo las personas y las cosas se aprecian en primer lugar por los contornos y por las primeras impresiones. Los argentinos, que son maestros en el arte de darse importancia, suelen someter a sus visitantes a tres o cuatro estaciones en antecámaras o salitas antes de mostrarse, lo cual hacen, por fin, demostrando seriedad y empaque algo imponentes.

No creo que en los diarios argentinos tenga acceso, a ninguna dependencia, la horda de lateros, de majaderos o de intrusos conocida en estos pagos. Por lo demás, la facilidad para dejarnos latear produce impresión de desorden y ausencia de jerarquías.

El latero pertenece muchas veces al renglón de los monócordes, obsesos con un sólo tema. La obsesión es tan fuerte que le hace olvidar la posibilidad de que los pacientes escuchadores puedan tener, asimismo, preocupaciones y obsesiones de carácter parecido, aunque momentáneas. Parece olvidar también que la persona empleada en una oficina acude a ella para dedicarse a su trabajo, el que no puede realizar ni en su casa ni en la calle.

En el café, en el bar o restaurante, el latero suele ser entretenido, ya hable de eutanasia, de comunismo, de planes para salvar el país o cosas por el estilo. Su charla sirve de entretenimiento y estímulo. En las oficinas o en las calles, a las horas del trabajo, el latero es peligroso.

J. E. B.

DE JOAQUIN EDWARDS BELLO

EL MAGO DE OZ

O LAS MARAVILLAS DE LA CINEMATOGRAFIA

¿Quién hubiera podido imaginar, hace cuarenta años, el desarrollo sorprendente que iba a alcanzar esta ciencia, cuyos primeros pasos fueron bastante dudosos?

La historia del cine es novísima, y sus diversas etapas ofrecen momentos dramáticos de indecisión y de amargura antes de llegar al triunfo actual.

La pieza llamada El Mago de Oz, que hemos tenido el gusto de ver en presentación privada, es de aquellas que deslumbran, y por eso mismo nos sentimos tentados a recordar los tropiezos y ensayos de la ciencia que ahora es capaz de darnos creaciones de tal magnitud.

Recuerdo perfectamente cuando se estrenó el primer cinematógrafo en Chile, en la ciudad de Valparaíso, allá por 1900, en el viejo teatro Odeón. Recuerdo el ruido que hacía la maquinaria y el temblor de las vistas, al punto que era bastante difícil mantener la atención en ellas más de diez minutos seguidos. Nadie creyó entonces que aquello pudiera prosperar y mucho menos que agradaría a los espectadores tanto como una buena zarzuela. Al poco tiempo desapareció el empresario de las imágenes movientes y volvieron al cartel del Odeón La Viejecita, La Marcha de Cádiz y El Tambor de Granaderos. Se dijo que el cinematógrafo titilaba mucho, que dañaba la vista e impedía seguir el curso de las imágenes con la debida atención. Fue muchos años más tarde, allá por 1908, cuando el llamado Kinema, o Kinora, comenzó a competir en los escenarios santiaguinos con el teatro. Invención latina, de origen francés, se debe a los hermanos predestinados Augusto y Luis Lu-

mière (que en francés quiere decir Luz). A ellos se debe también el nombre, hoy día glorioso y universal, de Cinematógrafo. Yo me pregunto si los césares y las cleopatras del cine, si los multimillonarios de Hollywood — entre divorcio y divorcio — han pensado alguna vez en guardar siquiera dos minutos de silencio en homenaje a los hermanos Lumière. ¿Existe acaso alguna estatua, calle o plaza que conmemore sus trabajos?

El cine nació a la vida en 13 de febrero de 1895, fecha en que obtuvo nombre y patente en la ciudad de París. La primera exhibición pública tuvo lugar en el salón indio del Café de Paris, en el bulevar de los Italianos de dicha ciudad.

Las cintas eran de 10 a 18 metros y representaban escenas de actualidad.

Dice un biógrafo de los inventores que el mecanismo de rodillo fué calculado a base de la máquina de coser de Madame Lumière (1).

Vamos a ver ahora qué es la nueva producción de la Metro Goldwyn, titulada "El Mago de Oz". Desde luego, se trata de una obra profundamente moral, basada en el tema de un cuento para niños debido a la célebre pluma de Frank J. Baum, y escrito en 1900.

Por la calidad de los actores, por la belleza y juventud de la heroína, por la magnitud de la presentación, supera a cuantas creaciones en su género hayamos visto.

Desde que comienza permanecemos atornillados en la butaca, niños y grandes, pendientes del desarrollo de la trama llena de sentido humorístico, cuando no de dramatismo próximo a conmover y desatar el fondo emotivo que todos llevamos

dentro. No hay un solo momento de relajación, cercano a "latear", como ocurre a veces con las mejores películas. No tiene frase, ni paso, ni risa, ni acción alguna perdida, por pueril que parezca.

La aventura de Dorothy, la chiquilla buena de Kansas y su perrito, nos perseguirá largo tiempo después de nuestra salida del teatro.

Cada personaje parece haber sido pensado por un Shakespeare de niños; tan hondos son en carácter y en figuración simbólica: el león, el hombre de la lata y el hombre de paja, el mago, el hada y la bruja...

Todos los pajarillos, todos los perfumes de los jardines de cuentos de hadas, los susurros de las tierras de Encanto, sus promesas inefables, pasan por nuestra vista para suceder a las visiones negras, al contraste o al amargo de la vida, que permanece encarnado en la bruja, vencida al fin por la ingenua bondad de Dorothy.

En el teatro, y al finalizar esta creación que es como la corona del cine en la cabeza de los hermanos Lumière, yo pensaba si Edgardo Poe hubiera tenido al alcance de sus ojos algo parecido, y también pensaba en la advertencia de André Maurois: "El cine y la radio, en pequeñas dosis, preparan el espíritu para hacer nuevos trabajos, porque lo desentumecen; pero, en dosis demasiado grandes, lo embotan."

El cine sería detestable si tomara el lugar de la vida real en nuestro espíritu.

Así pensé viendo El Mago de Oz. Si dieran habitualmente piezas como esa, yo temería que mucha gente cambiara la vida real por la ficticia.

J. E. B.

(1) Pablo Duclos

DE JOAQUIN EDWARDS BELLO NORTEAMERICANOS Y EUROPEOS

¿Son parecidos los norteamericanos y los europeos?

El que no reflexiona ni se ha preocupado del asunto dirá que Estados Unidos se prolonga a manera de nueva Europa. No es así, por ningún motivo. La ciencia nos dirá positivamente que el europeo en América constituye un tipo novísimo y diferenciado.

Un detalle curioso y que dejamos para entretenimiento y estudio de los científicos, consiste en la diferencia esencial de la pronunciación del idioma inglés en Inglaterra y la pronunciación en América del Norte. Es sabido que los ingleses pronuncian apoyándose en la garganta y los norteamericanos en las narices. Cuando a un inglés le da por imitar, en broma, el estilo norteamericano, algo fanfarrón según ellos, dirá con acento nasal: **We won the war...**

Naturalmente, la manera de hablar de cada pueblo explica bastante de su psicología y de su biología. Así, por ejemplo, la gente del Sur chileno canta bastante y prolonga las finales de una manera dulce y llamativa, todo lo cual proviene, según me dijo un especialista en cosas de campo, de las distancias y la costumbre de llamar a la gente de un cerro a otro. Así, vaya de ejemplo: el hombre que pasa por el camino, se pone una mano en la boca, en dirección a un cortijo, y grita:

—A su casa voooooo y y...
Una muchacha, en igual forma, le responde:

—Esperándolo estoooo y y...

“Las condiciones de vida que llevó el animal para encontrar el sustento determinaron su estructura”. Así dicen los biólogos. Por otra parte, hay el clima, el aire, los bombardeos de rayos de los astros, el mimetismo y las emanaciones de la tierra. En este sentido, Keyserling encontró el secreto de la puma.

El escritor norteamericano Archibald Mac Leish, a quien recordamos por su estudio de Chile, habló, en sus “Frescos for Mr. Rockfel-

lets City”, de las modificaciones que se operan en la constitución fisiológica de las personas que emigran de una a otra parte de la tierra. No necesitábamos leerle para conocer el fenómeno, sino simplemente para afirmarnos en su existencia. Es sabido el caso de la familia que emigró a Bolivia y que mandó uno de los cinco hijos a vivir en Chile; al cabo de unos años, el de Chile era chileno, lo cual es perfectamente lógico; pero, los de Bolivia, habían crecido y se habían adaptado a la morfología del tipo indígena del Altiplano. En familias inglesas que han residido en China se dan casos de tener hijos chinos e hijos ingleses. No hay país donde el extranjero se modifique más que en China. En España nos contaron la aventura del matrimonio gallego que fué a las minas del Rif; la señora dió a luz un esportado Kabila, de cabellos ensortijados y ojos africanos. Los esposos, que eran honorables y muy unidos, descartaron cualquiera interpretación chusca respecto al origen del suceso.

Se dirá que el norteamericano difiere del inglés a causa del porcentaje fuerte de sangre no inglesa que integran la masa total de Estados Unidos. En parte es verdad; pero la causa esencial de la diferencia no proviene tanto del origen de los pobladores como del ambiente nuevo, del aura americana, de la tierra virgen. Así tenemos el caso de Australia, que viene a ser muy parecido al de América. El australiano es un inglés transplantado y, sin embargo, un verdadero inglés reconocerá en el australiano a un **foreigner**, aunque éste se le presente mezclado con doscientos ingleses y vestido como ellos.

Podríamos citar algunos casos para ilustrar al lector. Se cuenta de cierto escritor francés que vió salir a los obreros de las fábricas de automóviles en Detroit y tuvo una inspiración relámpago: “**Son pieles rojas**”.

Un celebrado crítico británico de literatura, después de leer la obra de un norte-

americano, declaraba: “Creo que ni nosotros sabemos una palabra del alma norteamericana, ni ellos de la nuestra”.

El modisto francés Poiret escribió las memorias de un viaje a Estados Unidos y el resumen del lector es éste: “Un francés no podrá convivir jamás con Babil”.

En cambio, un hijo de Valparaíso no tendría más que cambiarle de escenario a Babil para tener a un auténtico porteño de la calle Condell o el Cerro Cordillera. A la inversa, el escritor norteamericano Thornton Wilder escribió una de las mejores novelas sudamericanas que hayamos leído. Se trata de **El Puente de San Luis Rey**, novela limeña.

La opinión precitada del poeta Mac Leish respecto a los cambios fisiológicos de las personas cuando emigran de una parte a otra, recibió comprobación clínica en la Universidad de Columbia. Los profesores Franz Boas y Charles Rupert Stokard probaron, una vez más, que los poetas adivinan y sueñan marchar a vanguardia de la ciencia. Stockard, embriólogo y anatomista de la Escuela de Medicina de la Universidad de Cornell, dió la siguiente explicación que copio al pie de la letra del New York Times:

“Personas procedentes del interior de Europa son braquicéfalas o cabezas anchas mientras sus hijos nacidos en Nueva York o Boston son dolicocefalos, o sea de cabeza larga. Esta reacción puede deberse a la acción fisiológica más favorable de la glándula tiroidea en un ambiente marino, pues las regiones mediterráneas de los continentes son frecuentemente pobres en yodo y prevalecen en sus habitantes desórdenes del tiroides.

“Los miembros de las familias que emigran de Europa sufren alguna modificación y en una o dos generaciones difieren de sus parientes europeos, en mayor número de aspectos que de los que residen en el mismo país. Estas diferencias son debidas probablemente a reacciones modificadoras de

las glándulas endocrinas, que actúan con la finalidad de adaptar nuestro medio interior a los cambios que se operan en las condiciones externas del clima o de los alimentos. Tales mecanismos son nuestros medios de adaptación tendientes a mantener un normal equilibrio químico interno. Los efectos de las diferencias climáticas, meteorológicas, de la luz y otras en nuestras actividades y bienestar personal pueden ser registrados a menudo por una persona observadora que ha vivido en algunas partes del mundo alejadas entre sí. El ambiente influye en las glándulas endocrinas a través de los alimentos”.

Agreguemos a esto el caso de los japoneses en San Francisco, cuya estatura crece tres centímetros a la segunda generación y cuatro en la otra.

El genio de Edison, gloria de América, es el caso típico de la inteligencia intuitiva, del aura nueva. Su caso ha desconcertado a todos los europeos que le estudiaron, por cuanto el europeo no podría inventar si le separaran de sus tradiciones o conocimientos metódicos y por series de menor a mayor. Edison es el salto prodigioso de la inteligencia; ausente de tales conocimientos y tradiciones, franqueó las etapas por adivinación. Solamente en la euforia de América podrían producirse casos parecidos.

El científico francés Jean Abadié, en su estudio sobre Edison dice lo siguiente: “El creador del fonógrafo, de la bombilla eléctrica y de la primera dinamo para alumbrar un barrio se jactaba de no conocer las matemáticas, agregando que podría contratar cuántos matemáticos le diera la gana”. Fué el triunfo del fabricante, del experimentador, sobre la lógica de los teóricos. Un matemático francés se quedará sobrecogido de estupor cuando sepa que Edison no conocía a Faraday ni sabía nada de Hertz, cuando descubrió por sí mismo y como la cosa más natural... las ondas hertzianas.

J. E. B.

LOS JUEVES DE JOAQUIN EDWARDS B ELLO

¿CUANTO DURARA LA GUERRA?

Wells escribió hace siete años un anticipo titulado "El Puesto de Roosevelt en la Historia". Dice lo siguiente:

"Creo que Roosevelt figurará en forma muy importante en la historia, como elegido por las circunstancias de su tiempo para marcar una época y probablemente también como coadyuvante para formarla. Creo que las gentes del año 2033 le considerarán como figura de importancia decisiva, como el Presidente Wilson, ya sea que le alaben o censuren. Ningún europeo contemporáneo, con excepción de Stalin y Lenin, iguala en importancia expositiva a estos dos presidentes americanos. Hitler y Mussolini son, en esencia, digresiones para el progreso del género humano, como el proceso de la política británica, centralizado en puntos secundarios. En cambio, Wilson y Roosevelt son figuras que están en contacto directo con los problemas vitales del mundo, que encierran este dilema: resolverlos o perecer".

Según la idea de Wells, Roosevelt pretende resolver los problemas de la desocupación, del colapso económico y del mejor reparto de la riqueza pública, mediante el equipo socialista del brain trust, o conjunto de cerebros excelso.

Así pensaba el profeta británico en 1933.

Estalló la guerra, la de Fichte, Nietzsche, Spengler y Hitler.

Las ideas de los filósofos germanos tienden a la reali-

dad trágica; se van haciendo actos.

Los jefes totalitarios no fían en los trusts de cerebro; norteamericanos. Tampoco alientan fe en las conferencias, como no sea para aprovechar mejor el tiempo. Solamente el imperio librará a Europa de la ruina. Un imperio total, capaz de atajar la ola de los países de color, superpoblados y mal pagados. El nuevo orden o imperio cesarista total, mediante la salvaguardia de las clases escogidas, no hará concesiones especiales a nadie. Sabrá imponer su voluntad, la voluntad de origen divino de las "minorías egregias". La democracia, según Spengler, acaba en desorden y bolcheviquismo. Solamente el imperio sabrá realizar la función histórica de unir al continente europeo: el sueño de Napoleón.

¿Cómo está formando Hitler el imperio cesarista? ¿Cómo se defiende de la ola de razas de color? Por lo pronto le vemos buscando la alianza de Rusia, de Japón, de España, después de contar con Italia.

Absurda hubiera parecido a cualquier filósofo de 1913 la profecía de una Alemania aliada de Italia y Rusia, con un pie en Francia y una mano en España.

Sin embargo, es casi una realidad. De Stalin se pueden esperar sorpresas. Los postulados del comunismo sobreviven en cenáculos de insignificantes apóstoles, mientras el amo de Rusia manda sus generales a pedir instrucciones en Berlín, des-

pués de conquistar parte de Finlandia y el Oriente de Polonia.

La conferencia florentina parece indicar a corto plazo la conflagración total y reparto de las naciones balcánicas, a saber: las costas rumanas del Mar Negro y Bulgaria para Rusia; Rumanía central para Alemania; Grecia y Yugoslavia para Italia. El mapa de Europa, como tablero sacudido por huracanes de fierro y fuego, se parte en pedazos. Turquía será relegada al Asia Menor; Rusia verá convertirse en realidad el sueño de los zares: "Decir misa en Santa Sofía".

Estos presagios son puramente momentáneos. Rusia tendrá su parte mientras las naciones totalitarias "blancas" no hayan desocupado sus manos. Esta guerra paradójica encierra tremendas incógnitas, sorpresas, absurdos, tejidos en hilos de circunstancias. Por ejemplo: Spengler designó convencionalmente con el nombre de razas de color, no solamente a los indostánicos y japoneses, sino también a los rusos, a los pueblos balcánicos y a los habitantes de las provincias meridionales de España e Italia. Para detener la decadencia de Occidente, según la idea spengleriana, hubiera sido bastante más grato a los germanos combatir al lado de los ingleses, de los noruegos, suecos y dinamarqueses, y no contra ellos. Pero Londres no acepta a Hitler; no le agrada; no cree en él. El británico asegura que no po-

drá entenderse con sus parientes germánicos; de ahí provienen sus negativas para unirse al carro victorioso de Berlín.

La negativa británica se ha enconado y reventó en la guerra actual. Entonces presenciámos este absurdo y a la vez lógico curso de los hechos: Alemania busca la amistad de Rusia, de Japón de España, para arrastrarles en la guerra germano-italiana de unidad europea. Franco ha ocupado Tánger; es un comienzo de repudio a la conformación anglo-francesa de Europa. No olvidemos que los germanos miran ya por encima de los Pirineos, desde Irún. Azaña ha sido enterado en Montauban junto con la democracia.

No nos hagamos ilusiones respecto a desenlaces pacíficos y rápidos de la guerra; ni tampoco demos demasiada fe a las victorias griegas en Albania.

Europa está en peligro, decía Spengler. Lo que no vió el historiador filósofo fué el abismo de incompreensión que debía separar, en la defensa de Occidente, a Inglaterra de Alemania. El escollo es fenomenal. Al no querer complicidad de ninguna clase en la creación del Estado futuro: imperial y cesarista, Inglaterra se pone heroicamente, tercamente, en una posición soberbia, aislada, temeraria, que produce escalofríos. Está sola frente a un mundo. No se podría negar la grandeza de su actitud.

J. F. B.

DE JOAQUIN EDWARDS BELLO

NULIDADES DE MATRIMONIO

Aparte de la universalidad del problema del divorcio, las causas de nulidad matrimonial, o violación de las leyes en nuestra tierra, contienen carácter propio.

En todas las regiones del globo hay casados que se hastían y anhelan cambiar. Alegan diversas razones, pero la principal consiste en cansancio y deseo de variedad. El pretexto número uno de los divorcios en Norte América consiste en el acharque de "crueldad mental". Las dos palabras antedichas encierran diversas formas de hostilidad casera espiritual, la que se manifiesta en puyas verbales, odiosidades premeditadas a la hora del baño, del desayuno, de las comidas, del recibo de visitas, de la hora de reposar. Las puyas, o crueldades prefijadas, comienzan cuando el marido decae en negocios y las comodidades flaquean en una casa pequeña donde es imposible no verse las caras a cada instante. Los ricos evaden esta clase de dificultades y pueden prolongar un estado poco amable en sus casas grandes, con cuartos de dormir y baños separados. Los pobres carecen de defensa; cuando la vida en común se vuelve intolerable entre pobres, uno de los dos se escapa, y deja los niños al cuidado de la parte que permanece en casa.

Entre personas ricas, y sobre todo entre millonarios, el matrimonio carece de sentido divino y eterno. Las santiguadas devotas, que echaron en cara sus divorcios a ciertas conocidas millonarias, no dejan de ir al cine, donde aparecen sus heroínas, las que fueron a Reno muchas veces en busca de nuevos maridos, codiciados como embellecos de la moda y de la sangre.

No solamente proceden así

las heroínas del cine. La propietaria del Woolworth, una tal Bárbara Hutton, se define a manera de moderna Diana, cazadora de maridos. Los prefiere extranjeros de la Europa central. He oído decir a personas trasahumantes que entre damas norteamericanas ricas salen a buscar hombres apuestos en Polonia, Rumania, Albania, Italia del sur. Se trata de un régimen ultramoderno de salud, llamado en lenguaje parisiense *la cure d'hommes*.

Algunas de entre ellas toman a lo serio estas curas y se casan con pequeños sátrapas danubianos, de esos que llevan alfargos como medias lunas en las cinturas finas. El ex rey Zogú era como mandado hacer para dicha clase de deportes venusinos. Miss Nash, famosa en la crónica de la alta sociedad neoyorkina, no desdénó a los gigolos de Buenos Aires, y en una de sus correrías arreó con el conocido elegante Camilo Aldao.

Bárbara Hutton, cuya fortuna se calcula en dos presupuestos anuales de nuestro país, casó con el príncipe Mdivani, atezado, fuerte y con ojos de culebra, lo que en Madrid llaman un "castigador". Poco más tarde llegó a Nueva York casada con otro, un tal Haugwitz Reventlow; para contraer con él hizo juramento de extranjería, perdiendo la nacionalidad de sus padres.

En los mismos días las humildes abejas de la venta, u obreras del Woolworth, se declararon en huelga. Alegaban escasez de salarios, y salieron en procesión por las calles neoyorkinas con letreos en las manos. Uno de los letreos decía:

Babs renounces citizenship but not profits.

lo cual quiere decir: Bárbara renuncia a su nacionalidad, pero no a las utilidades.

La vida de la gran sociedad norteamericana, que conozco por referencias y lecturas, es lo más asombroso del mundo actual.

Las norteamericanas, y también ellos, se casan y se descasan por naderías. Se trata de curiosidad. El matrimonio es una curiosidad, un deseo de posesión; la rica ve un abrigo en el escaparaté y desea tenerlo encima; ve un tulipán en el jardín y desea cortarlo. Se exacerba en ella el espíritu de posesión. No es que le repugne el marido anterior; es que desca ver lo que el otro tiene dentro, como en el juguete de su niñez.

Nuestro tiempo se compone de paradojas: de la producción, del parlamentarismo, del catolicismo, del oro, del pacifismo. La mayor cultura en el matrimonio trajo la menor durabilidad; la civilización trae consigo el divorcio. En Africa el vínculo es más sólido que en París o Nueva York. Tengo a la vista un suceso amoroso que ocurrió en Filipinas. Dice el diario lo siguiente: Un tal Angel Gabrillo trató de besar a la niña Paciencia Lantua, de 17 años. Esta le mató con un cortaplumas. El juez Pedro Sisón absolvió a la niña:

"Para una filipina, dijo don Pedro, el beso o el abrazo, aun en privado, tiene el mismo sentido de un ataque a aquello que constituye el más preciado tesoro de la vida".

Los países donde menos recurren al divorcio de casados son los patriarcales: España, Italia, Alemania, Turquía y las naciones asiáticas.

Cosa por demás curiosa, que anoté antes en estas columnas: el mundo en revo-

lución se ha dividido en dos porciones grandes y antagónicas: la patriarcal y la matriarcal, representada esta última por Estados Unidos de Norte América, Francia e Inglaterra. Sabido es que los científicos germanos dan a Francia, en catálogo de sociabilidad, el nombre de *Damen Nation*.

Vamos adelante. Las damas ricas en las naciones matriarcales buscan el camino del menor esfuerzo para gozar lo más posible en su vida, la que pretenden prolongar y hacer lo más grata posible. El lema es: conservarse bonita y delgada, lo que aquí llaman tener la línea, y que es concepto femenino de la belleza femenina, impuesto por modistas antes que por hombres.

No obstante, es curioso que las damas de países femeninos vayan a buscar sensaciones amorosas y maridos en países masculinos, patriarcales. ¿No es asombroso que una Bárbara Hutton, hija de una tierra con 130 millones de habitantes, vaya a buscar maridos a Europa y se haga llamar Mdivani, Haugwitz Reventlow?

En nuestra tierra la fuerte inquietud matrimonial y los "divorcios", o violaciones de las leyes, en los últimos años, obedecen a causas parecidas a las norteamericanas, en menor escala y vibración, además de otras que son peculiares de nuestra sociabilidad y la evolución.

Un caballero me decía: —Ya no les puedo preguntar a los amigos por sus esposas. Casi siempre hago plancha.

En efecto, de cien matrimonios hay noventa en descompostura.

Nos reservamos para otra crónica.

J. E. B.

¿QUIERE HACER UNA NOVELA?

En Inglaterra y Estados Unidos cultivan el relato y el cuento, o *short story*, a manera de deporte nacional. Millones son los cuentos o novelas cortas publicados en inglés.

El cuento británico tiene *plot*, esto es, trama. Roosevelt es autor de cuentos.

Hacer una novela, una verdadera novela, es otra cosa. La novela es el género máximo de la literatura. La gran novela producirá la sensación de revelar un mundo soñado, real, aunque no exista. El novelista expresará aventuras y situaciones que estaban en germen dentro de sus lectores. La gran novela es un ensamblaje de sueños y de vida posible.

"Si la vida es sueño, los sueños también son vida," declaraba Unamuno.

Gide cree que la literatura no es responsable de la catástrofe francesa. Cree que la literatura es fruto.

También podría modificar el fruto.

La novela no podría ser responsable de hechos, por cuanto se define a manera de adivinación de vida.

El escritor, en trance, no puede ser responsable de la vida que prevé o inventa por asimilación. El novelista ha de estar dolado de poder creador esencial para servir-se de su experiencia, de la observación, de las lecturas y viajes, siempre que posea capacidad de asimilación para dar cita a sus ideas y reunir las necesarias en conjuntos nuevos, alquitarados y originales.

No se pongan a hacer novelas los jóvenes escritores si carecen de fuerza digestiva natural para asimilar y abarcar conjuntos de vida, así sean soñados o reales; de otra manera no podrán dar novelas, sino espectros de lecturas, o imágenes detritadas, sin consistencia. El conocimiento del idioma, sus matices, el valor de las palabras y su variedad, son indispensables en la construcción de las novelas. El Verbo, esencia de la fábula, preside la magia de las ideas.

Libros con títulos de novelas salen por centenares a la publicidad; algunos, sin ser novelas, encantan, ya sea por

el vuelo de la fantasía de sus autores, por los temas irreales o la gracia con que fueron concebidos. Pero la novela, el libro clásico de construcción o reconstrucción de vida, con materiales reales y dispersos, no se puede confundir con los géneros extravagantes, por más seductores y geniales que nos parezcan.

Novelista es el creador que, sin retratar a ningún personaje exclusivo, da a los contemporáneos la sensación de sus inquietudes, de sus ansias, como si desdoblara y multiplicara sus almas en zarabandas de sueños. Novelista es el escritor que interpreta lo que de sus contemporáneos, infundiéndoles la sensación de hacerles recomenzar y repetir, de mover los punteros de las horas hacia atrás o hacia adelante.

La novela, hecha en otras novelas y no en la vida, se desvanece y pasa. El público no encuentra en ellas la interpretación que buscaba de los problemas personales. No se encuentra ni en persona, ni en paisaje. Esas mujeres de las novelas fraudulentas, esos jóvenes, esos paisajes, esas sombras que pasan, carecen de raíces en la realidad y en lo irreal.

Se desmoronan por eso, se desvanecen o caen lamentablemente, y los lectores comprenden que se trataba de ecos, de susurros, de rumores perdidos de otros seres distantes, cuya psicología no se conoce, ni apenas se entiende. De ello proviene el sinnúmero de papeles impresos, mal llamados novelas.

Para hacer un héroe de novela es preciso que ese héroe tenga su patria, su pasado, su psicología particular, su carácter propio. La más insignificante actitud de los héroes de las novelas debe provenir de raíces profundas del pasado, de las costumbres, de la genealogía, de las tradiciones, de la historia.

Todo lo demás será falsificación, imitación, bagatela insustancial.

Ni un solo gesto, ni una sola palabra pronunciada por héroes de novelas, ni una

sola decisión tomada, deja de provenir de trabazones continuas en la historia y en la eternidad hacia atrás.

Por ejemplo: cuando un autor quiere poner en su novela una patrona de la clase alta, no podrá hacerlo de manera viva y auténtica si no conoce la historia de las mujeres y de la mujer chilena, desde Inés de Suárez y la Quintrala, por cuanto hubo en la mujer de nuestra tierra fenómenos conceptivos diversos de los de Europa, de Norte América y de Asia. Hubo, entre otras causas de diferenciación, las castas, las encomiendas, la conquista, la sumisión, la justicia unilateral, las enfermedades nerviosas del trasplante y aclimatación.

Cuando un chileno se encuentra delante de una mujer bonita que le agrada, su expresión no es la misma del francés ni del británico, ni del norteamericano; cuando se le declara, mucho menos. Más que a ningún ser de la tierra se parece al zángano frente a la reina de las abejas, y esto proviene del trauma colonial, del matriarcado. La actitud de mujer a hombre, a la inversa, es de dominio, con algo de desprecio. Cuando la patrona chilena pide el pan o la sal a su criada, ya se diferencia de la europea, por cuanto, sin quererlo, su voz de mando es la inficionada de mestizaje, con sus granos de sadismo y absorciónismo.

Las actitudes nacionales de todos los días podrán parecer insignificantes y vulgares a nosotros de tanto conocerlas; sin embargo, no son así, y es en ellas donde se afirma la diferenciación y originalidad de nuestros caracteres.

Recordemos a Raskolnikoff, en la famosa novela de Dostoiéwski.

Se trata de un espectro, de un héroe de novela, de una ilusión de hombre, lo cual no quita que sea ruso, más firme y real que muchos rusos de carne y hueso. En efecto, el novelista multiplica las dimensiones de los seres y las cosas, de las pasiones y las virtudes, que también son pasiones. Raskolnikoff es un derivado de la tiruquencia eslava y, como su padre, no nace de por sí, en el aire, sino que nace sus raíces profundas en la vida real rusa, y también en la literatura, en Puschkin. La tradición literaria contiene un sentido directo de paternidad en todos los géneros del pensamiento. Sin Puschkin no habría Dostoiéwski; sin Flaubert ni Balzac no habría Proust. El pensamiento, a manera de eslabón mental, no sólo modifica a los lectores, sino a las masas populares; la mente de los escritores crea vida futura, y por ello cada obra grande en literatura es, mal que pese a los peores iconoclastas, un proceso de continuidad mental, de transformación y de porvenir.

El verdadero escritor influye en los contemporáneos y en la época hasta el punto de variar la vida futura. Dicho fenómeno proviene en parte de previsión de lo evolutivo y en parte también de la sugestión que en los públicos ejercen los escritores creadores.

Antes de hacer novela chilena no basta conocer a nuestros clásicos y la historia; mejor sería conocer las obras maestras americanas, que sirven al que no viajó o no puede viajar, para contrastar personajes, paisajes y situaciones.

Me atrevería a recomendar una selección de obras indispensables: Zapiola, Pérez Rosales, Vicuña Mackenna, Blest Gana, Allende Sotomayor, entre los nacionales del pasado. Las novelas brasileñas de Aluizio Acevedo, de Graça Aranha y Monteiro Lobato; las argentinas de Mármol y Sarmiento, de los modernos, asimismo; las tradiciones peruanas; las obras de Maine Reid, Hudson, Keyserling, D. H. Lawrence; de Mariano Azuela, de Gallego, de J. E. Rivera. Entre los científicos, Darwin, Bougainville, Hudson.

¿Con qué derechos me pongo a dar consejos? ¿Soy acaso un vanidoso? ¿Un suficiente? No.

Hasta el momento no me satisface nada de lo que inventé en la novela. Nada.

J. E. B.

DE JOAQUIN EDWARDS BELLO

UNGÜENTO AMARILLO

En el asunto de las divisas se ha podido apreciar el daño que acarrea la costumbre de colocar amigos o correligionarios en ciertas dependencias públicas. Nos referimos a la colocación de amigos o correligionarios, no porque sean capaces ni porque hayan revelado méritos en el desempeño de las funciones a que les dedican, sino por ser amigos. Supongamos a un señor que hubiera sido a ratos comerciante en frutos del país y tuviera un amigo de las esferas del Gobierno. De pronto este amigo va y le dice:

— ¡Alégrate! Vengo a proporcionarte un puestecito holgado, fácil, de eufonia emocionante. Nada menos que Inspector de Rejas y Umbrales de Cajas Públicas. Tu ocupación principal consistirá en cobrar a fines del mes.

— ¡Magnífico! Un abrazo.

El comerciante dirá que si se frota las manos y su nombre aparecerá escrito en las columnas del Diario Oficial.

Se trataría de una "pega". Esta horrenda palabra moderna del argot político significa canongía, esto es, una invención de cargo burocrático sin efectividad en la acción nacional, pero sí en las arcas del Fisco. Las "pegas", o cargos inútiles, inventados para premiar servicios electorales, o servir a los amigos y parientes, empobrecen al pueblo, por cuanto contribuyen a disminuir el valor del peso, pero no son tan peligrosas como las "pegas"

con mando efectivo en los diversos órdenes de actividades funcionales.

En los últimos años ha sido nota corriente la distribución de puestos públicos de difícil manejo en personas que no entienden absolutamente nada. Así, por ejemplo, dos de los caballeros a quienes llamó el juez señor Bianchi Tupper para que declararan en el asunto de las divisas, no tienen mayor culpa que la de haber aceptado, a manera de regalo fiscal, puestos que no correspondían en absoluto a sus actividades, a su experiencia y conocimientos. Estos caballeros no sabían una palabra de divisas y eran capaces de confundir una letra de exportación con un *prior security bond* u otro documento parecido, propio de la manigua comercial y bancaria. Cuando les hablaron de disponibilidades, se quedaron como quien ve fantasmas. Los inocentes caballeros habían permanecido al margen de las majamamas y malabarismos de los linceos que ahí les llevaron de adorno con sueldo.

En nuestra capital encontraremos invariablemente algunas docenas de caballeros por el estilo. En España dirían de ellos que son como el unguento amarillo. Sirven para todo.

Armarse en la lucha por la vida es lo más natural del mundo, y pocos serán los desdichados si un "palo grueso"— otra horrible palabra— se acercara para ofrecerles un puestecito.

El algunas ocasiones, y don

J. B. Rossetti nos dió el ejemplo, es preciso manifestar el heroísmo de la negativa. Suponiendo que la lepra del favoritismo se adueñara de la Armada y que fueran a ofrecerle el comando del *Latorre* a un martillero público. El caso parecería monstruoso al menos entendido en barcos y en disciplina, por tratarse de una institución como, ésa, requerida de técnicos derivados de larga experiencia profesional. Sin embargo, cualquiera actividad organizada del mundo, aunque su personal no provenga de una escuela especial, ha debido formarse una escala de valores, de menor a mayor, en la experiencia y los ascensos sistemáticos. Ausentes de las virtudes de la eliminación y del estímulo, es muy difícil que puedan prosperar las diversas ramas que constituyen a una colectividad fiscal. Nada se improvisa. Ni el orador, ni el político, ni mucho menos el funcionario que en cualquier forma es destinado a salvaguardar el tesoro de todos.

Lo que en el caso del *Latorre* levantaría tempestades de protesta, es corriente en otros órdenes respetabilísimos de las actividades nacionales.

Al político, acuciado por el afán de regalar, le aconsejamos que tome ejemplo del pobrecito de Asis, se saque la capa y la ponga en los hombros helados del amigo. ¡Sí, pero los otros hicieron lo mismo!

Ya vemos la excusa.

J. E. B.

EL HAMBRE

¿Sería posible aprovechar el hambre a manera de propulsor de alegría?

¿El hambre?
Sí, señores. ¿Acaso el hambre no mueve al pobre mundo?

¿Hambre de qué?
Hambre de todo.

Me contaba un caballero que su hijo le pidió para Pascuas un meccano, y él le dijo:

— Yo no puedo comprarte un meccano.

El niño rompió a llorar:
— Mi amigo tal tiene un meccano — dijo entre sollozos.

— Sí. Pero el padre de tu amigo es rico y yo no lo soy.

El niño continuó llorando, pero no supo que su padre, en el momento de excitar el hambre del meccano, estaba preparando su felicidad futura. En efecto, el mundo marcha en alas del deseo, eso que los franceses llaman *envie*, y que en el fondo se podría traducir en envidia. Cuando dejemos de tener hambre, o deseo, mejor valdría morir. Ello implicaría el fin de la ambición. Ortega y Gasset ha escrito lo siguiente: "El camino es mejor que la arribada". Uno sale por la mañana de este mes de septiembre y pasa por avenidas donde los duraznos en flor semejan arboles de tierra, y sigue andando feliz y contento, y mira hacia adelante las nieves de la cordillera y los caminos que se prolongan a ella, verdeantes y promisoros. El paisaje es magnífico y podríamos seguir andando y andando hasta el momento en que una mesa, preparada de antemano, llenara nuestras entrañas e hiciera funcionar en las vísceras los jugos gástricos. La necesidad zoológica de nutrir el cuerpo mataría todo el frescor y la ilusión de la mañana de primavera. ¿Por qué? Porque habría matado la mayor ilusión orgánica de todas: el hambre. Este mandato de alimentarnos, esta fatalidad biológica y natural, ha quedado desvirtuada en la vida moderna por el hecho de que nos alimentamos casi siempre a horas fijas y con materiales que no hemos buscado nosotros ni preparado nosotros. Entonces la satisfacción del hambre, o hartura metódica, se vuelve un vicio y no una función natural histórica. La comida en la vida primigenia, u origen de la vida, constaba de fuertes etapas: la salida matinal, la vista de la presa, la cacería, el reclamo de las entrañas vacías, el escogimiento del sitio propicio para encender la fogata, el aire, el sol, la lucha, en fin.

El hombre buscaba su alimento y lo preparaba con sus manos. En los primeros capítulos de su obra "El Hombre y la Técnica", Spengler se empeña en probar que el hombre es un animal de rapina. La sola diferencia entre el *homo sapiens* y el chacal, el lobo, el león, el elefante, consiste en la técnica que emplean unos u otros para rapiñar. La técnica del hombre es instintiva, como la del lobo, solamente más perfeccionada mediante instrumentos y mecánica debidos a su espíritu creador, mejor dicho, a su enfermedad llamada civilización. El idioma, según Spengler, es consecuencia de la técnica que el hombre inventó para vivir en sociedad y devorar de manera cómoda.

Esta técnica tiende a degenerar al hombre aun más, esto es, a apartarlo de las fuentes naturales del vivir. Las ciudades son aglomeraciones de hombres que se habitúan a satisfacer su hambre a horas fijas, mediante métodos y horarios establecidos, sin trabajos previos. El matancero despoja, escoge y vende al carnicero, que vende, a su vez, a la cocinera y a la población de la ciudad, que aguarda sentada alrededor de las mesas para devorar. De esta manera perdemos la noción de los trabajos activos y saludables, secundarios. Perdemos la sensación biológica del hambre.

El ser civilizado de ciudad es un ex hombre, un producto cobrado y doméstico, no natural. Su relación con el hombre primitivo y selvático es la misma que va del cerdo al jabalí, del cardo a la alcachofa.

¿Hay algo más interesante que un rostro ansioso, ya sea de amor, de alimentos, de cosas de este mundo?

¿Hay algo más repulsivo que el rostro somnoliento de un ser repleto, en vías a la digestión?

El amor es hambre. Hace años cantaban en el Chatelet de París esta canción jocunda: *C'est l'amour qui mène le monde a la ronde... c'est l'amour qui fait que la terre soit ronde...*

Bien. El niño, deseoso de obtener el meccano, se encuentra delante de la firme decisión paterna de no dárselo. ¿Por qué? Simplemente porque el padre conoce mejor la vida.

El deseo, el hambre del meccano hará más feliz a su hijo que la posesión del mismo. Si se lo diera, no tardaría en verle jugando con un carrete vacío de hilo, una cajita de fósforos y un par de jarilla de papel.

Entonces nos decimos: ¿podrán ser felices estas gentes de las ciudades, estos cientos de miles de personas que todos los días, a las mismas horas, encuentran las comidas servidas en un cuarto obscuro de sus casas llamado comedor, por una criada, a la que entrega los platos humeantes una cocinera, la que a su vez fué a comprarlos en el mercado, a donde los habían llevado los vendedores, los abasteros, los carniceros, los hortaliceros, los echeros y los carniceros?

No. Esta gente no puede ser feliz más que por momentos. Después de comer tres o cuatro platos, sentirá pesadez, gases, sueño, indigestión, ideas negras. Durante la comida no hablará de la naturaleza, sino de enfermedades, de herencias, de entretros.

Estas gentes de las ciudades, estas personas obsesas que pasan en automóviles, están enfermas de no sentir hambre, de no saber lo que es el pedido profundo de las entrañas, de no necesitar combustible, grasas, alúminas, líquidos, vitaminas de todas clases. Esta gente esponjada de las ciudades está enferma de haber dominado, sin tener conocimiento alguno de ello, a la manigua, al campo, a las especies zoológicas inferiores, a las hortalizas de que se vale para seguir vegetando.

A estas gentes opíparas y comodonas de las ciudades les convendría someterse a curas de hambre y de pobreza.

Vamos a ver. ¿Qué nos diría un comilón a horas fijas si le propusiésemos que se redujera un mes o dos a vivir modestamente como un empleado? ¿Qué nos diría si le propusiésemos que saliera por las mañanas a buscarse el alimento para prepararlo y cocinarlo por sus propias manos?

La catástrofe europea es un problema de hambre.

Guerras del arenque, del opio, del diamante, del salitre, del guano, del petróleo.

Londres, sin carne, se siente mejor. ¡Muy bien! A ver si una dieta de arroz durante dos años lograría poner de acuerdo a Mahatma Gandhi con la historia.

Los hombres no son muy malos ni muy buenos. Menos malos que buenos. Nadie nace malo. El espíritu definitivo de un hombre atacado podría parecer maldad. La guerra actual se define en el más terrible problema de incompreensión.

Vamos a ver: ¿Dónde está la sensación de hambre verdadera? ¿Quién tiene más hambre?

B. CRÓNICAS DE HERNÁN MILLAS

SEMISERIO

HERNAN MILLAS



Se cortó la leche

Entre las deficiencias de la educación se puede incluir la tendencia de algunos profesores de enseñarles a los niños que las vacas producen la leche y que las gallinas producen los huevos.

Cuando ya son adultos y leen que los productores de leche o de huevos dieron una conferencia de prensa, no atinan a comprender.

En cuanto a la leche, tal vez sería adecuado hablar de los dueños de las productoras de leche, ya que lecheros es otra cosa. Estos últimos son los encargados de despertarnos.

La queja de este sector de la economía es que las autoridades económicas no los consultan.

Es posible que el equipo económico con la mejor buena fe no los llame, debido a que también participan de ese equívoco infantil, y consideran inoficioso ir a pedirles su parecer.

Los propietarios de las vacas lecheras expresan que la rebaja del arancel que grava a la importación de leche en polvo ocasionará un daño a la actividad lechera nacional. Y, en consecuencia, también a sus representadas.

Como la posición de la SNA es bastante conocida, quise saber el punto de vista de un economista partidario de esa medida. Creo que nadie más representativo que un economista de Chicago, y de

sus mandos medios, puesto que él sólo alcanzó a cursar un semestre.

—Estimo —comenzó diciendo— que es preciso incentivar las importaciones y en especial en aquellos rubros que estaban un poco decaídos, como éste de la leche. Además se pasa a cumplir con una finalidad social.

Y explicó su interesante teoría:

—Conviene desviar el interés por la importación de suntuarios. Los mismos que hoy critican que se traen demasiados autos, televisores y whisky. ¿qué dirán ahora que se trae leche? Así vamos a una redistribución en las importaciones con un criterio social que no haga exclusiones.

Redondeó su pensamiento:

—No todos los chilenos pueden disponer de 250 mil pesos para importar un auto. Pero sí de 10 mil pesos y estarán en condiciones de importar una tonelada de leche. Hasta los del empleo mínimo podrán "hacer una vaca" y recibir leche. Es la sublimación de las importaciones.

Respecto a la inquietud por el porvenir de las lecherías chilenas, no se alarmó.

—La agricultura chilena —dijo— cometió idéntico pecado que la industria nacional, que se puso a fabricar los mismos artículos que se elaboran en el extranjero. Olvidémonos del trigo, las viñas, la ganadería. Tengamos más imaginación.

—¿A qué cree usted que debe orientarse nuestra agricultura?

—A los productos no tradicionales. ¿Sabe usted cuánto están pagando en Alemania por la rosa mosqueta y el boldo? Es cuestión de probar con la murtilla. La chirimoya tampoco se da en otras partes.

Como conclusión de su teoría, expresó:

—Hay que terminar con una agricultura que no puede competir con los precios internacionales y que está sujeta a las contingencias de la naturaleza.

Tuvo sólo una duda:

—Habría que pensar qué hacer con el campo, porque sobraría mucho. Tal vez podría dedicarse al turismo. A los extranjeros les encanta ver huasos.



Crítica de televisión



En la misma línea de *La pequeña casa en la pradera* y *Los jóvenes pioneros* se desenvuelve *Libres para elegir*, la nueva serie de Televisión Nacional.

Es decir, se trata de una nueva serie rosada, emotiva, tierna, sin violencia ni sexo.

En la primera película, presentada el año pasado, Laura Ingalls refería las vicisitudes de ella, su marido y sus pequeñas hijas, en un pueblo del Oeste norteamericano a mediados del siglo pasado.

En la siguiente, su hija Rose contaba cómo ella, recién casada, fue con su marido a establecerse como colonos en Dakota, entonces territorio desolado.

Ahora, Milton Friedman, al parecer su nieto (en el primer capítulo esto aún no se aclaraba), hijo de una

costurera, va reviviendo la existencia de su madre y los problemas que él debe afrontar.

Pero, ¿se consigue el tono humano, sensible, de las series anteriores?

Posiblemente el personaje carezca de la simpatía de los anteriores.

Da la impresión de ser un tipo muy metalizado, a diferencia de sus antepasados.

Basta recordar que la pequeña Laura sufría el menosprecio de una compañera de colegio, hija del comerciante del pueblo, quien la humillaba por su pobreza.

El telespectador llega a pensar que este Friedman sea descendiente de esa antipática niña y no de Laura.

Los problemas que le afectan carecen de la humanidad y la simpatía de las series citadas. Sin ir más lejos, en *Los jóvenes pioneros*, David ha conseguido a duras penas proporcionararle un modesto hogar a su esposa que espera un hijo. Sin embargo, una plaga de langostas destruye su primera cosecha y se ve obligado a abandonar a Molly para ir en busca de dinero. Y deberá pedirselo a individuos bastantes indiferentes por la desgracia ajena. En cambio, este Milton no sufre de esas aflicciones. Lo único que le preocupa es si debe comprarse una corbata verde, café o de otro color. Y proclama su dicha porque dispone de suficiente dinero para adquirir la que le guste más. "Cuando yo compro esta corbata" —exclama— "estoy votando por ella".

Esos son los valores de este personaje, cuya voz está doblada por el mismo actor que se utiliza para J. R. Ewing, el detestable personaje de la serie *Dallas*.

Quizá ésta sea la razón por la cual Friedman pueda resultar más antipático que lo que quisieron marcarle los argumentistas.

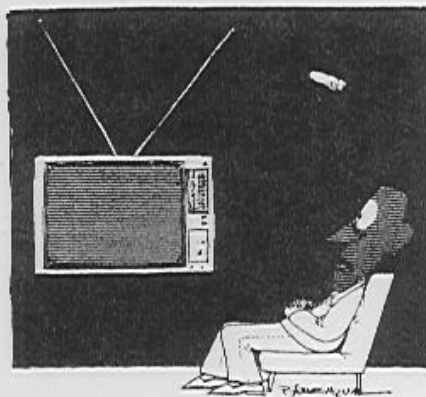
Este Friedman más bien parece arrancado de la serie *Los traficantes del dinero*, que diese la misma televisión.

Hay una escena en que lo muestra por completo. El personaje se encuentra en Hong Kong y excusa, y hasta celebra, las condiciones inhumanas en que trabajan unos obreros, diciendo que como contrapartida tienen asegurado su salario. Tal vez si el patrón mejorase las condiciones higiénicas del taller, no podría competir en el mercado con una producción barata.

En cambio, resultan bastante simpáticos y convincentes los personajes con los cuales polemiza este Friedman.

La serie, de diez capítulos, tiene su cierto suspenso: ¿por cuál corbata se decidirá Friedman? ¿Morirán de alguna infección esos operarios de Hong Kong?

Este jueves puede aclararse.



Un gran año

Fue, como bien se anticipó, el año del despegue.

Los logros económicos marcaron este 1977, porque permitieron cumplir todas las metas programadas.

Es cierto que el precio del cobre favoreció la política económica. Ya en diciembre de 1976, de regreso de un viaje de estudios de mercado por Europa, ejecutivos de Codelco afirmaron que sin temor a equivocarse el precio del cobre superaría el dólar, acercándose incluso al dólar y medio. De ahí que no extrañase que el precio promedio del año alcanzara a un dólar 35.

En cuanto a las inversiones extranjeras, quedó demostrado el acierto de haberse retirado Chile del Pacto Andino. El economista experto, Adelio Pippino, con notable perspicacia señaló en su oportunidad que ese malhadado Pacto estaba frenando la llegada de capitales extranjeros. Los resultados están a la vista: 45 mil 700 millones de dólares llegaron al país, dando vida a ocho mil 343 industrias. El efecto fue reducir el desempleo al 2,1 por ciento, incluyendo a los que buscan ocupación por primera vez. En algunos rubros se produjeron dificultades por falta de mano de obra.

El fin de la inflación es otro de los triunfos. Aunque el ministro de Economía dijera en 1974, al iniciarse la política de *shock*, que para este año la inflación alcanzaría al cero, factores externos (el alza del petróleo, el *affaire* Zeffirelli, la caída de la ebonita) determinaron que el IPC llegará al 3,2 por ciento en doce meses.

La gran afluencia de capitales determinó la disminución de las tasas de interés. No obstante que en Estados Unidos y Europa alcanzan un promedio anual de un cinco a un seis por ciento, el nueve alcanzado resultó bastante positivo.

En el aspecto social, sin restarle méritos al nuevo Código del Trabajo que entró en vigencia, lo que más impacto causó en el año fue la promulgación de la Reforma de la Previsión. Como bien expresó un dirigente del Frente de Unidad Laboral: "Se consiguió lo que los políticos no lograron en tantos años". El rompecabezas de 35 Cajas de Previsión con 50 regímenes distintos fue reemplazado por una docena de ágiles y automatizadas Corporaciones de Seguridad Social. Otras Corporaciones de Salud complementaron sus eficientes servicios. El primer efecto práctico de

la Reforma es que ningún jubilado recibe menos de cinco mil pesos.

En las exportaciones se demostró el acierto del presidente del Banco Central en su juicio que más valía exportar melones que incentivar rubros de la precaria industria nacional. Esto motivó el celo de los funcionarios, llegándose a exportar 487 millones de cajas de melones.

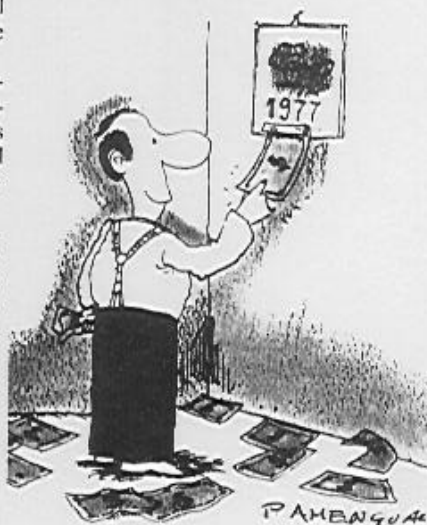
La construcción adquirió un auge excepcional, permitiendo la entrega de 265 mil 341 viviendas sólo en el Área Metropolitana. Hay que admitir que se ha producido un problema con numerosas casas deshabitadas, pero será transitorio a medida que van siendo erradicados los moradores de viviendas antiguas.

En lo internacional no hubo sorpresas. Ya diversos ministros que viajaron al exterior, y los embajadores, habían manifestado que la imagen del país cambió por completo.

Como evidencia que 1977 marcó el año del milagro chileno fue que los trabajadores pudieran recibir una bonificación de Navidad de cien dólares por carga familiar. Además, por cuenta del Estado, se premió con vacaciones a varios dirigentes.

Aunque hoy estamos a 28 de diciembre, y faltan todavía tres días para el término de 1977, se puede asegurar que fue un gran año.

Una pena que se nos vaya.





Tiempos felices

La partida a provincias de centenares de familias, donde el gobierno informa que les esperan trabajo y vivienda, motiva reflexiones a una dama.

—Pienso —dice— que el chileno es bastante egoísta. Porque no hay explicación posible al hecho que en varias regiones hubiesen guardado el secreto que allí no existía el desempleo.

Señala que, de no ser por las "tomas", esa reactivación de las provincias no se habría sabido. Además, tuvieron que ser los intendentes los que hablasen.

Es de imaginar la sorpresa que se llevaron estos intendentes al conocer el drama de la capital.

—¿Cómo pueden ocurrir esas cosas en Santiago! —tienen que haber dicho—. Por lo que cuentan, han tenido que crear un asunto que llaman el PEH y otro que denominan el POJH para ayudar a esta gente. Y, mientras, nosotros estábamos en otro mundo.

Rápidamente informaron a su colega de la Región Metropolitana, para que les enviase cuantas familias pudiera. El hecho más notable ocurrió con el intendente de la Cuarta Región, porque en el pasado se consideraba a esa zona como la de más extrema pobreza del país. El gesto es allí más hermoso y comprensible, pues Coquimbo, Ovalle, Illapel, conocieron en tiempos idos el flagelo de la miseria.

Algo parecido sucede con Concepción, que supo hasta de marchas de cesantes. Hoy piden que por favor les en-

vien 600 o más familias.

Un penquista expresa: "Es una cruel paradoja. En Penco y Tomé existen incluso industrias que están paralizadas porque no encuentran obreros".

Claro que surgió la pregunta ¿por qué esa incomunicación tan grande, que permite que a 500 kilómetros de Santiago ignoren que en otras partes existe pobreza? ¿O sería egoísmo para evitar que la mano de obra se depreciara?

Me comuniqué con un serenense que me manifestó:

—No hay tal egoísmo. Aquí sinceramente nos conmovimos cuando nos enteramos de que en Santiago verdaderamente existía desempleo. Nos dijimos: "¡Y uno aquí en la abundancia!".

—¿O sea, ustedes no estaban enterados?

—No, es que aquí sólo llega Televisión Nacional, y uno pensaba que el resto del país era un paraíso.

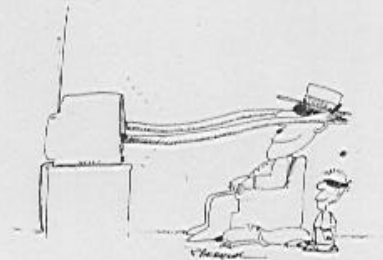
—Sin embargo, ustedes aparecen en las estadísticas con tanta o más cesantía que en la capital.

—Eso es sólo para disimular. Además sirve para que envíen más recursos.

Un atacameño, por su parte, manifestó que para ellos era una bendición que les enviaran estas familias.

—Precisamente empresarios estaban haciendo gestiones en varios consulados para importar mano de obra.

Ahora, hasta ser relegado a provincias va a ser una oportunidad.



HERNAN MILLAS



La hoyocología

Con bastante beneplácito se recibió la noticia de que serán erradicados todos los hoyos de las calles.

Un funcionario municipal expresó que la medida se retrasó debido a dos factores.

—Se estimó conveniente —dijo— que finalizara el mes de la montaña, ya que algunos hoyos, como los del Paseo Ahumada, servían para el entrenamiento de los andinistas novatos. Varios de ellos estarán ahora en condiciones de escalar el Tupungato y el Ojos del Salado.

—¿Y la otra razón?

—Los importadores de autos japoneses querían terminar un estudio acerca de su resistencia a los hoyos santiaguinos. Se ha podido comprobar que el tren delantero y el diferencial, especialmente, les aguantan hasta un mes y medio, lo que es mucho.

Luego un experto en hoyos pasó a explicar los detalles más hondos. Invitó a los periodistas a acompañarlo a terreno, es decir a los hoyos, para que le fueran entendiendo mejor. Exhibió un cuenta-hoyos a transistores, un portento de la industria nipona, con hueco-memoria, y cuyos datos estaban procesando.

—Pero ya podemos adelantar algunos resultados —manifestó—. El índice selectivo de los hoyos receptivos, y que representan a la cavidad que capta a un vehículo o a un pie humano, alcanza a los 191 mil 456. Esa cifra de depresiones hay que descomponerla en tres subniveles: 835 de una gran penetrabilidad, como el de Santa Rosa con San Joaquín, y con capacidad para tres vehículos; 84 mil 234 hoyos que podríamos situar en los mandos medios, y el resto, que son hoyos subdesarrollados, aunque con cierta expectativa de crecimiento.

—Supongo que ahora que disponen de esa especie de gráfico del mercado de los hoyos será más fácil taparlos.

—No es tan sencillo —replicó el experto—, porque es necesario realizar un estudio de factibilidad.

—¿Con qué objeto?

—Necesitamos saber toda la coyuntura de los hoyos. Precisar cuáles son los antihoyos, o sea la superficie que quedó a nivel.

—¿Y qué se consigue con ese dato?

—Es algo muy importante, porque en caso que la superficie aparentemente a

nivel sea inferior, todo cambiaría. Pien- sen, por ejemplo, que los hoyos abar- quen un área de 700 mil metros cuadra- dos, y los no hoyos sean únicamente 300 mil.

—Cierto. En tal caso más valdría repa- vimentar todo.

—No, no —exclamó el funcionario ex- pecto—. Querría decir que el nivel se trasladó al fondo de los hoyos. Hay que respetar a las mayorías. Entonces se cavarían los no hoyos. Esa fue la feliz solución que se le dio al camino costero en Isla Negra. Se prefirió retirar el es- caso pavimento que no tenía hoyos. Ahora todo es un extenso hoyo estabili- zado.

El hoyólogo hizo otro anuncio impor- tante.

—En cuanto a los grandes hoyos, éstos podrían convertirse en estacionamien- tos subterráneos. Incluso los de algunas calles permitirían establecer otra línea del Metro. Como ocurre con esta caaaaaaaa...

Lamentablemente él no pudo prose- guir su profunda explicación.

Informaron en el Traumatológico que, felizmente, ha experimentado una franca mejoría.



Prácticos

HERNAN MILLAS

Muy buena la idea que ha tenido la Municipalidad de Providencia. Junto con anunciar las nuevas modificaciones del tránsito ha comunicado que dentro de pocos días entrará a funcionar el servicio de prácticos.

A primera vista, esto resulta incomprensible.

-¿Y qué van a hacer esos prácticos?

-Prestarán la misma utilidad que en los canales del Sur. Toda nave debe embarcar a un práctico que lo conduce por los lugares peligrosos.

Pasa a explicar que con los últimos cambios en el sentido de las calles es un riesgo muy grande aventurarse sin un práctico. De ahí que se haya pensado en la obligatoriedad de llevar a un experto.

-¿Y cómo van a operar?

-Los prácticos se van a situar a la entrada de las calles que tienen nuevo sentido. Por ejemplo, usted entra por Pocuro de bajada, hacia el centro. Allí necesariamente deberá entregarle el volante al práctico.

-¿Es tan indispensable?

-Por cierto. Diez cuadras más, en Los Leones, vuelve a cambiar el sentido del tránsito y Pocuro sólo es de subida. ¿Qué haría usted cuando se enfrenta al cartel; "No entrar"?

-Muy sencillo. Doblo por Los Leones hacia Bilbao y sigo por allí...

-Imposible. En Los Leones un cartel prohíbe virar a la izquierda...

-Ah, entonces doblo por Los Leones hacia Eliodoro Yáñez y tomo...

-No, menos. En la esquina de Eliodoro Yáñez un letrero prohíbe virar a la izquierda.

-¡Chupallas! Entonces continuó por Los Leones hasta Providencia y por ahí salgo.

-Pero ¿de dónde viene usted? Los Leones está cerrada pues se construye un paso bajo nivel.

-La verdad es que...

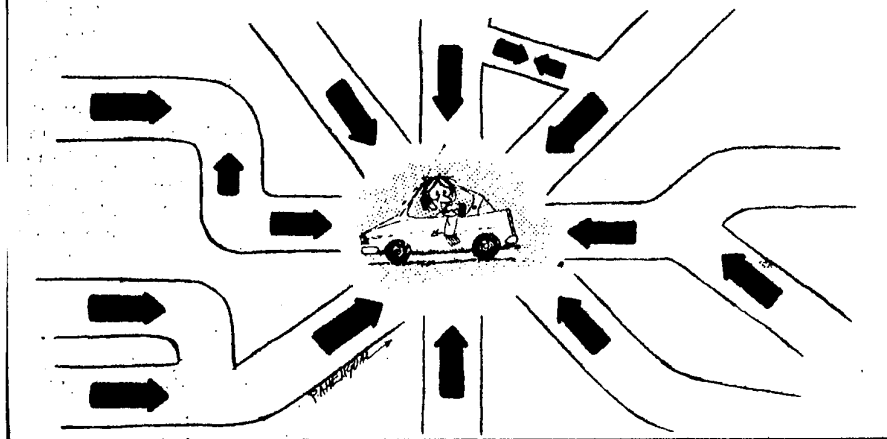
-¿Se da cuenta de la necesidad de un práctico? -dice triunfante.

Y todo es un intringulis. José Manuel Infante, de sur a norte, en una cuadra desde Providencia hasta Eliodoro Yáñez, y de norte a sur en la cuadra siguiente. Eliodoro Yáñez (¡pobre don Eliodoro!), de poniente a oriente, una sola cuadra, desde Providencia hasta Infante, y de oriente a poniente, el resto. Providencia doble sentido desde la plaza Baquedano a Carlos Antúnez, de oriente a poniente desde allí a Los Leones.

Me queda la duda acerca de cuál es la conveniencia de complicar tantísimo el tránsito.

-Es para economizar combustible, igual que la prohibición de desplazamiento nocturno -manifiesta-. Así se le quita todo incentivo al uso de los autos particulares. ¡Quién se va a atrever a usarlos!

A Carter no se le habría ocurrido algo mejor para resolver la crisis energética.



La elección del color



La disposición del Ministerio de Transportes que permite a los taxis quitarse el luto, no es un asunto tan sencillo como se supone. Nada de que un taxista vaya a un garaje y diga, por ejemplo, "píntemelo de azul".

No. Los taxistas, al entrar en el mercado de colores, precisan cumplir con determinadas normas. Es necesario ir a la institucionalidad de los colores.

De este modo, se dictaminó que sólo las asociaciones, sindicatos y empresas de taxis podrán decidir qué color llevarán. Y el color favorecido deberá recibir la aprobación del Ministerio. Un grupo de expertos cuidará que los colores no atenten contra el orden y el buen gusto.

Son ya varios los sindicatos que empezaron a discutir los colores posibles.

—La lucha se presenta bastante reñida —me dijo un dirigente—. Hay cinco candidatos. Y eso que dos, el amarillo limón y el naranja, se retiraron. El primero le cedió sus fuerzas al verde mate, y el segundo, al rojo italiano.

—¿O sea, existe toda una campaña?

—Sí, aunque el ideal es que al final salga un color de transacción.

Respecto a cómo designarían el color, me expresó:

—Como eso significa una elección, y éstas se encuentran prohibidas, deberemos solicitar una autorización especial.

Pero un funcionario me adelantó que el permiso no se podría otorgar.

—Esto del color —dijo— se puede prestar para romper el receso político. ¿Quién no dice que algunos pretendan levantar la candidatura de determinado color!

Le asistía toda la razón.

—¿Y cuál podría ser el procedimiento a seguir?

—Tal vez habría que proceder en la misma forma que se emplea para la designación de la directiva de un sindicato. En este caso se propone una terna con los colores más antiguos.

Pero en el Ministerio de Transportes un funcionario dio a conocer una idea.

—Como en la región metropolitana existen 24 sindicatos de taxistas, bastaría con adoptar las 24 tonalidades del espectro solar. Por sorteo se determinaría a quién le toca cada color.

Por su parte, un dirigente de una Junta de Vecinos expresó su opinión:

—Pienso que los colores deben tener cierta relación con la comuna. Así, el Sindicato de Las Condes debería buscar colores heráldicos, como el azur, el gules, el sinople y el púrpura. El de Viña, utilizar flores y gaviotas.

Estimé indispensable consultar a un entendido. Un colorólogo expresó:

—Hay que pensar en el efecto que doce mil taxis van a presentar en la ciudad. Es la gran oportunidad de alcanzar una consonancia siquica. Los colores deben ser sedantes y entretenidos, para lograr un más rápido y placentero paso del tiempo.

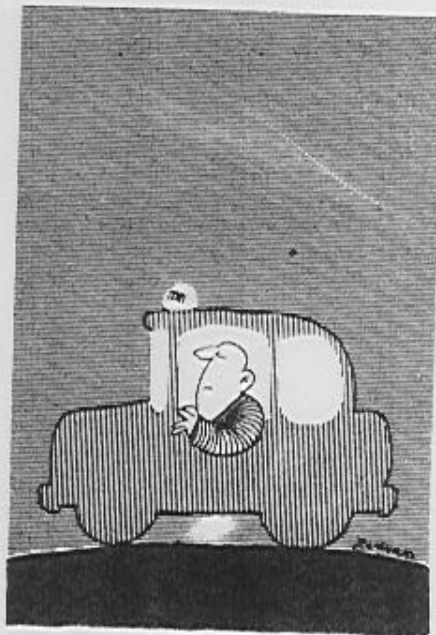
—¿Qué colores propondría usted?

—Colores cálidos en combinaciones suaves. Descartaría el rojo, porque es muy excitante y podría incentivar las discusiones por la tarifa o estimular los asaltos. El celeste quedaría para los autos de lujo, recordando aquello de "el que quiera celeste..."

El colorólogo dio a conocer 72 distintas combinaciones. Por último, exclamó extasiado:

—La calidad cromática se alcanzaría cuando en el centro se crucen los autos de todos colores.

Sin duda que llegó el Renacimiento a los taxis.



CRONICAS DE LA EPOCA

Carmelo y Arturo Soria, inolvidables hermanos

HERNAN MILLAS



Soria fue clave en la obtención de asilo para chilenos tras el golpe.

Si el funcionario internacional Carmelo Soria Espinoza fue detenido y asesinado por la DINA en julio de 1976, ¿supone que el general Manuel Contreras Sepúlveda, como director de ese organismo, fue el autor intelectual del crimen, constituido delito por injurias y calumnias?

Para el abogado de Contreras, Humberto Neumann (quien fue abogado del Ministerio del Interior), ese hecho tiene una razón fundamental, y de ahí su querrela contra dos funcionarios de Investigaciones. Ellos —el inspector Miguel Fuentes y el subprefecto Osvaldo Carrasco— en el informe que presentaron al ministro Adolfo Bahndorf, le dan esa autoría.

La explicación es que, de prevaler ese cargo y de ser Contreras declarado reo también en esta causa, podría ser acusado igualmente como el autor intelectual de los 581 crímenes atribuidos a la DINA.

El caso Soria pasa a primer plano después de 16 años, no por la querrela de ex director de la DINA, sino porque ahora el homicidio está en manos de un ministro de fuera, por la cordición de diplomático de la víctima. Además, la justicia —que en 17 años no contó con la ayuda de la policía, ni con testigos que se atreviesen a hablar— tiene todo el ovillo en su mano.

"Con mucha hambre"

Cinco minutos para las 5 de la tarde del miércoles 14 de julio de 1976, Soria llamó por teléfono a su casa. Avisaba que salía de la oficina "y que iba con mucha hambre".

Colegas lo vieron subir a su Volkswagen Escarabajo, que estaba en la entrada de su oficina en Celade (Centro Latinoamericano de Demografía) organismo dependiente de la ONU. El trayecto de José Miguel Infante 9, esquina de Providencia, a su casa en Manuel Aldunate 6434, es el barrio Colón, lo hacía en quince minutos. Pero no llegó nunca.

En la mañana del jueves, carabineros del Retén El Salto hallaron su cadáver en las turbulentas aguas del canal El Carmen, que corre por las laderas del cerro San Cristóbal. Como a un kilómetro de distancia, apareció

su cuerpo. La autopsia señaló que la muerte se produjo por "lesión cervical y traumatismo torácico". No por ahogamiento a causa de la inmersión. Ni tampoco serían lesiones propias de un accidente de esa naturaleza.

¿Cómo pudo llegar hasta ese desolado lugar? ¿Dónde estuvo desde las cinco de la tarde, cuando avisó que se iba a su casa? Esas preguntas tienen ahora respuesta.

Soria, nacido en Madrid, de 55 años de edad, tres hijos, fue doblemente asesinado por la DINA. Aparte de quitarle la vida, atentaron contra su buen nombre y el de su esposa. En la guantera del auto (para que no fuese a perderse) dejaron una botella de pisco con un resto. El primer informe oficial dijo que Soria, "en manifiesto estado de ebriedad, se desbarancó y murió".

El otro asesinato

Como en aquellos días la prensa era manipulada por la DINA, se publicó que "la muerte de Soria estaría totalmente aclarada" después que "un amigo contó que sufría una profunda depresión al enterarse de que su mujer, más joven, o le ganaba". Por cierto, no se identificaba al "amigo". También se había encontrado un arónimo con la misma referencia.

Cuando se produjo el crimen, estuvo con su desolada familia, y su coegeo del Celade.

Los Soria no me eran ajenos. Qué periodista o intelectual no cotizó a su hermano Arturo Soria y Espinoza (utilizaba la "y" para pasar al apellido materno), un español efcuente y mal hablado (cuando se le mencionaba a Franco), llegado en 1939, y que, con el sello Cruz del Sur, editó decenas de obras.

Arturo era mayor que Carmelo. Tería trece años más. Procedían de una familia adinerada, de la burguesía prefranquista, que no sentía simpatías por el Cauçillo. Por eso, Arturo había conocido a los más selectos españoles de los años 30: Ortega y Gasset, Miguel Hernández, Rafael Alberti, León Felipe, los hermanos Machado, García Lorca.

Instalado en Chile, se dedicó a editar libros. Desde las *Obras Completas de Neruda* hasta *El Patio*, de Jorge Edwards. Pero

no sólo cubrió varias generaciones de literatos chilenos, también reposó a los clásicos hispanos, y dio a conocer hasta autores del siglo XV. Cada ejemplar era una joyita. Incluía a los tipógrafos y cajistas entre los responsables de la edición, salida de la cuidadosa imprenta que en la época de Gloria Stanley.

También Arturo Soria editó discos con las voces de Urmasino, Ortega y Gasset, Dámaso Alcero. El propio Neruda estrenó allí su cadencioso recitar.

Genio y figura

Una anécdota retrata su personalidad. A poco de llegar a Chile, debió asistir con su mujer, la encantadora Conchita, a un acto social. Con poco vino, lo presentador como un español encime y obeso, rebasando de propensión y desprecio hacia los intelectuales. Y, por añadidura, —para ira de Soria—, franquista. El torbellino le preguntó:

—¿Y usted, a qué se dedica?

—A la investigación—, respondió Soria.

—Ah, pues qué interesante— dijo el industrial, por decir algo.—¿Y qué investiga usted?

—Investigo si habrá algún franquista que sea hijo de perla...

Cuando Neruda se alejó de *La Hoemigita* (Delia del Carril, Soria no le habló más).

Carmelo, er cambio, era introvertido. Buen conversador entre amigos. Hogarcho, buen esposo y excelente padre. No ocultaba sus simpatías de izquierda. Arturo sentía un cariño entrañable por este hermano menor, litógrafo en su modestidad. Cuando fue asesinado, Arturo había regresado a Madrid, cumpliendo su promesa de que volvería apenas Franco se hubiese ido al infierno". Cuatro años después de Carmelo, murió de pena y rabia en su Madrid recuperado.

resultaba absurda: ese miércoles 14 había almorzado en su casa como todos los días, y nada dijo.

Lo que ignoraron los asesinos

Sus compañeros del Celade también consideraron inverosímil la versión. "Se excusaba para todas las comidas. Además, si querían sugerir que estaba ebrio, el no bebía una sola gota de alcohol".

La familia me contaba que en marzo de ese año, empezó un tratamiento para curarse de una neuralgia en el trigémino: debía ingerir una droga que se anulaba con el trago. "Cualquier otro podría haberse entado alguna vez, pero Carmelo tenía una disciplina tan grande, que cuando se proponía algo, lo hacía".

El examen de las huellas del auto desmintió la especie de la comida: las ruedas señalaron que el vehículo iba recién subiendo el cerro.

¿Pudo querer dar un paseo? También el carácter de Soria lo desmentía. Era madriño y sólo amaba el paisaje costado de Castilla. En su hogar tenía cuadros donde no se muestra un solo árbol. Los bosques y el agua lo disgustaban.

Condenado por ayudar

¿Energico? Parecía no tenerlos, aunque varias veces contó que se seguían en auto. Un día, pocas semanas antes de su muerte, bromó cuando se iba: "Mi escuela no ha llegado".

Para a DINA, el jefe de publicaciones del Celade era un enemigo. Después del golpe, por su condición de diplomático y amigo de embajadores, ayudó a muchos a obtener el asilo. La DINA le pasará la cuenta.

Ahora, por las indagaciones de la policía, y las revelaciones de Luz Arce Sanjoval y Mariana Callejas, se sabe o que le ocurrió esa tarde del 14 de julio de 1976.

Soria fue detenido a pocos metros de su oficina por los hombres de Manuel Contreras. Fue llevado a Via Narania 4925, Lo Curro, a la casa de Michael Townley y Mariana Callejas. Allí fue golpeado. Luego lo trasladaron a Villa Grimaldi, donde se le sometió a torturas. Fue devuelto a Lo Curro y se le sometió a nuevos apremios físicos, que le causaron la muerte. Un gasfiter, que hacía reparaciones en Lo Curro, reconoció la presencia de Contreras.

Se conocen hasta los nombres de los acusados como victimarios: el capitán de Ejército Guillermo Salinas (en la dotación de Valdivia, que usaba las chapas de Fredy y Billy); el capitán hoy en retiro Gerardo Ernesto Ulrich González; Marcelo Morán Brito y Rolf Wenceroles Pizaro. Los dos últimos condujeron el *Escarabajo* hasta el canal El Carmen y lo desbarancaron, según el informe.

También introdujeron la botella de licor y pusieron en la copa de Soria un papel escrito a máquina, en el que ese supuesto amigo le comunicaba la infidelidad de su esposa.

Es de todo esto de lo que e *Mano* rechaza la autoría intelectual.

GUIA PROFESIONAL

ABOGADOS

Nulidades difíciles, cambio apelados. 6733832. (5 Julio)

Nulidades matrimoniales exclusivamente. 2721126. 25 Abril 82.

ARTI

Cursos personalizados de Baile, estampado, etc. Prof. Profesora Ana María Lira La Reina Mayor información: teléfono 2279735. 17-12-19-25-26.

LABORATORIOS

"Cárdanos Mostero": Exámenes electrocardiograma, control manipuladores alimentos. Farsa, isapres, Paracetamol. Manjillas 520. Fono 321680.

CENTRO MEDICO

Instituto Médico Preval Italiano "Hocico González" Especialidades médicas en: Ginecología, Obstetricia, Estomatología, Pediatría, Otorrinolaringología, Medicina interna, Oftalmología, Otorrinolaringología.

Cirugía, Kinesioterapia, Servicio Ecografía, Laboratorio, Forata, Isapres, Bioestética, Paracetamol, Lures a sábados solicitar hora. 551939. (14 abril)

Clinica de Otorrinolaringología, A.L.S. Ltda., niños y adultos. Manjillas 520. Of. 25. Fono: 395142 (23 mayo)

PSICOLOGIA

Barbara Ormazo, Psicóloga en anti-Juvenil, Orientación Vocacional, Victoria Mackenna 348, quinto piso. 8354115. 17.

CRONICAS DE LA EPOCA

Portales, un modelo que no era tan intachable

HERNAN MILLAS

¿Portales des-
cendió de su
monumento? ¿Existe para los
grandes personajes un escalafón
en el que se les pueda bajar al-
gunos grados? La afirmación
del historiador Sergio Villalobos
de que el primer ministro fue
una reificación histórica, se
produce en el caso del actual
régimen. Otro peor más.

El 11 de septiembre de 1973,
el general Pinochet asumió la
instauración de un régimen
autoritario. La Junta de Gobierno
se instaló en el edificio construi-
do para la conferencia de los
países del Tercer Mundo, y lo
rebautizó Diego Portales.

En el primer aniversario del
golpe, Pinochet resalta los tres
hitos de la historia chilena:
1810, 1973 y, entre ambos, la
creación del Estado portaliano
en 1830.

Villalobos no es un profana-
dor. Admite en su libro la "ad-
mirable inteligencia" de Portales
"que derrochaba frente a los
grandes problemas nacionales y
en los pequeños incidentes del
quehacer diario", pero también
en aspectos de su vida "que de-
ben ser revisados para entender
en realidad y apreciar su papel
en la historia".

vanté con estrépito, y dando
pasos acelerados, comenzó a ju-
rar y a decir que haría juzgar
inmediatamente a la Corte Mar-
cial por la Corte Suprema, y que
si esta absolvía, a su vez, la ha-
ría acusar ante el Congreso o
ante Dios".

Éste fue embarrancado en una
cubeta con 18 compañeros y en-
viado a la isla Juan Fernández,
en esa época desértica.

Ahorrcaría a O'Higgins

Vicuña Mackenna se subleva
por la obstinación de Portales
de negarse a permitir el fin del
edificio de O'Higgins, diciendo
que "pesaba seguro de que este
malvado tentaría de minar al go-
bierno" y que en ese caso no
regresaría en barco ahorcar.

Tal vez el tratamiento vaticano
recibirían los condesas Viel,
Beauchef y Rendicelli, héroes de
la Independencia.

Villalobos va destruyendo mitos:
Portales, santo desprecio
por el derecho, no hubo tal
anarquía antes de su llegada al
poder, fue el más implacable si-
lenciador de la prensa.

¿Fue una figura intachable?
Un capítulo del libro de Sergio
Villalobos se titula: *El estanco*.



Diego Portales
en la época
histórica
dominó a
mostrar el lado
oscuro.

inglés. El resto sería su ganancia.
Era como para tentarse: el
Estado le prestaba al favorecido
300 mil pesos (60 mil libras), sin
intereses. Benavente era amigo
de Portales y el fiscal de la Ins-
pección General de Cuentas.

Turbio contrato

"Los términos del contrato y
la forma de proceder para su
formalización, suscitaron críti-
cas en su época", advierte Villa-
lobos. "El gobierno se apartó
de la modalidad acostumbrada
de un remate y prefirió las pro-
puestas escritas, que fueron ga-
nadas por la compañía que ha-
bía gestionado el asunto, en un
procedimiento que las leyes pro-
híben".

Habla otra marioneta: Portales,
Cea y Compañía no aperce-
cían en el contrato como una
empresa comercial, sino como
administradora de un ramo fis-
cal. Si les iba mal, el fisco debía
hacerse cargo de las deudas,
porque ellos solo habían realiza-
do un trabajo para el Estado.

Y por cierto, que surgieron las
deudas, aunque Portales vio
acrecentada su fortuna.

El historiador Melchor Con-
cha y Toro concluye que la pér-
dida fiscal ascendió a 980 mil
pesos, el doble de lo que el Es-
tanco le rendía en un año al Fis-
co antes de meterse con Portales.
Los beneficiados pasaron a ser
"la maldad mestancucros", lo
que no era un pipapo.

Villalobos cita cartas de Portales
que revelan su ética comercial.
"Establecido en Valparaíso,
de vuelta de Perú, escribí a
su agente en Santiago las si-
guientes líneas sobre una inter-
nación de 156 barriles de yerba
mate, que debían pasar por la
aduana, cuyas oficinas estaban
en la capital: 'Si le llegan a pre-
guntar a Ud. por qué buque fue
internada esta yerba, diga Ud.
que no sabe, porque para no
pagar la alcabala de provincia
hemos hecho un arriague'".

"Por esos mismos días envia-
ba a la capital varios cajones
con 175 docenas de sombreros
de pita, pero en las guías se con-
signaban cinco docenas menos,
en la esperanza de que en la
aduana no los contaran todos."

formalización, suscitaron críti-
cas en su época", advierte Villa-
lobos. "El gobierno se apartó
de la modalidad acostumbrada
de un remate y prefirió las pro-
puestas escritas, que fueron ga-
nadas por la compañía que ha-
bía gestionado el asunto, en un
procedimiento que las leyes pro-
híben".

Habla otra marioneta: Portales,
Cea y Compañía no aperce-
cían en el contrato como una
empresa comercial, sino como
administradora de un ramo fis-
cal. Si les iba mal, el fisco debía
hacerse cargo de las deudas,
porque ellos solo habían realiza-
do un trabajo para el Estado.

Y por cierto, que surgieron las
deudas, aunque Portales vio
acrecentada su fortuna.

El historiador Melchor Con-
cha y Toro concluye que la pér-
dida fiscal ascendió a 980 mil
pesos, el doble de lo que el Es-
tanco le rendía en un año al Fis-
co antes de meterse con Portales.
Los beneficiados pasaron a ser
"la maldad mestancucros", lo
que no era un pipapo.

Villalobos cita cartas de Portales
que revelan su ética comercial.
"Establecido en Valparaíso,
de vuelta de Perú, escribí a
su agente en Santiago las si-
guientes líneas sobre una inter-
nación de 156 barriles de yerba
mate, que debían pasar por la
aduana, cuyas oficinas estaban
en la capital: 'Si le llegan a pre-
guntar a Ud. por qué buque fue
internada esta yerba, diga Ud.
que no sabe, porque para no
pagar la alcabala de provincia
hemos hecho un arriague'".

"Por esos mismos días envia-
ba a la capital varios cajones
con 175 docenas de sombreros
de pita, pero en las guías se con-
signaban cinco docenas menos,
en la esperanza de que en la
aduana no los contaran todos."

Portales estimaba que cinco di-
venas eran una banqueta".
Los condecentes tienen a
Portales como su "patrón".

La desdichada Constanza

"Entre aventuras y calaveras,
malos negocios y rabietas,
famosos juicios en favor de un
"sinecristo", cuenta Villalobos.
"Ella era Constanza Norder
filicia, belleza rubia en plenitud
de la vida, carácter firme,
apasionado, que disfrutó y
existencia al atractivo domini-
te de Portales". Ella era hija de
un sabio polaco que le enseñó
española centrada para estudiar
la minería y que se casó con un
dama de la aristocracia europea
cuya familia era de Chile.

Desatando los convenciona-
listos y la censura social, Con-
stanza se trasladó a Chile a casa
de una tía abuela, cuando Portales
residió a trabajar en el
país. Desde ese momento tuvo
con una relación íntima que le
deparó tres hijos. La vida con el
joven estuvo hecha de encuen-
tros circunstanciales, períodos
de convivencia bajo un mismo
techo, separaciones y un asedio
sostenido por parte de ella". En
cuanto a los hijos: "Portales no

deparó tres hijos. La vida con la
joven estuvo hecha de encuen-
tros circunstanciales, períodos
de convivencia bajo un mismo
techo, separaciones y un asedio
sostenido por parte de ella". En
cuanto a los hijos: "Portales nun-
ca fue el padre del año". A
Antonio Gálvez, su agente y
amigo, le encarga que le busque
colegio: "¿Quisiera educación
para que si llegó a viejo y
el a sale buena, pueda aliviar mi
vejez con sus cuidados; si no
sale buena, como me temo, la
educación lo hará menos
mala...". Y al término de la in-
tervención, le expresa: "Me he ocupa-
do bastante de una pequeña per-
sona y a quien acaso no debería
recordar jamás".

Pero la siguiente carta que en-
via al mismo Gálvez retrata por
completo al Portales íntimo:

"Debo poner en su noticia
que (Constanza) se halla grave-
mente enferma y que le escar-
sina puede conducir de un mo-
mento a otro con sus días; que-
rían hacer menos desgraciada a
los inocentes frutos de mi inde-
credo y juveniles, casándose
con la madre en artículo de
muerte y, el efecto, cuando le
que el caso sea Ud. avisado por
los facultativos o uno de ellos,
para que se presente a renren-
tarme y contragar a mi nombre
para esto remito a Ud. el poder
necesario".

Agrega que su encargo debe
cumplirse cuando "la enferma
de ya, si es posible, señales
de vida; hace cinco años estubo
resaludada y aludonada de
los médicos; hice varias tentati-
vas para dirigirme a su casa con
este objeto, pero me fue imposi-
ble vencer el temor de que so-
breviviese a aquella enfermedad.
Yo no tenía controlado en la
vida, y me desesperaría si me
viera casado".
-Miguel A. Sotomayor

los "que derrochaba frente a los
grandes problemas nacionales y
en los pequeños incidentes del
quehacer diario", pero también
en aspectos de su vida "que de-
ben ser revisados para entender
en realidad y apreciar su papel
en la historia".

Ye Benjamin Vicuña Mackenna
ra, admirador de Portales, ha-
bía protestado por el trato que
le dio al general Freire, sorpren-
dido en una conjura. Hizo fo-
rmar un consejo de guerra, que
le condenó a muerte con sus
cómplices. La Corte Marcial re-
vocó las penas de muerte, cam-
biándolas por destierro. Vicuña
Mackenna cuenta que, cuando
recibió esa noticia "pusose livio,
y al principio no dio crédito,
pero, apenas había trazado
unas pocas cucharadas de sopa,
dando rienda suelta a su ira, le-

tos: Portales sintió desprecio
por el derecho, no hubo tal
anarquía antes de su llegada al
poder, fue el más implacable si-
lenciador de la prensa.
¿Fue una figura intachable?
Un capítulo del libro de Sergio
Villalobos se titula: *El estanco*.

El Estado había mantenido el
sistema de la corona española:
se reservaba el monopolio de la
venta de tabaco y rapé, al que se
agregaron los monos, vinos y li-
cieres extranjeros. Llegó a cons-
tituir la segunda renta fiscal.

El ministro de Hacienda, Die-
go José Benavente, impulsó una
ley para traspasar al sector pri-
vado el negocio del estanco, y
servir la deuda externa (un mi-
llón de libras esterlinas) ante los

¡¡LIBERTAD PARA BUSTOS Y MARTINEZ!!



MANUEL BUSTOS HUERFÍA
(Parral)



ARTURO MARTINEZ MOLINA
(Chañaral)

297

DIAS RELEGADOS

¡¡LIBERTAD!!

Antología de palabras "cruelles"

HERNAN MILLAS

Pinochet acaba de reabrir las heridas que se estaban cicatrizando. El Informe Rettig empiciza a cubrirse de polvo. Y, por segundo año en democracia, este 11 de septiembre será un día de fiesta.

Aunque se sentía interpretado por la opinión del gobierno, en el sentido de que las expresiones del general Pinochet habían sido "cruelles", el ministro de Defensa, doctor Patricio Rojas, intentó buscarlas alguna explicación.

Y así él, aunque no es un siquiatra, trató de acercarse al "paciente", y escuchar el porqué de su "salida de madre". Porque, para referirse al coloroso hallazgo, en el Período 29 del Cementerio General, de los restos de ejecutados en los días siguientes al golpe, Pinochet tuvo el mal gusto de hacer dos comentarios de una "burda y tosca ironía" (Jorge Arrate). Dijo que felicitaba a los "buscadores de cadáveres", y la circunstancia de que hubiese dos cadáveres en una sola tumba, le hizo exclamar: "Pero qué economía más grande".

"Yo creo que son opiniones que se pueden decir a veces de una manera —que no se traduce en una reflexión meditada— de un tema tan delicado", fue la benevola explicación del ministro Rojas. El tiene la tarea más difícil de todos los ministros: entenderse con Pinochet.

Incomprensible

Para tres estudiantes de Ciencias Políticas de la Universidad alemana de Heidelberg —fundada hace seis siglos—, y que se encuentran en Chile por un convenio con la Universidad de Chile, el fenómeno Pinochet es muy difícil de entender.

Al día siguiente de que el general lanzara sus exabruptos, uno de ellos me visitó, con una carta de presentación de uno de sus profesores. Intenté darle una explicación acerca de por qué la democracia chilena debía aceptar, aunque le fuese duro, darle a Pinochet un espacio protagonista como comandante en jefe del Ejército. Le hablé de la disposición que él hizo colocar en "su" Constitución, del esfuerzo que requería la reconstrucción.

Cuando decía que le tenía me-

dió la pal enterro. Si éste hasta para morir tuvo problemas.

Sus palabras, también cruellas, quedaron grabadas.

En su libro *El día decisivo*, Pinochet cuenta que mantuvo un enlace radiotelefónico entre el puesto del almirante Carvajal y el puesto de mando del comandante en jefe del Ejército, acerca del desplazamiento y la acción de las tropas.

Y permanecen en una cinta todas las comunicaciones entre el puesto 1, situado en Peñalolén (donde estaba Pinochet); el puesto 2, en El Bosque (allí se encontraba Leigh); el puesto 3, en la Escuela Militar, y el puesto 5 (en el Ministerio de Defensa, pero no

protto le asalta una duda: "Yo tengo la impresión", le dice a Carvajal, "de que el señor Lechvil se arancó en las lunetas (de Carabineros)". Carvajal le responde que no, porque las lunetas ya se habían roto y él, posteriormente, habló por teléfono con Allende. Este se encuentra en La Moneda. Pinochet, entonces, se irrelina por apresurar el cesenhece. Y otra frasecita:

—Más vale matar la perra y se acata la leva.

Minutos más tarde, Carvajal le comunica a Pinochet:

—El ejército naval me dice que el Presidente *(hay que destacar el trato distinto de porre de Carvajal)* anda con un fusil anetralla-

han encontrado o están fondeados?

Cuando Carvajal le expresa a Pinochet que le renovó a Allende el ofrecimiento de sacarlo del país, a respuesta es, por decir lo menos, espantosa:

—Se mande el ofrecimiento de sacarlo del país... Y el avión se encie, viejo, cuando vaya volando.

Y las palabras son acompañadas por una larga risa.

El montón de La Moneda

Carvajal, minutos después, le hace saber que el "secretario Puccio dice que él va a salir con Flores y otra persona con una carta de Allende". Y les dirá que "no hay otra, que se mandan incondicionalmente". Pinochet arrueba y dice que hay apresar luego a Allende. "Guárdete la carta y tírdlo al tiro al avión".

Pero deja caer su roniá: "Cuanto vaya volando, leemos la carta". Y la irrefutable risa.

Carvajal le hace saber que a los que restan en La Moneda se les ha comunicado (11.30 horas) que en diez minutos más se va a bombardear La Moneda. Pinochet se impaciencia por la tardanza de los acontecimientos. Y su ira la avidece en estos epítoos, un poco incoherentes:

—Todo ese montón de jermanes que hay allí, el señor Tohá, el otro señor Almeyda, todos estos mugrientos que estaban por arriar al país, deben pescarlos pueses y el avión que tienes dispuesto la, arriba, y sin rupa, con lo que tienen, para afueco.

La idea de un fin tragico no lo abandona, y cuando Carvajal le dice: "La idea sería dejarlos presos no más por el momento, y después se verá" (se refiere a los ministros Tohá, Almeyda, Briones y Flores, y al secretario de Allende, Osvaldo Puccio, que van a salir de La Moneda). Pinochet expresa su desacuerdo:

—La opinión mía es que estos caballeros se toman y se mandan por avión a cualquier parte e incluso, por el camino, los van tirando abajo...

Y, de nuevo, la risa.



Continúa en la página siguiente...

Cuando creía que lo tenía medio convencido, el joven alemán me dijo: “¿El mundo habría entendido que, al término de la Segunda Guerra, los aliados le manifestasen a Hitler que continuase unos años como Canciller en aras de la reconciliación?”.

La comparación no era adecuada, pero la observación me reiteró lo que le cuesta al extranjero entender el elevado costo de retornar a la democracia.

Muerte de Allende

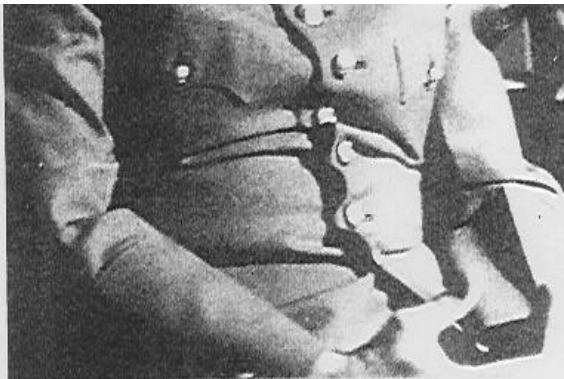
Esa insensibilidad ante el dolor ajeno, esa falta de respeto frente a la muerte de seres que, equivocados o no, dieron su vida por ideales que creían justos, no es casual.

Se manifiesta en la misma tarde del 11 de septiembre, cuando, a las 14.38, el general Nuño transmite la noticia de la muerte del Presidente Allende al almirante Carvajal y éste se la da a Pinochet. ¿Cuál es la reacción del general?

¿Enmudece? ¿Se persigna, como hiciera Carlos Walker Martínez cuando el ministro argentino Uriburu le comunica el suicidio de su enemigo político, el Presidente Balmaceda?

Pinochet replica a Carvajal:

—Que lo metan en un cajón y lo embarquen en un avión, viejo, junto con la familia. Que el entierro lo hagan en otra parte, en Cuba. Si no, va a haber más pe-



Día del golpe: diálogos crudos de puesto a puesto.

registró comunicaciones, causando la preocupación de Pinochet). En cuanto al almirante Merino, estaba en Valparaíso.

Cuando se le insinúa que representantes de los tres comandantes en jefe podrían ir a La Moneda a pedirle la rendición a Allende, Pinochet le responde a Carvajal:

—Tú sabes que este gallo es chueco. Es al revés la cosa. Si él quiere, va al Ministerio de Defensa a entregarse a los tres comandantes en jefe.

Más vale matar la perra...

Cuando se prepara el bombardeo a La Moneda, a Pinochet de

dora que tenía 30 tiros, y que el último se lo va a disparar en la cabeza. Ese es el ánimo en que estaba hace unos minutos atrás.

Respuesta de Pinochet:

—Esas son bravatas no más. Este *h...* no se dispara ni en las bastillas del morro.

En su libro, Pinochet dice que de repente, se acordó de Carlos Altamirano, Miguel Enríquez y Mario Palestro. La grabación registra su preocupación:

—Patricio —le habla a Carvajal—, aquí te habla Augusto. Dime, el señor Altamirano y el señor este otro, Enríquez, el otro señor Palestro y todos estos *gallos*, ¿dónde están metidos? ¿Los

Para algunos, el destino del avión sería benévolo. Pinochet enumera a los que no dejaría irse.

—Yo creo que Flores... dejémoslo aquí para juzgarlo. Altamirano, para juzgarlo. Vuskovic, también, porque ése es un *carajo* que *c...* al país.

Se reabren heridas

Vuelvo a los estudiantes de Heidelberg. Han leído consternados el hallazgo de las osamentas en el Patio 29. Antes fue en Lonquén, Pisagua, Calama, Yumbel, Paine... Me preguntan si es cierto que una ley de amnistía impide juzgar a los asesinos. “No solo eso. Tampoco se puede investigar quiénes fueron sus autores”. Quiéren saber qué significa la petición del general Manuel Contreras para que sea la justicia militar (que durante 15 años no hizo nada) y no la civil la que lo juzgue.

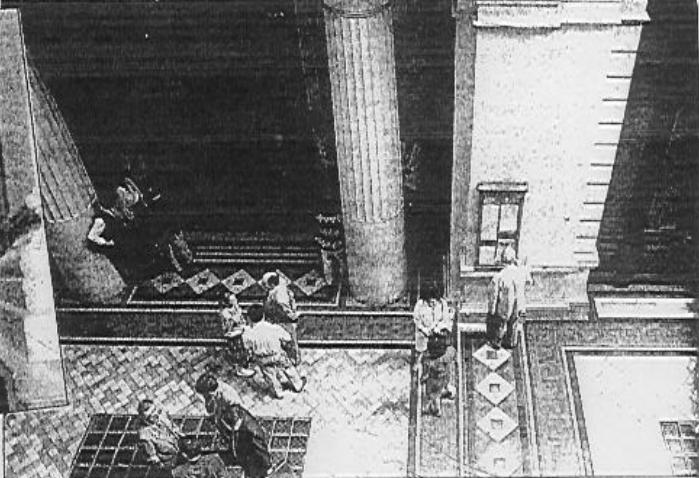
“En Alemania no hubo amnistía”, me dicen.

Vuelvo a decirles de que hay que sepultar el odio, que Chile tiene que volver a ser un país de hermanos.

Me escuchan, pero me doy cuenta que no los convengo. Pinochet acaba de reabrir las heridas que se estaban cicatrizando.

El Informe Rettig empieza a cubrirse de polvo. Y, por segundo año en democracia, este 11 de septiembre será un día de fiesta.

El ministro Bañados: una dura tarea por delante.



HERNAN MILLAS
El hecho es intrascendente, pero tiene un valor y es el de demostrar que al brigadier Pedro Espinoza Bravo no se le puede creer lo que afirma.

Al periodista Germán Echeverría de *El Mercurio* le dice que el informe Rettig no le merece imparcialidad. Y da una razón: estando en Brasil le tocó conocer "el caso de la hija del señor Rettig, que se encontraba escondida y vinculada con grupos extremistas en Brasil".

Ocurre que el ex senador radical y ex embajador en Brasil tiene una hija, casada con un ecuatoriano, que reside desde hace 35 años en Ecuador y que jamás ha estado en Brasil.

Espinoza podría pedir que le diesen una segunda oportunidad: "Me equivoqué... fue una hijastra la que estubo en dificultades".

Tampoco diría la verdad. Cuando Rettig a fines de 1970 viajó a Brasil como embajador de Chile, su hijastra era una adolescente que terminaba sus estudios secundarios. Al producirse el golpe, ella recién iniciaba la enseñanza superior y quiso quedarse en ese país para no cortar ese vínculo. La joven para costearse los estudios entró a trabajar a la línea aérea Varig. Esa empresa estaba ligada al régimen militar brasileño de aquella época. Tampoco podría imaginarse que una funcionaria trabajase escondida. Ella, además, conserva el contrato que se le hizo como también los certificados de matrícula de la universidad.

¿Se le puede creer?

Para el ministro instructor Adolfo Bañados, y para la opinión pública, este hecho puede, sin embargo, servir para una reflexión: Si Espinoza miente en algo que es ajeno al proceso, que no le agrega ni le quita nada a su vinculación con el crimen del ex canciller, ¿puede creérsele cuando, en algo más importante, asegura que el nada tuvo que ver con el asesinato de Letelier, que nunca fue jefe de operaciones de ese organismo y que conoció a

Townley como simple informante?

Raúl Rettig, luego de desmentir el infundio personal del brigadier, manifiesta que, en cuanto al informe de la Comisión Verdad y Reconciliación que el presidió, más que las descalificaciones le interesa otra cosa.

"Díganme", emplaza, "si en el informe hay una sola mentira. Pero hasta hoy nadie ha podido señalar una sola falsedad. No quisimos enlodar a nadie, dejamos constancia de lo que la comisión conoció y actuamos en conciencia".

En las ocho mil y tantas fojas que tiene el proceso que lleva el ministro Adolfo Bañados, y cuya sentencia se conocerá en los próximos dos meses, el gran discriminamiento radica precisamente en saber quién dice la verdad. Porque son alrededor de 200 actores los que se contradicen.

En ese aspecto, tanto el general Manuel Contreras Sepúlveda (relativamente en retiro, porque después de quince años de su alejamiento de las filas del Ejército, éste le sigue proporcionando dos autos con chofer y ocho escoltas, lo que en el terreno administrativo avalaría un proceso), como el brigadier Pedro Espinoza Bravo confrontan su verdad en primer término con las verdades de quienes fueron sus subalternos, el capitán Armando Fernández Larios y el agente Michael Townley.

"Sinistro y despiadado"

Contreras y Espinoza buscan inhabilitarlos diciendo que sus palabras tienen el vicio de la confesión compensada ante la justicia norteamericana. Y para ellos, esa justicia es su encomada enemiga. Tal vez porque su fallo señaló que quienes planearon ese horrible crimen, fueron el ex jefe de la DINA, general Manuel Contreras, y su segundo, Pedro Espinoza, hoy brigadier y cargado de laureles, pichas, parches rojos y botones dorados. Para más inquina, el fiscal Propper, en su libro *Laberinto*, describe a Contreras como "uno de los más siniestros y despiadados hombres del mundo".

Townley y Fernández, el último nueve años después del primero, responsabilizaron del crimen a ambos. "Yo fui ordenado", dijo Townley. "La orden vino de dos personas que jerárquicamente tenían el derecho de hacerlo". Esa confesión tiene un valor especial: no fue formulada por Townley ante la justicia norteamericana, sino contenida en una carta que Townley le entregó a otro recluso cuando estaba recién encarcelado y para que la hiciera llegar a Chile, misiva que el FBI interceptó.

La tarea del ministro Bañados

Y cuando el juez norteamericano ("Un negro") como dijese despectivamente el ex presidente de la Suprema Israel Bórquez le preguntó a Fernández Larios qué instrucciones recibió antes de viajar a Estados Unidos y quién se las dio, su respuesta fue: "Recibí instrucciones del teniente coronel Pedro Espinoza. Yo tenía que venir a Estados Unidos a averiguar dónde está la casa del señor Letelier y cualquier cosa que pudiese averiguar".

Michael Townley contó la extraña manera en que el brigadier Pedro Espinoza le habló de una "nueva operación fuera del país".

Falsedad descubierta

Vamos a la otra verdad. Contreras sostiene en el proceso que ese viaje era la culminación de un trabajo conjunto con el segundo jefe de la CIA, general Vernon Walters; él le había dicho que podía proporcionarle una lista de personalidades norteamericanas que simpatizaban con el régimen militar chileno. Para contactarse con Walters y sus recomendados habría viajado Fernández acompañando a Townley. Pero, al decir de Contreras, la misión fracasó porque cuando llegaron a Washington, Walters se había retirado de la CIA.

Esa explicación es demasiado ingeniosa: hace suponer que el jefe de la DINA estaba tan mal informado que no sabía que Walters se había retirado de la CIA, y resulta

Son alrededor de 200 los actores de



Michael Townley contó la extraña manera en que el brigadier Pedro Espinoza le habló de una "nueva operación fuera del país".

ndículo que, para ir a retirar una lista se envíe a dos agentes, y recurriendo a pasaportes falsos. Además Walters desmintió la especie: jamás había conversado de tal lista con Contreras.

También resulta poco creíble que si Contreras sostiene que Townley era doble agente de la CIA, le iba a enviar tan immaculado personaje al segundo hombre de ese organismo.

Al segundo viaje de Fernández Larios con Luisa Lagos, alias Lilianna Walker, ya casi coincidente con el crimen, Contreras argumenta que fueron a averiguar en las oficinas de Codelco si todavía trabajaban determinados funcionarios que serían marxistas, lo que peca de ingenuidad. Aparte de que las oficinas estaban en Nueva York, habría bastado hacerle la pregunta, sin salir de Santiago, al vicepresidente de

Codelco, Andrés Zauschquevich. Resulta infantil imaginar un viaje de ese costo para llegar a preguntar: "¿trabajan aquí...?". Incluso habría sido suficiente una llamada telefónica desde Santiago. Otro detalle es que consta que estuvieron sólo de pasada en Nueva York, y viajaron a Washington. También curiosamente los directivos de Codelco en aquella fecha no recuerdan tal visita. "Fue muy reservada para no poner en sobre aviso a los investigados". Tan en reserva que a su regreso no informaron del resultado.

Echando pie atrás

Otra verdad en duda. ¿Era Townley sólo un informante y un hombre a quien ocasionalmente se le hacían encargos de equipos de sonido? ¿A un mero informante le compran una casa, y allí le



Dois caras de los tribunales de justicia: los pasillos anónimos; y el despacho del juez Bañados, donde siguen resonando los ecos de las declaraciones.

contradican en el caso Letelier

Los: detectar mentiras



A la izquierda, el general Contreras; de ser condenado, debería cumplir la pena en un recinto penal. A la derecha, Fabiola Letelier, hermana del canciller asesinado.



instalan un laboratorio para experimentar gases letales, y le llevan secuestrados?

"Yo era empleado civil contratado por la DINA, con responsabilidades de mando equivalentes a las de un mayor de Ejército chileno", afirma Townley.

Pero en las últimas semanas, la defensa de Espinoza se puso a resguardar, al darse cuenta de que era imposible seguir afirmando que Townley no pertenecía a la DINA. Su abogado Miguel Retamal en un escrito de descargos ante Bañados justifica la terca negativa, argumentando: "La DINA, la CNI y hoy el Consejo de Seguridad, niegan la identidad de sus agentes. Ello constituye una máxima de inteligencia. Recuerde V.E. la serie televisiva *Misión Imposible*. ¿pero si usted es descubierto, nuestro gobierno negará toda vinculación...".

Y Townley está demasiado

descubierto. Y echa al agua a Espinoza.

Reunión en un auto

Cuando se le pregunta cómo recibió la orden de ir a asesinar a Orlando Letelier, y quién se la dio, Townley entrega un relato bastante pintoresco, pese a que baila el horror:

"El capitán, bueno, entonces era sólo teniente, Armando Fernández Larros, me llamó por teléfono a mi casa", relató, "a principios de julio de 1976". Al pedirle que precisara bien la fecha, la ratifica, diciendo: "Recuerdo que fue como a un mes que tuviese hospedado en mi casa al cubano Virgilio Paz, que vino a Chile invitado por el coronel Manuel Contreras, porque decía que a esos cubanos anticomunistas se le podía encargar trabajos. Paz permaneció como tres

meses y se marchó días antes del cumpleaños de mi hijo Brian, el 6 de junio".

El llamado de Fernández "fue para decirme que concurriría a una reunión con el entonces coronel Pedro Espinoza".

Esto lo decía en 1978 y en 1987 Fernández Larros admitiría que existió ese llamado.

"La cita no era en el cuartel de la DINA, sino que en una calle", contó Townley. "Tuvo lugar en las inmediaciones del colegio Saint George, en América Vespucio, a los pies del cerro San Cristóbal, en la parte nororiental de Santiago. Los alumnos estaban en vacaciones de invierno y no se veía a nadie en las inmediaciones. Fue en la mañana, temprano, y hacía bastante frío. Lleve a la reunión con un café. Al poco rato de llegar, se estacionó delante del auto que traía al coronel Espinoza".

* En más de ocho mil fojas, abundan las contradicciones, caídas y renunciaciones.

* El brigadier Espinoza pillado en una falsedad respecto a hija de Rettig.

* El general Walters dejó coartada al general Contreras en misión Fernández.

* En su auto, en la calle, el segundo de la DINA transcribió orden del crimen.

Lo Curro, a seis cuadras de la casa que la DINA adquirió en Vía Amarilla y donde vivía Townley.

"Creo que recogí al capitán Fernández en un lugar cercano a la Academia de Guerra (al final de la avenida Príncipe de Gales, en La Reina) y lo llevé al lugar de la reunión", relata Townley ante la justicia norteamericana.

"El teniente coronel Espinoza llegó en un Chevy Nova de color rojo. El capitán Fernández permaneció dentro de un automóvil de la DINA que estaba ya allí, mientras el teniente coronel Espinoza y yo hablabamos a solas fuera del automóvil".

No deja de ser divertido que la DINA, maestra en espiar con micrófonos ocultos, les temía.

"El coronel Espinoza me informó que la misión de la DINA en la que yo tomaría parte era el asesinato de Orlando Letelier, y que se utilizarían pasaportes paraguayos para el viaje a Estados Unidos, bajo identidades falsas".

Townley indica que esperó que Espinoza le diera a conocer la forma de eliminarlo, "por medio de un accidente de tránsito".

Lo que sigue es propio de una película de espías. Espinoza se traslada a su auto, pero después parece arrepentirse, teme alguna grabación y lo invita a pasarse a su vehículo.

"El teniente coronel Espinoza me preguntó si yo estaría disponible para una operación fuera de Chile".

Townley agrega que se quejó de que pasaba demasiado tiempo fuera del país. ¿Por el asesinato del ex comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats y su esposa, acaecido en Buenos Aires el 30 de septiembre de 1974? ¿Por el atentado a Bernardo Leighton y su esposa, ocurrido el Roma el 6 de octubre de 1975? Ante el fiscal italiano Salvi, que lo visitó el año pasado en Estados Unidos, en una declaración que sirvió para que lo condenase la justicia italiana a 27 años de cárcel (los que en la práctica no cumplirá, porque debería viajar a ese país), Townley reconoció que "recibí de parte de la DINA la misión de coordinar el trabajo de Avanguardia Nazionale (Nota del autor: grupo ultrafascista que cometió varios atentados terroristas y que colaboró con la DINA a cambio de usar a Chile como una caleta para ocultarse). Salvi incorporó al proceso una carta de Contreras incautada en un allanamiento de la policía. Perillos afirmaron que su firma coincidía con la de otros documentos. El abogado Juan Bustos, representante de la viuda e hijos del ex canciller, solicitó a Bañados que pidiese ese documento.

"Por último", añade Townley, "le dije al teniente coronel Espinoza que yo llevaría a cabo la nueva operación de la DINA si así me lo ordenaba".

Espinoza, que ese día andaba de civil (el traje de parada lo deja para ir a la Corte), no le reveló esa mañana de qué nueva operación se trataba. Se despidió diciéndole que volvería a tomar contacto con él en una fecha próxima, y que también estaría presente el capitán Fernández Larros.

Ordena el crimen

Esta se realizó también en la calle, frente a un sitio erizado con

La bomba, algo probado

Townley dice que lo objetó. Prefiere la bomba (había sido usada por Townley un año antes con el general Prats, con tanta similitud que los peritajes demostraron que las bombas eran iguales. Hay constancia de la policía de que un tal Kennel Enyart, nombre que Townley utilizaba en uno de los pasaportes falsos, abandonó Argentina en la mañana de ese fatídico día 30 de septiembre de 1974 rumbo a Montevideo y, al día siguiente, primero de octubre viajó a Santiago. Con la bomba podía, además, hacer trabajar a los amigos cubanos.

Espinoza no insiste; es mejor dejarlo en manos del experto. "Me dijo que el asesinato de Letelier debería efectuarse por cualquier medio en el caso que fracasara o no fuere práctico el método preferido de aparente muerte accidental o suicidio". Espinoza tenía sus métodos preferidos.

"El teniente coronel Espinoza", concluye Townley, "dio su aprobación al uso de una bomba para asesinar a Letelier si ello resultase necesario. Me recalco que el capitán Fernández no debía tener contacto con los cubanos. De eso me encargaba yo. Y los cubanos sólo debían utilizarse en calidad de elementos de apoyo. El asesinato de Letelier debería ser una empresa conjunta, en que la autoridad estaría dividida entre mí y el capitán Fernández".

Enseguida, Espinoza llamó a Fernández, y Townley se alejó unos metros para que hablasen a solas.

Los componentes de la bomba infernal los obtuvo en el laboratorio de la DINA y los llevó consigo a Estados Unidos en su maleta en un avión LAN.

Son tantas las evidencias en contra de Contreras y Espinoza que el abogado Juan Bustos saca una sola conclusión: "Los acusados deben ser condenados". La pena podría ser prisión perpetua, y deberían cumplir en un recinto carcelario. O sea, ni en una unidad militar donde tendrían un departamento VIP, ni tampoco en el piso cinco estrellas del Hospital Militar.

La nulidad de matrimonio parece haber entrado en sociedad. En todos los años, las antidiuorcionistas lanzaron contra el proyecto de una ley de divorcio, presentada por doce parlamentarios (RN, DC, PPD, PS), no se vitupera la nulidad de matrimonio. Es como si ésta hubiera obtenido carta de ciudadanía. Parecieran darle la razón al profesor Pedro Lira Urquieta, conservador, que hace medio siglo, al presentar su obra en la que comentó el Código Civil, dijo: "En Chile no hay divorcio porque él realmente existe disfrazado con el nombre de nulidad de matrimonio". Un antidiuorcionista de nuestros días llegó a decir algo que en el pasado habría resultado una herejía: "Es un mal menor". En un problema semántico, el divorcio es la palabra execrada.

Esto podría explicar que los únicos que atacaron las nulidades fueron los patrocinantes del proyecto. Mariana Aylwin aclaró que la propuesta no introduce el divorcio en Chile, sino que regula una situación de hecho, que existe a través del divorcio a la chilena. El recurso de obtener la nulidad por incompetencia del oficial del Registro Civil "es una forma de divorcio fácil, aceptado por la sociedad bajo un fraude legal, en el cual mienten la pareja, los testigos, los abogados y los jueces, sin resolver ninguno de los conflictos que suscita el quiebre matrimonial en la familia que lo sufre".

El diputado Ignacio Walker, otro de los patrocinantes, señaló que quienes afirman que una ley que permitiera el divorcio vincular atentaría contra la familia, olvidan que hoy en los tribunales se tramitan doce mil juicios de nulidad. "Ese sí que es un escándalo moral insostenible".

"No hay ley sin agujero"

Un proverbio alemán dice que "no hay ley sin agujero para quien sabe encontrarlo". Y desde que se promulgara la ley de matrimonio civil en 1884, hubo abogados que, para satisfacer a afligidos clientes, buscaron el orificio que les permitiera pedir la nulidad del acto. Y todos coincidieron en que éste se encontraba en la disposición que establecía que el matrimonio debe celebrarse ante el oficial del Registro Civil competente y ante dos testigos, parientes o extraños.

¿Qué requisito hace competente al funcionario? Que él sea de la "comuna o sección en que cualquiera de los contrayentes tenga su domicilio, o haya vivido los últimos tres meses anteriores a la fecha del matrimonio". La ley sólo contempla dos excepciones: 1) un matrimonio en artículo de muerte; 2) que uno de los contrayentes se encuentre hospitalizado o en una cárcel.

Había entonces que buscar la incompetencia del funcionario, presentar nuevos testigos que buscasen probar que ninguno de los contrayentes tenía domicilio o residencia dentro de la jurisdicción de aquél. Los novios y los testigos originales pensaron que eso era una simple fórmula, y no le confirió la gravedad que tenía el mentirle



Las oficinas del Registro Civil en Santiago.

enjuiciados.

El "supremazo" de 1925 abría las compuertas para las trescientas y tantas mil nulidades aprobadas hasta el día de hoy.

Pioneros: Jorge e Isabía

Ese año 1925, en que se instauró el "divorcio a la chilena", era difícil predecir el cambio de criterio de los magistrados. Incluso después había nulidades que se rechazaban. Esto de acuerdo a la composición de la sala. Magistrados conservadores se resistían a aceptar los argumentos, convencidos de que se estaba protagonizando una farsa. Pero los astutos abogados se dedicarían a "cazar" salas favorables. Dos años después, el magistrado Santiago Santa Cruz estampaba en un fallo: "Tendríamos que estar privados de razón para creer que de un tiempo a esta parte, a los cónyuges les dio por equivocarse de Civil. En algo tan serio para los contrayentes, no cabe imaginar que procedan en forma tan irreflexiva".

El libre criterio de los jueces quedó establecido ese año 1925, porque meses antes del primer fallo que aceptaba la nulidad de matrimonio, al comerciante chillaneño Jorge Baldeig le había ido pésimo.

Intentaba que se anulara su matrimonio con Isabía Larenas Solís, esgrimiendo todo tipo de argumentos, algunos dignos de una teleserie venezolana. Afirmaba

una vida de fiestas y alegrías en que se bebía con la mayor libertad". La parranda debió continuar una semana, pues agrega: "Que el 25 de junio como a las ocho de la noche estando él completamente embriagado, pues no recuerda lo que pasó, Isabía le dijo que en ese momento tenía que casarse con ella y como él dijera que no podía hacerlo sin consentimiento de su padre, le contestó que estaba todo arreglado..."

El extraño relato concluye con que, al día siguiente, después de un profundo sueño, producto de tantas libaciones, la Isabía le llevó desayuno a la cama y le dijo que estaban casados.

Por cierto que la Isabía negó todo, y aseguró que su actual marido la había perseguido suplicándole matrimonio, y que ella terminó aceptando cuando le dijo que si no se casaba con él, se quitaría la vida. Por su parte, el oficial del Registro Civil declaró que fue llamado a celebrar el matrimonio en el domicilio de la susodicha. En cuanto al cónyuge, negó que éste

CRONICAS DE LA EPOCA

estuviera ebrio, aunque admitió que en ese momento se bebía por la felicidad de los novios, lo que no le pareció extraño. Acerca del padre del menor, sostuvo que uno de los presentes acreditó su condición.

El juez de Letras de Chillán, en sentencia del 30 de marzo de 1925, otorgó la nulidad del matrimonio, aceptando la incompetencia del

El divorcio a la chilena

Las primeras nulidades en Chile

HERNAN MILLAS

En 1925 le encontraron un agujero a la ley, negándole competencia al oficial del Registro Civil. Un comerciante de Chillán inauguró la serie, afirmando que la Isabía, su señora, lo curó y lo casó en un pueblo donde no vivían. Presidente de la Suprema clamaba hace más de medio siglo por esa "mofa".

al funcionario.

En 1903 la Corte de Apelaciones de Santiago conoció dos peticiones de nulidad, las que rechazó, aduciendo que "el acta de matrimonio era un instrumento público, de acuerdo al artículo 1700 del Código Civil, y hacía plena fe cuanto a la verdad de las declaraciones en ellas contenidas". Además, nadie podía alegar desconocimiento de la ley, por lo que era inaceptable la prueba tendiente a acreditar la falsedad de los domicilios o residencias.

Esto no bastó para que algunos abogados insistieran, pensando que el criterio de los magistrados podía cambiar. Y lo consiguieron en 1925. Ese año, en una causa la Corte Suprema aceptó declarar la

nulidad de un matrimonio por incompetencia del oficial del Registro Civil, sobre la base de haberse probado por testigos que ninguno de los contrayentes tenía domicilio o residencia dentro de la jurisdicción de aquél. La ley estaba rota.

Es cierto que el mismo Tribunal ordenó enjuiciar a los testigos y a los cónyuges por falsear los hechos, pero en el mismo proceso otro abogado -podía ser de su misma oficina- se preocupó de defenderlos, "probandos" que cometieron un inocente error. El domicilio señalado podía ser de un familiar o amigo, y creyeron que daba lo mismo. Curiosamente los testigos originales nunca se impondrían que estaban siendo

que, al contraer matrimonio ocho años antes, "el era menor de edad y se hallaba presionado por la fuerza y seriamente amenazado de recibir algún daño en su persona, y todavía más, se hallaba en completo estado de ebriedad". ¡Vaya novio!

Agregaba que "su inexperiencia y las inclinaciones de la juventud lo arrastraron a tener relaciones estrechas de amistad con la Larenas, que hacía vida en las casas de tolerancia en esta ciudad (Chillán) y tenía más de treinta años de edad". ¡Vaya novio!

"Que el 18 de junio de 1916, Isabía le puso un telegrama de Ercilla diciéndole que fuera a buscarla. Que hizo viaje a Ercilla donde lo atendieron muy bien, principiando

oficial del Registro Civil. La prueba del domicilio obtenía su primer triunfo. Aunque posteriormente la Corte de Apelaciones de Talca revocó el fallo, la demanda tiene la curiosidad de ser la pionera que ganó una instancia. Puede que en contra del demandante influyera el hecho de que tardó ocho años en acudir a la justicia por su insólito caso.

Don Albino la consigue

Pero el juicio que "pasó la prueba de la blancura", teniendo el fallo favorable de la Corte Suprema el 30 de junio de 1925 fue el que tuvo como demandante a

Albino Segundo Pinto. Don Albino fue el primer anulado de Chile. El, tres años antes, en uno de los Juzgados de Letras de Valparaíso, había perdido la nulidad de su matrimonio con Juana Rosa Godoy, celebrado el 12 de junio de 1911 ante el oficial de la circunscripción del Almendral de ese puerto. Por supuesto que aducía como motivo el del domicilio.

En la demanda sostenía que en esa época él vivía en Santiago, en calle Dolores 250, "y la señorita Godoy, en casa de su familia en el pueblo de La Cruz". ¿Y qué diablos hicieron a hacer al Almendral? El explicaba que ella le propuso que se casaran en Valparaíso porque en el Cerro del Litre tenía familias, a lo que él accedió sin imaginar la importancia del domicilio. Como hombre respetuoso de la ley, aunque ya transcurrieran once años, decidió someterse a ella considerando que ese matrimonio pecaba de nulidad.

Juana Rosa Godoy calificó de hexaca esa historia, "pues ambos vivían en Valparaíso en el Cerro del Litre, calle Sanguinetti número 23, en una misma casa, es decir, él en los altos y la exponente en los bajos".

A Pinto le fue mal en primera y segunda instancia, pero ganó en la Suprema. En sentencia del 30 de junio de 1925, las sentencias anteriores se invalidaron y se ordenó una nueva, según lo dispuesto por el magistrado Víctor Risopatrón, y con la participación de los ministros Agustín Rojas, Javier Ángel Figueroa, E. Cisternas Peña, A. Bezanilla Silva, F. Donoso Grillo, A.M. de la Fuente y Guillermo Mac-Kay, y el voto en contra del ministro Santiago Santa Cruz, el mismo que día que no creía en el "cuento".

Había una seria contradicción en los fallos anteriores, porque afirmaba que "con la prueba rendida por el demandante, que aparece revisada de las condiciones que la ley requiere, se acredita suficiente-

mente que ni don Albino Segundo Pinto ni doña Juana Rosa Godoy, tenían su domicilio o residencia a la fecha de la celebración de su matrimonio, dentro del territorio jurisdiccional de la segunda circunscripción del Registro Civil de este departamento". Luego, a mayor abundamiento, decía que "la prueba testimonial producida por la demandada no ha podido destruir el mérito de la rendida por la parte contraria, por ser inferior en número y calidad". Gol entonces de don Albino.

Y así resultaba extraño para la Suprema que, después de eso, "en la cuestión de fondo", no anulasen el matrimonio. No era ese el único error verificado. La sentencia revocada admitía que el demandante tachó a los testigos por estar inhabilitados, pero los jueces declararon "no ha lugar a las tachas deducidas" sin establecer los hechos. Es decir, un fallo "para salir del paso".

La sentencia definitiva sentó la jurisprudencia de que un domicilio inadecuado podía ser causa de nulidad del matrimonio.

Los abogados que se especializaron en ese ardid, para evitar complicaciones exigieron a los cónyuges que ambos estuvieran de acuerdo en que se equivocaron de civil.

Las nulidades se multiplicaron. En 1926 hubo 21; en 1933 llegaban a 460; en 1939 pasaban de mil. Vino la reacción de la Iglesia, no obstante que el matrimonio anulado era el civil y no el religioso. Un decreto del 28 de julio de 1941 del arzobispo de Santiago José María Caro, invocando el artículo 2221 del Código Canónico, impuso "pena de excomuniación a

quienes procuren con malicia y dolo el juicio de nulidad del vínculo". La sanción alcanzaba al cónyuge o cónyuges, a los abogados y a los testigos que presenten. Extrañamente, los jueces no incurrieron ni en pecado venial.

El enojo del supremo

También la Corte Suprema mostró su alma ante el incremento de las nulidades. Al abrir el año judicial de 1942, su presidente,

Alberto Novoa, expresó:

"El artículo 102 del Código Civil dispone que el matrimonio es un contrato solemne y que es indisoluble. No imaginé, seguramente, el sabio autor de ese monumento de nuestra legislación que, al amparo de un precepto que una ley posterior sobre matrimonio civil reprodujo de la legislación canónica vigente sobre la materia, y que establece que el matrimonio celebrado ante funcionario distinto del domicilio o residencia, de alguno de los contrayentes, y que alguien descubrió habilidosamente des-

pués de muchos años de vigencia, no pensó, repito, don Andrés Bello, que íbamos a llegar en nuestro país a hacer letra muerta de ese contrato, que es la piedra angular y el fundamento primordial de la familia y por ende de la sociedad entera, con solo recurrir al fácil y expedito medio de valerse de la disposición de dos testigos complacientes y, por decirlo de una vez, de dos perjuros".

Y don Alberto iba enojándose a medida que seguía hablando. "Esta es la cruda realidad... en Chile existe, desde hace varios años, el divorcio con disolución de vínculo, con caracteres alarmantes para la legal constitución de la familia..."

Y dándole la razón a Mariana Aylwin, Ignacio Walker, Sergio Elgueta y demáses, los que en 1942 aún no nacían, y que sostienen que hay que legislar porque el actual estado si que destruye la familia, Novoa afirmaba: "Pero no es éste un divorcio con disolución de vínculo, en que se llenen severos requisitos y formalidades propias de una institución jurídica de tanta entidad, en que se exija la comprobación cierta de graves y determinadas causales que lo hagan procedente, que se ventilen en un juicio en que se analicen y ponderen con rigor las probanzas aducidas. No. En las nulidades se trata de una burda comedia que por centenares invade las secretarías de los diversos juzgados". Y agregaba que los Tribunales nada podían hacer "para que se realice esta mascarada judicial, por tratarse de juicios civiles en que les está vedado proceder de oficio".

Novoa hizo un llamado al gobierno y al Parlamento para buscarle "una solución integral" a "esta corrupción que nos corroe". Al año siguiente lamentó no haber sido oído. Esto fue en 1943. A 52 años de su lamentación, ya el caso se omite en los discursos de apertura del Año Judicial. Los chilenos parecen haberse habituado a las nulidades como sistema. ■

■ **Acerca del fracaso de los matrimonios, las teorías sobran. Ortega y Gasset, escéptico, decía: "El amor muere porque su nacimiento fue una equivocación". Cervantes razonaba que "el mayor enemigo que el amor tiene es el hambre".**



Ignacio Walker



Mariana Aylwin.

Cómo operarse del corazón

H.M. Los parlamentarios que presentaron el octavo proyecto de divorcio vincular que conoce el Congreso, afirman que no quieren una guerra santa. "El tema del divorcio debe ser sacado del plano religioso y debe ser abordado con criterios objetivos", manifiesta el diputado Mariana Aylwin. Para la Iglesia el matrimonio tiene su origen en el amor, que intrínsecamente aspira ser eterno y para siempre". Es un sacramento que deben observar los católicos (aunque no siempre porque el Tribunal de la Rota, en Roma, considerando la textura humana, anula más de 200 matrimonios religiosos al año). La ley que propone es civil, y aseguran que "hará más difícil divorciarse" que con las actuales nulidades.

Eugenio Velasco Letelier, ex decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, abogado integrante de la Corte, es autor del libro *De la disolución del matrimonio*. En este muchas de sus ideas coinciden con las de los parlamentarios autores del proyecto.

Respecto de la teoría de que, existiendo el divorcio a todos se les ocurriría divorciarse, estima que lo mismo podría haber sucedido al existir las nulidades. Y recuerda un ejemplo que dio en la Universidad Católica cuando la FEUC lo invitó a un foro.

lizando operaciones a corazón abierto y colocando by-pass en las arterias. También en casos desesperados se recurre a un trasplante. Eso no significa que quienes tienen un corazón sano, deben operarse. Los matrimonios felices, los que se aman no pensarán en el divorcio".

Tal puede ser también el caso de muchos anulados. Si buscaron ese recurso fue porque ya también su caso pudo ser desesperado. Y en tal situación están cuatro ministros, 16 parlamentarios, dos hijas de un ex Presidente, y el propio director general de Carabineros, Fernando Cordero, quien con mucha hombría le expresó a la periodista Raquel Correa: "Yo, para poder anular mi matrimonio, tuve que mentir, y eso me duele". Y con su esposa belga formó un feliz hogar. Adoptaron una niña pascuense que les quita el sueño.

Y acerca del fracaso de los matrimonios, las teorías sobran. Ortega y Gasset, escéptico, decía: "El amor muere porque su nacimiento fue una equivocación". Cervantes razonaba que "el mayor enemigo que el amor tiene es el hambre". El hecho de que el 72 por ciento de las nulidades correspondan a parejas de las clases A y B, acomodadas, pareciera decir que el factor económico es decisivo.

Pero hay otros argumentos. Es el de la nulidad de los pobres. "El pobre no tiene dinero para pagar una nulidad"



El abogado Eugenio Velasco Letelier.

ente social Sonia Vivanco. "El se va de la casa, pasa a convivir con otra mujer, a la que su marido o conviviente, a su vez, ha abandonado. Surgen los hijos llamados

como niños de segunda clase".

"Matar a la señora"

Otro recurso es "matar a la señora". En un escrito que cuesta menos que tramitar una nulidad, se asegura que ella hace años hizo abandono del hogar, que se fue a determinado lugar, sin que tampoco sepan de ella. Se presume que falleció. El juez ordena publicar aviso en el periódico local, de lo que por supuesto ella no se va a enterar porque jamás estuvo en esa localidad. Por fin se declara su muerte presunta, y el "viudo" puede volver a casarse.

En 1950 la Corte Suprema designó un ministro en visita ante la denuncia de que abogados utilizaban departamentos donde otra mujer se hacía pasar por la cónyuge del demandante, y allí llegaba el receptor a notificarla. El marido a su vez le habla sustraído la cédula de identidad a la esposa. Un juicio semejante, a escondidas de la cónyuge, salía mucho más caro. Correspondía a los avisos que advertían: "También se atienden casos difíciles".

Eugenio Velasco cita otro tipo que se da con frecuencia: "Las vergonzosas transacciones comerciales para 'vender' el al a la nulidad más el otro cónyuge restante"

Lo primero que hizo Gonzalo Trivelp, ex funcionario de Codelco, en su primer día de libertad, fue comprar una torta y llevarse la a los que hacían sus compañeros de reclusión en el tercer piso del Anexo Capuchinos. De esa torta él no podía probar ni una miga, y los festejados la saborearon con un deleite especial, aun los que jamás gustan de tortas y dulces. Es que forma parte de las misteriosas cábalas que alientan la fe de quienes están privados de libertad.

El que ya salió se priva de comer la torta, porque si la hiciera se espone a volver a la celda. Para los demás esa torta adquiere un significado especial tras el jalo de la libertad, el que les fue a buscar el compañero que ya recuperó la mayor dignidad de ser humano. Y en su ansia de volver a su hogar y pasearse por las calles, se van agregando otros signos, que son algo más que una superstición. Como el hecho de cur los asientos en el corredor se van rotando, cada vez que alguien se va y llega otro. En su inconsciente piensan que es como adelantar un lugar en una larga cola que conduce a la libertad. Es cierto que ninguno se va yendo de la Cárcel por antigüedad, y que alguno puede haber llegado al Anexo una tarde para irse al día siguiente, como es el caso del abogado Héctor Salazar. Pero qué importa el autoengaño, en pos de otra sugestiva cábala. La existencia de ese mismo Anexo Capuchinos es otra sorpresa.

Se le expropia al Arzobispado

Fue a comienzos de 1945, en la Presidencia de Juan Antonio Ríos, cuando se consideró la necesidad de disponer de un recinto carcelario especial, para aquellos detenidos primarios y que no habían sido arrestados por hechos de sangre. Muchos de ellos podrían salir pronto en libertad sobrecargados de culpa, además de tener un nivel cultural diferente (el 82 por ciento de los allí detenidos pasaron por la Universidad).

Era, entonces, injusto que los condujesen al infierno de la promiscua cárcel de calle General Mackenna, compartiendo un atochado calabozo con averazados delincuentes. En muchos casos, los abajales conversaban con el juez y Gendarmaría que se les tuviese provisionariamente en el inter-

Evitar el infierno de los presidios comunes cuesta 5 UF al mes

Monasterio capuchino se transformó en cárcel VIP

HERNAN MILLAS

Lo comparan con "un hotel de Cartagena, antiguo, pero limpio". Connotados "huéspedes" como el "Padrino Aravena", Fluxá y Yaconi fueron alhajando el recinto hasta dotarlo de piscina. En el tercer piso se paga "derecho de llave": cien mil pesos al año aunque se esté sólo un día. Y abundan las cábalas.

CRONICAS DE LA EPOCA

Capuchinos, una de las ramas "renovadas" de los franciscanos. Había sido construido en 1890 y se trataba de pabellones de adobe y albañilería, en regular estado de conservación.

En sus tres mil 478 metros de superficie se levantaban casi cuatro mil metros edificadas. Y las celdas de las siervas de Dios podían convertirse en celdas de sacros de la justicia.

A mediados del siglo pasado, el lugar, con cheras que llegaban a las orillas del Mapocho, podía prestarse para la oración. Pero en 1945 el bullicio de la ciudad perturbaba el silencio que las religiosas requerían.

Sin embargo, la transacción no fue tan simple porque la Orden quería un precio que le permitiese adquirir terrenos y levantar edificios sin arrendos. Para obviar, el Ministerio de Vías y Obras Públicas cedió en mayo de 1945 expropiado la propiedad al Arzobispado de Santiago, y que una comisión de "hombres buenos" estableciera el precio.

Las monjas construyeron su nuevo monasterio en la calle Carmen 876.

Equívoco con el convento

Aunque su nombre es Anexo Cárcel, todos hablan de Capuchinos, porque la estrecha calle que une Rosas con San Pablo, mantiene ese nombre. Esto, por razones obvias, no gusta mucho al Convento de los Capuchinos, ya que se presta a equívocos. El ayudante del padre provincial me relató que hace algunos días un periodista llegó hasta esa casa situada en Catedral 2345, junto a

su centenario templo, preguntando por un preso a quien Gendarmaría había autorizado a entrevistarse.

—Pero éste es un Convento y no una cárcel—, le dijo.

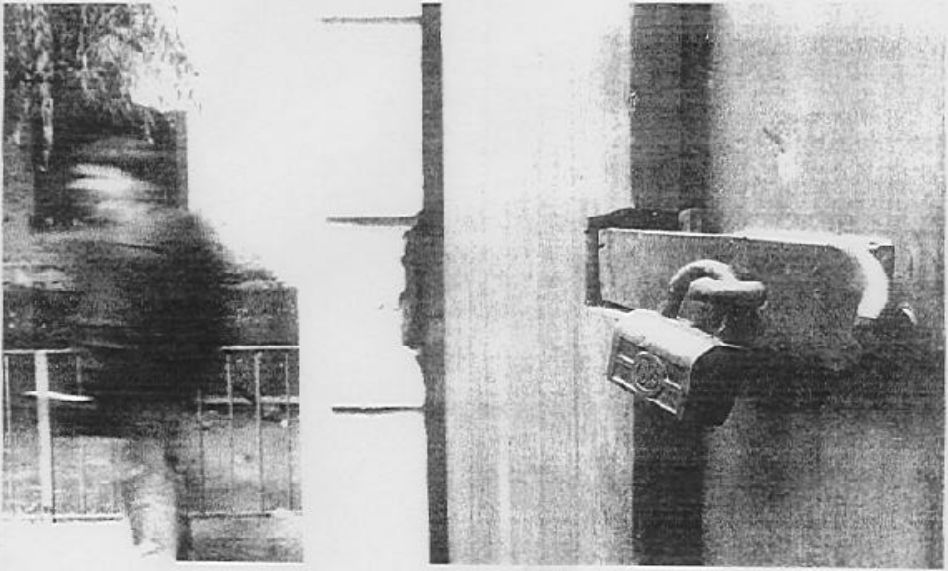
—A mí me dijeron que él estaba en Capuchinos— insistió la reportera.

Desde 1946 el Anexo Capuchinos se convirtió en cárcel para "caballeros". La mejor definición del recinto se la dio el jefe del tercer piso cuando una semana atrás llegó el abogado Héctor Salazar: "Es un hotel de Cartagena, antiguo, pero limpio".

La misma vez movió a segregación, ya que el juez no autoriza su traslado a quienes tienen un pecuniario o que hayan cometido un delito con violencia (asalto, robo).

Y como se trata de un recinto especial, hay que pagar un canon mensual de cinco UF (54 mil 500 pesos), aunque se permanezca un día.

El abogado no solo tramita su traslado al Anexo, sino que además procura el arriendo de la cama, ya que es un "hotel" a medio arrendar. Alrededor del recinto hay puevederos que en minutos llegan con la cama. Asimismo, el Estado no alimenta a los que están en ese lugar, y ellos deben procurarse la alimentación. De ahí que más del 90 por ciento de los detenidos son



procesados por motivos económicos (cheques, quiebras, estas, malversación de fondos).

Con servidumbre incluida

Gran parte de los reclusos obtiene la pensión de un *moctio*. Estos son reos por delitos comunes, y que por su buena conducta han logrado que los trasladen al anexo. Como en una ciudad, el Anexo tiene un barrio pobre, donde están las celdas de los *moctios*. Ellos atienden a varios pensionistas, y el que llega puede pasar a ocupar el lugar que dejó un cliente que salió en libertad.

Igual como en un hogar, los gastos de comida se prorratan entre varios. El *moctio* hace los encargos de las provisiones, cocina y lava las ollas y la vajilla, y sirve la comida, que él también comparte. En cuanto al desayuno o a una taza de café en la tarde, algunos recurren también al *moctio*, aunque la mayoría tiene su propia minidespensa.

En marzo de 1952 durante tres días fui "huésped" del Anexo con otros tres periodistas,



Fue en 1945 que se apreció la necesidad de contar con un recinto para presos por delitos no sangrientos.

más Enrique Gallardo Nieto, ex diplomático y suegro de Juan Bautista Rossetti. Se trató del "caso Melfi" que remeció al país y que motivó que el entonces

Presidente de la SIP, Jules Dubois, del *Chicago Tribune*, viajase a Chile.

Desde *El Mercurio* y *El Diario Ilustrado* hasta el sensacionalista

tabloide *Noticias Gráficas* editorializaron a favor de la causa que protagonizamos. Habíamos ido informando (porque cada día se sumaba otro colega, que un

ministro, que recién había jurado, realizó operaciones bancarias irregulares que limitaban con el Código Penal. El secretario de Estado, luego de jurarle al Presidente González Videla que todo era falso, se querreló por Ley de la Defensa de la Democracia, y el magistrado nos declaró reos. Nos ofreció darnos la libertad bajo fianza, pero habíamos decidido no aceptarla ("la verdad no necesita fianza", le dijimos al ministro Miguel Barros de la Barra).

Cuando se publicaron los documentos, y el gobernante comprendió que había sido engañado, pidió la renuncia al ministro y antes le exigió que retirase la demanda.

Pero ese Anexo que conocimos era pobrísimo comparado con los logros que los futuros huéspedes fueron consiguiendo. El baño era común y recién —con erogaciones de los propios detenidos— se habían conseguido duchas con agua caliente. En cuanto al trato con los demás

La rabia del abogado Salazar

H.M.
En su oficina, que durante años fue un anexo de la Vicaría, y que queda frente a la catedral, Héctor Salazar tiene enmarcado el diploma que le otorgó el monarca español. Expresa: *Su Majestad el Rey don Juan Carlos I, en Madrid el día 27 de abril de 1979, otorga el título de Licenciado en Derecho, de la Universidad de Barcelona, a Héctor Miguel Salazar Ardiles, nacido el 2 de octubre de 1948, en Iquique, Chile...* El título lo revalidó en Chile, de acuerdo con el convenio Andrés Bello.

Y en la Guía Judicial de "Cataluña" en su página 214 figura Salazar, lo que le permitía ejercer también en España.

Que se titulase a los 31 años no fue por porro, sino porque su generación debió vivir intensamente una época de años difíciles. Estudiaba Leyes en la Chile, y como dirigente de la DC universitaria participó en las luchas por la Reforma. Después vino la escisión y estuvo en el Mapu. En 1970, cuando estaba en tercer año, se casó. El golpe lo sorprendió trabajando en el Departamento Jurídico de la CORA, donde el abogado Fernando Márquez ("una excelente persona, me acogió"). Casi todos habían sido sus camaradas en la DC.

Pero al año después no pudo resistirse y partió a la "línea de fuego", en el Comité pro Paz, creado por cinco iglesias y antecesor de la Vicaría. Eso sí que era exponerse y el abogado José Zalaquett, jefe de su Departamento Jurídico fue detenido y torturado. Ya el Cototo, como le decían sus compañeros de la universidad, se sentía comprometido con los derechos humanos. Y entonces adquirió la "curiosa costumbre de indignarse".



El abogado del caso degollados cuenta su experiencia.

—¿Cómo no indignarse cuando a mi oficina llegaban diariamente carpetas con casos de personas violadas, torturadas o muertas?

Y su desahogo era soltar algunos garabatos o golpear la mesa.

Llegó un momento en que se dio cuenta de que la pista se le ponía pesada y que sería difícil titularse en Chile. Apareció en una lista de 150 sumariados en la universidad, con un rector delegado militar. Ya era papá y decidió partir.

Pero ya para el 80, en la época de las protestas, estaba de regreso. Lo primero que hizo fue llegar a la Vicaría y

decirle al vicario Santiago Tapia: "Aquí estoy".

Por eso no deja de ser una paradoja que Salazar, que durante cuatro años estuvo en la mira de la justicia militar, que sobrevivió a la dictadura, ahora en democracia la justicia militar consiga darle alcance.

Curiosamente el ministro en visita Alfredo Pfeiffer le admite a la periodista Raquel Correa que la justicia militar es sólo para juzgar delitos cometidos por militares (salvo los que atañen a la Ley de Control de Armas). La desinformación resulta extraña en un integrante de la Corte Marcial. "Por lo que yo sé, no pertenezco a las Fuerzas Armadas", comenta risueño Salazar. Salvo que en ese momento, el magistrado hubiera estado pensando en otra cosa, como en su viaje a Colombia a ver jugar al Colo Colo.

Se junta otra dramática coincidencia, ya que el fiscal militar asignado fue Sergio Cea, el mismo uniformado que en enero de 1989 ordenase incautar las fichas médicas de la Vicaría de la Solidaridad, lo que no logró conseguir por la enérgica negativa del vicario Sergio Valech. El obispo dijo estar dispuesto a ir a la cárcel por desacato, y el cardenal Fresno a acompañarlo.

El ser arrestado fue un pesar que Salazar nunca antes le dio a su mujer y a sus cuatro hijos (José Miguel, ya egresado de Leyes; Matías, en segundo de Derecho; Cristóbal, licenciado en Historia; más Juanita de 12 años y Joaquín de 5).

Es así el primer reo político en democracia. Además que para él y su defensor Nelson Cauco ("Iquiqueño como yo"), su caso constituye el más significativo absurdo, ya que es uno de los abogados por el caso de los degollados, considerado el crimen más atroz que se ha conocido en Chile. Y quien lo envía a la cárcel es el jefe de policía a cuya institución pertenecían los homicidas.

—¿Se han fijado", comenta, "en la

habilidad de la derecha? Nadie en estos momentos fija su atención en ese crimen, y en las conclusiones del ministro Julca. En cambio, todo se ha radicado en discutir si el general Stange está o no en feriado legal indefinido".

Acerca de la sensación que experimenta un abogado que ha debido ver miles de casos donde se juega la libertad, cuando es detenido por primera vez, Salazar expresa:

—Es curioso. Uno puede considerarse anímicamente muy recio. Pero cuando le dicen: "queda encargado reo y se

No deja de ser una paradoja que Salazar, que durante cuatro años estuvo en la mira de la justicia militar, que sobrevivió a la dictadura, ahora en democracia la justicia militar consiga darle alcance.

va para dentro", uno se quiebra. Y aunque uno piense que no ha cometido ninguna falta, sólo defender los derechos humanos, el hecho afecta igual. Se siente el impacto del golpe que eso significa y se entremezclan sentimientos de rabia, frustración, indignación, impotencia.

"Es que esa sensación de perder la libertad es demasiado fuerte. Uno se considera rebajado en su condición de ser humano y eso es muy vejatorio".

Salazar habla de su permanencia en el Anexo Cárcel: "Desde que al jefe del piso me dijo: "Yo no te puedo decir 'bienvenido' porque sería inadecuado", uno se sincroniza con la onda de la solidaridad. Allí los cartones quedaron afuera, y se es sólo un preso más. Nadie juzga a nadie. Perdió la perspectiva de ser un abogado, y sólo me sentí muy cerca, humanamente, de todos ellos".

Un amigo entra a saludarlo, y le dice: —¿Ves? Gracias a Stange viviste esa experiencia que te faltaba.

reos, nos impresionó cómo surgía la solidaridad humana. Todos pasábamos a ser iguales. Nadie menospreciaba a otro o juzgaba en los motivos que lo hicieron llegar al lugar. Como llegamos de noche, sobraban las invitaciones para compartir un plato de comida o una taza de café.

Vida entre rejas

En las mañanas cuando alguien se mostraba demudado, se decía que había tomado *caldo de cabeza*, es decir no había podido conciliar el sueño pensando en cómo salir del attolladero, y en cómo se las arreglarían en su casa. O temía que su esposa no le fuese fiel.

La revista *Ercilla* relató detalles de la permanencia en el anexo: Había escases de habitaciones y los abogados conseguirían que los microbuseros facilitaran una de las piezas que ellos tenían reservadas para chóferes que fuesen detenidos. Posteriormente ellos ayudarían a construir el Centro de Detención Teniente Yávar, conocido como el "motel de los chóferes".

"Los periodistas pagaron doce pesos diarios a Gendarmería (el ejemplar de la revista costaba un peso). A un restaurante cercano pagaron 50 pesos diarios por las viandas de comida que les enviaban, y 70 pesos diarios por el arriendo de la cama. La vianda se componía de cazuela y un guiso. Pero al día siguiente la vianda tuvieron que cederla los periodistas a otros detenidos, porque los regalos en comestibles que ellos recibían fueron tantos, que habrían servido, según opinión de un detenido, para alimentar el Pensionado durante cinco días. Llegaron envíos incluso desde Valparaíso. José Pujol, dueño del Nuria envió a cada 'amigo periodista', una valija con pollos asados, frutas, kuchen y... licores. Estos últimos no pudieron entrar, de acuerdo al Reglamento..."

La crónica detallaba la larga cantidad de obsequios, entre ellos 245 cajetillas de cigarrillos, pero ninguno fumaba, salvo uno (**Rafael Fuentes**) que lo hacía en pipas o escogía los habanos. Las cajetillas fueron obsequiadas a los vigilantes y demás reos. Un vigilante que recibió un Camel hizo un reproche: "¿No tienen cigarrillos negros? No he fumado nunca rubios".

En aquel tiempo yo era crítico de cine. Uno de los más destacados distribuidores ("Grandes Películas") envió una proyectora de cine y varias películas sin estrenar. En una afectuosa carta, su gerente **Jorge Suárez**, me hizo saber que la decisión se había adoptado "en la reunión habitual de los socios de la empresa, **Pedro Opató Cousiño, Basilio Soffia, Carlos Bulnes Correa** y el infrecuente, para que pueda seguir entregándonos sus críticas...". Opató era senador liberal.

El senador y candidato presidencial **Arturo Matte** llegó un mañana a

las ocho y media y nos dio la noticia de la renuncia de Meli. Le respondimos: "Usted es nuestro Reportero Esso" (a esa misma hora se transmitía ese noticiario radial, que tenía la más alta sintonía en el país.

Pero no todo era encanto. En la crónica se señalaba que "los cuatro periodistas debido a la tensión nerviosa habían perdido el apetito". Además realizaba un dramático balance: "Contando los muros de cemento, el fierro de la entrada, quedaban encerrados en cinco rejas: la que separaba el patio de entrada con los pabellones de los reos, la que comunicaba con el segundo piso, la que servía de entrada al Pensionado, la de su propia celda.

rayito de luna que ponía a los periodistas en contacto con la libertad. **Adriana Daroch de Vergara**, directora de la Fundación de Viviendas de Emergencia, y que trabajaba con la Mitty, tuvo el hermoso gesto de enviarnos un canastillo de flores, "para que, además del rayito de luna, tengamos flores elegidas por una mujer".

Fue en los años 1981 a 1983, al final del boom económico, que el Anexo recibió a personajes de VIP chileno. Grandes magnates de la banca y de grupos empresariales fueron llegando a Capuchinos. Los bancos y financieras aparecían prestando más del cien por ciento de su capital y reservas, y lo peor es que era dinero prácticamente irrecuperable. **Javier Vial**, presidente del Banco de Chile y el mayor accionista del grupo BHC, fue encargado reo por el ministro **Adolfo Bañados** y enviado a Capuchinos. **Francisco Fluxá** y su socio **Yaconi** llegaron del Banco Osorno. Hubo un momento en que en el Anexo habían ocho banqueros. Llegó a mí el propio superintendente de Bancos. Y en esta *razzia* a lo Robespierre, cayó **Rolf Luders**, que hasta pocos días había sido ministro de Hacienda.

De todo el pelaje económico llegaría a Capuchinos. **José Aravena, El Padrino**, dueño de La Sirena y del Casino las Vegas, permaneció meses acusado de evadir impuestos. Fue entonces que se remodeló el tercer piso, todo con erogaciones de los propios afectados, y se alhajaron sus habitaciones.

Dentro de los rigores de una cárcel, el tercer piso pasó a ser La Dehesa del Anexo. Para colaborar en el mejoramiento de todo el penal, se decidió cobrar un derecho de llave por ocupar alguna de sus habitaciones: cien mil pesos anuales, que se pagan aunque, como en el caso del abogado **Héctor Salazar**, se permanezca un solo día. La comida se pide afuera y se paga por ella 25 mil pesos mensuales.

Entre los mejores momentos se recuerda a Fluxá y Yaconi que obsequiaron la piscina. En estos días, el tercer piso está, hablando en lenguaje turístico, en "alta temporada" y casi con todas sus camas ocupadas, como producto del *davilazo*. Y el deporte sigue representado. Se fue **Juan Carlos Esguep**, ex presidente del COCh, y llegó **Miguel Nasur**, ex presidente de la Asociación Central de Fútbol.

Y como no todo allí tiene relación con las causas procesales, se da el caso de que, de hacerse una encuesta, **Feliciano Palma**, de Loza Penco, aparecería como el personaje más agradable del penal. Tanto que un detenido confidenció: "Es el alma del Anexo. El día que se vaya nos va a hacer falta".

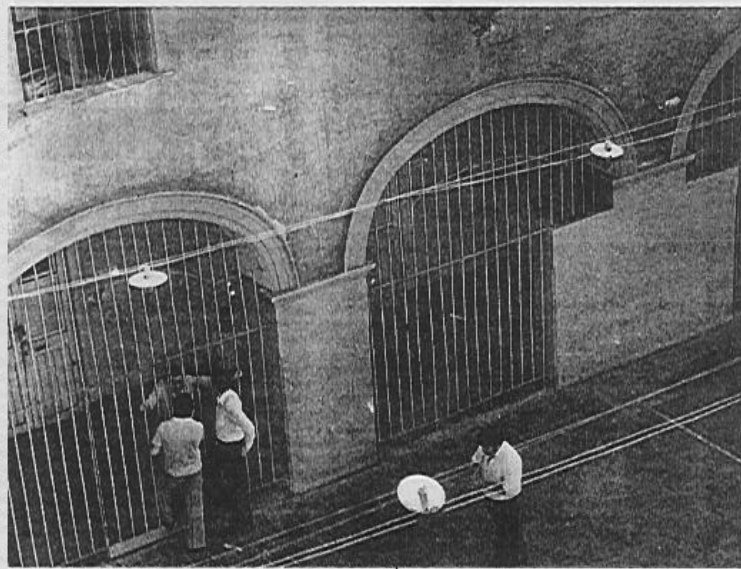


Adentro todos son iguales y prima la solidaridad, es el comentario más repetido de quienes pasan por ahí.

De hacerse una encuesta, Feliciano Palma, de Loza Penco, aparecería como el personaje más agradable del penal. Tanto que un detenido confidenció: "Es el alma del Anexo. El día que se vaya nos va a hacer falta".

Como la construcción databa del siglo pasado, y los pisos y las escalas eran de madera, en un caso de incendio las cinco rejas transformarían el Anexo en un horno crematorio..."

En Reportajes, el programa de *Radio Cooperativa*, escribí que nuestro único paisaje a través de la ventana era un muro gris, por el cual descendía un temeroso



En 1981 el recinto subía necesariamente de "pelaje": se llenó de personajes VIP.

Hay que cuidar al asesino

Por Hernán Millas

Broma o expresión de irritación, en Iquique se cuenta que el abogado del asesino de Alto Hospicio habría reclamado a Gendarmería por mala atención a su cliente. Sergio Ebner expresaría que el día anterior a su cliente, Julio Pérez Silva, le llevaron su desayuno un cuarto para las nueve de la mañana, en vez de las 8.30. Gendarmería reconoció la falta aduciendo motivos especiales, como que estaban cambiando el balón de gas.

Pérez se habría conformado con la explicación, y agregando, “Ojalá que no vuelva a repetirse”.

Nancy Boero, pareja del homicida, y funcionaria de la Municipalidad de Iquique, hizo ver la necesidad de extremar los cuidados y atenciones. El médico que lo trata coincide con su apreciación y estima indispensable que no sufra una depresión. En los primeros días de su detención hizo dos intentos de quitarse la vida, pero hoy luce muy relajado y de buen ánimo.

La jueza que sustancia el proceso por catorce homicidios y dos violaciones comprobadas (aunque se le suponen seis otros crímenes) estima que mientras dure el juicio, es necesario que el reo colabore. Y para ello hay que tratarlo bien.

Los familiares de las víctimas se muestran indignados por el exceso de cuidados, haciendo ver el contraste que ellos hay días que no tienen cómo parar la olla,- relata el periodista Narciso Donoso en “El Mercurio”.

Tampoco para Gendarmería Pérez resulta un preso como otros. El es el reo más caro del país. En Arica habita en un pabellón de alta seguridad, dotado de un circuito cerrado de televisión. Cuando debe ser trasladado a Iquique para alguna diligencia con el proceso, aloja en un departamento que hubo que construirle en la cárcel, dotado de baño. Veinticuatro gendarmes han sido destinados para su vigilancia y cuidado. Ellos realizan turnos de cuatro horas. Son escogidos de los más diversos penales del país, y son reemplazados todos los meses.

Se calcula que los ‘mimos’ a Pérez cuestan unos diez millones de pesos mensuales.

Pérez disfruta de comodidades similares a los reos uniformados de Punta Peuco. Dispone de un televisor y un equipo de radio y música, y se le suministran los CD que solicita. Los programas que más disfruta son los de concursos y los de humor. Abomina de los programas de violencia. Nada le falta. Incluso el pasado 15 de julio cuando cumplió los 39 años, su pareja llegó acompañada de los hijos de ella, llevándole una torta, helados y bebidas. Decoraron su habitación con globos y le cantaron el “happy birthday”.

Un gendarme de Santiago contó a familiares cómo era la existencia del que puede ser el mayor asesino que ha habido en Chile (haciendo exclusión del Mamo).

A las ocho de la mañana se le despierta. Un gendarme desarmado le sirve de ayudante, para evitar que él pueda intentar cortarse con la máquina de afeitar. El vigilante llega con una bolsa que contiene jabón, shampoo, desodorante, loción y colonia. Una vez por semana llega

un peluquero, pues el reo ha manifestado que le gusta mantener el pelo cortito. Después hace ejercicios.

A las ocho y media llega la bandeja del desayuno, con un jugo de frutas, yogur, té o café con leche, tostadas (con diversas opciones como mantequilla, queso, mortadela, paté o manjar).

En seguida, Pérez se tiende a descansar, ve tele o escucha radio o música, o lee los diarios y revistas que le ha llevado su pareja.

A las 13 le llevan el almuerzo, según las recomendaciones de una dietista. A la entrada (fiambres con ensalada, palta reina – que le gusta mucho-, tomate relleno con atún, y mariscos) sigue el plato de fondo (filete de reineta con arroz o ensalada, o asado con papas doradas, o hamburguesas con puré, cazuela de ave o porotos con carne mechada. De postre, fruta o flan, o huesillos, o leche asada). Más tarde, Pérez ve una teleserie (El Clon) y duerme la siesta. A las 18.30 le llevan las once-comida (pollo con puré, o carne al jugo con arroz), té, y un sandwich de queso o jamón. En seguida se acuesta, sigue viendo televisión, hasta que le da sueño. No tiene pesadillas, y según un gendarme “ duerme como un angelito.”

www. elarea. com, 19 de agosto de 2002.


[Inicio](#)
[Votar](#)

Asistencia habilitará hasta los ascensores

Por [Hernán Millas](#)

La dirección de la Posta Central de la Asistencia Pública debe dar a conocer en el curso de la semana el instructivo para la atención de los hospitalizados.

Como el número de pacientes colapsó sus instalaciones, se decidió habilitar los pasillos.

Pero éstos ya se hicieron insuficientes, obligando a adoptar nuevas medidas.

Uno de los facultativos de la Posta adelantó algo.

-Vamos apelar –expresó- a la colaboración de quienes acuden a la Asistencia para utilicen los ascensores y las escalas, colocando enfermos en camillas semi verticales. También los ascensores deberán disponer de la mitad de su espacio para colocar camillas tipo sillas, para los enfermos en estado de recuperación.

A la pregunta si un paciente podría verse afectado por el continuo subir y bajar de los ascensores, respondió:

-Todo lo contrario. El incesante movimiento lo predispone al sueño. Además, el enfermo se distrae viendo diferentes personas.

También con la llegada de la primavera se estudia habilitar el helipuerto, donde podrían haber unas cien camas, colocándoles en la noche un toldo. En caso de llegar un helicóptero trayendo algún enfermo de urgencia, los pacientes se levantarán por el tiempo requerido. Y para eso en el helipuerto estarán los pacientes menos graves.

Las autoridades de Salud han puesto como ejemplo de colaboración

<http://actualidad.elarea.com/documentos/imprimir.asp?de=1169926>

05-09-02

a los funcionarios administrativos y de servicios de ese recinto hospitalario.

-Es así –dijeron- que en las diversas dependencias y oficinas se están habilitando camas. Incluso en las cocinas se agregarán camillas, donde estarán enfermos ya en recuperación. Se considera que el olorillo a las comidas, apresurará su mejoría.

Asimismo habrá un orden en la atención de los pacientes. El recién llegado deberá cumplir un período sea en los pasillos, escalas, ascensores, cocinas, oficinas, para después optar a una cama en sala. Esa última ya será un derecho adquirido después de pasar por las otras dependencias.

El sistema ya logró su primer éxito. Impresionados por el hacinamiento de la Asistencia Pública y otros establecimientos hospitalarios, los parlamentarios decidieron acelerar el despacho del plan AUGE en comisiones, de modo que en noviembre llegue a la sala.

De no ocurrir eso, la Posta habilitará las veredas de la Diagonal Paraguay y la avenida Portugal.

www.elarea.com, 5 de septiembre de 2002.

C. CRÓNICAS DE PEDRO LEMEBEL

I love you Mac Donald

(o "el encanto de la comida chatarra")

Y no hace tanto que estas cocinerías de la gula yanqui se instalaron en la ansiedad del mastique chileno. No hace mucho, pero prendieron como pólvora inundando la ciudad con sus luces, neones, slogans, olores y fritangas gringas que atraen a la masa urbana con el aroma plástico de la comilona chatarra.

Desde fines de los setenta, cuando se instaló en Santiago la cadena Burguer Inn, la colonización del causeo con ketchup perfuma los paseos peatonales alterando el metabolismo nacional, acostumbrado al cocimiento calduo de la porotada tricolor. Porque la dieta nutritiva y costumbrista de cada territorio, tal vez interviene en el desarrollo de las razas. Quizás acentúa sus diferencias, dependiendo de la cantidad de carne, verduras o cereales que se consuman. Entonces, cada pueblo refuerza una identidad culinaria para conservar sus rasgos físicos, síquicos y sociales según las proteínas animales, marinas o vegetales que su tradición alía en el ritual de la cocina. Así, un saber popular seduce y congrega a la mesa familiar con la herencia de las recetas. El traspaso del charquicán, la carbonada, o el caldillo que preparaba la abuela, lo aprende la madre quien se lo enseña a la hija y ésta a la nieta. Pero hasta ahí no más llega, porque a la bisnieta de tres años, le fascinan las hamburguesas del Mac Donald. Y cada vez que la familia sale al centro, a pajarrear la tarde de domingo en el Paseo Ahumada, el pataleo de la cabra chica frente al local ha transformado en una costumbre obligada el consumo de la "cajita feliz" que humea de hamburguesas, papas fritas y el balón de Coca Cola para eructar la grasa rancia del tufo importado. Y pareciera inevitable caer en el hechizo de esos platos que ofrecen las fotografías luminosas, alertando las tripas y los jugos gástricos de la tribu pioja, que no puede regresar a la pobla sin pasar al Mac Donald a zamparse el Mac Combo uno, dos, tres o la "cajita feliz" que, más mil quinientos pesos, da derecho a un reloj con dinosaurio. Aquí, al interior

de este boliche empaquetado de acrílico, todo respira y transpira una mantecosa felicidad. Como si el hambre fuera la excusa para ser atrapado en la cadena de los placeres desechables, las chucherías plásticas que reparten según el negocio del cine Walt Disney; que la Bella y la Bestia, que Anastasia, que la Barbie voladora, todo un mugrerío de muñecos y juguetes para engatuzar la fiebre consumista del buche Mac Donald. El limpio autoservicio, donde un payaso con peluca colorada ofrece la comida al paso que preparan los chicos del mesón, los empleados jóvenes que contrata la cadena sin garantizarles la estadía laboral. "Si hay clientes, hay trabajo", les repite diariamente el encargado jefe. "Y si ustedes hacen méritos, si compiten por ser el mejor, la empresa los condecora con la chapa de "I love you Mac Donald". Y a fin de año, si juntan puntaje, los mejores viajan a Miami para conocer la hamburguesa reina de los grandes locales. Entonces, en esta escuela de la competencia funcional, los cabros aprenden la traición, cuando acusan al compañero de robarse la mostaza, o lo delatan por no usar ese ridículo sombrero que obliga a la empresa. Cuando se transforman en peones sumisos de una multinacional que arrasa con las costumbres folclóricas de este suelo. Una maquinaria del engorde fofo y la manteca diet que droga a las multitudes, la distraída masa que se deja enamorar por el estómago, con la hediondez del plástico.

De perlas y cicatrices, Lom ediciones, págs. 174-175.

El encuentro con Lucía Sombra

(o "nunca creí que fueran de carne y hueso")

Y uno no sabe que estos personajes, avales de tanta impunidad, sean ciudadanos comunes y corrientes. Y uno va por ahí pensando que jamás se encontrará con uno de ellos cara a cara y, por lo mismo, los tiene medio mitificados, medio caricaturizados por la imagen pública de TV o de revistas que pintan el día a día con el negro recuerdo de sus rostros. Pero existen, no son la especulación del marxismo, y se los puede encontrar en un mall, un cine, o mirando con lupa los cuadros de una exposición en una galería fruncida de la Costanera. En la muestra de ese pintor hippiente y paltón, que una tarde en el Venecia nos invita, a Ernesto Muñoz y a mí, a su muestra de pintura porteña. Y a veces uno se deja llevar por los aires de cóctel y buen trago que ofrecen estas inauguraciones del arte. Uno se encarama a una micró y llega, atrasado como siempre, medio deslumbrado por la fanfarria de mozos y petibuchés de langosta que pasean por tu nariz, sólo para que uno los huelva, porque cuando estiras la mano, retiran la bandeja con destino a un grupo de críticos que se chupan los bigotes alabando las obras. Y uno se queda con la mano estirada y la lengua afuera corriendo tras los mozos. Los empaquetados sirvientes de cóctel que le hacen el quite a la manga de artistas pendejos y hambrientos que van a estas galas a degustar exquisitices. Uno forma parte del choclón que se organiza para asaltar bandejas, y se instala cerca de la cocina donde salen los mozos sopladitos con el whisky. Y ahí hay que pararlos. ¿Qué te pasa gueón clasista que te arranca de nosotros y sólo le serví a los cuicos? Porque estos mozos de cóctel fino están aleccionados para atender según la pinta. Son como algunos guardias de supermercado, que le hacen reverencias al pituquerío, y al rotaje, igual que ellos, lo tratan a patadas. "Maldición de Malinche", me comenta un pintorcillo mascando un canapé, al tiempo que llega un zoológico empelado de nutrias, osos y zorros, y el artista exponente se tira de guata al suelo para recibirlo. Sólo entonces me queda campaneando la cara de una mujer

que entró con dos tipos de lentes oscuros y gestos nerviosos. Sólo ahí, se me evapora el whisky y esa cara me revuelve el estómago en una náusea con olor a trementina, milticos y tumbas. Y en ese vahído se me hace presente la hija del tirano, la Lucía Chica, tan quebrada en su alcurnia de sables y guardaespaldas C.N.I, evaluando los óleos. La veo tan campante como un personaje de pesadilla, pero hecho real en su trajecito de tweed y risa sardónica. Como si todavía ostentara el cargo de autoridad cultural que le regaló su papá. Y lo peor, veo que la gente la saludó, rodeándola, mostrándole los dientes, como si aún ejerciera el sombrío poder de su pasada gestión. Y ya sin poder contenerme, le digo a los artistas que por qué se hacen los lesos, que por qué no nos retiramos todos, que cómo pueden seguir respirando el aire macabro de esa presencia. Que cómo siguen brindando, haciéndose los tontos, compartiendo el mismo espacio, la misma fiesta con el fascismo de falda Chanel. Y por qué me hacen callar, diciendo que no hable tan alto, que no sea roto, que Pedro no podis ser tan pegado. Que a esta señora la invitó el dueño de la galería y debe ser por negocios. Pero el pintor es responsable de la exposición y debe saber a quién se invita, les contesto. Por lo menos debe dar una explicación por este mal rato. Porque si hubiera sabido nunca vengo. Dile a él po, me contesta una pintora punki que se corre con el grupo dejándome solo. Pero no hizo falta que le reprochara nada al pintor, porque enterado de la escandalera, se acercó con los matones y me dijo: si no te gusta te vas. Claro que no me gusta le contesté, porque si quieres hacer negocios con el fascismo, no me invites de espectador. Casi no alcancé a terminar la frase, porque los dos gorilas de gafas negras me alzaron con sus manazas, sacándome en punta de pies a la calle, donde me dieron una golpiza que me dejó inconciente tirado en la vereda.

Al parecer, algún conocido me subió a un taxi, y desperté con el violento ardor del alcohol que pusieron en la herida de mi cabeza. Por suerte aún me quedan amigos, les dije a los chicos que me habían llevado a su casa para atenderme. Y también por suerte no fue en otra época, pensé dolorosamente, viendo entre nubes el retrato de Lucía Sombra colgado en la blanca pared de aquella galería cerca de la Costanera, donde pintura, mercado y fascismo se dieron la mano, manchándose los dedos, en el día cómplice de aquella inauguración.

De perlas y cicatrices, LOM ediciones, págs. 24 Y 25.

Memorias del quiltraje urbano (o "el corre que te pilló del tierral")

Y se llaman Bobby, Cholo, Terry, Duke, Rin-tín-tín-Campeón o Pichintún, y al escuchar su nombre, ladran, corren y saltan desaforados langüeteando la mano cariñosa que les soba el lomo pulguiento de quiltros sin raza, de perros callejeros, nacidos a pesar del frío y la escarcha que entume su guarida de trapos y cartón. Y ya de cachorros, aprenden a menear la cola chocca para ganarse el hueso descarnado, los restos de la porotada familiar, o el trozo de pan añejo, que mascan sonriendo, agradecidos de poder compartir la dieta obrera. Porque para ellos no existen esos alimentos químicos del mercado canino, esas galletas y cereales sintéticos que venden los mall, junto con collares, cadenas y cepillos especiales para perros de clase. Esas comidas para perros etiquetadas con nombre de caricatura gringa; los Dogo, Dogi, Dogat, Masterdog, Champion o Pedigrée con forma de hueso comprimido y vitaminizado como si fuera comida para astronautas. Y vaya a saber el perro qué mierda está comiendo, si lo único que le queda claro es el tufo a pescado molido y la sed insaciable que los tiene todo el día con la lengua afuera.

Al parecer, la ciencia veterinaria por fin puso en marcha la sociología animal que educa, y distribuye por status el mercado de las mascotas. Y este kárdex pulguero que existía desde los galgos egipcios de Cleopatra, dejó de ser un exotismo de la realeza, y pasó a formar parte del arribismo colectivo que invierte parte del presupuesto en la adquisición de un perro hecho a la medida. El complemento perruno de la escalada económica que aspiran los chilenos, entonces, raza, color y pelaje deben combinar con la alfombra y el tapiz de los muebles si es un perro de interior, por cierto un animalito fino y valioso, que se puede conseguir a precio de huevo, si es robado, en las ofertas del mercado persa. Ahora, si la propaganda de la seguridad ciudadana aconseja una fiera, doberman para el jardín, un lustroso guardia para las casitas de

villas o condominios, adiestrados «sólo como perros», para mostrarle los dientes y destripar a los malvestidos que se acercan a la reja. Así, lo más cercano al esencialismo del adjetivo «perro», es el doberman mocho, de cola y orejas cortadas, cercenados cruelmente para aumentar su imagen de ferocidad, o los ovejeros alemanes, más conocidos como perros policiales, preparados como pacos para perseguir y morder sospechosos.

Tal vez, la dualidad amo y perro, es el espejo perverso donde el animal duplica mañas y modales. Como esos quiltros pitucos, los galgos afganos, los cocker spanish, o lo poodies que los bañan, peinan y perfuman en peluquerías especiales para ellos. Y cuando salen de allí, ridículamente recortados, afilados como ikebanas con moños y rosas de cintas, con la nariz bien parada sin mirar a nadie, igual que las viejas cuicas que los adoran y gastan fortunas en veterinario, bálsamos y manicure para la Fify, el Chofy, la Luly, el Puchy, el Pompy, animales con heráldica que no juegan ni ladran, y parecen estatuas, educados como adorno en la decoración del riquero. Son las mascotas de sangre azul, que miran sobre el hombro al perraje suelto que vaga por las calles, los otros, los quiltros sin ley que hacen suya la ciudad en el patiperreo de la sobrevivencia. Perros que hurguean la basura y comen lo que encuentran, adaptándose fácilmente al calor humilde del ranchal obrero. Porque la pobreza y los perros son inseparables; entre más pobres hay más perros. Como si en la precariedad siempre hubiera un rincón donde amparar otro quiltro. Uno más, como el Moisés que llegó cojeando, medio pelado de arestín y con la oreja ensangrentada por alguna mocha canina. Llegó así, patuleco de hambre y con esos ojazos de huacha soledad. Y al mes parecía otro, sanado y alimentado por la generosidad de una mano amiga. Le pusieron Moisés por sobreviviente, y a puras sobras de comida recuperó el pelo y su ladrido infantil de peluche juguetón. En poco tiempo el Moisés se había integrado a la patota perruna del campamento, y corría libre con los cabros chicos alborotando el corre que te pilló del tierral. Perseguió a las micros ladrándole a las ruedas, hasta que un violento rechinar apagó para siempre el bullicio de su fiesta. Y allí quedó patas pa arriba en la cuneta, hasta que los niños lo enterraron en un hoyo cercano al basural. Quién

sabe por qué los pobres lloran a sus perros con esa amargura, como si sus Bobys, Terrys, Mononas, Firulines y Cholas, fueran una parte única de la familia, y ningún otro perro que llegue podrá reemplazar la memoria optimista de sus gracias. Nadie sabe por qué queda un vacío en el coro de perros que siguen ladrando en la noche santiaguina, cuando la ciudad duerme y cantan tristes los aullidos de su quiltraje funeral.

"Solos en la madrugada"

(o "el pequeño delincuente que soñaba ser feliz")

De encontrarse en oscuridad de telarañas con un chico por ahí. De saber que éramos dos extraños en una ciudad donde todos somos extraños, a esa hora, cuando cae el telón enlutado de la medianoche santiaguina. Y cada calle, cada rincón, cada esquina, cada sombra, nos parece un animal enroscado acechando. Porque esta urbe se ha vuelto tan peluda, tan peligrosa, que hasta la respiración de las calles tiene ecos de asalto y filos de navaja. Sobre todo en fin de semana de invierno, caminando en el cemento mojado donde los pasos resuenan a fugas aceleradas porque alguien viene, alguien te sigue, alguien se acerca con un deseo malandra y negras intenciones. Y al pedir un cigarro, uno sabe que la llama del fósforo va a iluminar un cuchillo. Uno sabe que nunca debió detenerse. Pero estaba tan cerca, a sólo unos pasos, y al decirle que fumo Life, para que supiera mi estado económico, igual me dice que bueno aspirando mi tabaco ordinario, igual me busca conversa y de pronto se interrumpe. De pronto se queda en silencio escuchándome y mirando fijo. Y yo, tartamudo, lo cuento hablándole sin pausa para distraerlo, pensando que viene el atraco, el golpe, el puntazo en la ingle, la sangre. Y como en hemorragia de palabras, no dejo de hablar mirando de perfil por donde arranco. Pero el chico, que es apenas un jovencuelo de ojos mosquitos, me detiene, me chanta con un: yo te conozco, yo sé que te conozco. Tu hablaí en la radio. ¿No es cierto? Bueno sí, le digo respirando hondo ya más calmado. ¿Teníai miedo?, me pregunta. Un poco, me atrevi a contestar. A esta hora es muy tarde y uno no sabe. No te equivocaste, dijo soltando la risa púber que iluminó de perlas el pánico de ese momento. Yo te iba a colgar, loco, agregé sonriendo. Mostrándome una hoja de acero que me congeló el alma colipata. Te iba a hacer de cogote, pero cuando te oí hablar me acordé de la radio, caché que era la misma voz que oíamos en Canadá. Pero la Radio Tierra es onda corta y no se escucha tan lejos. ¿Estuviste afuera? No, ni cagando,

punga, su sonrisa morena de labios torcidos por la hiel del arrollo, su media risa menguada en el aluminio escarlata de la luna en acecho que acompañaba nuestros pasos al filo del amanecer. Te fue mal esta noche, le murmuré aterciopelado para sacarle una alegría. No importa, te conocí a ti, y te voy a dejar a tu casa para que no te pase nada. Ya estamos llegando, suspiré, así que déjame aquí no más, le alcancé a decir antes de estrechar su mano y verlo caminar hacia la esquina donde giró la cabeza para verme por última vez, antes de doblar, antes que la madrugada fría se lo tragara en el fichaje iluminado de esta ciudad, también cárcel, igual de injusta y sin salida para este pájaro prófugo que dulcificó mi noche con el zarpazo del amor.

yo te digo en cana, en la cárcel, en la peni, tres años y salí hace poco. Me acuerdo que a las ocho, cuando dan tu programa, adentro jugábamos a las cartas, porque no hay na' que hacer. ¿Cachai? La única entretención a esa hora era quedarnos callados pa' escuchar tus historias. Habían algunas re buenas y otras no tanto porque te ibai al chanco, como esa del fútbol o la de Don Francisco. Ahí nos daba broncea y apagábamos la radio y nos quedábamos dormidos. Pero al otro día, no faltaba el loco que se acordaba y ahí estábamos de nuevo escuchando esa canción. ¿«Invítame a pecar», se llama? La única vez que no pudimos escuchar, fue cuando un loco agarró a patás la radio porque estaba hablando el ministro de justicia, y pasamos como un mes con la radio mala, hasta que la mandamos a arreglar al taller de electricidad. A veces alguien estaba preparando comida y hacía sonar las ollas y lo hacíamos callar para oír bien, porque tu radio se escucha pa' la goma. Otras veces se escuchaba clarita, pero los otros presos andaban amargados pateando la perra porque les habían negado el indulto, porque no tenían visitas, porque el abogado les pedía más plata, o porque los gendarmes gueviaban tanto. Ahí, antes que estallara la mocha, yo agarraba la radio casete y la ponía bien bajito debajo de las frazadas pa' escucharte.

Ibamos caminando por la calle húmeda, estilada de estrellas, libres en la noche pelleja del Santiago lunar. No había pasado más de una hora desde ese aterrado encuentro, y ya éramos cómplices de tantos secretos suyos, de tanta vida aporreada por sus cortos años chamuscados en delincuencia y fatalidad. Y qué otra cosa voy a hacer, me dijo triste. ¿Cómo voy a trabajar con mis papeles sucios? En todas partes piden antecedentes, y si me encuentran los pacos les tengo que mostrar los brazos. Mira. Y se levantó la manga de la camisa y pude ver la escalera cicatrizada de tajos que subían desde sus muñecas. Uno se los hace para que no te lleven preso y te manden a la enfermería. Pero cuando los pacos te ven las marcas, te mandan al tiro pa' dentro. No hay caso, no puedo salir de esto. Es mi condena. Pero se pueden borrar con aceite humano o rosa mosqueta, le dije como en secreto. No resulta, igual vuelven a aparecer las cicatrices, por eso en verano no uso manga corta.

Era tan joven, pero una llaga de amargura trizaba su boca de niño

De perlas y cicatrices, LOM ediciones, págs. 147-148-149.

El Paseo Ahumada

(o "la marea humana de un caudaloso vitrinear")

Y si no fuera el calor, y si fuera otra cosa que nos anda asorochando a las tres de la tarde, con la cabeza abombada tratando de tirar unas ideas para hilar esta crónica, unas reflexiones novedosas sobre la urbe y esa fiebre pegajosa que hace del verano en la ciudad un horno irrespirable. Sobre todo si hay que pasar por el centro, bajarse justo en la estación Universidad de Chile del Metro. Treparse en esas escaleras de metal, donde sube y baja la marea apurada de gente que se mira de reojo cuando se cruzan cara a cara. Pero esa mirada no alcanza a ser un gesto de comunicación, apenas visualizar pañuelos que secan la frente y limpian maquillajes descorridos por la gota grasa del sudor, un ascensor de carne mojada en el trotar sofocante de la masa que evapora sus trámites y compras en la aglomeración del Paseo Ahumada. La calle restregón y pugna por salir del atolladero de cuerpos que se atajan, que se chocan, que se amasan calientes en el traqueteo nervioso del paseo público.

Así, esta arteria mercantil del centro de Santiago es el espacio peatonal estrujado por el vaivén de los sobacos que gotean miles de olores, cientos de transpiraciones de distintas marcas, de diferentes aromas que en el apretón se mezclan, que en el cumbión callejero hacen una hediondez común, una tregua de calor y cansancio para soportar mutuamente, tanto los hedores a cebolla de la plebe, como el tufo floral de los economistas que corren del banco a la financiera con las tarjetas de crédito en la mano. Los contados pitucos del Master Card, del Visa Card, del Life Card que se aventuran en la cuncuna plural del sobajeo humano.

Y si a esto le llaman pacto social, paz ciudadana o pichanga entre clases, seguramente por la concertación variada de status económicos que forman el tumulto en la estrechez del paseo público. Como si fuera lo mismo subir al centro desde Pudahuel o bajar desde Santa María de Manquehue. Con este calor y con tanto perraje suelto. "Hay que tener estómago Macarena para resistir el impacto. Te lo digo. Te insisto linda

que si puedes evitarlo tanto mejor". Tanto peor si la cuica de traje Brancoli y cartera Gucci tiene que caminar por el Paseo Ahumada aterrada, evitando los apretones del populacho. Como si no escuchara los piropos de los rotos que venden mote con huesillos. Como si no viera a la señora pobla que casca al cabro chico porque no se queda tranquilo colgado de su mano. Y cómo el niño se va a quedar tranquilo, si esa avalancha de zapatos lo asusta en su pequeña atalaya infantil. Cómo se va quedar tranquilo, si a su lado otro cabro le saca pica chupando un helado con su langueteo gozoso. Y el niño sabe que la mamá le dirá que no tiene plata para un barquillo, cuando la mira hacia arriba con sus ojitos resecos de pena. El peque sabe que le dirá que no moleste, que nunca más lo traerá al Paseo Ahumada si sigue portándose así, que se espere y cuando lleguen a la casa le va a comprar un cubo de hielo que vende la vecina. Y el niño tiene que conformarse con mirar de lejos esos colores verde menta, morado mora, rosa frutilla o amarillo bocado que ofrecen las heladerías. Muy adentro, en su enano corazón, él ya sabe que pertenece a esa muchedumbre conformista que mira las vitrinas tocándose las monedas para el Metro. El conoce la palabra *conformate* y no la comprende, pero trata de entenderla cuando va de la mano con su mamá por el Paseo Ahumada, mirando la fanfarria chillona de las vitrinas, chupándose con los ojos ese resplandor publicitario, hipnotizado por las carreras de los comerciantes ambulantes arrancando de los pacos, recogiendo las mercaderías desparramadas por el suelo en el apuro; con niños chicos, como él, que ayudan a recoger las peinetas chinas, los calcetines de a tres en mil, las chucherías de Taiwán que ruedan por el piso. Todo esto lo ve el niño con ojos de fiesta, justo cuando la mamá le da un tirón para que siga caminando y se pierda con ella en la multitud apurada. Cuando ya ha pasado el calor y comienzan a prenderse las luces de neón y una leve ventisca refresca el agotamiento de los vendedores que miran el reloj para cerrar las tiendas al caer la noche. Al variar el público del Paseo Ahumada que se deja caer en los asientos esperando los shows callejeros; los humoristas, cantantes y oradores evangélicos que ocupan la calle con su teatro de paso, con su circo limosna que alegra la ciudad, cuando se relaja el tráfico de un agitado día y Santiago finge que duerme para que aflore la noche despelucada del escote putinga y su lunfardo resplandor.

De perlas y cicatrices, LOM ediciones, págs. 138-139.

El informe Rettig

(o "recado de amor al oído insobornable de la memoria")

Y fueron tantas patadas, tanto amor descerrajado por la violencia de los allanamientos. Tantas veces nos preguntaron por ellos, una y otra vez, como si nos devolvieran la pregunta, como haciéndose los lesos, como haciendo risa, como si no supieran el sitio exacto donde los hicieron desaparecer. Donde juraron por el honor sucio de la patria que nunca revelarían el secreto. Nunca dirían en qué lugar de la pampa, en qué pliegue de la cordillera, en qué oleaje verde extraviaron sus pálidos huesos.

Por eso, a la larga, después de tanto traquetear la pena por los tribunales militares, ministerios de justicia, oficinas y ventanillas de juzgados, donde nos decían: otra vez estas viejas con su cuento de los detenidos desaparecidos, donde nos hacían esperar horas tramitando la misma respuesta, el mismo: señora, olvídese, señora, abúrrase, que no hay ninguna novedad. Deben estar fuera del país, se arrancaron con otros terroristas. Pregunte en investigaciones, en los consulados, en las embajadas, porque aquí es inútil.

Que pase el siguiente.

Por eso, para que la ola turbia de la depresión no nos hiciera desentartar, tuvimos que aprender a sobrevivir llevando de la mano a nuestros Juanes, Marías, Anselmos, Carmenes, Luchos y Rosas. Tuvimos que cogerlos de sus manos crispadas y apachar con su frágil carga, caminando el presente por el salar amargo de su búsqueda. No podíamos dejarlos descalzos, con ese frío, a toda intemperie bajo la lluvia tiritando. No podíamos dejarlos solos, tan muertos en esa tierra de nadie, en ese pedral baldío, destrozados bajo la tierra de esa ninguna parte. No podíamos dejarlos detenidos, amarrados, bajo el planchón de ese cielo metálico. En ese silencio, en esa hora, en ese minuto infinito con las balas quemando. Con sus bellas bocas abiertas en una pregunta soeda, en una pregunta clavada en el verdugo que apunta. No podíamos dejar esos

ojos queridos tan huérfanos. Quizás aterrados bajo la oscuridad de la venda. Tal vez temblorosos, como niños encandilados que entran por primera vez a un cine, y en la oscuridad tropiezan, y en el minuto final buscan una mano en el vacío para sujetarse. No pudimos dejarlos allí tan muertos, tan borrados, tan quemados como una foto que se evapora al sol. Como un retrato que se hace eterno lavado por la lluvia de su despedida.

Tuvimos que rearmar noche a noche sus rostros, sus bromas, sus gestos, sus tics nerviosos, sus enojos, sus risas. Nos obligamos a soñarlos porfiadamente, a recordar una y otra vez su manera de caminar, su especial forma de golpear la puerta o de sentarse cansados cuando llegaban de la calle, el trabajo, la universidad o el liceo. Nos obligamos a soñarlos, como quien dibuja el rostro amado en el aire de un paisaje invisible. Como quien regresa a la niñez y se esfuerza por rearmar continuamente un rompecabezas, un puzzle facial desbaratado en la última pieza por el golpetazo de la balacera.

Y aun así, a pesar del viento frío que entra sin permiso por la puerta de par en par abierta, nos gusta dormimos acunados por la tibieza terciopela de su recuerdo. Nos gusta saber que cada noche los exhumaremos de ese pantano sin dirección, ni número, ni sur, ni nombre. No podría ser de otra manera, no podríamos vivir sin tocar en cada sueño la seda escarchada de sus cejas. No podríamos nunca mirar de frente si dejamos evaporar el perfume sangrado de su aliento.

Por eso es que aprendimos a sobrevivir bailando la triste cueca de Chile con nuestros muertos. Los llevamos a todas partes como un cálido sol de sombra en el corazón. Con nosotros viven y van plateando lunares nuestras canas rebeldes. Ellos son invitados de honor en nuestra mesa, y con nosotros ríen y con nosotros cantan y bailan y comen y ven tele. Y también apuntan a los culpables cuando aparecen en la pantalla hablando de amnistía y reconciliación.

Nuestros muertos están cada día más vivos, cada día más jóvenes, cada día más frescos, como si rejuvenecieran siempre en un eco subterráneo que los canta, en una canción de amor que los renace, en un temblor de abrazos y sudor de manos, donde no se seca la humedad porfiada de su recuerdo.

De perlas y cicatrices, LOM ediciones, págs. 102-103.

El Metro de Santiago (o "esa azul radiante rapidez")

Con esa música de clínica privada y esos azulejos de carnicería que empapan los túneles, el Metro santiaguino es la evidencia disciplinada que nos dejó la dictadura. Un Metro tan limpio, tan brillante como cocina de ricos. Tan pulcro como si nunca se usara, como esos juguetes caros que las mamás no dejan que los niños rayen o ensucien. Un Metro que a tantos años de construido, se ve como nuevo en su azul celeste y radiante rapidez.

Tal vez el pasajero que día a día va y viene en la cinta de metal bajo la tierra, no sabe que al comprar el boleto una cámara lo sapa haciendo la fila, cruzando la máquina. Una cámara lo sigue bajando la escalera, lo mira sentado esperando el carro en esas estaciones donde no hay nada que mirar, excepto esos murales abstractos y geométricos que los cuidan como Capilla Sixtina, o la propaganda de las teleseries donde la estética publicitaria vende colegialas a medio vestir con una frutilla en la boca. Nada que mirar, salvo esos informativos culturales atrasados, o esos aparatosos diarios murales que muestran vida y obra de poetas del año de la pera, vitrinas de la cultura nacional que la gente mira distraída para matar el tiempo, mientras viene el tren, la culebra plateada del orgullo nacional que cruza la ciudad del Barrio Alto a la periferia.

Así, viajando por la línea uno se recorre el mapa social de la urbe que va desde la estación Escuela Militar, llena de boliches pirulos y ventas de comida diet para perros, hasta la Estación Neptuno, la última del recorrido, el terminal donde las tiendas pitucas son puestos de empanadas y sopaipillas en la vereda. El destino final de los trabajadores, que bajan del Metro bostezando, para hundirse en el olvido de su rutina laboral.

El Metro de Santiago no se parece a otros trenes urbanos de Latinoamérica. Su travesía de intestino subterráneo es mucho más impersonal, mucho más fría la relación que nunca se establece entre los

pasajeros sentados uno frente a otro evitando mirar al de enfrente, tratando de hacerse el orgulloso con la vista fija en la ventana tapiada por la oscuridad del túnel. Como si la paranoia ambiental evitara el cruce de miradas, bajara la vista al periódico, al libro latero que se finge leer solamente para no contaminarse con otros ojos, igual de esquivos, igual de temerosos por la camisa de fuerza donde todo gesto está controlado por la mirada sospechosa de los guardias, por el ojo invisible que mantiene el orden en esa voz de aluminio repitiendo por los parlantes "Se ruega no sentarse en el piso". Pero los estudiantes no están ni ahí con esa orden, y se instalan a pata suelta en el suelo, alterando la compostura acartonada del Metro con su pendeja transgresión.

La única vez que el Metro fue desbordado por la pasión ciudadana, ocurrió durante una concentración por el NO en el Parque O'Higgins. Entonces los carros se repletaron de cantos y gritos y banderas por el retorno a la democracia. Todo el mundo cantando, saltando con: "el que no salta es Pinochet". Y el tren también brincaba como conejo en sus ruedas de goma. El fino tren se zangoloteaba como micro pobre con el vaiven del "Y va a caer". El tren ya se reventaba de cabros revoltosos rayando con spray, escribiendo "Pico pal Pinocho, Muerte al Chacal", ante los horroizados ojos de los guardias que no podían controlar esa tormenta humana.

Esa fue la única vez que el Metro cobró vida, la única vez que cruzó la ciudad como una pizarra del descontento, como un tren de juguete escapado de la intocable vitrina, porque luego, lo lavaron, lo lustraron, volviéndolo a su flamante hipocrecia vehicular.

Quizás, el higiénico fantasma del Metro refleje falsamente la educada mueca que atrae la plata y el turismo, quizás es un espejo reluciente donde se puede ver un Santiago engominado por el trapo municipal. Tal vez lo único que altera su delicada travesía son los cuerpos suicidas que manchan con sus tripas el pulcro escenario del subterráneo nacional.

LA MÚSICA Y LAS LUCES NUNCA SE APAGARON

COMO CUALQUIER SÁBADO que pica la calle por darse un reviente, un pequeño placer de baile, música y alcohol. Por si aparece un corazón fugitivo reflejado en los espejos de la disco gay. Cuando todavía es temprano para una noche porteña, pero el loquerío está que arde en la Divine, batiendo las caderas al son fatal de la Grace Jones. Esa africana de lengua ardiente que nos lleva por "la vida en rosa" de la costa francesa, en un auto sport tapizado de armiño. En la fantasía coliza de soñarse jet set en Marbella o Cannes, bailando la misma música, salpicadas por las mismas luces, juntando las monedas para otra piscola y no deprimirse viendo el sucio puerto y sus latas mohosas. Otra piscola para el cola recién bañado en su nube Old Spice. Otra vez la Grace por favor, para lucir en la pista el jeans Calvin

Klein de la ropa americana, que bien planchado parece nuevo. Sobre todo en la oscuridad estrellada por los focos. Que la música y las luces nunca se apaguen, que no lleguen los pacos pidiendo documentos, que nada ocurra esta noche mágica que parece año nuevo. Que siga el dancing y las piscolas locas corriéndose mano en el rincón. Por eso nadie se da cuenta del olor a humo que sube la escalera, que hace toser a una loca con asma, que dice que tiene asma de losca. "Que se quema el arroz", grita alguna. Y las ensaladas también niña, pero la música y las luces nadie las apague; ni siquiera la bomba incendiaria que un fascista arrojó recién en la entrada. Ese resplandor amarillo que trepa los peldaños como un reguero de pólvora, que alcanza las plumas lacias de los travestis inflamando la silicona en chispazos púrpura y todos aplauden como si fuera parte del show. Total la música y las luces no se apagan y sigue cantando la Grace Jones por eso nadie lo toma en serio. Como darse cuenta que la escalera de entrada se derrumba en un estruendo de cenizas, si el sonido es tan fuerte y todos sudan en el baile. Que más da un poco de calor si

las locas están calientes atracando y al gritito de: fuego, fuego, no falta la que dice: ¿Dónde? Aquí en mi corazón. Pero en un momento el chiste se transforma en infierno. Como si la música y las luces acompañaran la escena dantesca que arde a puerta cerrada. Con demasiado calor para seguir bailando, demasiado terror para rescatar la chaqueta Levis en el guardarropía. Atrapados en el choclón de locas gritando, empujando, pisando a la asfixiada que prefiere morir de espanto. Buscando la puerta de escape que está cerrada y la llave nadie sabe. Entonces a los baños dice alguien que lo vio en una película. Atravesando la pista encendida entre las brasas de locas que danzan con la Grace y la música que sigue girando. Pisar las vigas y espejos al rojo vivo que multiplican la Roma disco de Nerón Jones, atizando la fogata desde los parlantes. Sin mirar atrás las parejas gays calcinadas en los carbones de Pompeya. Encontrar los baños para refugiarse en el frío falso de los azulejos plásticos. Como si en último momento se eligiera el lugar del placer, recordando chupeteos y escenas de fragor, reviviendo en la emergencia la humedad sexual de los

muelle de Valparaíso, será recordado como un brillo fatídico en el escote aputado del puerto. Porque aun así, aunque la policía asegura que todo fue por un cortocircuito eléctrico, la música y las luces nunca se apagaron.

(Discoteque Divine, Valparaíso,
4 de Septiembre, 1993)

baños del Cinelandia. Más bien abrir todas las llaves de los lavamanos, pero la gota mezquina que sale está hirviendo y el humo ahorca la garganta en un asma de losca que no quiere morir. Un asma de losca rasguñando las baldosas que estallan en lenguas ardientes. Y esa asma de losca quiebra los espejos para apagar al menos el reflejo del fuego. Encontrar una salida a una boca de oxígeno para su asma de losca sofocada que asma tanto la vida, que sabe que irá al infierno y quiere vivir como sea, quemándose las manos, encaramándose en los andamios del humo hasta encontrar una ventana en el tercer piso, tan alta, tan arriba. Con tanto público abajo esperando morboso que la loca se tire al vacío. Sobre esa multitud de curiosos que miran indiferentes los incendios. Decidirse a dar el salto, porque es posible que su asma de losca flote en el aire dorado que la quema. Atreverse ahora que la cola está ardiendo y el mar tan lejos es un vértigo de olas que la aplaude. Apenas un paso empujada por la hoguera que inflama el pelo en una antorcha. Un paso, sólo un paso en la pasarela de vidrio y el espectáculo de locas en llamas, volando sobre el

La esquina es mi corazón, Seix Barral, primera edición de Biblioteca breve, 2001, págs 119-123.



Fotografía discoteque Divine, arruinada por el incendio del 4 de septiembre de 1993.

“NOCHES DE RASO BLANCO”
(a ese chico tan duro)

COMO SI DEPENDIERA de cierto filo a repartir en geometría de tajos sobre las líneas nevadas de Los Andes. Algo así como la autopista de la cordillera, la repartija del inocente buque manicero cargado de nieve-dólar, dirigido por el narcotráfico hacia nuestra costa. Nuestro mar que tranquilo se deja penetrar por el rigor mortis de la diosa blanca.

La cocaína es una dama de hielo con guantes de seda y cucharilla de plata, fiel acompañante de los caperuzos internacionales que no encuentran en Santiago la suite con helipuerto, jacuzzi, palmeras de jade, pisos de nácar y un mancebo de ébano (en peloticas) para jalarle la tula.

Cosas así, excentricidades y fantasías de leopardo, llaman la atención en este país acostumbrado al drapeado lacio de la ropa americana y al Taiwán fosforecente de los

mercados persas. A lo más, una orquídea sintética en la solapa del chico under, que resbaló en el raso blanco de sus noches de tráfico por Plaza Italia. De sus cancheras incursiones al baño de un bar a empolvarse la nariz o pintarse los labios con el rouge rígido de la taquilla. Pero él no es la Estefanía de Mónaco que puede declararse amante de la cocaína a toda raja. Tampoco vive en el castillo Grimaldi, que en esta lengua de barro es el escombros del terror, la inocente villa de Peñalolén, cárcel de la Dina, donde tantas veces la misma diosa miró por los ojos de los torturadores el esplendor dantesco de los voltios. Pero esas noches de raso fúnebre no son un buen referente para la memoria speed de los adictos democráticos.

La diosa no tiene ética, su itinerario lo remarca el vaivén del poder. Un billete dólar la puede transportar en la charretera de un uniforme castrense, como en el pañuelo que engalana el terno de un parlamentario, que se pega su aspirada en un rincón del Congreso, para resistir los fatigosos debates sobre la ley antidrogas.

La diosa tampoco tiene corazón, su beso es un roce nasal en labios de mármol. Ape-

nas el rastro de un segundo en que el polvo te amarga la lengua y todo empieza de nuevo, adiós a la fatiga del trasnoche. Pareciera que un doble de cuerpo te reemplazara en la electricidad del carrete. Un otro que es capaz de salsearse la noche cantando "Ojalá que llueva coca en el campo".

Apenas un gramo en diez lucas, el billete grande que aureola la cabeza de la diosa y la vende como la prostituta más cara de la ciudad. La ramera más requerida, que sospechosamente espolvorea los bolsillos rotos de la clase media. Algo así como abrir mercado, reclutar una manga de péndex cargados al reviente como promotores del jale. Un contingente de jóvenes utilizados por los guatones que mueven el negocio, va sembrando la amarga obsesión, capturando futuros clientes con el slogan "El primero te lo regalo, el segundo te lo vendo".

Pobres chicos soñadores que en el momento menos pensado les cae la dura, la mano pesada de la ley sin el guante de seda. Entonces, los peces gordos se fugan a Miami y dejan a la diosa travestida de legalidad para que los niegue mil veces. Los deje solos, oxidando sus cortos años tras los barrotes,

como material desechable en el tráfico de la vitamina C, el petróleo blanco del mercado.

Esta red de energía marca el pulso de los sistemas de producción. Un laboratorio de la pasta que también procesa los cuerpos tercermundistas, estrangulados por la cinta blanca que mueve los engranajes del poder. Un mecanismo que de vez en cuando moraliza su hipocresía de consumo y apunta siempre al más débil. Un chivo expiatorio que hace unos años fue Maradona, fetiche futbolístico elegido como cuerpo de regalo por su osadía de roto gozador de platos burgueses.

Más allá del consumo ancestral, que en el altiplano está incorporado a sus costumbres por milenios. Más allá del uso creativo de la coca en editoras publicitarias, fiestas de gerencia, pubs, night clubs, sets y discoteques. Más allá de su justificación productiva e incluso la dosis social del músico, mozo o estriptisera; que necesitan el gramo para sobrevivir a la catalepsia laboral de su oficio. Más allá de todo eso, la maratón sociocultural de la aspirada, promueve cierta lucidez que agota en la hiper-

acción su máxima latencia. Una forma de duplicar la resistencia según la demanda neoliberal como impulso del mercado. Sin la menor fantasía que no dependa de su política de sobregiro, de la necesidad angustiante de dilatar el momento, el toque, el ahí no más, la boca seca, las ganas de atravesar una puerta de vidrio con el ímpetu que lleva, o rebanarle el pescuezo a la abuelita por quitarle la polvera. Sólo por un minuto más en ese estado de triunfo, de esplendor manchado a veces por la nariz sangrante.

Mañana siempre es otro día, un vasto abismo donde nada motiva. Una pálida náusea que rodea el bajón de la amanecida. Porque el papelillo chupado y relamido, ya no sostiene la identidad farsante que chispeaba anoche en la línea de tiza repartida entre los amigos. Tampoco hay un pito para pasar el asco de vivir dependiendo de una felicidad en gramos, una felicidad goteada en la lluvia del arco iris traidor. Afuera, la ciudad aumenta la depresión con el peso plomo de su aire. La ciudad se levanta en torres de aluminio y hoteles estrellados para la fantasía del transeúnte, que mira boquiabierto el cielo repartido en los espejos de

las habitaciones vacías. El cielo espejado en las fuentes de agua donde se lava la plata. Las piscinas de las terrazas donde se enjuagan las manos los columbos, los parientes pobres de la familia colombiana, los más sucios. Aquéllos que con sonrisa de película yanqui, acosan a los chicos burros que la venden y le agachan la cabeza al padrino con un billete arrugado bajo la manga.

En fin, la visita de la dama blanca siempre deja un excedente de fatalidad, sobre todo en esta democracia, que es una tortilla del placer neoliberal que se cocina en los rescoldos minoritarios. Además, sólo nieva en el barrio alto y cuando caen unos copos en la periferia, matan pajaritos.

130

La esquina es mi corazón, Seix Barral, primera edición de Biblioteca breve, 2001, págs. 125-130.

ENCAJES DE ACERO PARA UNA ALMOHADA PENITENCIAL

UN ESPIRAL ERIZADO RETUERCE la moral cuando el tema de las violaciones en cárceles masculinas destella al impacto de la noticia. Causa común de rechazo totaliza el espectro dorado fecal del reportaje. Y es en diferido, que el mismo acto se reitera en el rodaje del testimonio que multicopia el secreto. Se reconstruye la escena escabrosa en el close up a la boca interrogada en la pantalla. Como si la verdadera penetración no acabara nunca en sus variadas formas de peritaje. La incansable búsqueda de vestigios y gemas seminales por el *espejador médico*, que actúa como pene legalizado, rasgando con el destello de su ojo forense, la dilatación de la gruta anal de cúbito en la camilla.

Pareciera que la subjetividad colectiva se crispara como en el medioevo por la profanación de estos santos lugares; último re-

ducto del intestino para salvaguardar las reliquias de la hombría. Una caverna tibia que protege celosamente en la felpa mojada de su estuche, el secreto de los templarios. El misterio falocrático tatuado en las paredes de su inverso, en un álgebra hermética retocada de oro continuamente por el relave de sus desechos.

A diferencia de la violación a una mujer, que ocurre en la narrativa porno del cotidiano y se deja escurrir como desagüe natural ante la provocación de Eva a la frágil potencia del macho. Donde cierto compadrazgo patriarcal avala estas prácticas y las promueve, como poses y postales que no incómodan tanto la visual cristiana como el homenaje al tabernáculo masculino.

Es así, que en apariencias, la vejación en los cárceles de hombres sería la más traumática, dejando secuelas que llevarían al suicidio. Pero las apariencias engañan, "los muchachos de antes también usaban vaselina" y los padres de la patria ya no tienen patio trasero que defender. Más bien se lo juegan en barajas de ocio ganado y perdido, montándose unos a otros con las trenzas sueltas del encierro. En el adentro nada

ducto del intestino para salvaguardar las reliquias de la hombría. Una caverna tibia que protege celosamente en la felpa mojada de su estuche, el secreto de los templarios. El misterio falocrático tatuado en las paredes de su inverso, en un álgebra hermética retocada de oro continuamente por el relave de sus desechos.

A diferencia de la violación a una mujer, que ocurre en la narrativa porno del colonialiano y se deja escurrir como desagüe natural ante la provocación de Eva a la frágil potencia del macho. Donde cierto compadrazo patriarcal avala estas prácticas y las provee, como poses y postales que no incómodan tanto la visual cristiana como el homenaje al tabernáculo masculino.

Es así, que en apariencias, la vejación en las cárceles de hombres sería la más traumática, dejando secuelas que llevarían al suicidio. Pero las apariencias engañan, "los muchachos de antes también usaban vaselina" y los padres de la patria ya no tienen patio trasero que defender. Más bien se lo juegan en barajas de ocio ganado y perdido, montándose unos a otros con las trenzas sueltas del encierro. En el adentro nada

domingo, cuando aún la contención de su imagen se evacuaba sobre el retrato. Después la sombra de sus pechos reptando en el muro, se hizo carne en los glúteos albos de los primerizos.

Así, día a día, muchos hombres cruzan el pórtico penitencial que se cierra al crujido de hierros a sus espaldas. Algunos, con el alcatraz mudo de espanto, tendrán que pagar el noviciado cruzando un callejón oscuro boca abajo y goteando lágrimas de sudor por la entrepierna. Especialmente los que caen por violación, estos pagan el delito con la misma moneda que cae agujereada en la conciencia rota de su propio orto. Al compás de la cueca tamboreada en los latones de los tamarotes, que amortiguan el griterío en el oído de los gendarmes diciendo: "otra vez hay fiesta en la galería cuatro". Un simulacro de fiesta huasa, monta y corcoveo: Alboroto que tira y afloja los pantalones rasgados y a media asta, mostrando la quebrada cordillerana a tajo abierto, por donde pasan cuatrerros y fugados al galope pedregoso de la libertad.

Pareciera que en estas bacanales carcelarias se repitieran ciertos juegos infantiles

de fuerza y violencia. Como si el caballito de bronce aleteara preso en los muslos que lo apuntalan, para que levante el vuelo y rompa el celibato de las rejas. Un caballo de Troya para meterse dentro, para encontrar una Helena en el laberinto de sus tripas y escapar lejos, invirtiendo la ciudad amurallada de ese cuerpo que se va llenando con polen fecundo, por el rebalse libertario de ganas del afuera.

Es así, entonces, que estos rituales eyaculativos se desdramatizan en la evocación infantil del corre que te pillo, la camotera o el capote a sangre fría, donde quien lo resiste pasa la prueba, la iniciación llagada de la pandilla. La violación de hombres en las cárceles sería un juego de naipes con una carta marcada para el novicio. Un acuerdo tácito de anofagia que paga el piso la primera vez y después se cobra con el próximo que llega. Un sistema de excavaciones carnales que duplican la red de túneles para el escape. Como si la técnica del forado se ejercitara primero en el cuerpo, en el sube y baja de arar la tripa de los vertederos para ver el cielo mugroso pero libre de la ciudad. Una topología del desespero que taladra en el

barro su emancipación libidinal. A punta de penetrar el ladrillo con espolonazos de pasión, de raspe y lija en los surcos de la espalda. En uñas quebradas por manotazos de asfixia y estrangulamientos erectos por el aire que falta en la estrechez del tubo subterráneo. Ganarle centímetros a la carne tierra con golpes de ingles, a puro pulso de cucharas rotas, con atraques de pelvis, en puntas y cabezas amoratadas de gusanos que suavizan en la seda de sus capullos el vértigo doloroso del empalamiento.

Una práctica amistosa donde las urgencias del cuerpo derivan en afiliaciones de equipo minero. Expatriaciones que se anexan en el hoyo compartido. Como si el afán de libertad se contagiara por la irrigación seminal en los conductos del cuerpo. Un pacto de espermios oxidados por las heces, como azahares marchitos de una luna de miel negra que tizna las púas del encierro. Nupcias que devienen fatal si son descubiertas por el ojo carcelario en el túnel o en el camarote. Ambos delitos reciben castigo en celdas de incomunicados, en años y meses que se suman a la condena, en nuevos mapas de fuga como cartas de amor que

se dibujaran en las sombras. Otras estrategias de terciopelo para escamotear los perros, los reflectores y los guardias del muro. La proyección futura de un subterra como maridaje clandestino. Alianzas de sexo y muerte que no se domestican en el claustro, y desgarran en sí mismos los tules acerrados de su confinamiento.

La esquina es mi corazón, Seix Barral, primera edición de Biblioteca breve, 2001, págs .67-73

QUERIDO WILSON

Por Pedro Lemebel

Un día le dije que iba a escribir nuestra corta historia en el Clinic. Y aunque tú no lo creyeras entonces, te juré que serías el protagonista de esta crónica que escribo evocando tu inquieto mirar de pendiente surcino, cesante y peregrino por estas calles, por estos cementos ardientes de la tarde estival cuando lo veo venir caracolando la vereda con su vaivén de leopardo morocón. Lo divisé apurado, rapanando su elástico camitar dirección a mi encuentro. En la Gran Avenida a todo sol, a todo calor, ese verano conocí al Wilson. Y me paró de pronto, preguntando con su cara morocha de engominado penacho punky: ¿Tú soy el escritor?, ¿tú saliste en la tele? Y antes de contestarte, me di el tiempo de medir sus largos muslos sopesados de transpiración, me di el placer de hurguear su ombligo y la pretina del calzoncillo que dejaba ver el blujin rapero, a media cañera, a medio culo, su vocecita huasteca volvió a insistir: ¿Tú saliste en la tele? Bueno, claro, pero eso fue hace tiempo. Yo no soy de Santiago, se apresuró a confesarme, vengo de Llanquihue y ando buscando trabajo porque allá no hay na que hacer. ¿Y tú crees que por aquí hay mucho que hacer?, le comesté con las pestanas incendiadas de desco. Algo se podrá hacer, cualquier cosa, cualquier trabajo, todo sea por unas monedas, porque no tengo dónde quedarme, y ahora estoy parando en el Hogar de Cristo. Llámame a este teléfono, le susurré a la rápida, perdicándome en la multitud que subía a las micross, bajaba de las micross en la bullente Gran Avenida. Y a las seis de la tarde, cuando me relajaba de ese intenso día con un buen pito, el teléfono que llama, el teléfono que grita su nombre. Y así nos cruzamos en esta marca ciudad con el Wilson, y pronto las cervezas, y pronto los pitos y más tarde que temprano, caímos al catre medio muertos, medio embriagados por este encuentro fortuito donde nos contamos todo, donde nos dijimos todo, atropelladamente, como si el cielo de esa pieza fuera el último cielo que veríamos antes del amanecer. Allí me contó, entre trago y trago, el patiparraco de sus cortos años en busca de alguna esperanza para su ilterada juventud. Porque no terminó la básica, me dijo. Porque apenas llegué a séptimo, y de ahí me echaron del colegio y después me fui de mi casa, porque me guaviaban tanto, porque no trabajaba, porque me la pasaba de vago con el personal estérco pegado en la oreja tratando de rapear y bailar como los negros de Nueva York que vela en la tele. Y esa noche el Wilson bailó solo para mí, girando como un disco al compás del carreteado cassette que

guardaba como tesoro. Y también esa noche supe que el Wilson era virgen, nunca había tenido mujer ni hombre que lamiera sus sexuales pedatos de miel. Me di cuenta, porque no sabía ni cómo ni por dónde. Y sus ojillos chinoceros reflejaban el Paraíso con la mamada deliciosa que le regalé después de preguntarle: ¿Quieres ver a Dios, loco?

El Wilson quería ser otra cosa, no pensaba dejar que la urbe infirame se lo tragara con su cruel voracidad, por eso y para que conociera gente, una tarde lo invité a la presentación del libro de Patricio Fernández, director del Clinic. ¿Y qué es esa guevía?, me preguntó con sus pupilas de chispesante carbón. Un diario donde escribo. ¿Algo así como El Rastro? No lindo, está es mucho más puntuado, le respondí con ternura mientras caminábamos por Providencia hasta el pub donde sería el evento. Al llegar, el Wilson no quiso entrar. Es que ando muy mal vestido, murmuró, viéndome a las miñicas rucias y a los chicos intelectuales que hacían nata en la entrada. Y qué importa tu cielo, uno es lo que es y no importan las pilchas, corazón. Entremos a comer y tomar, ¿acaso la caminata no te dio sed? Y así empezamos que terminaran los eternos discursos hasta que empezó el coctel de ferritos, tapachitos, dulcecitos y empanaditas que el Wilson devoraba a puñados. Luego aparecieron las bandejas de pisco sour y vino rosado en elegantes copas de alto pie. ¡Salud, mi bello rapero!, le dije al Wilson chocando los frágiles cristales que el pendiente no dejaba de admirar. Si quieres te llevas la copa de recuerdo, le susurré empujándolo al robo. Ahora que nadie está mirando, guárdatela en el bolsillo. Pero una copa no es ninguna, pásame tu mochila, tapame para guardar esta otra y otra y la que está en esa mesa, y la que dejó vacía esa pituca cara de diuca, y la que ya se tomó ese viejo palton con cara de asco, y alcánzame ésa que dejó vacía aquel abuelo hippie cabeza de melón con flecos. Así, la mochila del Wilson se fue llenando de vidrios que tintineaban mientras el chico recogía y recogía copas, embriagado por la fiebre del choro. Vámonos de aquí Pedro, porque no entiendo ni guevas lo que habla esta gente. Espérate un poco. Voy a saludar a Carlitos, que es mi abogado, y al David que es periodista, y al Rodrigo de Antofagasta que es periodista. Y con todo el lote tomamos el Merro para seguir la farra en mi casa. A la pasaba en Bellavista, compramos unos vinos y terminamos en mi rancha nadando en copete, discutiendo de arte, política y todas esas laras culturales que apasionan a los universitarios de izquierda. Pero no al Wilson, que bebía y bebía con

desespero dándose vueltas por la casa como león enjaulado. Y en un momento no aguantó más y me dijo: Quiero que se vayan todos éstos guevones para que nos quedemos nosotros solos. Recien lo conocía y ya se creía mi marido el lindo. Son mis amigos, le recalqué con firmeza, y si no te gusta, la puerta es anchá, loco. No me hizo caso, y siguió guaviando, entabiado, cambiando la música, sacando a Mamu Chao y colocando su horroroso cassette de rap que incluía una canción romántica de Chayane. Mira, escucha, "es la primera vez que me estoy enamorando, me cañaba en la oreja, tratando que yo tuviera oídos solo para él. Sin embargo, la alterada plática intelectual de mis amigos no me dejaba ponerle atención. Y el Wilson terminó gritándome a toda boca su asfixiada balada de chulo amor. Entonces, el David me preguntó con sarcasmo: ¿Ahora te gusta Chayane, Pedro? No alcancé a contestarle, porque el Wilson empujó una cervexa y se abalanzó sobre el David justo al momento en que mi alarido lo inmovilizó con la botella en el aire. Si van a pelear, se van todos los guevones de aquí, dije sacando ronquera de arrabal. Y sólo de esa manera pude evitar un desastre. Pero esa noche ya las cartas estaban marcadas, y siguieron discutiendo y tomando hasta que tuve que echarlos a todos, incluyendo al Wilson, que lo vi por última vez desaparecer bajo la garúa rosada del alba. Y justo antes de doblar la esquina, giré levemente su mejilla surcha, y me encandilaron sus ojos de huérfano desamor.

Desde aquel día, nunca más supe del Wilson, y la escurra del olvido terminó por esfumarlo. Y solamente hace unos meses, suena el teléfono y escucho la voz aflautada de la operadora preguntando: ¿Acepta una llamada con cobro revertido del señor Wilson desde Llanquihue? ¡Claro que sí, me apresuré a responder. Y tuve que contener el ahogo cardiaco al oírlo pidiéndome que lo perdonara por el desatino, que la culpa era del copete, y que después de aquella noche se tuvo que ir al norte trabajando en un circo, ayudando a levantar la carpa, alimentando a los animales, en fin, haciendo de todo hasta juntar la plata del pasaje para volver al sur. ¿Y cómo va tu vida, ahora?, me atreví a preguntarle, recordando su cuerpo de cañaveiral doblándose en el quejido rapero que había mojado mis sábanas. Mucho mejor, me respondió más tranquilo, agregando con un dejo de irónica tristeza: Ahora leco el Clinic, y estoy estudiando en la nocturna para entender lo que hablan tus amigos.

ME ACOSTÉ CON MI HIJO PARA SALVARLO DE LA DROGA

Por Pedro Lemebel

De ser así, de exponer en esta página los hiedores proselitistas del incesto materno. Pero ir más allá de la condena moral que criminaliza estos arrebatos donde se cruzan y confunden el amor culpico y el desec carnal. Tal vez, radiografiar emotivamente lo aberrante de este acto en que madre e hijo traspasan la frontera del afecto familiar e invierten el parto al introducir la orfandad drogadicta del hijo en la sagrada concha progenitora. Hay muchos casos y cada uno arrastra sus razones sociales y culturales, pero ¿cuándo ese llamado secreto, adquiere la monstruosa dimensión de "pecado"? ¿cuándo todas sus causas se convierten cenizas en la hoguera de la condena? Recuerdo difusamente una tarde que veía en la televisión uno de esos programas de utilidad pública, esos dramones donde la aséptica y rubia conductora se convierte en juez y cura confesor de la biografía pagana de los pobres. Allí, la entrevistada era una mujer de mediana edad que, inocente, narra ha los embates de su misera vida. Madre de cuatro hijos, todos de padres ausentes, los tres menores de cuatro, siete y once años y el Mauri, un chico de dieciocho hábiles, desertor del colegio, tan joven y pendejo, y ya manejaba el tráfico drogadicto de la cuadra, los paquetes de yerba, los monos de pasta base, y cuanta mugre de pastillas que sostenían el negocio de la sobrevivencia. Un dolor de cabeza para mí, señorita, que ya me conocen todos los carabineros de la comisaría de tanto ir a buscarlo. Pero a pesar de todo es mi hijo, moqueaba la mujer en la pantalla, agregando entre sollozos: por eso le perdono todo. ¿Cómo qué cosas?, insistía el morbo de la animadora. Cosas que pasan, decía la mujer

negándose a ser más explícita. ¿Pero qué cosas?, agijoneaba la tonta de la tele. Bueno, cosas, como lo que pasó el otro día con el Mauri. ¿Y qué pasó? Yo estaba agotada de tanto quehacer aquí en mi casa, porque a nosotros nadie nos mantiene. Y me tiré un rato en la cama para descansar. Y no supe como me quedé dormida oyendo a lo lejos esa música que escucha el Mauri cuando está volado. Pero yo estaba durmiendo, por eso no supe cuando entró a la pieza, cuando me empezó a hacer cariño, cuando se metió en la cama. Yo estaba tan cansada que no sentí nada, y cuando desperté "el ya había consumado el hecho" (esta última frase me pareció sacada de un expediente policial). A esa hora, de sopor veraniego, muchos veíamos la tele medio embotados por el calor, y la entrevistada fue un balde de agua fría. Pero eso que me está contando usted es muy grave, reaccionó la animadora. Usted tiene que denunciarlo para que lo sequen en la cárcel. No señorita, reaccionó la mujer con firmeza. La culpa la tiene la droga, él está enfermo. Y a pesar de todo es mi hijo, concluyó la madre, seguramente pensando que si al Mauri lo tomaban preso, se terminaba el negocio de la droga. ¿Y quién la iba a mantener a ella y a sus tres hijos pequeños? Pobre mujer, me pregunté ¿cómo se le habrá ocurrido dar esa entrevista? Desde ese momento, revelada la complicidad incestuosa de su mantención, para la cuadra, la población y Chile entero, ella y su hijo serían apunados con el dedo por traspasar los límites aberrantes del amor. Entonces, cabe preguntarse, ¿cuándo estos hechos comunes en las poblaciones, a veces secretas hilachas de la promiscuidad habitacional, se convierten en pecado? Es posible, que al ser exhibidos

para la conmoción pública adquirieran esa aureola de cochina sexualidad animal. Al ser mostrados como objetos de vicio proletario para la élite cimera de la teleaudiencia, solo allí la inocente confesión de esta mujer se cancela con una mirada de asco.

En otra ocasión, cuando salíamos de Radio Tierra con Carmen Berenguer, una de sus alumnas de taller nos confidenció textual ME ACOSTE CON MI HIJO PARA SALVARLO DE LA DROGA. Y ahí nos quedamos perplejos con mi amiga poeta escuchando el testimonio de aquella mujer aún joven y bucanza que, en un murmullo de pudor, nos contó que su hijo estaba en una grave crisis por la pasta base. Ya le había vendido casi todo, ya se robaba lo que pillaba para comprar un mono. Yo no sabía qué hacer, porque recién tiene diecisiete años y ya está metido en ese infierno. Se me picó de mamas enteras y yo me quedé con el alma en un hilo pensando que le puede pasar lo peor. Por eso, el otro día lo encerré con llave en su pieza. Al principio fue terrible, quería matarse, romper todo, pero a la ras-trá lo acosté en la cama porque le vinieron tercianas, saltaba como medio metro con los tórtones y yo le fui hablando, tranquilizándolo, adormeciéndolo, haciéndole cariño en el pelo, y lo abracé para contener sus sobresaltos. En ese estado, medio inconciente, él no se daba cuenta que era yo, por eso pasó lo que pasó... Aunque estos hechos también ocurren en todas las clases sociales, es posible que en el desgarrado social de los menos garantizados, este tipo de incesto, empañe la civildad moral que pone límite a los afectos. Pero a veces, el duro acontecer del habitaje periférico, arañe firmemente el cristal materno con la ternura aspera de un proscrito secreto.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#)..

© CEME web productions 2003 -2007